





PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la Dirección de Patrimonio Documental de la Oficina del Historiador de La Habana con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

Perfil institucional en Facebook
Patrimonio Documental
Oficina del Historiador



II
PATRI
DOCU
OFICINA DE
DE LA

Album n.º 1



BIOGRAFIAS DE CUBANOS

Ab - Ag



A b a d

UN día como hoy —18 de agosto— de 1866, nació en Santiago de Cuba, Luis Victor de Abad y Bohigas.

Comenzó sus estudios en su ciudad natal y pasó después a la Universidad de La Habana, donde se graduó de ingeniero.

Dedicó casi toda su larga y laboriosa vida a los estudios económicos, preocupado siempre por el progreso y la prosperidad de Cuba.

Para exponer sus ideas fundó y sostuvo con sacrificio de su economía personal la revista *El Economista*, antes de constituirse la República, con la vista fija en la necesidad de afirmar la industria azucarera, como base de nuestra estabilidad económica, aniquilada por las guerras de independencia.

Sus estudios azucareros constituyen los títulos de mayor interés entre su extensa bibliografía. En 1945 publicó su notable "ensayo de orientación cubana"; *Azúcar y caña de azúcar*, Habana, 1945, 619 páginas, sobre el cual escribió otra autoridad en la materia, Ramiro Guerra, que "figurará entre las grandes obras de nuestra literatura económica, de Arango y Parreño a la fecha, pasando por las obras de José Antonio Saco, Francisco de Frías, conde de Pozos Dulces, y don Alvaro Reinoso, hasta llegar a los años del florecimiento autonómico del presente, durante los cuales Abad ha figurado en primera línea entre los escritores cubanos en materia económica. Además de esta obra, publicó entre otras, las siguientes: *Cartas al pueblo americano sobre Cuba y las Repúblicas Latino-Americanas*, Buenos Aires, 1897; *El comercio de las Américas*, Habana, 1942; *Open letter to the Hon. O. H. Platt*, Washington, D. C., 1902; *Directorio de La Habana*, Nueva York, 1899; *Los impuestos especiales del empréstito de 35 millones, causas y efectos*, Habana, 1941; *Problemas de los transportes cubanos*, Habana, 1944; así como otros trabajos publicados en *El Figaro*, *Cuba Económica y Financiera*, *Diario de la Marina*, *Revista Bimestre Cubana*, y otras publicaciones.

Su último estudio publicado se titula: *La ban-*

ca y las crisis de la economía nacional, Habana, 1948, editado por el Banco Popular con prólogo de José López Fernández.

La Sociedad Económica de Amigos del País lo distinguió como a uno de sus miembros más ilustres, eligiéndolo Presidente de la Sección de Estudios Económicos.

Murió en La Habana, el 17 de noviembre de 1948. Su cadáver fué tendido en el edificio de la Sociedad Económica de Amigos del País, hasta que fué trasladado al cementerio de Colón.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Aballi

Un día como hoy —22 de julio— de 1952, murió en La Habana, Angel Arturo Aballi y Arellano.

Nació en Matanzas, Cuba, en 1880.

Se graduó en Medicina en la Universidad de La Habana, en junio de 1901, como alumno eminente, realizando un viaje de ampliación de estudios por los Estados Unidos, Francia y Alemania.

A su regreso a Cuba, ingresó por oposición como profesor de Clínica Médica de la propia Universidad, pasando a atender la cátedra de Patología y Clínica Infantil al segregarse ésta de la Clínica Médica.

Desempeñó dicha cátedra hasta el año de 1950, en que fué exaltado a profesor de Investigación y posteriormente a profesor eméritos, siendo el primer cubano dedicado a la medicina infantil en nuestro país y el forjador insigne de casi todos nuestros jóvenes pediatras.

Grandes fueron su cultura médica y sus arres-tos. Fué el fundador del servicio de Pediatría del Hospital Mercedes, de la Universidad de la Habana, donde precisamente creó la escuela pediátrica cubana.

A iniciativa del doctor Angel Arturo Aballi, el alcalde Miguel Mariano Gómez construyó el Hospital Municipal de la Infancia, y desde su apertura en 1935 hasta el 1947, fué su director técnico.

Se preocupó extraordinariamente por la lucha antituberculosa infantil, fundando las Damas Isabelinas y formando parte del Consejo Nacional de Tuberculosis.

También a iniciativa suya se fundó el Hospital Antituberculoso Infantil, que se encuentra frente al sanatorio La Esperanza y que lleva su nombre.

Ha publicado numerosos trabajos en revistas nacionales y extranjeras y fué miembro de la Academia de Ciencias de La Habana, de la Sociedad de Estudios Clínicos, de la Sociedad Cubana de Pediatría, la cual le exaltó a Presidente de Honor, y de otras instituciones científicas nacionales y extranjeras.

La escuela pública número 14 de la Habana, sita en San Lázaro 667, lleva su nombre, en homenaje a sus desvelos por nuestra niñez.

Se ocupó extraordinariamente de los problemas de la clase. Fué fundador de la Federación Médica de Cuba, después Colegio Médico Nacional, que presidió varias veces y del que fué presidente de Honor.

En 1947 la clase médica de Cuba y sus alumnos, que son legión, le rindieron un homenaje nacional.

Fué decano de la Escuela de Medicina de la Universidad de La Habana durante dos periodos consecutivos y en su gobierno se construyó el edificio de la Escuela de Medicina, en la calle 25, entre J e L, en el Vedado, al que se dió su nombre, en reconocimiento de sus muchos méritos.

Presidió el V Congreso Panamericano del Niño, que tuvo por sede La Habana, y participó de numerosos congresos extranjeros.

Murió en La Habana, en su consulta médica, repentinamente, mientras atendía a un paciente, el 22 de julio de 1952.



COLEGIO MEDICO NACIONAL

**Alocución del Colegio Médico Nacional
en la Muerte del Maestro Aballí**

AL PUEBLO DE CUBA.
A LA CLASE MEDICA.

El profesor Angel Arturo Aballí ha muerto. La pérdida irreparable de esta vida excepcional, de este grande de la Medicina, de este Maestro de médicos, de este singular luchador social a cuya sabiduría, abnegación y desinterés debe nuestra Patria la conservación de su niñez, llena de consternación profunda a toda la Nación cubana.

Desde las aulas de la Universidad de La Habana, en su Cátedra de Enfermedades de la Infancia, que sirviera con ejemplar dedicación durante medio siglo, supo crear una Escuela a la que le dió las cualidades de su carácter: enérgico defensor de la verdad científica y comprensivo amor a sus enfermos.

Luchador infatigable por los más altos principios éticos y morales, forjó con su tesón, voluntad y altruismo la siempre gloriosa Federación Médica de Cuba, para que esta organización conquistara la justicia médico-social, fundida en el crisol de los anhelos más nobles del pueblo a fin de que alcanzara su felicidad por la salud.

La honestidad de sus principios ciudadanos, la rebeldía apasionada de su carácter, su patriotismo inmaculado, lo llevaron a batallar siempre contra la injusticia y por los derechos inalienables de nuestra nacionalidad.

Por eso fué gran ciudadano, un gran maestro y un gran médico.

En forvoroso homenaje a su memoria, el Colegio Médico Nacional decreta duelo colegial durante tres días, con suspensión de las actividades médicas en todo el territorio nacional mientras esté insepulto el cadáver.

El Comité Ejecutivo del Colegio Médico Nacional llama a todos los médicos y a todo el pueblo de Cuba a que se unan para rendir póstumo tributo a tan preclaro cubano.

La Habana, Julio 23 de 1952.

POR EL COMITE EJECUTIVO NACIONAL

DR. JOSE ANGEL BUSTAMANTE,
Presidente.

M. José Bustamante

Dejó de Existir una de Las Glorias Excelsas De la Medicina Cubana

Evacuaba Aballí una Consulta

Sufrió un Síncope
Falleciendo de Modo
Súbito e Inesperado

Después de las siete de la noche de ayer, falleció en forma repentina en su consulta de la calle 17, en el Vedado, el gran médico y profesor universitario, doctor Angel Arturo Aballí y Arellano, consagrado bajo el nombre de Padre de la Pediatría en Cuba.

Su deceso se produjo en forma tal, que no dió tiempo a que se le prestara auxilio para reanimarlo. Momentos antes de registrarse el fallecimiento, el profesor Aballí estaba sentado en su butaca, junto a la mesa de trabajo. Ejercía a plenitud su función de médico, pues había dado una consulta a una dama, disponiéndose en esos momentos a extender la receta correspondiente.

El doctor Aballí comenzó a trazar los rasgos de la escritura. Sin que mediara palabra alguna, la dama que estaba en el despacho, advirtió que la cabeza del gran médico había caído hacia adelante y que su mano dejaba de escribir por lo que lo sacudió, llamándolo, sin obtener respuesta alguna.

Inmediatamente llamó al hijo del doctor Aballí, de los mismos nombres y apellidos, que precisamente se encontraba en un apartamento enfrente de la consulta de su padre, acudiendo presuroso para brindarle ayuda. Cuanto humanamente es posible realizar, lo hizo el hijo por revivir al padre, pero sin éxito.

La noticia llegó rápidamente a la familia Aballí-García Montes, y un grupo de médicos de la mayor intimidad de la familia, se constituyó en la propia consulta para auxiliar al doctor Aballí. Todo resultó inútil.

La muerte del Padre de la Pediatría en Cuba se había registrado a las siete y diez minutos de la noche, falleciendo apaciblemente y sin que el doctor Aballí presumiéndose que no se diera cuenta del tránsito de la vida a la muerte.

Su esposa, la señora Corina García Montes de Aballí, cuando fué advertida por la servidumbre de la casa que algo grave sucedía a su esposo, sufrió un intenso shock. Dramática fué la escena que se produjo en la consulta del doctor Aballí.

Hace varios años el doctor Aballí había tenido un ataque al corazón, habiéndose sentido en aquella oportunidad muy mal. La crisis quedó rebasada, pero el profesor siempre estuvo al cuidado de sus médicos de cabecera.

Al morir contaba setenta y tres años de edad. Puede afirmarse que el último acto público al cual concurrió el doctor Aballí, fué el celebrado el día quince de los corrientes, en el hotel Sevilla, cuando el cuerpo médico del Hospital de Infancia, una de sus obras, conmemoraba el décimoséptimo aniversario de su fundación, festejándolo con un banquete. Las fotografías tomadas por EL MUNDO son las últimas del profesor Aballí.

Minutos después de registrarse la muerte de profesor Aballí y no obstante la consternación que había en la consulta, la noticia llegó a EL MUNDO y a los centros científicos y al Colegio Médico Nacional, ~~determinando~~ una continuada corriente hacia la casa donde estaba el cadáver del profesor.

Centenares de profesionales al conocer la noticia se apresuraron a expresar su pésame a la viuda señora Corina García Montes y a sus hijos doctor Arturo y Corina Aballí y García Montes. Por estas razones es que lo más destacado del mundo universitario acudio hasta la casa, para expresar sus sentimientos: el rector de la Universidad, doctor Clemente Inclan Costá; los dirigentes del Colegio Médico Nacional y de La



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Habana; los profesores de la Cátedra de Niños doctores Félix Hurtado, Teodosio Valledor y Agustín Castellanos, y, en fin, lo más notable de la medicina cubana.

Respondiendo a las normas universitarias, el doctor Inclán pidió en nombre de la Universidad, trasladar el cadáver del doctor Aballí hacia el Aula Magna, de manera que allí fuese expuesto en capilla ardiente. Tanto la señora Corina García Montes de Aballí como su hijo Arturo rehusaron ese honor, por ser su voluntad que el mismo fuese velado en la propia casa;

pero informando al mismo tiempo al doctor Inclán que la familia no tenía inconveniente alguno en que el cadáver del doctor Aballí fuese expuesto en el edificio de la Escuela de Medicina "Dr. Angel Arturo Aballí".

En consecuencia, se acordó que los restos del doctor Aballí fuesen llevados hasta la Escuela de Medicina hoy miércoles, a las diez de la mañana, quedando allí en capilla ardiente, hasta las cuatro de la tarde, hora en que deberá partir el sepelio hasta el cementerio de Colón.

Asimismo se conoció que el duelo será despedido por el doctor José Ángel Bustamante, como presidente del Colegio Médico Nacional; por el señor Enrique Huertas, ex presidente de la Federación Estudiantil Universitaria y alumno de la Escuela de Medicina; por el doctor Jorge Beato Núñez, que lo hará en nombre y representación de la Sociedad Cubana de Pediatría y por el profesor doctor Félix Hurtado Galtés, que dará las gracias en nombre de los profesores y de la familia del doctor Aballí.

Las instituciones colegiales mé-

dicas han dispuesto tres días de luto médico.

Anoche, a las doce y media, se constituyó en la casa mortuoria el Comité Ejecutivo del Colegio Médico Nacional, quien al terminar su sesión acordó trasladarse en pleno a la residencia del doctor Aballí, expresando su pesar a la familia. La única guardia de honor que se montó esta madrugada al cadáver del profesor Aballí fué la realizada especialmente por los dirigentes de los Colegios Nacional y Municipal de La Habana, de la clase médica; por los profesores de la Cátedra de Pediatría doctores Félix Hurtado, Teodoro Valledor y Agustín Castellanos. Hoy, en la Escuela de Medicina, se iniciarán las guardias de honor en homenaje al gran profesor universitario desaparecido.

M. July 23/02



0000008

Una Vida Dedicada a La Ciencia

Fué Calificado Como Maestro de Maestros por los Científicos

El Maestro de maestros, según lo calificara el profesor Félix Hurtado Galtés, cuando se le rindió apoteósico homenaje en 1947; ingresó como profesor universitario hace 45 años. El doctor Angel Arturo Aballí nunca se conformó con la enseñanza rutinaria y llevó a su lado a los alumnos más aventajados que fueron surgiendo a través del tiempo. Con el decursar de los años creó una Escuela de Pediatría que goza del más alto prestigio en el Continente americano.

A más de cuarenta promociones de médicos inculcó los principios de la higiene infantil y la puericultura. No se limitó a la simple preparación del alumno, sino que la extendió también al médico práctico, al postgraduado, ofreciéndoles cursos periódicos de perfeccionamiento. Al propio tiempo, estimulaba la investigación al mayor grado posible en los servicios dependientes de la cátedra.

Representó papel preponderante en la Federación Médica, luchando en todos los momentos por el mejoramiento económico del médico.

Perfeccionó los servicios de Infancia del Hospital Mercedes, que de la nada se transformó en un servicio completo, llegando a crear tres salas para niños y un dispensario modelo, en que aparecen inscriptos más de 150,000 niños. Todo debido a su esfuerzo personal y algunas veces a su aporte económico individual.

El doctor Arturo Aballí nació en la ciudad de Matanzas el 30 de septiembre de 1880. Recibió su enseñanza primaria y secundaria en el colegio "El Siglo" de su ciudad natal, graduándose de bachiller en el Instituto de Matanzas en 1894.

Se graduó de Doctor en Medicina en 1901, con nota de sobresaliente en todos los exámenes, destacándose como el alumno más aventajado de su promoción. Al graduarse fué declarado alumno eminente de la Universidad y obtuvo la primera beca de viaje para realizar estudios en el extranjero.

Su vida fué una ininterrumpida cadena de triunfos, que le valieron honores sucesivos y ocupar altas posiciones desde las cuales desenvolvió su extraordinaria labor, de la que entresacamos los siguientes datos:

Ayudante disector anatómico de la Escuela de Medicina, por oposición, en 1896; Ayudante de la Cátedra de Medicina Legal y Toxicología, en 1900; Ayudante de la Cátedra de Fisiología, en 1901.

Doctor en Medicina en 1901 y alumno eminente, con beca de viaje. En 1902 asistente a clínicas norteamericanas —Boston, Washington, New York y Chicago—. Asistente a clínicas de Alemania y Francia en 1903.

Médico especialista de niños en el Dispensario Tamayo, en 1904; Ayudante Facultativo de la Cátedra de Histología y Anatomía Patológica en 1904. Jefe de Laboratorio de la Cátedra de Anatomía Patológica, el siguiente año y Jefe de Clínica Pediátrica (interino) del Servicio de Clínica Médica.

En 1906 Catedrático auxiliar por oposición de Patología y Clínica Infantiles y en 1908 encargado oficial de la Enseñanza de la Patología Infantil en la Escuela de Medicina.

Fué el doctor Aballí vicepresidente del IV Congreso Médico Nacional; director de la Revista Médica Cubana; presidente de la Sociedad de Estudios Clínicos durante dos periodos, por elección. Miembro corresponsal y de número de academias de Medicina extranjeras.

En 1923, por ascenso fué Catedrático titular de la Cátedra de Patología y Clínica Infantiles.

A partir de este momento es difícil seguir la gloriosa carrera del doctor Aballí y los altos honores que mereció; la presidencia de congresos médicos, títulos de Sociedades Científicas.

Es electo Decano de la Facultad de Medicina en el periodo 1936-40, pues fué reelecto en 1938.

Fué vocal del Consejo Nacional de Tuberculosis, desde el que contribuyó a orientar en unión de los profesores Ortega, Antonetti y otros, las directrices de la lucha antituberculosa.

En 1945 fué designado Presidente de Honor de la Sociedad Cubana de Pediatría; miembro de Honor de la Sociedad Uruguaya de Pediatría y de la de Colombia.

Fué por muchos años miembro pediatra de la Comisión Oficial de Enfermedades infecciosas y vocal de numerosos patronatos y comisiones benéficas.

Presidente de Honor de la VIII Jornada pediátrica en Santiago de Cuba.

A fines de 1946 recopiló toda su actuación de once años al frente del Hospital Municipal de Infancia, de la que se desprende la inmensa y fecunda labor realizada en aquel Centro Hospitalario en beneficio de la infancia del Municipio de La Habana y de todo el país.

Ostentaba numerosas condecoraciones, entre ellas la Condecoración de la Orden de Finlay, en el grado de Gran Oficial.

Como reconocimiento a sus grandes méritos y a la inmensa labor realizada, el hermoso edificio de la Facultad de Medicina lleva el nombre de Angel Arturo Aballí, donde en 1947, entre los grandes actos que se efectuaron en homenaje al Maestro, figuró la colocación de una tarja conmemorando los cuarenta años que en aquella fecha contaba al servicio de la docencia el doctor Aballí, quien era profesor Emeritus al ocurrir su muerte que tan profunda emoción ha ocasionado.

M. J. 2/1/48

0000007



E. P. D.
EL DOCTOR

ANGEL ARTURO ABALLI Y ARELLANO

HA FALLECIDO

(Después de haber recibido los Santos Sacramentos y la Bendición Papal)

Y debiendo ser tendido su cadáver en su domicilio calle 17 No. 609, entre B y C, Vedado, para desde allí conducirlo a las 10 a. m., al Salón de Actos de la Escuela de Medicina en la calle 25 entre J e I, Vedado, desde donde partirá el cortejo fúnebre a las 4 p. m., hasta el Cementerio de Colón; los que suscriben: su viuda, hijos, hijos políticos, hermanos y hermanos políticos, en su nombre y en el de sus demás familiares, ruegan a las personas de su amistad se sirvan acompañarlos a tan piadoso acto, favor que agradecerán.

La Habana, Julio 23 de 1952.

Corina García Montes de Aballí; Arturo y Corina Aballí y García Montes; Josefina Jiménez de Aballí; Rafael Castro Montejo; Georgina y Josefina Aballí y Arellano; Blanca, Guillermina (ausente), Frank, Oscar, Gustavo, José y Jorge (ausente) García Montes; Dr. Félix Hurtado; Rev. Padre Eugenio Pérez.

M. Jul 23/52



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Imponente el Sepelio del Dr. Aballí

Exaltaron sus Méritos, Huertas, Beato, Bustamante y Hurtado

En medio de un silencio impresionante, a las 10:20 de la mañana de ayer, los restos mortales del profesor Eméritus de la Facultad de Medicina de la Universidad de La Habana, doctor Angel Arturo Aballí, fueron subidos por la escalinata que conduce al edificio de la Facultad que lleva el nombre del gran sabio desaparecido.

El sarcófago era conducido en hombros por el decano de la Facultad de Medicina doctor Angel Vieta, el doctor Arturo Aballí, hijo, el doctor Félix Hurtado, doctor Guarino Radillo, y otros profesores.

De pronto el silencio fué desgarrado por el llanto incontenible de la desconsolada viuda señora García Montes de Aballí, que con los demás familiares—su hija Corina y su hijo político señor Rafael Castro Montejo, seguían detrás del ataúd.

Una vez tendido el cadáver en la capilla levantada en el salón de actos del edificio— que se llenó rápidamente— un padre dominico, cantó un responso, y se formó la primera guardia por el rector de la Universidad, doctor Clemente Inclán; el decano de Medicina doctor Vieta; el secretario doctor Radillo; el profesor Félix Hurtado; el presidente del Colegio Médico Nacional, doctor José Angel Bustamante; el presidente del Colegio Médico de La Habana, doctor Angel Reaud y Ramos Izquierdo.

Pronto las coronas llenaron los muros de la inmensa sala y tuvieron que ser colocadas muchas otras ofrendas florales en el vestíbulo y hasta en el exterior del edificio. Llamaba la atención la ofrenda floral de los estudiantes de Medicina, por su simbolismo científico y patriótico.

Siguieron a la primera guardia, la de los compañeros graduados en 1901, entre los que figuraban los profesores Inclán, Raimundo de Castro y Oscar Jaime. Siguiéron los viejos miembros directivos de la Federación Médica, entre los que recordamos a los doctores Montoro, Bisbé, Hurtado, Piñeiro, Antonetti, Ernesto Aragón, Cuervo Rubio, Núñez Portuondo.

También hubo varias guardias por los estudiantes de Medicina y por los miembros de la FEU. En una de las guardias se encontraban los estudiantes Enrique Huertas presidente del último curso; Ismael Hernández, presidente de los Estudiantes de Medicina, Alberto Valdesuso, A. de la Pedraja, Héctor Méndez y otros.

Sería interminable la lista de las personas que tomaron parte en las guardias de honor al gran cubano e insigne profesor universitario. Alrededor del féretro vimos a las enfermeras, a las niñas de la Escuela "Angel A. Aballí", miembros de los Colegios Médicos, profesores de todas las Facultades de la Universidad, con sus respectivos decanos, habiendo sido los primeros, además del de Medicina, el doctor Salvador Masip, de Filosofía y Letras, Ricardo Gómez Murillo y José Capote Díaz.

Podríamos hacer figurar en la lista todo el cuerpo médico de La Habana y el profesorado universitario, sin dejar de ser impresionante el número de profesionales en todos los órdenes que fueron a rendir tributo al eminente hombre de ciencia, así como el de mujeres de todas las clases sociales que se asociaban al dolor de los deudos, de la Universidad y del cuerpo médico.

Desde las primeras horas de la tarde, la aglomeración en el salón-capilla, era imponente y hacía casi irrespirable el aire. Puede asegurarse que se encontraba en pleno todo el cuerpo médico y que sólo faltaban aquellos médicos que algún deber insuperable les impedía hacer acto de presencia.

A la hora señalada para el entierro, aún eran muchas las personalidades deseosas de integrar una guardia, por lo que permaneció el cadáver en capilla casi una hora más que la señalada. Al fin, cuando fué posible terminar con aquel cálido homenaje, en hombros de profesores y estudiantes el féretro fué llevado hasta la carroza fúnebre, abriendo la marcha los estudiantes de Medicina y de la FEU, llevando una ofrenda floral simbólica, de la obra científica, patriótica y democrática del sabio profesor.

Los estudiantes pidieron seguir a pie hasta el cementerio. Durante el trayecto, una muchedumbre reverente se inclinaba ante el cadáver.

Cerca de las siete llegaba la comitiva al Cementerio, donde fué cantado un responso en la Capilla Central.

Terminado el responso se puso de nuevo en movimiento el entierro, que era precedido por cuatro vehículos cargados de coronas, más la ofrenda floral de los estudiantes.

Cuando el cadáver era descendido a la fosa del panteón, se hizo un silencio súbito, emocionante. Ya colocada la losa de mármol se procedió a despedir el duelo.

Enrique Huertas

El ex presidente de la FEU, y presidente de los estudiantes del 7o. Curso de Medicina, Enrique Huertas, dijo que la voz de los estudiantes de Medicina se dejaba oír por su voz en el lugar sagrado para pronunciar unas palabras de profundo dolor por la pérdida del que fué maestro de maestros, gloria de la cultura y faro luminoso en favor del prójimo, de la humanidad.

Muchos se extrañaban— dijo— de que el doctor Aballí no hubiera escrito un libro; pero no puede olvidarse que su vida fué de continua dedicación a la Medicina, y a elevar el nivel universitario. Nos deja para la inmortalidad ese edificio que lleva su nombre "Angel Arturo Aballí" y en el mismo, hacia cualquier lado que se vuelva la vista, se encontrará siempre con el espíritu del sabio profesor, como una invitación al sacrificio y a la superación.

Por esto los estudiantes que no han tenido el privilegio de seguir sus enseñanzas directamente, aunque sí indirectamente por medio de los que fueron sus alumnos, le hemos dedicado una ofrenda floral plena de simbolismo, como ejemplo de aquella vida dedicada a la ciencia, la patria y a hacer el bien.

Dr. Jorge Beato Núñez

El doctor Jorge Beato secretario de la Sociedad de Pediatría, expuso cómo se encontraban vinculados con el doctor Aballí, por lo que quería dejar al pie de la tumba el homenaje de una lágrima en todo su valor real, pues

la clase médica ha sufrido un desgarramiento. Murió un hombre de excepción, una palpitación civil de nuestra democracia cubana.

Por cosa natural que sea la muerte, no nos conformamos y levanta siempre un gesto de protesta. Cómo se comprende que pueda estar muerto quien como el doctor Aballí, era una violenta explosión de vida? Pero esta es la realidad y su pérdida ha ocasionado el más hondo dolor a la Universidad, a la Federación Médica y a la Cátedra de Pediatría.

Por la austeridad de su vida y la energía de sus convicciones bien merecía este inmenso acompañamiento. El doctor Aballí fué un prestigio legítimo de la Medicina, de abolengo. Queda aquí su cuerpo, pero su alma se eleva sobre todos los dominios de la patria. Que en el mañana, cuantos vengan al cementerio se inclinen ante esta tumba, demostrándole su agradecimiento.

Dr. José Angel Bustamante

Dijo que el Colegio Médico levantaba su voz, por quien supo imponer y defender los intereses de la clase médica.

Hace historia y expresa que no hay duda de que en las luchas de la Federación Médica su autoridad fué única. Su figura está más allá, no obstante, de la percepción de clase y por este motivo lo acompañan a la tumba todas las clases de la sociedad.

Dr. Félix Hurtado

Su oración-resumen, fué de una emoción extraordinaria. No hay que olvidar que durante más de treinta años trabajó junto al doctor Aballí y que toda su vida está vinculada al mismo, tanto en la Cátedra como en las demás actividades médicas.

Expresó que sentía tanto dolor, que no sabía si podría contener el llanto y no cortar las palabras, aunque se sentía reconfortado al tener cerca de él al rector Inclán y al decano Vieta.

Hizo referencia a las palabras de Enrique Huertas y de los doctores Beato y Bustamante y expresó que tenía el encargo, de agradecer la asistencia al doloroso acto, por parte del doctor Aballí, tan compenetrado con su padre en lo espiritual y en lo científico, hoy sumido en el dolor más profundo, así como su hija y la compañera de una vida tan plena y tan beneficiosa para Cuba y la Humanidad.

Expuso cómo las actividades del doctor Aballí no era posible describirlas en aquellos momentos. Era el maestro dulce, bueno, sabio, que tuvo oportunidad de tratar constantemente durante cuatro décadas de trabajo a su lado. ¿Cómo no habrá de llorarlo? Si cuantos lo trataron aún cuando no con tanta intensidad, también lo lloran.

Para tenerlo más tiempo cerca de nosotros—continúa— le hemos traído a pie al cementerio. Antes quisimos tenerlo muchas horas cerca de la Universidad, en el edificio de la Escuela de Medicina que él amaba tanto. Allí le ha rendido el más férvido homenaje la familia médica por la que tanto laboró. A él se debe la defensa de la clase y la atmósfera que hoy respiran los médicos y el bienestar que en la profesión pueden encontrar los nuevos graduados.

No hay quizás una madre cubana—agrega—que no haya recibido sus bondades. Era un hombre casi maternal en su trato con los niños. El yace ya bajo la losa, pero quizás su espíritu esté entre nosotros, no alejado de la tierra y pueda contemplar nuestro dolor. Cuando llegue definitivamente al más allá seguro que encontrará un lugar preferente, en el que sabrá acogernos el día que llegue nuestra muerte, con la franca sonrisa y la bondad que fueron sus características en la tierra.

Una Estatua

Según nos comunicó Enrique Huertas, mañana, viernes, al mediodía, se efectuará un acto en el edificio Aballí, como homenaje a la memoria del Maestro, colocándose la primera piedra para el monumento que quieren levantarle los estudiantes de Medicina.

positivos

XIV Eduardo Abela

FICHA DE IDENTIFICACION

NOMBRE: Eduardo Abela.
LUGAR DE NACIMIENTO: San Antonio de los Baños, Provincia de la Habana.
EDAD: 40 años.
RAZA: Blanca.
ESTADO: Soltero.
PROFESION: Pintor "cubain" (sic), creador de "El Bobo".
OBRAS REALIZADAS: 250 lienzos de todos los tamaños y de todas las formas, mereciendo elogios de la crítica "sabía" en Cuba, España y Francia. Más de 2,000 cartones y dibujos que conocen específicamente las costumbres del cuarto de siglo que iniciara en la historia cubana.
EMPLEOS QUE HA DESEMPEÑADO: Tabaquero desde los 11 a los 25 años; pintor de la casa de Melilla—que no llegó a Melilla,—pintor pensionado de su pueblo en Granada, donde inmortalizara Zurbarán,—inmigrante a su propia patria en un vapor de la C. T. para comer,—viajero de primera clase a El Havre,—pintor modernísimo en París (mundo), propietario de una patente de invención—para el exclusivo aprovechamiento del briel; ex-rival y futuro rival "amatorio" de todos sus amigos, enemigos y neutrales; modelos y "candidatas" en los concursos de belleza...

RESULTADO DE SUS LABORES: Una manera personalísima—más perceptiva que "urbi et orbe". En cada línea de A. hay ironía, agilidad, malacrianza, y un sentido del medio opinante criollo, de tal modo, que al público le basta ver el gesto para comprenderlo.
LO QUE HA VISTO LA LENTE DE PAUL WARNER: Una frente anciana pero muy cercano sólo esto: FRENTE. Señal de inteligencia cada vez más afinada, a la vez que—vivos—negros—negrisimos,—que parecen buscar y no encontrar punto donde descansar los ritmos y todas las líneas de sus cuadros y dibujos—atormentados. Una nariz respigada, género a sus primeros pasos por la vida. Unas arrugas señaladas por la vida, que a la vez que siguen a la cabeza con un cuello "demodé", con una corbata académica y un pecho del pecho. Flus comprado en la Calzada del Monte...



FRANCISCO FERNANDEZ DOMINICIS, el noble tenor cubano, por varios años en La Scala de Milán cosechando aplausos y triunfos, y que ahora, al regresar a su patria será objeto de una función de homenaje en el "Auditorium", organizándosele, además, por el Ayuntamiento medalla y diploma, en reconocimiento a su brillante labor artística.

(Foto Rembrandt).



anda infantil formada por el notable maestro **GONZALO ROIG**, director de las Orquestas "Sinfónica" e "Ignacio Cervantes" y de la Banda y Academia Municipal de Música, con los alumnos aventajados que cursan sus estudios en esta institución, sostenida por el Ayuntamiento de La Habana.

(Foto Godknows). ↓



1937

positi- VOS

XIV

Eduardo Abela



FICHA DE IDENTIFICACION

NOMBRE: Eduardo Abela.

LUGAR DE NACIMIENTO: San Antonio de los Baños, Provincia de la Habana.

EDAD: 40 años.

RAZA: Blanca.

ESTADO: Soltero.

PROFESION: Pintor "cubain" (sic), creador de "El Bobo".

OBRAS REALIZADAS: 250 lienzos de todos los tamaños y de todas las modalidades en los distintos avatares del artista que han merecido elogios de la crítica "sabida" en Cuba, España y Francia. Más de 2,000 cartones humorísticos a los que el futuro historiador tendrá que acudir para conocer específicamente las costumbres del cuarto de siglo que iniciara en la historia de Cuba el actual gobierno.

EMPLEOS QUE HA DESEMPEÑADO: Tabaquero desde los 11 a los 25 años, estudiante de pintura en "San Alejandro"—academia en la que obtuvo todos los premios y honores,—caricaturista en su pueblo, La Habana, Madrid y lugares aledaños,—legionario en el Tercio Extranjero de Melilla—que no llegó a Melilla,—pintor pensionado de su pueblo en Granada, ciudad donde nació Ganivct—y tierra en que se producen las rosas que immortalizara Zurbarán,—inmigrante a su propia patria en un vapor de la C. T. E., de eterna memoración en su recuerdo,—caricaturista de nuevo, para comer,—viajero de primera clase a El Havre,—pintor modernísimo en París,—expositor en las galerías Zac (Montmartre, París, Bruselas, y el mundo), propietario de una patente de invención—para el exclusivo aprovechamiento gráfico—de El Bobo y su amigo (el de El Bobo), y Don Gabriel; ex-rival y futuro rival "amatorio" de todos sus amigos, enemigos y neutrales, protector "amateur" y con éxito dudoso, de poetisas, artistas, modelos y "candidatas" en los concursos de belleza...

RESULTADO DE SUS LABORES: Una manera personalísima—más perceptible en los cartones que en sus últimos óleos y gouaches,—apreciados "urbi et orbe". En cada línea de A hay ironía, agilidad, malacrianza, y una intención... aviesa, pero oportuna. Una identificación absoluta con el medio opinante criollo, de tal modo, que al público le basta ver el gesto del Bobo y el de su amigo para saber "ya" lo que van a decir...

LO QUE HA VISTO LA LENTE DE PAUL WARNER: Una frente ancha, cada vez más ancha, hasta que toda la cabeza sea en un futuro muy cercano sólo esto: FRENTE. Señal de inteligencia cada vez más afinada, a pesar de lo ancho de la frente que la alberga. Unos ojos pequeños—vivísimos—negros—negrísimo,—que parecen buscar y no encontrar punto donde detenerse y descansar, hasta el éx emo de buscar ese punto en todos los ritmos y todas las líneas de sus cuadros y dibujos—atormentados. Una nariz respingada—hecha al olor del tabaco— como huyendo de ese olor congénere a sus primeros pasos por la vida. Unas arrugas señaladas por la vida, que a medida que va anchando la frente va marcando la profundidad consiguiente. Una cabeza con un cuello "demodé", con una corbata académica y un flus—del que sólo se percibe—¡afortunadamente!—la solapa y parte del pecho. Flus comprado en la Calzada del Monte...

JOSE ANTONIO FERNANDEZ DE CASTRO.

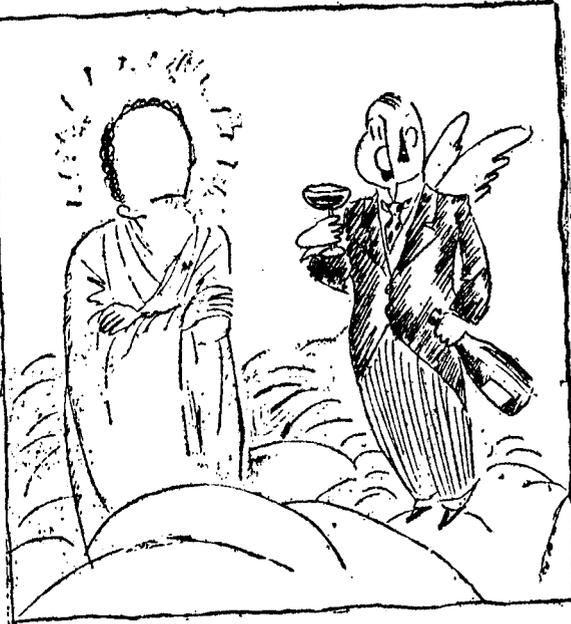
DE LA HABANA

LOS HOMENAJES A ABELA

COMO se ve por la anexa auto-caricatura, a Eduardo Abela, el ilustre caricaturista, le han salido alas. Gracias a ellas y a los 180 pesos mensuales del Consulado de Cuba en Milán, podrá volver a Europa, hacer futurismo en colores, aspirar a la gloria...

Por razón del próximo viaje de Abela, algunas sociedades de color y la Asociación de Caricaturistas le están preparando sendos homenajes. Dispénsennos

el amigo Abela y los organizadores, pero consideramos esos festejos injustificados. Los de la gente de color, porque Abela, aun siendo hombre de color, no ha sido nombrado miembro eminente de la carrera consular por pertenecer a la raza sufrida, heroica y callada, y el de los caricaturistas, porque el creador del "Bobo" ha sido bombardeado cónsul en Milán precisamente para que deje de hacer caricaturas. :-:



—Maestro; tenemos que rectificar. Nuestro vicio ya es otra cosa.

Relieves de Cuba

Eduardo Abela, padre del Bobo

Hace treinta años un Bobo salió a salvarnos la libertad de expresión. Su debut en "La Semana" de Sergio Carbó. Del género costumbrista al género político. Diciendo boberías —a veces sin palabras, a puro gesto— se hizo el líder nacional de la revolución contra Machado. El Bobo, "pan cotidiano" en caricatura. Los niños de hoy debían saber, contado por su protagonista, un capítulo de la Historia de Cuba.

por FERNANDO G. CAMPOAMOR

"Porque fuiste el pan cotidiano para nuestra hambre de justicia)
y el agua fresca para la sed que nos quemaba las entrañas. Porque era en tí donde contábamos el tiempo que faltaba y cada vez que mirabas al mar nos inundábamos de brisa. Porque supiste ser el verbo de la calle en un marco de esperanza)
yo te saludo, héroe pequeño, verdad y mito, Bobo".

Eugenio FLORIT (1934)

Es fácil decir que la Historia se hace sumando un día tras otro; es fácil para un tonto de capirote que no distingue entre días que pasan a ser históricos y "días sin huellas" que, malamente, traducen el título de un películón norteamericano. Y es difícil, mucho, ser un bobo con categoría para sacar de la actualidad —casi siempre babcia, panatatas, fantoche— un condimento definitivo, usándola como valor documental para el mañana.



Así es el Bobo de Abela, que nació a la publicidad hace 30 años, entre la sal y pimienta de "La semana". Es un Bobo dibujado a mano suelta, donde el trazo rápido forma un cuerpo adiposo que se arroja con un traje moteado, y una cabeza de hinchados mofletes, de carrillos blandos —Miguel de Marcos diría que "usaba una cara mollar"— cortados por un pie de patilla y donde flotaban cuatro pelos como último prestigio del pobre sistema capilar. ¡Cuánta técnica del gesto en aquel Bobo entonces silencioso que debutó por 1926 en el inolvidable semanario de Sergio Carbó, colado casi siempre como relleno en viñetas y cintas cómicas! No diríamos que era a la manera de Steinberg o de Partch, porque aun era más despreocupada la maestría del lápiz y más audaz la intención corrosiva de la línea. Sin palabras entregaba su mensaje aquel tipo tranquilo, con estampa de comecati-bía, que reía de lado y hacía el papel de espectador idiota, de mirón simplón, escondiendo el vitriolo en una mirada o en una postura. Con fiel retrato nos fija su imagen el más laborioso de sus exégetas, Enrique Gay Calbó:

"Aquel individuo gordo, que unas veces tenía las manos en los bolsillos y otras en el sombrero en posición picaresca sospechosa, llevaba adentro algo más que un propósito ornamental en la revista de costumbre".

Era costumbrismo por el género de matiz folklórico y por la intención, que no se limita a divertir; pero era costumbrismo y algo más. El Bobo fue un protagonista de su generación, un líder nacional a la hora en que el pueblo cubano sometido a mordaza por la dictadura de Machado, necesitó de un personaje que encarnara con humor su tragedia ciudadana. Sin hablar de más —casi en gestos— dijo todo lo que teníamos entre pecho y espalda para maldecir del tirano. Aquello de los antiguos se hacia moderno: **riendo castigat mores.**



Cuando Abela se enrola en la página editorial del "Diario de la Marina" para publicar cada mañana una caricatura del Bobo, ya tuvimos salida humorística para herir al gobierno con punzadas de ironía. En lo adelante, no necesitamos mucho más, porque la ironía, según razonaba Miguel de Unamuno, "es la flor de la libertad de espíritu, es el arma más útil y más eficaz contra el prestigio —prestigio quiere decir engaño— del principio de autoridad y contra la disciplina sin magisterio".

En un país donde la censura de palabra era decreto, el Bobo rompía el silencio con su sátira costumbrista, derivándola a niple cargado de pólvora política. El Bobo opinaba sin permiso, parsimonioso, casi siempre con el cuello envuelto en una bufanda de alivio al mal de sus anginas que no le permitían tragar la realidad machadista; el Bobo era el único torero que nos quedó en la plaza con las banderillas de fuego en manos seguras; el único tribuno revolucionario que tenía derecho de prensa diaria; el único traductor de la palabra contenida. Fue un apóstol hecho caricatura para que Cuba, más que chiste fugaz, manifestara su grito con valores sutiles de arte, y fue profesor de cívica, conspirador de alma blanca, criterio de mayorías que se hacía mensaje en la síntesis de un dibujo.



Apretó tanto Machado, que el Bobo de corcho emergió de la sangre fratricida como el superviviente cubano en activa clandestinidad que se permitía voz y voto en aquella hora heroica. Diciendo boberías cumplió la misión que Champfleury asignaba a la caricatura como epigrama cáustico; es decir, preparó la revolución con cautela, cruzando una pierna sobre la otra con porte de badulaque, mirando con ojos de malicia eficaz, a sabiendas de que el pueblo entendía su puro fondo del patriotismo, su generosa consigna.

7

30-0014

Luego fue el Bobo quien apretó a Machado, apenas le bastó la línea de su caricatura para que el público colaborara a su antojo traduciendo la sátira. Para entonces ya le acompañaban el Maestro y el Bobito, aquel ahijado del Bobo que era una copia de su figura y puso una pinta de adulterio en el árbol de la familia. El Bobito, preguntón como todos los simplicios, era una interrogación peligrosa. Una veces se le contestaba con bobadas, otras con evasivas simbólicas y muchas con un perspicaz encogimiento de hombros. En oportunidades, para que el pueblo entendiera su gracejo socarrón, le sobraba con enseñar aquella vela candorosa que fue creciendo como la protesta cubana, hasta que la noche de la dictadura se hizo llama en su pabilló y esperanza en el destino de la patria del Bobo. Con mucha agudeza Rafael Suárez Solís escribió: "Yo presenté la caída estrepitosa de Machado el día que me enteré de su indecisión para meter al Bobo en la cárcel".



La bandera desplegada que usó a menudo en la mano dió a entender que su matiz no era mentecato de oficio. El imbécil, los imbéciles, fueron los sórdidos bajo el poder que no pusieron vista y oído a la figura y al dicho de quien personalizaba nuestro escape de dignidad. La yerba que crecía silvestre acabó por rodearles y les cegó el panorama. Con la yerba creció el prestigio de aquel personaje en caricatura que heredaba la tradición mambisa y también anunciaba un hijo nuevo de la República.

Machado huyó y el Bobo preparó sus vacaciones bien ganadas. Nos había redimido y volviamos a ejercitar la libertad, esa novia del decoro que los sables asaltan una y cien veces sin suficiente filo para matarla. Además, el Bobo era nuestro pueblo, y el pueblo es bondad profunda y noble raíz. Por su naturaleza de bueno radical entiende el arte de la caricatura cuando la línea cobra en moneda de sarcasmo y ridículo a los que traicionan sombríamente la ley popular. Le llamaremos choteo —al modo indagador de Jorge Mañach— a esa fuga mediante el humorismo: el choteo es palabra y manera muy vernáculas. Y mientras más nos cierran la garganta con el nudo político, más reducimos el drama a episodio superable, aplicándole el cauterio del choteo.



En "Estampa", revista de la capital de México, Eduardo Abela, padre de la caricatura, contó a Leandro García: "El Bobo, para demostrar que no lo era, hizo como esas bailarinas del género picaresco que, para dejar un mejor recuerdo, se retiran de la escena antes de que el reuma y los años entorpezcan la gracia de sus movimientos". Es una razón de autor y una razón cronológica, porque el Bobo es ahora un capítulo de Historia de Cuba. A los textos de las escuelas —tan secos y tan falsos en buena parte— debían añadir los pedagogos que merezcan su título, una colección de caricaturas donde, el Bobo cuente la época negra de Machado. Ningún otro libro dará resumen de más grafismo con menos palabrería, y hasta los niños aprenderán a oír la clara voz del silencio, el aire sonoro que los pueblos usan para venganza con los opresores.

7

4

98.0015

Eduardo Abela tiene ya la edad del regreso. De niño manejó la chaveta del tabaquero en los talleres de su poblado, porque la vida le fue dura y pobre en la arrancada, y los sueños no pasaban de hacerse colores en los papalotes que izaba junto a las márgenes del Ariguanabo. Después siguió siendo artista y marchó a Europa con devoción de estudiante sensible y allá colgó bodegones, paisajes y retratos en las galerías, hasta que La Habana volvió a imantarlo y el humorista se impuso al pintor, sin poderlo olvidar. Ramón Vasconcelos se lo echaba en cara: "Siendo un formidable humorista, siempre se ha empeñado en ser pintor". Pues la pugna sigue, y en el descanso del Bobo, otra vez los pinceles ganaron la iniciativa. Acaso no haya contradicción, sino ensamblaje, porque toda su plástica es muy suya. Quien vea sus últimos óleos, puramente oníricos, soñados, volverá a ver los primeros colores que combinó en la vida, cuando empezó a levantar frente al viento la voluntad de su papalote.



Ahora y antes, es un cubano de epopeya que nos sostuvo la palabra y el gesto en un tiempo donde casi nos ahoga el silencio. Siempre ha descifrado el secreto, porque al artista no le ciega luz alguna, a fuerza de enfrentarse su luz interior. Una vez usa el humorismo para alivio del dolor de su pueblo y otra el mundo de los colores que alivian su propia quemazón. Son dos vías legítimas de Eduardo Abela que hacen vértice en su gloria que es nuestra.

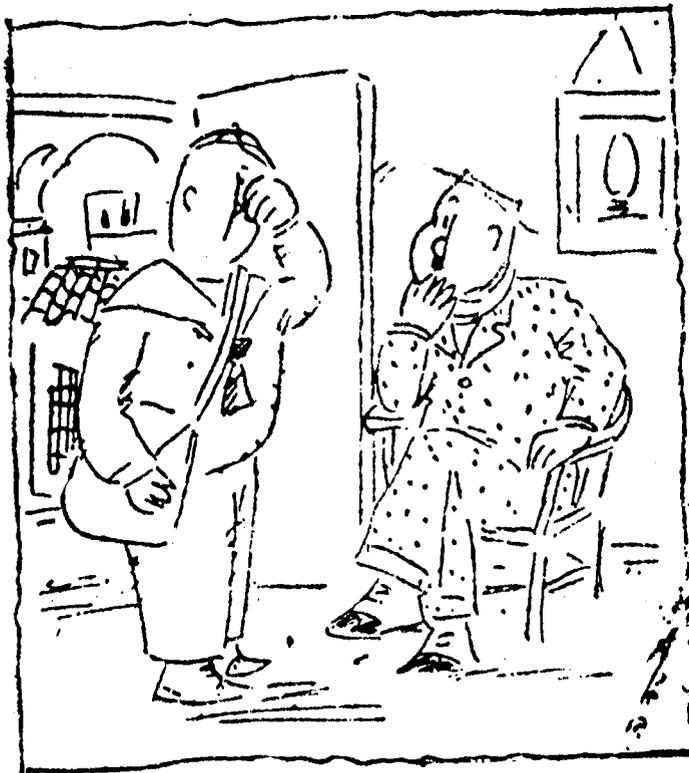
M, ab 24/56

7

0040016



—¿Tú crees, padrino, que haya algo mejor que el sueño?
—Sí, hijito; el despertar.



—Es que el maestro me preguntó ayer qué es lo que hay en la atmósfera y tengo hoy que contestarle.
—Mi hijito, lo mejor es que no vayas al colegio hasta mañana.



7

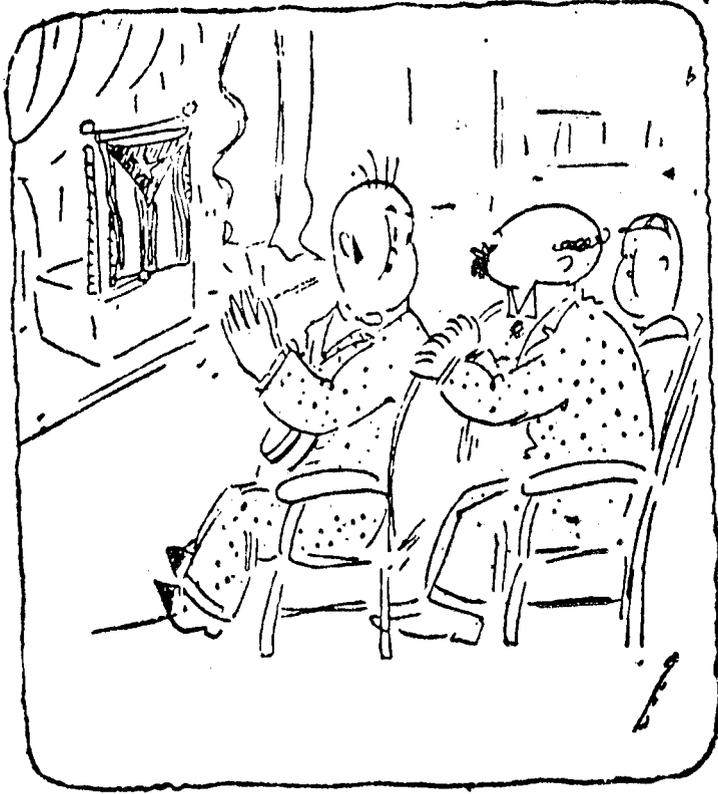
18.0017



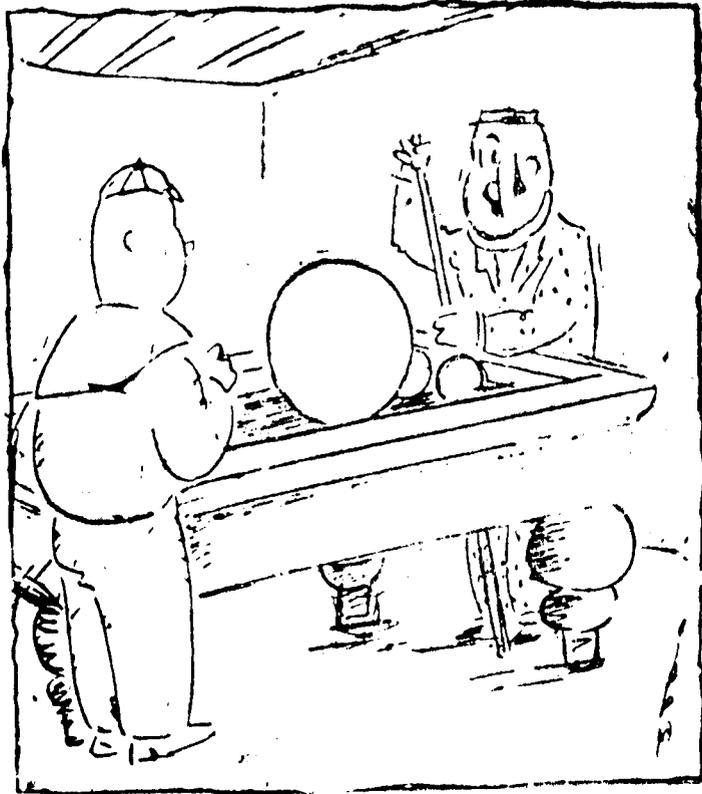
—Vámonos, padrino. Fíjate como ya la gente se está cansando de esperar...
—Pues no hay más remedio, hijo mío. Esto es cuestión de tiempo.

7

3000019



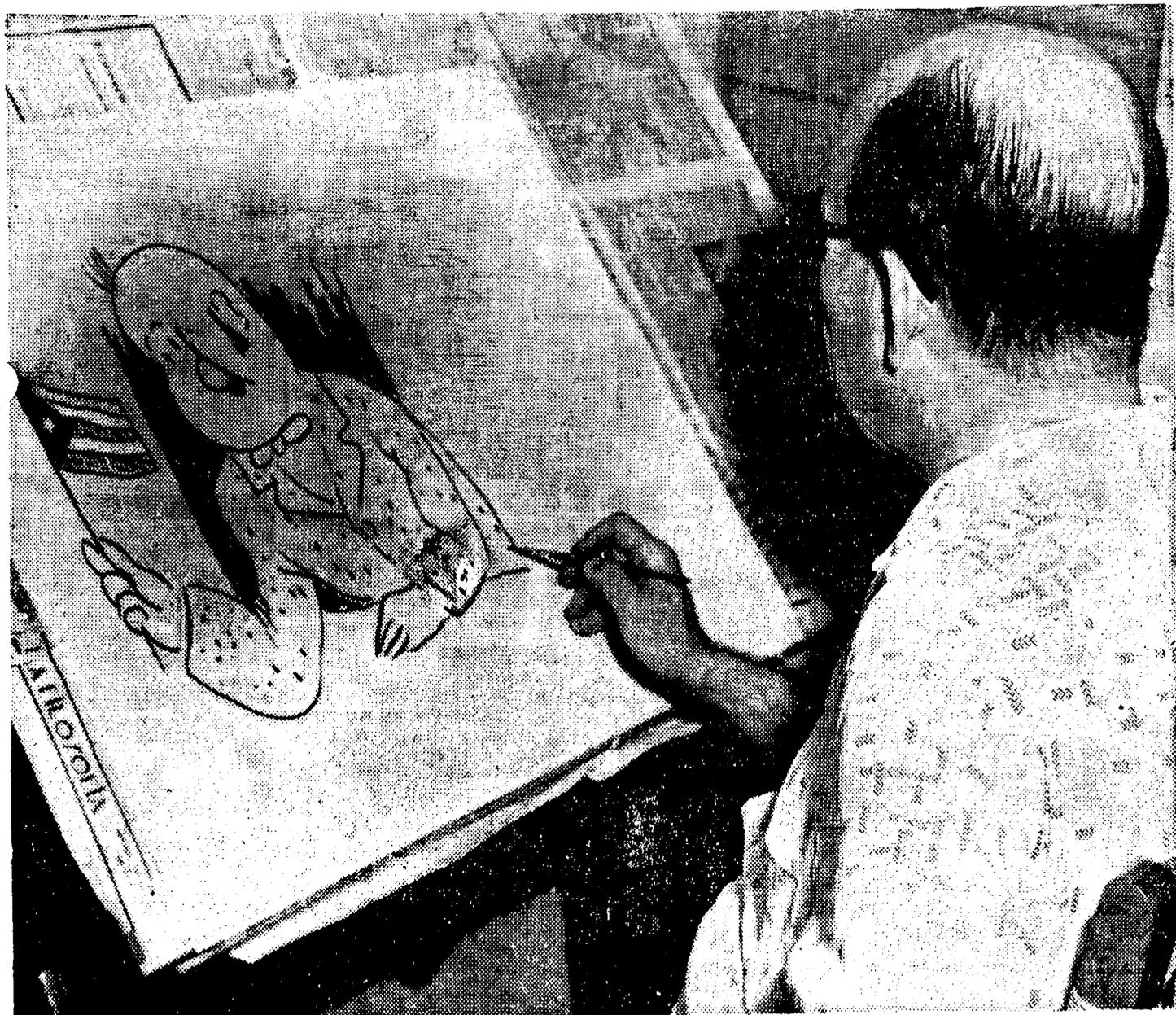
—Pero, ¿a quién aplaudes?
—Pues al silencio, que es el único que habla...!



—Padrino, ¡qué bola más grande!
—Pero con ésta no se puede jugar...


PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



Hace más que meses, en una exposición del "Lyceum", el profesor Mañach interpretaba: "Es sabido que en Abela pugna el pintor serio, dramático de puro serio, con el humorista sagaz, dramático de puro humorismo". Antes, Pepin Rivero había llamado a La Habana, "cuna gloriosa del Bobo de Abela", y el personaje en caricatura tuvo resonancia dentro y fuera de Cuba, calificado por Rafael Hellodoro Valle como "un terrible documento del periodismo político en la historia de América". Cuando nadie

hablaba, el Bobo lo hacía; cuando se pudo hablar sin ser el Bobo, en letra de molde quedaron los testimonios de Ramón Gómez de la Serna, Eduardo Avilés Ramírez, Alejo Carpentier, Alfonso Hernández-Catá, Rafael Marquina, Francisco Ichaso, Ramón Guirao, Armando Leyva, José Antonio Portuondo... "La pupila sonriente y socarrona de Abela", que dice Enrique Gay-Cajbó, mira al fotógrafo Argielles seguro de que su obra plástica es el más sólido fondo de su gloria. Para Abela, el humorismo y la pintura son dos modos de un mismo caso artístico que se llama Abela.



Hace muchos años Conrado W. Massaguer publicaba la revista "Social" y, entre notas frívolas de la vida cortesana, turnaba las más calificadas firmas cubanas. En una sección fija intitulada "positivos", cada mes el talentoso José Antonio Fernández de Castro resumía en media página la ficha de un valor, y en la otra mitad imprimía la foto del fichado, obra del sensible Paul Warner. De Eduardo Abela dijo en su síntesis: "Profesor; pintor cubano (sic) creador de "El Bobo"... Tabaquero de los 11 a los 25 años...

10, número 562, bajos,

Una identificación absoluta con el medio opinante criollo, de tal modo que al público le basta con ver el gesto del Bobo y el de su amigo, para saber "ya" lo que van a decir... (Aún no vivía el Bobito: 1931). Y termina interpretando "lo que ha visto la lente de Paul Warner: una frente ancha, cada vez más ancha, hasta que toda la cabeza sea en un futuro muy cercano todo esto: frente". El pronóstico va en vía de cumplimiento, como da fe esta fotografía actual, tomada en un ángulo de su sala-attelier (Calle en el Vedado).



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

PUESTAS DE SOL.

Yo no he visto á la gran desaparecida y no he tenido el honor de saludarla más que una vez, en una reunión familiar, hace algunos años. Y quizás no sea yo, el llamado á hablar desde la literaria tribuna de El FIGARO, de la que hoy es un ángel más en el reino de Dios, después de haber sido una santa en la sociedad de los humanos. Pero creo que todo el que tiene una pluma en la prensa habanera, está obligado á trenzar su corona de frases amargamente entristecidas á los pies—ya inmóviles,—de la que por sus virtudes, su filantropía, su patriotismo, su amor evangélico á los desgraciados de la suerte, su alto rango, es digna en la vida, como lo fué en la muerte, de todos los homenajes. Por eso pido al ilustre director de El FIGARO, paisano y amigo muy querido de la que fué en la tierra Marta Abreu de Estévez,—la buena y santa Marta

Abreu,—un espacio en su revista para escribir mi firma al pié de la humilde ofrenda que la memoria de la irremplazable exige.

Marta Abreu es el primero de los orgullos legítimos de Santa Clara—que tantos motivos tiene de orgullo al contemplarse, como la más hermosa de las madres, en sus hijos. El corazón de la ilustre villareña fué desde que se abrieron sus ojos á la vida de la razón, como un gran vaso de oro en donde se mezclaban la miel de la bondad y el vino de las caritativas obras. Verdadera hija del Cristo, dulce heredera de aquellos lirios del cielo que se llamaron Catalina de Génova, Marfa de Canfal y Juana de Perier, toda su existencia fué un esfuerzo hacia la compasión universal, ya llevara por nombre la angustia de un ser privado de pan ó el dolor de un pueblo privado de libertad. Porque eso fué sobre todo Marta Abreu ante la gratitud enorme de Cuba: una patriota irreductible y una benefactora incansable. La doble corona—cívica y social—resplandece inmarcesible sobre el fondo negro

de la muerte y sus fulgores deslumbran adorablemente todos los ojos.

No es posible dar un paso en las calles de la dulcemente severa Santa Clara, sin que el nombre de Marta pronunciado por todos los labios, no la recuerde y la haga *viva*. Aquí un teatro, allá una calle, por do quiera un signo que revela la diligencia afanosa, la solicitud inquieta para el mejoramiento de su cuna natal;—de tal modo que así como el aroma de una flor encerrada entre dos páginas de un libro perfuma todo el volumen, así el perfume del alma de Marta satura los corazones y las piedras de la ciudad que hoy llora á su primera patricia.

Un compatriota de Marta, un villareño á quien tal hecho ilustrará para *in eternum* en el amor de Cuba, hará lo que nosotros no podemos intentar siquiera en la rapidez de nuestro homenaje: escribir una biografía de la llorada muerta, citando una por una todas sus buenas y útiles obras. Y será ese libro, el *In Memoriam* menos injusto. Nosotros en la agitación dolorosa que esa muerte nos ha producido, no tenemos fuerzas para ese empeño. Cuando los ojos lloran, el pensamiento no coordina. Y todos los ojos lloran hoy, tendidas las pupilas hacia París, hacia el ángulo del cementerio donde duerme, sonriente y buena, en su sueño de Elejida, la que su Patria echa muy de menos. Pero este mismo dolor nuestro, esta misma preocupación de lo que llamamos su fin, nos indica, nos hace creer que la adorable desaparecida no ha muerto. La muerte es extinción, y ella no se ha extinguido en nuestro afecto. La muerte es desaparición de la vida, y Marta está aun más viva en nuestra alma, en nuestro pensamiento y en nuestras palabras que cuando su cuerpo—ánfora de virtud—ennoblecía con su presencia la tierra. En cada corazón tiene un altar, ante cada pensamiento se eleva como un dulce ídolo su bondadosa y severa figura y al nombrarla entre las tristezas de la ausencia, los labios se llenan como si pétalos los acariciaran.

No, Marta Abreu, la incomparable, la dulce, la buena, la santa, la celeste hija de Villaclara y la divina cubana no ha muerto, si es cierto que *vivir* es quedar en las memorias generosas y agradecidas.

Y en ellas queda, más grande que todas las grandezas y más sublime que todas las sublimidades, vencedora de la vida que ella hizo aceptable á los míseros, á fuerza de bondad, y vencedora de la muerte cuya cerviz huella bajo sus pies que calzan las sandalias resplandecientes del recuerdo, inmortal como sus acciones que le aseguran lo que merecen las excepcionales:

La Inmortalidad al través del tiempo, al través de la vida y al través de las lágrimas.

Enero, 1909.

CONDE KOSTIA.

La obra de Marta Abreu

La obra patriótica de Marta Abreu de Estévez, se compendia en lo que EL FIGARO publicó en el número que consagramos á la REVOLUCIÓN CUBANA, en Febrero de 1899. En el capítulo de *Los grandes donantes*, y con el retrato de la gran villaclareña, aparecen estos exactos informes:

"No ha necesitado Marta Abreu de Estévez, ni excitaciones, ni solicitudes, ni la menor indicación de nadie, para proceder tan espléndida y noblemente. Lo ha hecho con sigilo, en silencio, sin alardes, como ha procedido siempre en todos sus actos de filantropía, enviando primero sumas periódicas de á dos mil duros, por conducto del respetable cubano Juan Guiteras, de Filadelfia, quien ignoraba de donde procedían tales recursos; favoreciendo la salida de algunas expediciones que se iniciaban desde París; auxiliando á los afligidos deportados y penados; á los patriotas que necesitaban de recursos para venir al campo de la contienda; á las familias de éstos que quedaban sin pan ni amparo; contribuyendo á sostener la Delegación de París y el periódico *La República Cubana*, que se publicaba en esa capital, y remitiendo directamente á la Isla donativos para cubanos que sufrían, de algunos de los cuales nos cupo, como en época anterior, la satisfacción de ser portadores.

Pero el rasgo maravilloso que pinta un gran carácter y un gran espíritu, está en el realizado por Marta, al conocer la noticia de la muerte de Maceo. Sin consultar más que á su inspiración sublime, llama á los opulentos cubanos que residen en París, Emilio y Francisco Terry y Juan Pedro y Baró, y los excita á girar con ella cien mil pesos á la Delegación de New York, como el acto más clo-

cuente y eficaz de fortalecer el espíritu de los revolucionarios, abatidos por la caída de su inmortal caudillo.

Merece conocerse aquel despacho breve, entusiasta, conmovedor, que fué recibido entre los patriotas de New York, con inmenso júbilo, produciendo en aquellos momentos abrumadores la reacción que perseguía la ilustre dama. Decía de este modo: "*Consternado ante terrible noticia. Van \$100,000. Adelante.*"

IGNACIO AGRAMONTE."

No se detienen aquí los auxilios de Marta, que sigue remitiéndolos al señor Estrada Palma, bajo el mismo pseudónimo, hasta completar la suma de 121,000 pesos; aparte de otros donativos,—en el que debemos incluir uno de mil pesos al Comité de Puerto Rico,—y que ascienden en total á cerca de 20,000 pesos. Es decir, que con 150,000 pesos aproximadamente, con esa fortuna, ha contribuido Marta Abreu á la causa de la Revolución."

[Handwritten signature]

LOS GRANDES DUELOS DE LA PATRIA

..... MARTA ABREU DE ESTEVEZ

UN duelo propio es para EL FIGARO la muerte de nuestra muy amada compatriota y amiga entrañable Marta Abreu de Estévez, ¡Qué pérdida para su familia, para Cuba, para Villaclara, para cuantos reverenciábamos aquella figura eminente cuya desaparición lloramos nosotros con los más íntimos!

En París se le han hecho exequias dignas de su angélica memoria; en Villaclara se guardará un mes de luto... se estará de luto eternamente; la Habana se ha asociado al pésame general; toda la Isla se halla acongojada...

Sólo falta que los venerados restos de Marta vengan á descansar á su tierra; que esa fué quizás su preocupación última. Podemos deducirlo de una carta que de ella recibíáramos, no hace aún dos meses, en que nos decía, ya sintiéndose muy enferma: "Rueguen ustedes, no porque no me muera, porque todos tenemos que morir, sino porque no me muera lejos de Cuba." Sin duda se cumplirá ese tierno voto de su alma de patriota.

A nuestros queridísimos amigos, su esposo y su hijo desolados, el ilustre ex-vice Presidente de la República Dr. Luis Estévez, y el distinguido joven Pedro Estévez y Abreu; á sus hermanas las estimadísimas señoras Rosa y Rosalía; á todos sus familiares y deudos; á los villaclareños, huérfanos de su amor y de su apoyo; á nuestro propio corazón alligido, consuelos en esta hora de dolor cruento é irreparable.

Y traduzcan nuestros sentimientos personales las frases sinceras que han aparecido en *El Triunfo* y que resumen la que fué existencia preclara y única de mujer tan excelsa y tan noblemente incomparable:

Tenemos que anotar al principio del año otra efemérides dolorosa para Cuba: la muerte en París de la insigne patriota, villaclareña esclarecida y dama ejemplar, Marta Abreu de Estévez.

3040023

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Telegramas recibidos por caros compañeros nuestros, de la intimidad de la ilustre familia, dan noticias de ese fatal inesperado desenlace, dos días después de haber sido operada de apendicitis la benemérita cubana, por la opinión del doctor Albarrán y otras eminencias médicas de Francia. En los últimos meses venía sufriendo Marta Abreu de quebrantos de salud, que la retenían en cama, y á mediados de Diciembre, la consulta de los primeros facultativos de París determinó la operación tan sensiblemente resuelta.

Así lo quiso el destino, la fatalidad ó la misteriosa Providencia cuyos designios no penetra la pequeñez humana; pero de todas suertes, nuestro ánimo no puede resignarse á que desaparezca de la vida un ejemplar que la dignificaba con sus virtudes prodigiosas, un sér que vino á ella para repartir pródiga y constantemente la caridad, y que aún vigorosa en sus sesenta años, tenía derecho á disfrutar de larga, tranquila y gloriosa ancianidad.

Marta Abreu fué un caso, no en Cuba, en la tierra, de generosidad insuperable, de filantropía superhumana, de altruismo excepcional. Tuvo múltiples ocasiones de socorrer á la necesidad privada, y así serán incontables los corazones que hoy la lloran; pero su personalidad insigne se destaca en la acción colectiva, en la más elevada y noble concepción del patriotismo, en su amor á Villaclara, donde nació, y cuyo pueblo ha sembrado de regalos monumentales, y en

su devoción á Cuba, cuya causa libertadora ayudó, como nadie, con los auxilios poderosos de su fortuna. El rasgo, cuando la muerte de Maceo, la levanta él solo á la inmortalidad: "Desolada" —dijo,— y giró por cable cien mil pesos á la Junta Revolucionaria, luego de haber ayudado cuantiosamente á costosas expediciones.

En Santa Clara, teatro, parque, escuelas, asilos, planta eléctrica, casa de bomberos, dispensarios, cuanto allí se levanta hermoso, ha sido donación de aquel espíritu sublime. Para Villaclara, la desgracia es inmensa, como grande es su orgullo al contar como hija á Marta Abreu. Bien lo interpretó el poeta al decir en fiesta memorable celebrada en el teatro "La Caridad":

"Marta, no la tiene nadie:
solamente el pueblo mío!"

Solamente Villaclara tiene ese privilegiado honor; sólo Cuba puede ufanarse de que en nuestra patria naciera un arquetipo tan singular de mujer, la de alma más grande que vió la luz bajo este cielo, timbre de su sexo y consuelo de la familia humana.

La muerte de Marta Abreu constituye un duelo nacional; que amó ella á Cuba, no con los alardes de la fácil palabra, sino con hechos imperecederos y fecundos y magnánimos, que han revestido mayor grandeza, por estar investidos de un desinterés apostólico.

3869024

Rechazó un título en vida; acababa de oponerse al pensamiento justísimo de sus paisanos de erigirle una estatua—ahora más que nunca irremisiblemente inpuesta—

y no tuvo otra vanidad que la de Santa Genoveva, al mostrar sus grandes ojos humedecidos cada vez que se asomaba á los dolores de sus semejantes.

Villaclara puede pensar un día en que quiera perpetuarse con la gloria suprema de la gratitud, si ha de cambiar el nombre de su viejo solar por el de MARTA ABREU.

Cuba puede meditar si debe alguna recompensa perdurable á la egregia patriota.

En tanto, el coro de favorecidos, muchos absolutamente anónimos, llora y reza. A ellos nos unimos los que de cerca admiramos tanta generosidad y grandeza, mientras acompañamos en su consternación inconsolable al esposo ilustre, al hijo estimadísimo y á las buenas hermanas.

El cielo sea hecho para recibir el alma inmortal de Marta Abreu, y vengan sus amados restos á descansar en tierra cubana, que ese fue su anhelo invariable, la preocupación en sus horas tristes y, seguramente, su mandato "post-mortem." ¡Para Ella, dulce paz en el cielo y en la tierra!"

Ed. [illegible]

100000

EL CENTENARIO DE MARTA ABREU

Por
H. NUÑEZ LEMUS

*Islas
1945*

0000026

La Historia de Cuba está llena de grandes figuras cuyos sacrificios y dedicación a la causa redencionista escapan a la medida suscita de un artículo periodístico. Espíritus enérgicos que no vacilaron en ningún momento en ofrendarlo todo en holocausto a la patria. Entre estas figuras, con categoría para hombrearse con los grandes de Cuba, se encuentra por derecho propio la villaclareña Marta Abreu, la que supo anteponer a su seguridad el anhelo de una patria libre.

MARTA ABREU nació el 13 de noviembre de 1845. Hace pues, cien años justos, que en la provincia de Las Villas viera la luz primera esta extraordinaria mujer que supo ser genial en la dádiva. Su vida entera no fué otra cosa que eso: dar, siempre dar.

Su vida, en sentido general, carece de otros relieves. Ella toda estuvo dedicada al bien. Ella toda era como un deseo inmenso de conmiseración que desbordándose en ternuras y piedad dentro del ambiente de su provincia, supo más tarde volcarse enteramente sobre la patria necesitada, alentando con su fervor y su dinero a los que, machete en mano, disputaban pulgada por pulgada a España, la soberanía de nuestra nación.

Son muchas las obras que su mano de mujer rica—rica dos veces por sus caudales y por sus sentimientos—esparció en su camino. No vamos a enumerarlas todas. Sería prolijo e inútil. Una de ellas, el asilo para ancianos "San Pedro y Santa Rosalía", fundado en 1910, da una alta idea de su preocupación por los meneste-

rosos. Amó también mucho a los niños, y a impulsos de su devoción les fundó un Dispensario en 1894, bajo el nombre de "El Amparo". Su interés por la elevación cultural del medio ambiente alcanza su medida exacta en la creación de la "Escuela Santa Rosalía" y "Colegio San Pedro Nolasco". También en la edificación del "Teatro La Caridad", que fuera orgullo de la ciudad. Hay otras muchas obras que tuvieron su aliento personal, su entusiasmo y su dinero: los "Lavaderos Públicos" y la "Planta Eléctrica", inaugurados ambos en 1894, también... pero, abndonemos definitivamente el detalle minucioso de lo que queda. Como lo expuesto, bastará para demostrar que su categoría de benefactora pública alcanza talla digna del bronce que la perpetuó más tarde con el cariño de sus compatriotas.

Pero donde esta extraordinaria mujer alcanzó el derecho a la gratitud de la nación, fué cuando el grito herido de la rebeldía contra la Metrópoli, hizo desbordar los verdes campos cubanos de criollos enardecidos por el anhelo libertador. ¡Cuba libre! ¡Todos a luchar por ella, ricos y pobres, negros y blancos, débiles o fuertes!

Ella era débil, era mujer, pero se sintió capaz de hacer su parte, de llenar con su inmenso amor, devoción y dinero, las obligaciones que su sentido del deber le imponían. A partir de ese instante, la Revolución se nutrió con sus caudales y con su fe; nunca, en ningún momento, eludió la palabra estimulante y la bolsa repleta. No es hipérbole la afirmación. Los libros de contabilidad de la Junta Revolucionaria de Nueva York, acumulan cifras sobre cifras, cuyos envíos vienen calzados por la firma legendaria de Ignacio Agramonte, cuyo glorioso nombre escogiera como pseudónimo la benemérita para convertirse en pendón de lucha.

Puede asegurarse, con testimonios a la vista del Dr. Juan Guitéras, del General Rafael Cabrera y del propio Don Tomás

QUINCE MIL PERSONAS TOMARON PARTE EN EL GRAN DESFILE EN MEMORIA DE MARTA ABREU

Villaclara glorificó el nombre de la inolvidable benefactora. Montañas de flores ante su monumento

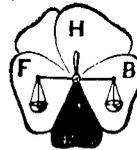
SANTA CLARA, Nov. 13. (Domech, por telégrafo).—Villaclara entera se lanzó hoy a la calle para conmemorar de modo solemne y glorioso el centenario de la ilustre benefactora cubana Marta Abreu de Estévez. Todas las instituciones colectivas ofrecieron anoche veladas, en las que se exaltaron los grandes merecimientos de la que fue una gran patriota. A las siete de la mañana se iniciaron los actos. Frente a la casa donde naciera Marta, se dijo una misa, oficiando el Ilmo. Obispo de Cienfuegos, doctor Martínez Dalmau, y a la que asistió toda nuestra sociedad. Seguidamente fue colocada una tarja de bronce por la Asociación Nacional de Emigrados Cubanos en la casa del nacimiento de Marta Abreu. A las ocho de la mañana fueron develados medallones con el busto de Marta Abreu, en la calle que lleva su nombre, construidos éstos por los alumnos de la escuela San Pedro Nolasco. A las nueve de la mañana se llevó a efecto el más grandioso desfile cívico efectuado en esta ciudad. Cuanto digamos de este desfile resultará pálido ante la realidad del mismo. Millares de niños de todos los planteles de primera y segunda enseñanza, y de las escuelas de distintos lugares de la provincia, instituciones, funcionarios, colectividades obreras y más de quince mil personas, desfilaron por la tribuna colocada por el Gobierno Provincial, en la que ocuparon asientos el gobernador, Claudio López, el premier, Frío Socarrás; el coronel Velázquez, los senadores Miguel Suárez Fernández, Fileno de Cárdenas, Juan Marinello, Alonso Pujol, representantes Porfirio Pendas y Luis Vázquez Bello, el fiscal, doctor Garcerán, el presidente de la Audiencia, doctor Loredó; el alcalde, doctor Juan Artilles; el presidente del Ayuntamiento, doctor Fuente; el presidente de los veteranos, Evangelista Yanes y todos los presidentes de las colectividades funcionarios escolares, empleados del Gobierno Provincial, representativos, emigrados revolucionarios etc. Las bandas municipal y del Ejército amenizaron el desfile. Ante el monumento de Marta Abreu situado en el parque Vidal, fueron colocadas ofrendas florales y se depositaron centenares de coronas y cestos con ramos muy valiosos que cubrieron totalmente el monumento. A las once de la mañana se dirigieron las autoridades y los escolares hasta la Avenida de los Li-

bertadores, donde fue colocada la primera piedra del edificio para la Escuela del Hogar. A las dos de la tarde se efectuaron 40 bautizos en la creche del Hogar del Niño. Er infinitad de omnibus y autos se trasladaron a Cubanaon, en cuyo parque de deportes los emigrados revolucionarios hicieron entrega de una bella bandera de los Soles de Bolívar, al presidente, doctor Pérez Ruiz, sembrándose después un tamarindo como recuerdo de ese acto tan patriótico. En el puesto militar «General Monteagudo», se efectuó a las cuatro de la tarde una revista militar y un ponche ofrecido a las autoridades e invitados. Por la noche hubo concierto por las dos bandas, en el parque Vidal, y solemne velada en el teatro La Caridad, una de las obras más hermosas de la ilustre Marta. El senador Fileno de Cárdenas pronunció un bello discurso, y la orquesta sinfónica de Las Villas ejecutó varios números. Podemos decir que los villaclareños se sienten satisfechos de estos festejos, que han sido los más grandiosos efectuados en memoria de una persona que, como Marta Abreu, se merece el cariño de todos los cubanos. Es justo mencionar que de infinidad de pueblos de esta provincia, han llegado excursiones con las escuelas públicas y privadas, leones, rotarios, boy scouts y autoridades, que dieron animación y brillantez al acto.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



Logia
“Marta Abreu No. 25”
Sacerdotisas del Hogar
La Habana
B. U. M.

Al Sr.

y tiene el honor de invitar a usted y a su distinguida familia a la fiesta conmemorativa del Centenario del natalicio de la ilustre patricia MARTA ABREU, que se celebrará en la Catedral Escocesa, Jovellar 164, altos, el día 13 de Noviembre de 1945.

CARMELINA GOMEZ DE MASEDA

Aprovecha la oportunidad para ofrecerle el testimonio de su consideración más distinguida.

Hora fija: 9 p.m.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Programa

PRIMERA PARTE

1. Himnos Nacional y Caballeros de la Luz, por la Orquesta.
2. Mosaico, por la Orquesta Josefina Morrell.
3. "Caro Nome", Opera "Rigoletto" Verdi.
"Escucha el Ruiseñor" Lecuona.
Soprano: Gloria País
4. "Yo no sé porqué" Lecuona.
"Siboney" Lecuona.
Soprano: Luisita Ons.
5. Palabras sobre Marta Abreu .. Dra. Herminia del Portal.
Catedrática de la Escuela Normal.
6. "Poupourrit", baile internacional J. Morell.
G. País y Jesús Alderete
7. Canciones Mario Marvel.

SEGUNDA PARTE

8. "Los Claveles" Penella.
"Vals de Musettas", ópera "La Boheme" Puccini.
Soprano: Conchita Carballeda
9. Recitaciones, Rapsoda S. Iglesias Barbón.
10. "Granadinas", canción Barreras.
"Ni una sola palabra", canción J. Morrell.
Tenor: A. del Valle
11. Discurso H.: G. Rodríguez Miranda.
12. "Estrellita", canción Ponce.
"Antes que a mí", canción J. Morrell.
Soprano: A. Fontanills.
13. "Yeloussi", tango estilizado Glori and Gilbert.
14. Malagueñas, baile español.
Bailarina: G. País

Resumen: Comandante Salvador Menéndez Villoch
Ministro de Defensa Nacional

Animadora: Mary Nieves de González Naredo

Esperamos verlo.

MARTA ABREU

Por Luis Morán Loret de Mola

Las Villas, y en particular el capital de esta Provincia, o sea la Ciudad de Santa Clara, ha abonado al Estado de Cuba con esfuerzos extraordinarios a través de todo el siglo anterior al que vivimos. La Cultura —la Ciencia, en particular— y la Política —representada particularmente por el heroísmo de sus próceres, como Eduardo Machado, Miguel Jerónimo Gutiérrez y Serafín Sánchez, entre otros muchos, ofrendando su sangre en pro de la libertad y dignidad cubanas— han ofrecido testimonios elocuentísimos de la calidad, valor y civilidad de sus hijos. La mujer cubana de esa región de nuestra Isla nada tiene que superar para merecer toda la pleitesía en el orden jerárquico-patriótico a las mujeres del resto de las regiones cubanas. Allá en sus sub-regiones duerme —en medio del descanso eterno— un semillero de matronas y educadoras. Ahí se levanta la losa que acoge en su seno los restos venerados de Marta Abreu, de cuyo nacimiento se conmemora, sencilla pero justamente, el primer centenario en esta fecha.

En la Iglesia Parroquial de Santa Clara fué bautizada por Mariano Mora y María de los Angeles Plana, el día 2 de enero de 1846, la niña Marta de los Angeles Abreu y Arencibia, que era hija del Teniente de Caballería Pedro Nolasco Abreu y de su esposa Rosalía Justiniana Arencibia, ambos naturales de Villaclara.

No es el heroísmo atributo innato al patriota. Muchos héroes carecen del sentimiento de amor al terruño; sin embargo, muchos patriotas no sobresalen por su heroísmo. Un científico puede realizar un acto heroico y, no obstante esto, puede ser contrario a su patria mientras muchos que cooperan al bienestar, al mejoramiento y al enaltecimiento nacional es posible que jamás ejecuten actos heroicos, siendo verdaderos patriotas. "No es sólo patriota el que muere en la guerra o el que defiende la libertad o el que sufre el martirio por el ideal, si no el que labora en cualquier orden de la actividad humana para engrandecer y dignificar la tierra natal". Así, Finlay fué un verdadero patriota como lo fueron José de la Luz y Caballero, en la Ciudad de La Habana y Gaspar Betancourt y Cisneros, en el legendario Puerto Príncipe,

La ilustre coterránea, cuyo natalicio hoy evocamos, realizó una labor patriótica como ninguna otra persona, en Cuba, porque no se consagró a una sola faceta de la actividad patriótica sino a todas las facetas del patriotismo... La vida de Marta Abreu —desde su nacimiento, ocurrido el 13 de noviembre de 1845, hasta su muerte, que tuvo efecto el 2 de enero de 1909 en la Ciudad de París, víctima de terrible complicación a raíz de una operación de apendicitis— está saturada de servicios magníficos a su terruño natal. Ella prestó protección excepcional a la labor educacional, brindándole decidida y decisiva cooperación económica. En 1882 fundó el Colegio San Pedro Nolasco, verdadera fragua de la juventud de esa época. En 1885 estableció el Colegio Santa Rosalía, para niñas. La escuela de Conyedo fué otra de sus obras útiles. Hizo las donaciones al Cuartel de Bomberos y Jefatura de la Policía, en 1886 y levantó el Asilo para pobres denominado San Pedro Nolasco y Santa Rosalía, en 1893. Concibió la idea de consagrar las rentas del hermoso Teatro "La Caridad" —que construyó— para dedicarlas a la protección de los pobres. Como "bálsamo del consuelo para aliviar dolores" fué para el campesinado en toda hora trágica, en todo momento difícil. Así, cada vez que la calamidad azotaba a sus hermanos, los villareños, ella corría, y, sin tregua, mitigaba los desperfectos causados por las tormentas físicas. Brindó protección a los hospitales "San Juan de Dios" y "San Lázaro". Erigió el Obelisco a la memoria de dos benefactores: Juan Martín de Conyedo y Francisco Hurtado de Mendoza. Le dió todo su calor al Observatorio Astronómico-Meteorológico Municipal, donando los aparatos necesarios y útiles para las observaciones de los fenómenos atmosféricos. Un año antes de estallar la guerra de 1895, dotó a la Ciudad donde naciera de alumbrado para que de acuerdo con el progreso no careciera de la energía eléctrica. Y, en fin, patrocinó cuantas fiestas o actos de arte, cultura y patriotismo que, honrando o enalteciendo a algún villaclareño, se efectuaban en su época, lo mismo encontrándose en la Ciudad que en el extranjero.

La obra de Marta Abreu, antes expresada, fué, en puridad de verdad, altruista. Jamás aceptó dádivas, privilegios ni recompensas. Así, cuando el Cuerpo Médico acordó darle el nombre de "Marta Abreu" al Dispensario que ella hizo posible, donando todo lo ne-

cesario para su funcionamiento, se negó a semejante decisión, pues entendía que su concurso a los doctores Rafael Tristá Valdés y Eugenio Cuesta no merecía otro nombre que "El Amparo".

Marta Abreu, casada, en 1874, con Luis Estévez y Romero, dió aporte valioso a la obra revolucionaria e insurreccional cubana. Emigró, en 1895, porque no podía tolerar el estado de barbarie que se acentuaba; en Cuba, bajo la terrible dominación militar española.

No puede olvidarse la ayuda financiera de Marta Abreu, en el período comprendido entre 1895 y 1898, a la insurrección organizada por Martí, en las emigraciones de los Estados Unidos, unificada por Juan Gualberto Gómez, en las distintas regiones comprometidas en la Isla y brillantemente iniciada por el mayor general Bartolomé Masó, el 24 de Febrero de 1895, en Calicito. Utilizando el pseudónimo "Ignacio Agramonte" contribuyó decisivamente en la obra que tanto la Junta Revolucionaria Cubana como Don Tomás Estrada Palma realizaban en E. U. Donó sumas valiosas para la guerra contra España. A raíz de la muerte de Antonio Maceo —1896— envió a Estrada Palma 10,000 pesos que, unidos a 30,000 pesos que entregó personalmente a Nicolás de Cárdenas, —en la colecta que ascendió a 115,000 pesos, recaudada entre los emigrados cubanos residentes en París— se utilizaron por el honrado don Tomás Estrada Palma para el envío a Cuba de una de las más valiosas expediciones que llegaron a nuestras costas. La abnegación, modestia y honestidad de Estrada Palma no toleraron que cristalizara una de sus obras más impolutas: abonar de su peculio privado la hipoteca que gravaba la casa que tenía en el Central Valley, donde ejercía como educador el Delegado del Partido Revolucionario Cubano.

La correspondencia cruzada entre Marta Abreu y Estrada Palma, depositada en el Archivo Nacional, constituye testimonio elocuente de cuánto queda expuesto.

Terminada la Guerra, en 1899, regresó a Cuba. Y cuando la República pretendió, en justo pago, devolverle cuanto había dado para su Independencia, no lo aceptó. Acompañó a su esposo, a Luis Estévez y Romero en el acto solemne de alcanzar la vicepresidencia de la República, en 1902, cargo

que éste renunció, en 1905, contrariado por los acontecimientos políticos que culminaron en la renuncia de Estrada Palma, en 1906. Se trasladaron a Francia, país en donde le sorprendió la muerte, sin contemplar uno de sus últimos proyectos, pero que el hijo ejecutó en su nombre: el Asilo de Ancianos. Las lágrimas derramadas por Salvador Cisneros Betancourt, presidente del Senado de la República, el 13 de enero de 1909, constituye emotivo homenaje a la memoria de la mujer sublime que mereció y tiene estatua justificadísima.

MARTA ABREU

Por Herminia del Portal

EN París celebró Marta Abreu su postrer cumpleaños. En París iba a morir el 2 de enero de 1909. Había nacido en Villaclara el 13 de noviembre de 1845. En angustia había partido para este último viaje. Don Luis Estévez había puesto antes su renuncia, que era firme censura, en manos de su entrañable don Tomás. Sentía el primer vicepresidente que la tormenta de la guerra civil iba a estallar sobre la endeble República. La lucha le sorprendió terminando sus libros con afanosa premura. A menudo se llevaba la mano al corazón debilitado, y en la tristeza que le envolvía parecía retraído y lejano. Doña Marta compartía la amargura del compañero y ambos lloraban juntos otras tristezas de familia. En la casa, a menudo silenciosa, doña Marta, de suyo comunicativa y locuaz salpicando de ingenio la frase cordial, se aislaba junto al fuego, temblando y abrasada por la fiebre que le consumía. En esos instantes en que la soledad nos aprieta contra nosotros mismos, debió sentir doña Marta la apremiante nostalgia que a veces la sorprendía en sus viajes y fijaba su regreso a Villaclara.

¿Cómo no iba a pensar en su ciudad si había hecho de la villa su casa y del pueblo su familia? La vería tendida entre sus montes, reverberante de bombillas eléctricas que ella mantenía desde lejos alumbradas cada noche. Ahora el toque del ángelus no sería toque de sombras, ahora sería fácil, aun a medianoche, encontrar en la vieja calle del Santo Espíritu la casa solariega de sus padres... Podría arroparse largamente en sus recuerdos de infancia. Pero quizás en estos momentos de soledad, ella, presintiendo el próximo fin, estaría preguntándose austera por qué no ha terminado su última obra proyectada, su asilo de ancianos. Quizás pudiera decirse entonces muy bajito: Hemos cumplido; nos hemos "purificado el alma". Y si tiende una mano ansiosa a sus recuerdos, álbumes, cartas, joyas, quizás elegiría para recostar su confianza, una carta que no puede terminar sin que la emoción empañe sus ojos, sin repetir otra vez: "Es demasiada carta para mí."

Esta carta la ha escrito don Tomás Estrada Palma y hay un párrafo que ella ha releído: "Usted está a la altura de las necesidades de la Patria"... "Desgraciadamente si son muchos los que pueden, pocos son los que tienen el alma grande para ponerse al nivel de las circunstancias; y es el hecho tanto más sensible cuanto que las masas de jornaleros, hombres que viven al día con su trabajo personal les dan un hermoso ejemplo de abnegación y desprendimiento mermando el pan a los hijos, privando de comodidades a la mujer y sujetándose ellos mismos a duras privaciones a fin de ofrecer en el altar de la patria semana tras semana, mes tras mes y año tras año la dádiva espontánea de su ardiente patriotismo.

Estos obreros de grandeza inconmensurable por su amor a Cuba intenso y desinteresado se perderán mañana en la ola de la multitud en donde quedarán confundidos con todos los que constituyen la masa de un pueblo, serán jornaleros, mientras que los que hoy esquivan el cumplimiento de los deberes que les impone la patria ensangrentada o responden con desdén a los que tratan de recordárselos, serán los más conspicuos en la nueva sociedad levantada sobre cimientos que se amasan parte con la sangre y el sudor de los pobres. Por eso es más brillante y hermosa la espontaneidad de sus actos generosos"...

Estas palabras bastan para dar sentido a la obra de Marta Abreu; por sobre la benefactora, completando su obra, la patriota que supo sin vacilaciones de qué lado estaba el deber y se entregó a él afrontando el riesgo que su decisión demandaba. Pues si bien la guerra del 68 fue la obra de la aristocracia, de los más opulentos e iluminados hijos del país que expusieron y perdieron en su mayoría sus cuantiosas fortunas, sus grandes haciendas, sus seculares ciudades, para conquistarse un sitio entre los pueblos libres, la guerra del 95 fue la obra de los que recogieron el espíritu de la protesta de Baraguá, de los hombres forjados en la manigua, de intelectuales sin fortuna en su mayor parte y hombres del pueblo.

Muy próxima estaba la hecatombe del 68 para que los cubanos aun adinerados expusieran sin vacilar lo suyo. Unos se acogieron a la sombra del autonomismo, otros se replegaron recatados y silenciosos sin atreverse a correr riesgo

alguno. Entre los pocos que respondieron, Marta Abreu era quien tenía más que perder y quien más podía contribuir. Todo lo expuso y de su inagotable generosidad hay constancia en los archivos de la Junta Revolucionaria. Pero esta actitud no se improvisa. No puede venir siquiera a una mujer del carácter de Marta Abreu de una simple indicación conyugal, si antes no ha madurado en su conciencia.

Marta Abreu, como muchas damas pudientes de su provincia, recibía a los pobres en su casa, pero no en los portales, sino en sus salones con puertas y ventanas abiertas en cordial recepción; pero la limosna le parece pronto mezquina e ineficaz. Durante más de medio siglo se empeña en una obra de servicio social que abarca escuelas, hospitales, asilo, dispensarios, teatro, parques y establecimientos públicos. Ella ha hecho del interés de los pobres su propio interés. Pero ¿de qué sirve crear escuelas para los niños negros si hay que cerrarlas porque los niños negros no tienen tiempo para estudiar? ¿De qué sirve al niño pobre una educación esmerada en un medio sin oportunidades para el más capaz? Marta Abreu, día a día, en la práctica de su apostolado en Villaclara, en su trato con los pobres había tocado la entraña del pueblo.

Por eso esta carta de don Tomás Estrada Palma, esta vieja carta de los días en que la corresponsal era "Ignacio Agramonte" y don Tomás no había estrechado nunca su mano, es una sacudida a su emoción y le hace susurrar:

—Es demasiada carta para mí.

Ella sabía que ahora podía morir: había ascendido por su vía preferida a la historia de su patria: por el camino de la comprensión y del amor. Don Tomás había unido su nombre para siempre al de esos hombres del pueblo, que tanto amaba, a esos hombres generosos y magnánimos, que habían puesto su sudor y su sangre en los cimientos de la patria libre.



0000034

MARTA ABREU

Por Renée Molina



Consagrar un recuerdo, en su centenario a la excelsa patricia, la ilustre cubana Marta Abreu, es para mí, dar expansión a mis recuerdos y, haciendo volar el pensamiento en pos de remembranzas de mi niñez, siguiendo el ritmo de una vida llena de pasajes de mis mejores tiempos juveniles.

Amiga del alma, de la que fué mi adorada madre, me acostumbré a querer primero y a admirar, después, a aquella gran dama y gran corazón que fué Marta Abreu.

El mejoramiento de su patria chica: Villaclara (como ella decía) y la libertad de su patria grande, Cuba, constituyeron la ferviente obsesión de toda su vida.

Hija amantísima, hermana cariñosa y madre ejemplar, fué Marta un comprendio de las más grandes virtudes de la mujer.

Su inagotable caridad y su disposición de hacer bien y enjugar lágrimas, la han consagrado como ídolo para su Villaclara querida y su acendrado patriotismo le ha dado un puesto de honor entre sus más grandes próceres.

Renée

0000035

CON BRILLANTES ACTOS SE CELEBRA EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE LA ILUSTRE MATRONA MARTA ABREU

Magna velada en la Escuela de Periodismo. — Acto en la Academia de la Historia y Ministerio de Educación

MARTA ABREU, VISTA POR BERTA AROCENA

En el salón de actos de la Escuela Profesional de Periodismo, y organizado por la Asociación de Alumnos de ese plantel, anoche se efectuó brillantísima velada para honrar la fecha del nacimiento de la ilustre dama Marta Abreu de Estévez, la benefactora cubana de insigne memoria. El acto consistió en la lectura de un interesantísimo trabajo por la señora Berta Arocena de Martínez Márquez. Al mismo concurren profesores y alumnos de la Escuela, que complacientemente escucharon la atractiva disertación. Este es, acaso, el primer trabajo de esa extensión e importancia que se dicta en carácter de conferencia. La señora Berta Arocena, con la colaboración de la Escuela Profesional de Periodismo en su profesorado y alumnado, vino a contribuir de modo notable —por lo esclarecedor de su trabajo—, a la celebración del primer centenario del nacimiento de la dama cubana de tan grata memoria.

PRESIDENCIA DEL ACTO

Junto al presidente de la Asociación de Alumnos de la Escuela Profesional de Periodismo, señor Gerardo Rodríguez Valdés, y a la conferencista, señora Arocena de Martínez Márquez, se encontraba el director del plantel, señor Víctor Bilbao, director de la edición de la mañana; la distinguida dama, señora Renée Molina de Kohly; la alumna, señorita Margot Salas; el presidente de la Asociación de Reporters de la Habana, señor Miguel A. Tamayo; el subdirector de la Escuela, señor José Z. Tallet; el vicedecano del Colegio Nacional de Periodistas, señor David Aizcorbe; el Dr. Guillermo Martínez Márquez; el doctor Francisco Ichaso y el señor Federico de Torres, todos profesores de la Escuela, y el señor Manuel Marsal, jefe de despacho.

PALABRAS DE APERTURA

El presidente de los alumnos, señor Rodríguez Valdés pronunció breves palabras de apertura del acto, concediéndole la palabra a la alumna, señorita Margot Salas, la que leyó interesantes y emotivas cuartillas para presentar a la señora Berta Arocena de Martínez Márquez, haciendo una bien trazada si luenta en pocos párrafos, de la personalidad de nuestra distinguida compañera en el periodismo y figura destacada en el movimiento cultural femenino de nuestra patria.

A continuación ocupó la tribuna la señora Berta Arocena de Martínez Márquez, ofreciendo a la escogida concurrencia, entre la que sobresalían alumnas y alumnos de la Escuela, las primicias de un documentado trabajo periodístico, que verá la luz pública en el día de hoy en nuestro colega «El Mundo», de donde ella es redactora.

Con la colaboración, en forma de visita a su residencia, de la señora Renée Molina de García Kohly, la distinguida dama que de niña conoció y trató a Marta Abreu, Berta Arocena fue tejiendo, en una prosa fina y atrayente, la vida entera de la ilustre benefactora villareña.

Aprovechando cartas de Marta enviadas desde el extranjero a la señora madre de Renée, ya que eran amigas íntimas, y las que conserva esta última como preciado tesoro, la señora Berta Arocena de Martínez Márquez ha logrado hacer un recorrido atractivo y emocionante a través de los hechos más destacados de la patriota cubana que ha pasado a la inmortalidad por su generosidad y su desinterés al servicio de los pobres y los desvalidos.

Sin olvidar al esposo de Marta, don Luis Estévez de Romero, primer vicepresidente de Cuba republicana, que buscó la muerte en el suicidio una vez desaparecida del mundo su dulce compañera, la culta conferencista intercaló el epistolario sentimental de Marta a la madre de Renée, repleto de detalles esenciales de lo que fue en su vida de gran dama, la hija ilustre de la región villareña, que paseó por las principales capitales de Europa la prestancia de su distinción, que no la hizo olvidar nunca su amor a los necesitados y a su patria cubana.

Al final de su magnífico trabajo, la señora Berta Arocena de Martínez Márquez, recibió nutridos aplausos y merecidas felicitaciones.

ACTOS DE HOY

Hoy con motivo de celebrarse el primer centenario del natalicio de la venerable matrona, patriota que fue de brillante historia, doña Marta Abreu, las oficinas públicas tuvieron un receso en sus labores.

Diversas organizaciones cívicas, privadas y culturales, en una demostración palpable de su recuerdo al centenario de Marta Abreu, organizaron varios actos.

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

OTROS ACTOS

También la dirección de Cultura del ministerio de Educación, celebra el centenario de la gran patriota y benefactora insigne, Marta Abreu, en un acto que tiene efecto hoy, a las seis de la tarde, en el salón de actos de la C.M.Z., ajustándose al siguiente programa: 1) Palabras de homenaje por el Dr. José María Chacón y Calvo, director de Cultura; 2) Lectura de unos documentos alusivos a Marta Abreu y 3) Disertación sobre Marta Abreu por el doctor Elías Entrialgo, profesor de Historia de Cuba de la Universidad de la Habana.

Por otra parte, la logia «Marta Abreu núm. 25», de Sacerdotisas del Hogar, celebrará un acto en el centenario del natalicio de la ilustre cubana, en la Catedral Escocesa, Jovellar 164, hoy a las nueve de la noche. Harán uso de la palabra, el ministro de Defensa, señor Menéndez Villoch, el señor Gerardo Rodríguez Miranda y nuestra compañera en el periodismo señora Herminia del Portal. Como animadora actuará la señora Mary Nieves.

ACADEMIA DE LA HISTORIA

Nuestra prestigiosa Academia de la Historia, que preside el doctor Emeterio S. Santovenia, tiene señalado para hoy un acto en el centenario del natalicio de Marta Abreu, a las nueve de la noche, en el edificio del Archivo Nacional, donde hará uso de la palabra el Dr. José Manuel Pérez Cabrera, quien será presentado por el doctor Emeterio S. Santovenia.

CLUB ROTARIO DE LA HABANA

La próxima sesión plenaria del Club Rotario de la Habana, que preside el señor José Gasch, estará dedicada el jueves venidero al «Homenaje a Marta Abreu», sesión ésta que se efectuará, como de costumbre, en el hotel Nacional, a las 12:30 del día. Disertará en torno a la ilustre benefactora cubana el Dr. Elio Fileno de Cárdenas, senador de la República y autor de la Ley «Pro Centenario Marta Abreu». Han sido invitados de honor los doctores Manuel Angulo, Emeterio Santovenia, presidente de la Academia de la Historia; Sergio R. Alvarez y la doctora Elena Mederos de Gonzalez, presidenta del Lyceum Lawn Tennis.

Con motivo de celebrarse el centenario del natalicio de Marta Abreu, se efectuará en la noche de hoy, de nueve a diez, un acto radial organizado por las mujeres representativas de distintas organizaciones femeninas, en los estudios de Radio Progreso.

En dicho acto hablarán: la señora Elena Mederos, Berta Arocena de Martínez Márquez, doctora Ana Echegoyen, señora Sara Isaque de Masip, catedrática de la Universidad; Angela González de Martí, Aida Peláez y Conchita Castanedo.

1000000



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

UNA INSIGNE PATRIOTA

SE conmemora hoy el primer centenario del nacimiento de Marta Abreu, la insigne patriota y benefactora cubana. Por una Ley del Congreso, a iniciativa del senador Fileno de Cárdenas, el día de hoy es de fiesta oficial y se efectuarán distintos homenajes para honrar la memoria de la ejemplar criolla que tan notable cooperación brindó a la causa de la independencia nacional.

Marta Abreu, hija de Villaclara, nació con la bolsa opulenta, heredera de una extensa fortuna. Tenía abierto ante sí los caminos de la vida fácil y frívola, en aquella sociedad cubana de mediados del siglo pasado, gobernada por Capitanes Generales y regida por la voluntad del monarca español. Mas ya comenzaban a fermentar las ansias revolucionarias de nuestro pueblo, ansioso de desenvolverse en un clima de libertad política y de justicia económica y social. En plena juventud de Marta Abreu —tenía veintitrés años— estalló la chispa de la Guerra Grande, que inflamó al país en una heroica lucha por su independencia. Comenzó entonces la joven criolla a advertir la justicia de la causa emancipadora y a simpatizar con ella en la forma más viva y entusiasta.

Durante la guerra del 95, su contribución fué destacadísima. Prefirió el exilio a la vida muelle de La Habana colonial. Dió a los mambises una generosa ayuda, que llegó a alcanzar el gesto épico de donar cien mil pesos a la Revolución, a raíz de la muerte del general Antonio Maceo, para levantar los ánimos, sensiblemente abatidos por la caída del Titán. En vez de un egoísmo canijo, de un atesoramiento ambicioso de sus bienes, Marta Abreu los prodigaba para darle alientos a la causa de la redención nacional. ¡Ejemplo admirable de civismo y de responsabilidad social!

Marta Abreu fué como una madre generosa para el empeño revolucionario. Y luego, cuando el ideal ya había sido alcanzado, cuando la bandera de la estrella solitaria logró escalar al fin el mástil del Morro, haciendo surgir la esperanza de la República, Marta Abreu no dejó de querer y de ayudar al pueblo cubano, volcando su ama filantrópica en multitud de obras de asistencia social. Escuelas, hospitales y otras empresas de beneficio público recibieron impulso, a virtud de su amorosa disposición para todo noble empeño. De ahí que su nombre sea reverenciado con profundo cariño, principalmente en la ciudad villaclareña, donde dejó una estela de imborrables servicios y afectos.

Ahora, a los cien años de su nacimiento, hay oportunidad de rendir homenaje a esa magnífica ejecutoria, a ese delicado espíritu femenino que supo también ser grande en su vida íntima y familiar, según revelan los documentos y cartas que de ella se conservan. Por su ternura y sensibilidad ante las injusticias del mundo, por su entereza patriótica, por la magnitud de su contribución a la causa de todos, Marta Abreu merece el más cálido recuerdo y la más devota admiración.

El ejemplo de su vida y de su conducta ilumina páginas brillantes de nuestra historia y hace rutilar, con letras de oro, la contribución de la mujer cubana al esfuerzo por hacer una patria más alta y más digna.

1000038

EL ENCANTO se une al homenaje que en la entrañable figura de Marta Abreu se rinde hoy a la mujer cubana.

Hoy, 13 de noviembre, cúmplense exactamente 100 años del nacimiento de Marta Abreu, excelsa figura de mujer cuya luminosa espiritualidad ejemplariza con resplandores de gloria las altas virtudes de la mujer cubana, vibración exquisita de bondad, de nobleza y de abnegación que da a nuestra historia y a nuestra personalidad como pueblo una inconfundible tónica de espiritual elegancia y generosidad.

Santa Clara —su ciudad natal— celebra hoy el Centenario de Marta Abreu rindiéndole el conmovido homenaje de su devoción y de su cariño. EL ENCANTO —todo admiración ante el ejemplo ilustre de la prócer dama— se une emocionado a Santa Clara en este noble gesto que, al glorificar la figura entrañable de Marta Abreu, envuelve a la mujer cubana en el halago de un hermoso y delicado homenaje de admiración.

Así, reproducimos, con viva simpatía, el breve trabajo biográfico que nos envía como información la Comisión Organizadora del Centenario, seguros de que de esta forma contribuiremos a mantener vivo el cariño con que toda Cuba recuerda a la inolvidable benefactora villaclareña.

COMO ERA MARTA ABREU

*Nació en Santa Clara, Las Villas, el día 13 de Noviembre de 1845 en la calle de Sancti Spiritus núm. 53. Era hija de una de las familias más acaudaladas de la ciudad. Desde muy joven viajó con frecuencia por los Estados Unidos del Norte y Europa, donde conoció las bondades del progreso y la libertad.

Casó con Don Luis Estévez Romero, Abogado, Publicista y Catedrático de la Universidad de La Habana.

Dotada de un gran caudal de energía y bondad Marta Abreu de Estévez dedicó su vida y su fortuna a practicar la caridad y a lograr una Patria Libre en cuyo empeño fué admirablemente secundada por su ilustre esposo.

Amó con profunda intensidad a su ciudad natal y en ella dejó imperecederas obras, ya para mantener la fe en la religión cristiana que practicaba, haciendo donaciones de dinero y objetos a la Iglesia, o ya de otro carácter, artístico u ornamental, como el Obelisco en memoria de los Presbíteros y Educadores Conyedo y Hurtado de Mendoza en el Parque Vidal de la ciudad.

Construyó el gran Teatro "La Caridad" que donó con destino al sostenimiento del Asilo de Ancianos, que también fundara. Instituyó el Asilo San Vicente de Paúl para el alojamiento de pobres sin albergue. Fundó la Escuela "El Gran Cervantes" para niños de la raza negra y de la que nombró Director a Don Julio Jover y Anido. Estableció, dotándola de material científico, la Estación Meteorológica de Santa Clara, ayudando eficazmente con sus estudios a Don Julio Jover, su director. Construyó un cuartel para el Cuerpo de Bomberos. Donó la casa y el instrumental necesario para el establecimiento del Dispensario "El Amparo" para niños pobres. Donó el terreno y la casa para establecer la Escuela del Buenviaje. En unión de sus hermanas Rosa y Rosalia, fundó la Escuela San Pedro Nolasco y Santa Rosalia, gravando con un censo para su sostenimiento distintas propiedades y situando en la Dirección de San Pedro Nolasco al que había sido su Maestro en la juventud, el Profesor Don Eduardo Rodríguez Veitia. Dió el dinero necesario para la construcción de un puente y arreglo del camino sobre el arroyo "El Minero". Designándolo Profesor de su hijo Pedro, hizo posible que el sabio naturalista Don Carlos de la Torre recorriera el Mundo ampliando sus conocimientos.

Deseando el progreso de Villaclara estableció una Fábrica de Gas y más tarde una Planta Eléctrica para el servicio de alumbrado público, en los que fracasó como empresa por la total falta de pago del Municipio y el muy contado de los particulares, a pesar de lo cual se negó a privarlos del servicio.

Facilitó el Casino Español en calidad de préstamo en momentos de dificultades económicas de esa Sociedad, el local social y los muebles que eran de su propiedad.

Compadecida de las mujeres pobres obligadas a lavar la ropa en las márgenes de los ríos, estableció cuatro Lavaderos Públicos con plenas comodidades y cuyo modelo había tomado en uno de sus viajes por Suiza.

Su magna obra fué su extraordinaria contribución monetaria a la causa de la Revolución por la independencia. Pagan de DOSCIENTOS CUARENTA MIL PESOS las donaciones de que se tiene conocimiento, hechas al Delegado del Partido Revolucionario Cubano, Don Tomás Estrada Palma.

Sostuvo en París al Dr. Betances en el desarrollo de sus actividades y atendió a su costa a todos los comisionados en aquella ciudad. Por canales muchas veces desconocidos hizo llegar su ayuda a los deportados de Ceuta y Chafarinas y obtuvo con su dinero la mejor y más rápida información de las decisiones del Gobierno Español en relación con la causa de la revolución cubana, trasladándola a la Delegación.

Arrastró con su ejemplo a la colonia cubana en París y hasta su único hijo Pedro Estévez Abreu hizo donaciones bajo el pseudónimo de "Jimaguayú".

A la muerte de Antonio Maceo y temiendo el decaimiento de los patriotas transcribió el siguiente telegrama: Estrada Palma, 56 New Street N. Y. Diga si es cierta desoladora noticia. Cuente diez mil pesos. Adelante. Ignacio Agramonte.

Este era el pseudónimo que usaba e inmediatamente agregó TREINTA MIL PESOS más, encabezando la colecta de la colonia de París.

Establecida la República, el ilustre esposo de Marta fué electo Vice Presidente y en momento de oscuridad nacional, al producirse la renuncia del Presidente Don Tomás, dió Marta Abreu la más grande prueba de su sencillez y modestia. Afirmó a su esposo que ella no viviría en Palacio y que deseaba descansar en su ingenio San Francisco, forzando con su actitud, la renuncia también de Don Luis Estévez Romero.

En la paz de la República no se detuvo la mano generosa y aún hay villaclareños que recuerdan las multitudes empobrecidas recibiendo de su mano directa la ayuda eficaz en donde se asentaba su hogar.

Murió en París el 2 de enero de 1909 y el compañero de aquella unión de amor no pudo sobrevivirla. Con el signo de lo trágico la siguió pocos días después".

DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR

Solís, Entrialgo y Cía., S. A

18 de Noviembre de 1945

Marta de los Angeles Abreu y Arencibia

(Un Reportaje Nervioso con
Clave de Epistolario)

Por BERTA ABOCENA
Especial Para EL MUNDO

Marta Abreu, Mambisa
20 de mayo de 1902. En San
Cristóbal de La Habana, en el pa-
lacio de los Capitanes Generales de
la Siempre Fiel Isla de Cuba, va a
celebrarse hoy una fiesta distinta.
Así, se escuchan ya los saludos, que
por la voz ronca de los cañones de
las viejas fortalezas, y por el es-
tridente alarido de las sirenas de
los barcos surtos en puerto, hace la
Historia al estreno de una Repú-
blica soberana e independiente. En
la Plaza, frente al colonial edificio,
bulle la muchedumbre. A la sor-
dina, sin embargo, su apretada
emoción suspenso... Marca el re-
loj las doce. Hasta el sol parece
detenerse en el meridiano, cuando
allá en el vasto salón solemne, un
general, Leonardo Wood, pronuncia
la orden gloriosa:

"En nombre de los Estados Uni-
dos de América, izada la bandera
de la República de Cuba!"

Un magro caudillo, con sus arru-
gas con excelsas cicatrices, como
nunca palpitante su corazón gene-
roso, presintió la alegría de la en-
seña tricolor tremolando en el an-
cho viento, y el fulgor de la estrella
solitaria, proyectando al cielo su
augusta cifra. Máximo Gómez en
seguida se repuso. Y volviéndose a
la concurrencia, destacó a dos per-
sonas con sendos abrazos.

Una mujer y un hombre, como-
vidos, recibieron el abrazo y escu-
charon decir al Caudillo esta frase:
"Ya hemos llegado!"

Una mujer y un hombre! Eran
ellos, el doctor Luis Estévez Rome-
ro, nuestro primer Vicepresidente,
y su esposa, Marta de los Angeles
Abreu y Arencibia, quien alta y
seguida, disimularis en la ocasión,
como era su costumbre, el aura
estremecida de sus sentimientos.

Marta de los Angeles Abreu y
Arencibia! ¿Por qué después de
enfocarte, como Máximo Gómez lo
hiciera, convencido de que Cuba te
debía el grado que él ostentaba,
el de Generalísimo, de acuerdo tam-
bién con Tomás Estrada Palma

—"Los primeros monumentos de
Cuba Republicana han de ser para
Antonio Maceo y para Marta Abreu,
a quien la Revolución identificó
como la ciudadana Ignacio Agra-
monte" no intentar un comenta-
rio la cronista, cuando se conme-
mora el centenario de tu naci-
miento?

¿Por qué no? La tarea me ten-
taba desde hace meses. Pero tenía
escrúpulo en sólo glosar de pasada
la biografía de Marta, el 13 de
noviembre de 1945, como pauta un
libro de Garófalo Mesa. Descartan-
do el libro aludido, poco material
disponible hay sobre el tema para
los actuales comentaristas.

Confiada, no obstante, esperé a
que mi intuición me guiara en un
desvelo de cualquier noche. Y la
musa del Insomnio me fué propicia.
Una mañana me acerqué al telé-
fono, y...

"Renée Molina, ¿es usted, amiga
mía?"

"Sí, Berta".

"Usted conoció a Marta Abreu.
Quiero escribir en torno a ella, no
sé qué. Un apunte sencillo o una
estampa. Si usted me recibe el
jueves por la tarde, ¿verdad que
me hablará de Marta?"

Renée quedó silenciosa. Fué un
segundo, que sirvió para acicatear
mi curiosidad de periodista, a tra-
vés del alambre tenso.

Al cabo:

"Sí, ven. Te espere el jueves por
la tarde. Te tendré preparada una
sorpresa".

Marta Abreu, Filántropa

El jueves por la tarde, y era lu-
nes. Pronto, pronto, antes de visi-
tar a Renée, mejor que me docu-
mentara en la obra social de Mar-
ta Fácil, porque a retazos —esta
vida accidentada de oficina, de co-
laboración periodística, de reunio-
nes y de juntas, sin contar a los
ehiquillos que me entretienen en
casa— me había impresionado ya
la larga lista de sus empresas.

Marta de los Angeles Abreu y
Arencibia tuvo inquietud desde ni-
ña. Una inquietud lacerante. Ase-
guran que fué una muchachita
melancólica, a causa de la pobreza
circundante, que no trataban de
ocultarle sus caritativos padres con
la cortina de la hogareña opulencia.
Marta lo daba todo: vestidos nue-
vos, juguetes, libros y dinero pro-
pio de su alcancía pintoresca. Y no
quedaba jamás satisfecha. Marcada
vino con el destino de ser para los
miserables de Villaclara una pa-
trona laica. Marcada vino con el
destino de sobreponer su nombre
a la capital de su provincia, capital
que a perpetuidad sería: la ciudad
de Marta.

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Ignoro cuáles fueron sus maestros. Creo que su cultura no sobrepasó los límites de la que, por lo general, usufructuaban las mujeres ricas de su país, en su época. Espíritu refinado el suyo. Era elegante al vestirse, delatando su recóndita afición a la belleza. Sencilla, eso sí, y modesta aunque altiva parecía en la estatura y en la serena armonía de su gesto, y pese a la en ocasiones vivaz expresión de un enérgico carácter. Para escoger compañero tuvo acierto, y de más imaginar que el amor la impulsó solamente, cuando se arrodilló ante el altar, jurando fidelidad a un hombre íntegro, sin más bienes de fortuna que su honradez, su laboriosidad y su talento. Si de niña atendía a los mendigos que llamaban a su puerta, fué después de casada, ya muertos los progenitores munificos, que comenzó su labor social a vertebrarse, al dar cumplimiento a las testamentarias voluntades de sus padres, según inauguró las escuelas para niños y niñas pobres "Santa Rosalía" y "San Pedro Nolasco". En estas fundaciones intervinieron, además, sus hermanas Rosa y Rosalía, herederas también de las virtudes cristianas de Rosalía Arencibia y Pedro Nolasco Abreu, bien conocidos y amados de la comarca, a pesar de sus riquezas aladinescas. De ella sola la iniciativa, después, de crear un plantel "El Gran Cervantes" para los niños de tez oscura y ensortijada crencha, cuya educación no concebía el coloniaje, en logrero perjuicio esclavista. Y el colegio "La Trinidad" para el mismo infantil elemento, en prenda al futuro biógrafo de que la discriminación racial asustaba, como un pecado, la conciencia cristiana de Marta. El color de la piel! Bah! Blancas o negras, quien sabe, las almas, si a compás de la conducta, al Bien o al Mal se inclinan, afirmando o negando a Cristo.

En el Observatorio Meteorológico de Villaclara está la huella de Marta Abreu, quien contribuyó con esplendidez a su fundación y a su sostenimiento. Como está en el Dispensario Infantil "El Amparo", que funciona todavía. Como está en los hospitales y en las cárceles, en algunas vías de comunicación de la provincia, y en la Planta Eléctrica, que sintió sin duda conmocionados sus cimientos, según el dedo índice de Marta apretaba el botón mágico que espantó de Villaclara, en marzo de 1895, las siniestras tinieblas de la noche. Como está en los lava-

deros públicos, por ella mandados a construir, apiadada Marta Abreu de las pobres mujerucas que a la intemperie en los ríos enjabonaban las finas ropas ajenas y los misereros andrajos propios. Lavaderos Públicos de la Ciudad de Marta, donde ahora, bendecidos desde las tarjas por el nombre ilustre, concurren muchos pilletes de cara sucia a higienizarse y jugar en modernos Kindergartens. Como está —qué ubicua y piadosa la huella de Marta!— en el Obelisco que erigió en su ciudad, a los sacerdotes Juan Martín de Conyedo y Francisco Hurtado de Mendoza, insignes benefactores, nacidos en Santa Clara, en 1687 y 1724, respectivamente.

Como está en el teatro "La Caridad", un coliseo decorado bellamente, que ella costeó por entero, para ponerlo en manos de un Patronato que repartiera entre los pobres de Villaclara las ganancias obtenidas por los espectáculos ofrecidos desde el escenario del edificio. Teatro que se inauguró el 8 de septiembre de 1885, día en que el Santoral Católico celebra la fiesta de la criolla Virgen de la Caridad del Cobre, mulata y mambisa. Adelantemos a los lectores que René Molina, quien muy niña todavía, acompañó a Marta Abreu en su palco aquella noche, aun siente humedad en los ojos, al evocar la Realidad de la esperanza de los pobres de Villaclara! Mecenas, en nuestra Cuba, de una Revolución triunfante, pocos serán siempre los monumentos que a su memoria se levanten, como no sea que los respalde el fervido propósito de que la Asistencia Social, prosperando ahora entre nosotros, gracias a un femenino y tesonero empeño, que sería grato a Marta, conserve intacto el perfume sentimental que dictara a ella una infinita y cristiana lista de empresas, para así homenajear a la intuitiva pionera, dentro de la moderna y organizada técnica del oficio.

¿Verdad que la lista es larga? Larga y emocionante, y hasta admonitoria, cuando recordamos que aquí, en La Habana, en cuyo cementerio Marta Abreu duerme su último sueño, debajo de una losa, no se obedece un capitalino decreto municipal del año 1920, y a la calle de la Amargura se la sigue denominando con ese nombre, en vez de, gozosamente, reconocerla

como una homónima de la benefactora y patricia.

De todos modos, ella se sentiría colmada de eternas bienandanzas, si en su isla nativa saliera el sol para el niño pobre; si todos los ancianitos, al sentirse reclamados por la tumba, no se sintieran, además, por la penuria angustiados en sus últimos instantes; si la mujer y el hombre jóvenes sin puntales económicos, vislumbraran accesible el ideal, que a menudo se les funde en plena adolescencia. Ella, así, se sentiría colmada de bienandanzas, aunque la olvidáramos a los cien años del natalicio. Más le complacería todo eso, que el arrebatado vuelo de las campanas de las iglesias y la fanfarria oficial y hasta la ofrenda de un ramo de siemprevivas en su sepulcro, aunque sean anónimos los ofrendantes. Ella, que se opusó a las gestiones, cerca del gobierno de la Metrópoli, con destino a conseguirle el título de Condesa de Villaclara, daría con gusto su gloria póstuma por un amoroso desvelo de todos los cubanos hacia el semejante naufrago, en medio de un mar en calma, y ciudadano olvidado de la República en marcha.

Marta Abreu, Intima

Llegó el jueves, y ¿cuál sería la sorpresa? De que la habría, estaba segura, porque Renée Molina me tiene acostumbrada a eso. Como a menudo mi hija, reeditando una manía de mi infancia, me insta a que le cuente "cosas de antes", yo envío a Renée Molina. Ella "sabe"... En primer término, diré que esconde los años, graciosamente presumida, coquetona y elegante. Sin ahondar jamás en sus penas, que tantas veces la destrozaron íntimamente, sitúa la evocación en pentagrama de juventud, porque a diario se remoza. Y qué "charme" el suyo, de narradora aménisima, cuando revive "aquellos felices tiempos". ¿No fué Renée quien me dijo—dedicada a ella la habanera "Tú", de Eduardo Sánchez de Fuentes— que Marta Abreu fué la primera que aplaudió, junto al piano de su casa, esa cubana canción famosísima?

Renée... Vecino de la sala, donde cuadros antiguos, abanicos y encajes en vitrinas, potiches y retratos en las mesas, hablan a través de su valor artístico de la muchacha distinguidísima que fué Renée, en la sociedad habanera, cuando agonizaba el ochocientos, y de su "savoir faire" como la esposa de un diplomático que nos representó en Europa, en la tercera decena del siglo veinte, tiene ella un saloncito de confianza. Los muebles

son de hoy, y de ayer el piano y el cuadro al óleo que lo remata. Al saludarme, vacías sus manos. Y no había nada sobre la mesa de "bridge" que la distrae de tarde, luego de cumplido su quehacer de periodista.

No me atreví a preguntarle por la sorpresa. La interrogué, eso sí, de improviso:

"Bueno, Renée. Y ¿cómo recuerda usted a Marta?"

"Verás. Conocí a Marta Abreu cuando yo era aún muy niña. Veraneaba con mis padres, vecina de Marta, en una casita del viejo Vedado, ahí en la calle de Baños, pegada al mar. Al alcance de la vista, la caseta de un balneario que luego reedificado llevó el nombre de "El Progreso". Era Marta arrogante y alta. De ninguna manera fea, aunque no podría decirse que fué linda, precisamente. Tenía ojos grandes y hermosos. Amplia y amable la sonrisa. Trigueña lavada, le apuntaron las canas tempranamente. Se vestía como una princesa. Desde allí, desde el primer veraneo, la inquebrantable amistad de mi madre, Teresa Quijano de Molina, con Marta... Pero, espérate...

Alza la voz para llamar a su nieta que está en los altos.

"Olga, tráeme la caja donde guardo los abanicos de mamá. Y el cofrecito de Carey. Ven pronto!"

"Será la sorpresa!", pensé alborozada.

Vino Olga, en su payama, con la caja y el cofre. Un perfume de sándalo palpité en el recinto. Pero, el abanico que tomó de la caja tiene varillaje de calado marfil y el "país" está pintado por un artista.

"Míralo, Berta. Aquí en el anverso está la hilera de casitas, de las que yo te hablaba hace un momento. En ésta vivíamos nosotros."

En la otra, Marta Abreu, Luis Estévez y Pedrito. En aquella, los padres de Armando Rosales. Las temporadas eran sabrosas. Para conservar su recuerdo, Marta encargó a Chartrand la pintura del abanico. Del abanico no, de los abanicos, porque otro igualito a éste, que ella regaló a mamá, deben aún tenerlo los nietos de Marta. Por el reverso está la entrada de nuestro puerto, con el Morro vigilante. Y a ambos lados, en medallones, —¿los ves?— dos quitrines: el de mamá y el de Marta.

"Sí", suspiré, sin hablar. "Esta es la sorpresa".

Pero, no. Renée que me observa, esboza una sonrisa.

Ha dicho:

“¿Te gusta este cofre?”

Sin dejarme contestar, ha abierto el cofre, del que brotan en ramillete, unas cartas. Amarillas están y surcadas por una firme y fina letra inglesa.

“Son cartas de Marta Abreu a mamá. Mamá fué, ya te enterarás, cuando leas, la amiga predilecta de Marta. Le escribió desde el Central San Francisco en Crucés. Desde Prado 72, cuando mamá estaba ausente. Desde París, desde Cambó, desde Eaux Bonnes, desde Madrid y de Málaga, y desde New York. Le escribió siempre cuando viajaba como turista, y cuando se exiló de su país, sospechosas las autoridades españolas de que Marta y Don Luis eran mambises.

Aunque yo quería preguntarle a Renée, infantilmente, el color del vestido que lució Marta Abreu en la inauguración del teatro “La Caridad”; acerca del trato que daba ella a los criados de la casa; alrededor de su fe religiosa; sobre su actitud de madre y de abuela y esposa, dejé mi voz enterrada, toda anhelante, en antena mi oído, mientras ella fragmentaba, para mí, las cartas.

Desde Cambó, en septiembre de 1893, informa Marta a su “queridísima e inolvidable Teresita”, que asistió a la exposición de Chicago y era imposible allí escribir una letra. En Cambó está también ocupadísima, porque hay que dar muchas puntadas para enmendar las chambonadas de las modistas y reparar la ropa blanca. Le dice que muy pronto volverá a Cuba, en la primera travesía del vapor “La Navarre” porque a Don Luis se le ha empeñado, y aunque ella tiene miedo al viaje! Su marido es caprichoso. En Cambó no hay etiqueta. “Qué agradable Teresita”. Y ha podido obsequiar a las niñas pobres que trajeron flores a Rosalía el día de su santo. “Yo sé”—dice ella— “que esto es lo que a usted y a mí más nos interesa”.

En Cambó, Pirineos Franceses, bien llamado el asilo de los poetas, era Marta vecina de Edmundo Rostand. Con esta carta delante, nos atrevemos a afirmar que Marta Abreu no se interesó por la literatura. Ni siquiera hace al autor de Cyrano y Chantecler una referencia. Pero, si están patentes su sencillez, su actividad febril de ama de casa—“esas mujeres que se pa-

san la vida balanceándose, mientras la casa está sucia”, dijo en otra carta a Teresa, “cómo me atormentan!”—y su preocupación filantrópica, y su ternura materna que la lleva a comentar con orgullo unos versos, muy flojos, de Pedrito.

Renée hace una pausa. Me ofrece un refresco.

Entre sorbo y sorbo, tomo otra flor del ramillete. Y, me divierto. Está ahí nuestro sabio naturalista, don Carlos de la Torre, cuando era joven y su bohemia desesperaba a Marta. “Si usted lo ve—escribo—no lo conoce. Lo hemos convertido en hombre de orden. Come y duerme a sus horas, y hasta habla sentido. Cuando nos abandone volverá a sus costumbres, y es una lástima”.

Renée me arranca de la lectura para señalarme un largo párrafo, donde Marta Abreu reseña las modas con perspicacia. Lo hace para Renée, que en la primavera de la vida, le gustará enterarse de que en París se llevan las telas de cuadrafitos y rayas, y son las mangas fenomenalmente anchas”.

Pasamos a Eaux Bonnes, donde se encontraba Marta, en agosto de 1894, y donde la abruma la pesadez de los títulos. Está claro. A Marta Abreu la atosiga la nobleza! Prefiere entonces huir de señoronas encopetadas y caballeros en constante reverencia, para otear el paisaje. Y recoger para Carlos de la Torre caracoles. Hay en Eaux Bonnes ejemplares preciosos.

Hemos vuelto, con Marta a Cambó. Al Cambó de Rostand, de Loti y de Joyce, del ilustre doctor Grancher, cuñado de Madame Estévez que lo admira y lo quiere muchísimo. Y aquí descubro en la fiel amiga de Teresita Quijano, un giro de expresión, que no desdenaría ningún novelista. Disculpándose de no haberle escrito antes, la desagravia con estas frases:

“Ya la veo que me abraza, me besa como de costumbre y se le acabó la braveza. Pues ahora, echemos todo eso al olvido y como si nada hubiera pasado, sentada una al lado de la otra, vamos a hablar mucho, seguido y sin que se me olvide nada. Pero, que se vaya Renée para el balcón, para que no se aburra y empiece a decir: “Usted se ha olvidado que papá nos espera”. La carta tiene fecha de 15 de octubre de 1895. Rosa, su hermana, marchó a París, acompañando a Grancher, porque Pasteur ha muerto, y el cuñado de Marta era amigo y colaborador del extinto. A Marta le hubiera gustado asistir a los funerales del genial

hombre de ciencias, pero don Luis que todavía se encuentra bien entre las muchachas pirenaicas—¿estará Marta Abreu celosa?—ha preferido quedarse.

En París, en 1896, vuelve Marta a hablar de modas, pero a la vez, puesto el corazón en su doliente Cuba insurrecta, se queja de la frialdad de una amiga: “¿Cómo todavía tiene la gente allí ánimo para divertirse, yendo al parque? Me han contado que E. en su afán de lucir, aprovecha cualquier oportunidad para conseguirlo. Donde no hay cabeza ni corazón, nada debe extrañarnos, Teresita”.

Y otra vez, una inflexión de mujer celosa. Contesta a su invariable amiga, quien le informó que a su esposo le agrada aún elegantizarse, que lo mismo que don Fernando anda don Luis. Presume, y cambia a diario sus anillos y corbatas. “Andese con cuidado, como yo”, aconseja Marta. Era lógico que Marta, sin encono, celara al marido porque ya en la cincuentena, entre ellos florecían las ternezas. Para comprobarlo, escuchan:

Marta no ha escrito a su buena amiga el día 15, como había prometido hacerlo todos los meses, porque el 15 fué su aniversario de boda y hubo que estar de luna de miel cuatro días. ¡Oh, los caramelos azucarados de don Luis! Ella los terminó el 19 de mayo de 1896 para cumplir desde Cambó su compromiso amistoso.

En casi todas las cartas suspira por su país, tan hermoso y tan desgraciado. “Yo que lo amo tanto!” Para despistar al censor, se refiere a la causa separatista, en cuyo triunfo confía, como si se tratara de una casa de comercio. “Pronto”, ha agregado, “empézares de nuevo los negocios”.

Hay constancia en una carta de su angustia, cuando el hijo enfermó gravemente. Asistido por Grancher se salvó de la muerte. El mensaje cordial cómo repiquetea la convalecencia, pormenorizando a Teresa, desde Francia!

Marta Abreu compró en París el ajuar de novia de Renée, y explica a Teresita sus dudas y se vanagloria de sus éxitos. “Esa bata rosa es una ganga y es lindísima”. Servicial, le molesta que no le encarguen más cosas y que no indiquen los regalos que prefirieran, porque ella de todos modos regala siempre. Recomienda a Teresita las amigas y los familiares que en Cuba quedaron en desgracia. “Más beneficio espiritual alcanza el que da, que el que recibe la dádiva materialmente. No hay goce parecido al que proporciona halagar o ayudar a un semejante”. Más o menos son éstas, palabras de Marta.

Ama a sus hermanas apasionadamente. Rosalia, por más pequeña, se le figura tan hija suya como Pedrito. Asoma al epistolario su devoción por los padres difuntos y el entrañable cariño a su patria chica.

Comentando, Renée anecdotiza:

Una vez, valida de su confianza, “mamá le censuraba a Marta que trasladara de Prado 72, su señorial residencia capitalina a la casona provinciana algunos muebles valiosos. Aquello fué motivo del único disgusto de Marta Abreu con mi-

una carta fechada en New York a 3 de diciembre de 1898, cuando felicitaba a Teresa con motivo del nacimiento de Fernando García Kohly, su primer nieto. (¡Fernando! su mutis apresurado acongoja a Renée todavía, retoñada su materna ilusión, sin embargo, en la juventud de Olguita.)

“Tengo los ojos enfermos, y me cuesta mucho escribir. Pero, dígame, ¿cómo es el nieto? Felicita a Renée por lo bien que se ha portado, dándole un hijo a la patria. Dígale que todos los años repita la gracia, pero que sean varones, porque ellos son los seres felices del Universo.”

Volvieron a reunirse en Cuba Libre Marta Abreu y Teresa Quijano, charlando por los codos, sin cansarse. Ya Renée no se aburría y sobrababan los balcones de la casa. Volvieron luego las dos amigas a separarse, y esta vez para siempre, porque Marta iba a morir en París, en enero de 1909, aterida de frío, bajo un cielo plumizo, y agudizada su nostalgia por las alucinaciones de la anestesia.

Pero, antes, desde Málaga, en abril 22 de 1907, como para imponernos a los curiosos que ahora espigamos en sus cartas, de la constante abnegación de Marta, dice ella a Teresita Quijano que ha renunciado a visitar Sevilla en la Semana Santa y a la Feria que tiene tanta nombradía, “pero nos aconsejaron que no lleváramos a los niños porque con la aglomeración de gente, se desarrolla una epidemia de esas que hay en todas las poblaciones, y así por no dejar a los niños, aunque Rosa se ofrecía quedarse con ellos, preferí no ir, y ya empiezo a hacer sacrificio por los nietos, pues verdaderamente deseaba ir a ver la Semana Santa en Sevilla”. (Los niños eran los tres hijos de Pedro Estévez y Abreu, y quienes estuvieron a cargo de Marta hasta la muerte de ésta).

Aquí, la última carta. Le falta el pliego de despedida (¿no será que, presintiendo el desenlace próximo, la escamoteó Teresita del cofre para guardarla en su libro de misa?) En este mensaje de Marta Abreu, donde ella da el pésame por la muerte de un familiar a su amigo, se captan sus ansias de no marcharse. Los niños son muy pequeños y Marta sabe que a don Luis, a Rosalia, a los pobres de Santa Clara, ella les hace muchísima falta.

"Deseo tener sobre todo—escriba—pormenores de la desgracia ocurrida, por saber si él se vió morir, porque para mí, por resignado y cristiano que sea uno, el verse ir del lado de las personas queridas debe ser terrible".

Marta de los Angeles Abreu y Arencibia! Irse del lado de las personas queridas debe ser terrible, pero no tanto para una misma como para los seres amados, si logramos, como tú, hacer atractivo el ámbito más vulgar en la más hostil circunstancia. De ahí que no extraña la cronista, que a un mes y unos días de tu muerte, una bala pusiera punto final a la existencia de aquel don Luis Estévez y Romero, primer Vicepresidente de la República nuestra, notable abogado y publicista, eficaz colaborador de tus empresas, y devoto galán, a lo largo de vuestro ininterrumpido romance, de continuo rendido a tus plantas!

Puede que ese final no fuera, en definitiva, una fuga romántica. Pero de lo que sí estoy cierta es de que cualquier problema que impulsara a don Luis a la determinación funesta, de encontrarte tú a su lado, con tu valor y tu ánimo, se hubiera resuelto de manera distinta. Muy otro, que el suicidio, entonces, el resorte que para llevarse a

madre" Y, ¿que encuentra usted en La Habana que no haya en Villaclara, Teresita? La discusión terminó en un abrazo, pero mamá nunca más volvió a herir el susceptible regionalismo de Marta.

El epistolario es nutrido. Con Renée y hasta sin ella, ¡cuánto me interesa! Son las cartas matices íntimos de una mujer que no soñó en inmortalizarse, que sufrió y de qué modo. Pero no es hora de hurgar en sus sufrimientos. Que vislumbró, sin acaso darse cuenta, la razón de la cruzada feminista, cuando le dolía que en su país, copiando Don Juan Tenorio, este y el otro joven se burlara de una muchacha decente, mientras la sociedad aprobaba o disimulaba la felonía. Porque además... *Escuchémosla en don Luis pusiera la Parca en accho.

Marta de los Angeles Abreu y Arencibia. ¡A los cien años de tu nacimiento, echo a vuelo mis júbilos en reportaje nervioso. Eres en el patriótico calendario, la ciudadana Ignacio Agramonte. Eres en un laico santoral la Patrona de los Menesterosos. Eres en el mapa de Cuba, cuando a la geografía sentimental se rinde culto, el perfil más sugestivo de tu provincia. Eres en el cofre de carey de Teresita Quijano un ramillete de cartas, que utilizó Renée Molina para deslumbrarme con su sorpresa, alcanzándole una estrella a mi carrera de periodista.

Una estrella que con su luz prestó un fulgor a mi prosa.

INTERESANTE ACTO CELEBRADO, ANOCHE, EN
LA ESCUELA PROFESIONAL DE PERIODISMO



Dos aspectos del brillante acto con que la Asociación de Alumnos de la Escuela Profesional de Periodismo «Márquez Sterling», celebró el primer centenario del nacimiento de Marta Abreu: en la parte superior, la disertante, señora Berta Arocena de Martínez Márquez, la distinguida compañera en la profesión, cuando ofrecía su interesantísima conferencia. A su lado, la señorita Margot Salas, alumna de la escuela, y el presidente de la Asociación de Alumnos, señor Gerardo Rodríguez Valdés. Debajo: la señorita Margot Salas, leyendo sus palabras de presentación de la conferencista, ante la selecta concurrencia. En la presidencia, al lado de nuestra distinguida compañera, René Molina, el director de la Escuela y de la edición matutina de EL PAÍS, señor Víctor Bilbao.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

3900046

REVISANDO LAS CARTAS DE MARTA ABREU

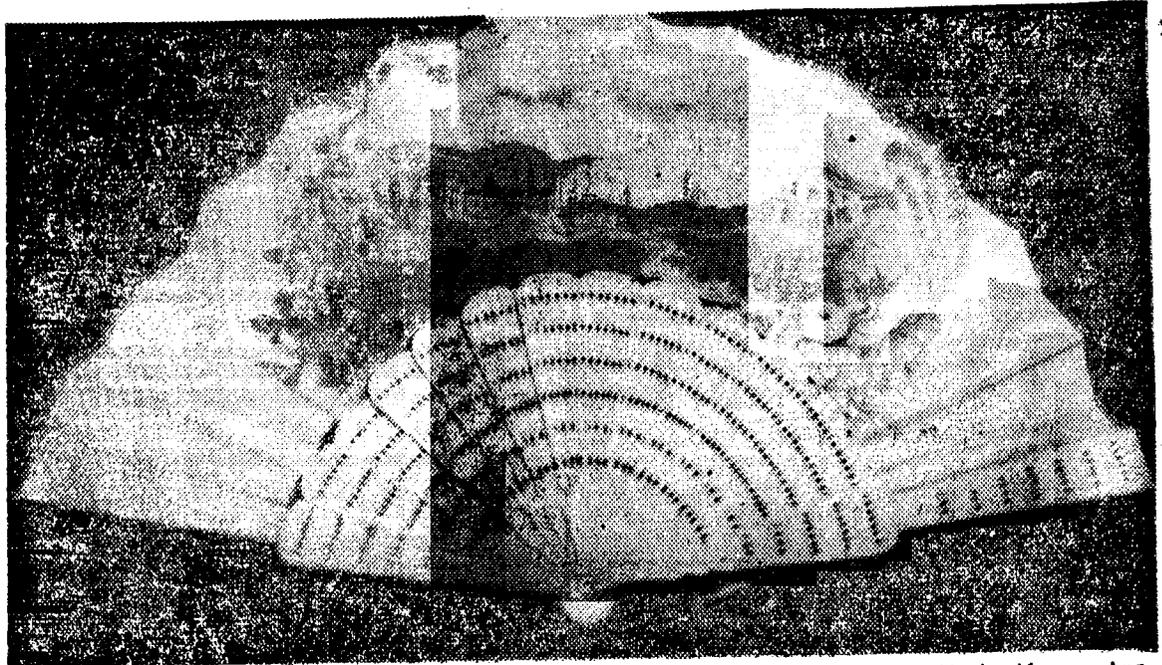


Renée Molina de García Kohly y nuestra colaboradora Berta Arocena escogen los párrafos del epistolario de Marta Abreu, que van a ser reproducidos.

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

UNA RELIQUIA QUE PERTENECIO A LA BENEFACTORA



Abanico de marfil calado, cuyo paisaje fué pintado por Chartrand, por encargo de Marta Abreu. Aparece en él, la hilera de casitas, en una de las cuales vivió la benefactora, vecina de Teresa Quijano y Molina.

300648

MARTA ABREU



Uno de los últimos y mejores retratos de la eximia patricia doña
Marta Abreu.

Marta



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

2

1000049

Paris, 14 de mayo 1849

Muy querida amiga:
 Me puse el 15 amaga
 mia, pero me puede por
 honras, porque fue aniversario
 de mis bodas y hubo que se
 dar de tema de miel de diez;
 y por tanto, fue necesario
 de dedicar todo el tiempo a
 los caramelos de San Luis,
 hasta hoy, que dije, no mis
 caramelos, ayucarados, que
 quise cumplir con mi gusto
 compromiso con Terecita,
 y como aqui dispuesta a
 charlar largamente con mi

especifico, en la
 cuenta, tenemos una poca
 que da la leche riquisima
 y muy gruesa, es la que
 tomamos alli, que de
 orden Molina para que
 le lleve todas las maña
 mas la cantidad que me
 necesita. De regalo que

w

2

33-6050

mas:

Leitoria sale para
esa via de los Estados Unidos,
el 1.º de Setiembre para poder
atender a los exámenes de la
Universidad. De modo que
Vdes. lo verán pronto y el 1.º



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

1000051



Teresa Quijano de Molina, a quien Marta Abreu dirigia las cartas que aquí se comentan.



*Servicio Femenino
para la
Defensa Civil.*



Marta Abreu de Estévez

nació el 13 de noviembre de 1845, cuando Cuba era todavía el eco ensangrentado de la Conspiración de la Escalera. Tenía tres años cuando se descubrió la conspiración de la "Mina de la Rosa Cubana"; seis, cuando las ejecuciones de Joaquín de Agüero, Isidoro de Armenteros y Narciso López; menos de ocho, el día que nació José Martí; veintitres, en la fecha en que Carlos Manuel de Céspedes alzó su rebelión en "La Demajagua". Vivió la época en la que Gertrudis Gómez de Avellaneda era nuestro orgullo europeo; en la que Poe, Tranquilino Sandalio de Neda, Mestre y Finlay incorporaban la Isla a la ciencia; en la que florecieron Milanés, Luaces, Mendive y Zenea y se escribió "Cecilia Valdés"; la época de las tertulias delmontinas para la cultura y de las reuniones ilícitas por la libertad. La época en la que Cuba era todavía española, aquella en que luchó con las armas en la mano para dejar de serlo y, por fin, los años de albor republicano. Material histórico de una riqueza que sólo podía ser abarcada por existencias excepcionales. Como fué la de Marta de Abreu, cuyo Centenario ha sido declarado por ello en Cuba fecha merecedora de conmemoración oficial.

Pero, también, jubileo de popular recordación. Porque si alguien vivió en unión firmísima con la entraña de su pueblo, con el oído atento a sus anhelos y sus necesidades, fué Marta Abreu, la villareña millonaria cuya elegancia criolla conocía muy bien París, la propietaria que jamás reclamó del Ejército Libertador garantías para sus bienes, la mujer que respondió un día a quien le señalaba que no había fortuna que pudiera resistir las sangrías que ella imponía a la suya en favor de la Revolución: "Mi última peseta es para la República. Y si hace falta más y se me acaba el dinero, venderé mis propiedades; y si se acaban también, mis prendas irán a la casa de venta. Y si todo fuera poco, nos iríamos nosotros a pedir limosna para ella. Y viviríamos felices porque lo haríamos por la libertad de Cuba".

¿Qué Maceo cae en el combate de San Pedro y se teme que el golpe resquebraje la Revolución? Marta Abreu, desde su salón parisino, al conocer el rumor trágico, envía inmediatamente un cable a Estrada Palma: "Diga si es cierta desoladora noticia. Cuente con \$10,000.00. Adelante". Y encabeza inmediatamente en Francia un Comité que acuerda responder al asesinato de Maceo aportando más fondos para la guerra. A la cabeza de la lista de donantes, cuyo producto excedió de cien mil pesos recaudados en diez días, el nombre de la villareña, con treinta mil pesos.



*Servicio Femenino
para la
Defensa Civil.*

¿Qué un grupo de cubanos procedente de Gibraltar tiene que llegar a New York?

Al escribir el portorriqueño Betances cómo se han solventado las dificultades económicas, no falta la alusión: "Como siempre, es la gran patriota la que mayor cantidad ha aportado". *La gran patriota*; así, sin más aclaraciones, porque no puede ser sino una: Marta Abreu.

¿Qué una grave crisis económica mambí ha sido resuelta oportuna y generosamente por alguien, salvado quizás todos los acontecimientos futuros? El telegrama de Estrada Palma a Betances, su representante en Francia, dice, mencionando a la mujer por su pseudónimo de combate: "Dios bendiga a *Ignacio Agramonte*". Y el portorriqueño responde: "Si todos los ricos tuvieran su patriotismo ya estaríamos en Cuba y en Puerto Rico libres de españoles". En Puerto Rico también, porque —Betances lo dice en una carta— "durante mi visita, llegué a creer que hasta para Puerto Rico, después de unas preguntas que me hizo el señor Estévez, estaba ella dispuesta a abrir su mano y su corazón. No quise insistir por no privar a Cuba de un auxilio que le es tan necesario". Y por todo esto y por muchas otras cosas más, es que Máximo Gómez, tan parco para el elogio y tan consciente de su propia significación independentista, afirma un día, refiriéndose a Marta Abreu: "Si se sometiese a una deliberación en el Ejército Libertador el grado que a dama tan generosa había de corresponder, yo me atrevo a afirmar que no hubiera sido difícil se le asignara el mismo grado que yo ostento". Grado que era —nadie lo ignora— el de Jefe Supremo del Ejército Libertador.

Esta significación patriótica bastaría para hacer de Marta Abreu una de las más nobles figuras femeninas de Cuba. Pero hubo también su certero instinto social, su preocupación por el destino de las clases pobres, su disgusto por los prejuicios raciales, toda una obra reformadora que anticipó los deberes y los principios científicos abordados por la moderna Asistencia Social.

En este aspecto de sus actividades pueden abonarse a Marta Abreu, el sostenimiento de las escuelas "San Pedro Nolasco" y "Santa Rosalía", de niños y niñas, respectivamente; la fundación del colegio "El Gran Cervantes", para los niños negros de Villaclara; su proyecto —interrumpido por el estampido bélico de 1895— de una Escuela de Artes y Oficios; y toda una red de pequeñas escuelitas de barrio que, en su época, constituyeron una buena contribución a la lucha contra el analfabetismo.

Gestionó Marta, para combatir la desocupación, el traslado a Santa Clara de varios talleres ferroviarios; creó la "Casa de San Pedro y Santa Rosalía" para ofrecer albergue a familias temporalmente privadas de recursos económicos; construyó en barrios apartados de la ciudad, a orillas de los ríos, lavaderos públicos y gratuitos para las mujeres pobres; fundó, para atención de la niñez más humilde, el Dispensario "El Amparo"; contribuyó a equipar debidamente los Hospitales "San Lázaro" y "San Juan de Dios"; protestó contra las condiciones de vida que se imponía a los presos en la Cárcel villareña y cooperó a su mejoramiento; y fué suya la iniciativa de construcción del camino denominado Paso del Minero, facilitador del transporte de los cultivos campesinos a la cabecera de su Provincia.

En 1885, construyó el Teatro "La Caridad", el producto de cuyos ingresos entregó a partes iguales al Municipio, para obras de beneficencia e instrucción popular y a la Asociación de Damas de San Vicente de Paul para auxilio a los necesitados. Para edificar el Teatro, propiedad municipal, dió al Ayuntamiento terrenos en canje, asumiendo la responsabilidad de erigir en otros lugares la Jefatura de Policía, el Cuartel de Bomberos, el Asilo de Ancianos y otras dependencias municipales. En 1894 equipó con todos los aparatos necesarios el Observatorio Astronómico Meteorológico Municipal y emprendió la tarea de dotar a Villaclara de adecuado alumbrado público. En 1899 hizo importantes donativos a la Biblioteca Pública del Liceo de su ciudad, costeando el alumbrado y el personal necesario para su funcionamiento nocturno.

¿Cuántos cientos de miles de pesos significaron estas obras? ¿Cuántos cientos de miles fueron dados por Marta Abreu para la contienda independentista? No lo sabemos con exactitud. Pero sabemos la oportunidad, la naturalidad y la sencillez que se pusieron en su entrega. Nunca dió Marta su nombre a una obra; no estuvo presente, cuando Villaclara inauguró con grandes festejos su alumbrado público; rechazó cortesmente el honor, cuando en 1894 el Ayuntamiento de su rincón natal quiso pedir para ella al rey español el título de Condesa de Villaclara. Y cuando le hablaban de que su dinero podía perderse y de que los mambises mantenían rencillas entre sí y de que tal jefe tenía tales o cuales defectos, respondía: "Los hombres y sus defectos pasan y es necesario no darle importancia a sus pequñeces para poder llegar, como llegaremos, al definitivo triunfo de nuestra causa".

Cuando el triunfo de la causa llegó, a terrible costo de sangre y de riquezas, supo continuar siendo generosa. El Casino Español de Santa Clara, desalojado del edificio que ocupaba, apeló a ella en demanda de un albergue. La respuesta de Marta Abreu, aunque breve, reveló toda su limpia grandeza de espíritu: "Pueden disponer los españoles de Villaclara del local que solicitan".

En los días de la Segunda Intervención Norteamericana en Cuba, Marta Abreu y su esposo, Luis Estévez, quien había sido Vicepresidente de Tomás Estrada Palma, marcharon a Francia. Y en París, el 2 de enero de 1909, murió la cubana que supo ser —son palabras de Ramón E. Betances— "siempre admirable de patriotismo".



El Servicio Femenino para la Defensa Civil deja en estas líneas constancia de la admiración y del afecto que las mujeres de Cuba sienten por Marta Abreu, Hermana Mayor, como Mariana Grajales o Dominga Moncada; suave y austera figura digna de todos los respetos; ejemplo y guía de generaciones femeninas que han de emular su lucha por el progreso y la libertad cubanas; mujer de entera dignidad que pudo usar en el Noventa y Cinco, sin empequeñecerle en lo más mínimo la dimensión histórica, el nombre ilustre de nuestro Ignacio Agramonte.

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

1009. 53



*Velada Conmemorativa
del
Centenario del Natalicio
de*

*Marta Abreu de Estévez
(1845-1945)*

Matanzas, martes 13 de noviembre de 1945.

Hora: 9 p. m.

Matanzas, 13/11/45



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Marta de los Angeles Abreu y González-Arencibia

NACIO: en la ciudad da Santa Clara el día 13 de noviembre del año 1845.

MURIO: en la ciudad de Paris (Francia) el día 2 de enero del año 1909.

Doña Marta Abreu de Estévez fundó hospitales y asilos para pobres y ancianos; creó y sostuvo escuelas públicas; fomentó el progreso y la cultura populares; auxilió a desvalidos y menesterosos; y ayudó activa y eficazmente a la liberación de la Patria Cubana.

"No hay obra de interés público a que no contribuya con "esplendidez esta distinguida dama que por la grandeza de su "alma, su sencillez y austeridad, ostenta la representación más "pura de cuantas bellezas caracterizan a la mujer cubana".

Raimundo Cabrera.

"...Y esta fué la vida de Marta Abreu: nació rica, amó "mucho, vivió amando, amó su hogar, amó sus pobres, amó a su "patria y murió triste, amada de su pueblo y de la gente buena".

"Marta Abreu será, pues, para nosotros la personificación de "las virtudes femeninas en la sociedad cubana, en la que alcanza- "ron consorcio admirable las virtudes públicas de la mujer que "laboró por su patria y las virtudes privadas de la mujer que supo "amar a los suyos, a sus convecinos y a sus compatriotas y ser "modelo de esas virtudes silenciosas y sin laureles....."

"..... recordemos su virtud, su caridad, y su fe patriótica, y "veneremos en ella a la cubana a quien las generaciones venideras "podrán tener por modelo de matronas".

Dr. Fernando Ortiz.

PROGRAMA:

1. Himno Nacional Cubano.....P. Figueredo
Banda de Música del Regimiento 4 "Plácido",
Director: Teniente Eduardo Gotay Martínez, M. M.
2. Palabras iniciales, por el Dr. Luis Rodríguez Rivero, Presidente
de la Institución.
3. "Poeta y Aldeano" (overtura).....F. R. Von Suppé
Banda de Música del Regimiento 4 "Plácido".
4. "El sentido social en la obra de Marta Abreu", disertación
por la Dra. Consuelo Miranda Miravet, Vice-Presidente de
la Sección de Educación del Ateneo.
5. Selecciones de canto:
 - (a) "Canción de Cuna".....Brahms
 - (b) "Tu Alma".....Ed. Sánchez de Fuentes
 - (c) "Voi lo sapete, o mamma"
(aria de "Cavalleria Rusticana").....P. Mascagni
Soprano dramática: Margarita Zambrana,
Piano: Profesora Josefina Badia.
6. "Marta Abreu: su mandato", conferencia por la Dra. Zoraida
Curbelo Gálvez, Secretaria de la Sección de Literatura
del Ateneo.
7. "Los Millones de Arlequín", (serenata).....R. Drigo
Banda de Música del Regimiento 4 "Plácido".
8. Discurso final del acto, por el Dr. Juan Chabás y Martí, Pro-
fesor de Literatura de la Universidad Central de Madrid;
Prof. de la Universidad de Génova (Italia); Pdte. de la
Sección de Literatura del Ateneo de Madrid; graduado de
la Sorbona de París; autor de varios libros, etc.

Fervoroso Recuerdo de Doña Marta Abreu en la Sesión de los Leones Celebrada Ayer

Pronunció el Doctor Antonio García Hernández un Discurso en Memoria de la Ilustre Patriota.—Dedicada al Fomento Avícola el Resto de la Reunión Leonística

Interesante sesión sobre el fomento de la avicultura en Cuba celebró en la tarde de ayer el club de Leones de La Habana bajo la presidencia de su titular el doctor Lincoln S. Méndez y actuando en

la secretaria el doctor Pedro P. Llaguno.

En esta sesión también se rindió homenaje a la memoria de la insigne benefactora villaclareña, Marta Abreu con motivo de cumplirse el primer centenario de su natalicio.

Mesa Presidencial

Ocuparon asientos a la mesa presidencial junto a los Leones doctores Lincoln S. Méndez y Pedro P. Llaguno los siguientes señores: doctor Germán Álvarez Fuentes, Ministro de Agricultura; doctores Francisco González, vicepresidente de la Asociación Nacional de Avicultura; doctor Antonio García Hernández, Presidente de la Sección de Educación de la Sociedad Económica de Amigos del País; doctora Hilda Ruiz Castañeda, Directora del Conjunto Polifónico del Instituto de La Habana; las señoras Beni Varas de Gallardo, Cuca Alvarez de Fernández y Paloma Jover de Rivero; y los Leones Joaquín Gallardo Mendoza, Félix Granados y Juan Frías González, éste último organizador de la sesión y maestro de ceremonias.

Centenario del Natalicio de Marta Abreu

El León Presidente doctor Lincoln S. Méndez pronunció breves palabras para referirse al acuerdo adoptado por la VIII Convención Nacional de Cuba de Leones celebrada en esta capital durante el pasado mes de agosto en el sentido de que por todos los Clubes de Leones del Distrito se conmemorara el primer Centenario del Natalicio de Marta Abreu, señalando que con ese motivo el Club de Leones de La Habana había invitado a este acto al doctor Antonio García Hernández, para que a nombre de la Sociedad Económica de Amigos del País, consumiera un turno para referirse a dicha conmemoración.

El doctor García Hernández, presidente de la Sección de Educación de la Sociedad Económica de Amigos del País, ocupó el micrófono para dar lectura a un brillante trabajo relacionado con el homenaje que rindieron los Leones a Marta Abreu con motivo de cumplirse el centenario de su natalicio.

El orador hizo mención de los desvelos patrióticos de la insigne villaclareña, y señaló el hecho de haber contribuido con la suma de cuarenta mil pesos para engrosar los fondos de la Revolución Libertadora que hizo don Tomás Estrada Palma le escribiera en 1897 diciéndole: "Dichosos los que saben dar a tiempo, ellos recogen las bendiciones del cielo y de la tierra".

Hizo el doctor García Hernández una breve biografía de la vida de Marta Abreu, señalando los hechos más significativos de su espíritu altruista, entre ellos la creación de escuelas, fundación de asilos, construcción de hospitales, caminos, así como la propagación de la cultura y fomento de empresas.

Dijo el orador que su obra en apoyo y defensa de la libertad de Cuba comienza en 1895, desde París, actuando pública y abiertamente y contribuyendo al sostenimiento del Delegado Revolucionario en París y subvencionando el periódico revolucionario "La República Cubana".

Para terminar el orador dijo: "Todo ha pasado, menos el recuerdo de Marta Abreu que vive y vivirá imperecederamente en su obra genial y en el ejemplo de sus esclarecidas virtudes".

RINDIO VILLAGLARA HOMENAJE A MARTA

Festearon Brillantemente el Centenario de la Ilustre Patriota y Benefactora

SANTA CLARA, noviembre 13.—Animados actos celebran el Club de Leones, el Colegio Médico y las escuelas San Pedro y Santa Rosalía, en memoria de la ilustre benefactora y patriota Marta Abreu de Estévez, con motivo de cumplirse el primer centenario de su nacimiento.

En la casa donde naciera Marta, en la calle Sancti Spiritus, hoy Juan Bruno Zayas, se efectuó una solemne misa, en la cual ofició el obispo de Cienfuegos, monseñor Martínez Dalmau, ante miles de personas. A continuación, se verificó un desfile como no se recuerda otro de esta ciudad, iniciando a las nueve de la mañana y el cual juró hasta la una de la tarde. Más de cuarenta mil personas lo integraban, entre ellas escolares, instituciones sociales, gremios, sindicatos, empleados públicos de esta ciudad y de varios términos de la provincia.

A las once de la mañana, llegaron el Primer Ministro, Carlos Prío Socarrás, los senadores Miguel Suárez Fernández, Juan Marinello y Gustavo Alonso Pujol; el representante Porfirio Pedás; el director de deportes, Luis Orlando Rodríguez, quienes se trasladaron a la glorietta presidencial levantada en el pórtico del Palacio Provincial, donde se encontraban el gobernador Claudio López Olivera, representaciones oficiales, del Poder Judicial, sociedades y los únicos descendientes de la ilustre benefactora, sus nietos Pedro y Luis Estévez Laza, quienes vinieron desde México y Francia, donde residen, para asistir a los actos en memoria de quien nada le catimó para ayudar a obtener nuestra libertad.

El gobernador Provincial ofreció un almuerzo al Premier y a los líderes auténticos Suárez Fernández y Pedás exclusivamente.

En el puesto General Monteagudo, del regimiento Leoncio Vidal, se efectuó una parada militar, que presenciaron el primer Ministro y demás autoridades civiles y militares. Después continuaron los demás actos del programa, tales como el bautizo de niños en las creches, colocación de la primera piedra del edificio para la Escuela del Hogar "Marta Abreu", velada en el teatro La Caridad, y otros, que continuarán los días siguientes.

El pueblo lamentó que el presidente Grau no asistiera como había prometido a estos actos y al banquete del club Cubanacán. — SARMIENTO.

En Honor de Marta Abreu
MINAS DE MOTEMBO, noviembre 13.— Las escuelas públicas celebraron lucidos actos, con motivo del centenario de la insigne patriota Marta Abreu. Vicente M. Martínez.

Marta Abreu

RECORDANDO

MARTA ABREU DE ESTEVEZ

Nació el 13 de noviembre de 1845, cuando Cuba era todavía el eco ensangrentado de la Conspiración de la Escalera. Tenía tres años cuando se descubrió la conspiración de la "Mina de la Rosa Cubana"; seis, cuando las ejecuciones de Joaquín de Agüero, Isidoro de Armenteros y Narciso López; menos de ocho, el día que nació José Martí; veintitres, en la fecha en que Carlos Manuel de Céspedes alzó su rebelión en "La Demajagua". Vivió la época en la que Gertrudes Gómez de Avellaneda era nuestro orgullo europeo; en la que Poey, Tranquilino Sandalio de Noda, Mestre y Finlay incorporaban la Isla a la ciencia en la que florecieron Milanés, Luaces, Mendive y Zenea y se escribió "Cecilia Valdés" la época de las tertulias delmontinas para la cultura y de las reuniones ilícitas por la libertad. La época en la que Cuba era todavía española, aquella en que luchó con las armas en la mano para dejar de serlo y, por fin, los años de albor republicano. Material histórico de una riqueza que sólo podía ser abarcada por existencias excepcionales. Como fué la de Marta de Abreu, cuyo Centenario ha sido declarado por ello en Cuba fecha merecedora de conmemoración oficial.

Pero, también, jubileo de popular recordación. Porque si alguien vivió en unión firmísima con la entraña de su pueblo, con el oído atento a sus anhelos y sus necesidades, fué Marta Abreu, la villareña millonaria cuya elegancia criolla conocía muy bien París, la propietaria que jamás reclamó del Ejército Libertador garantías para sus bienes, la mujer que respondió un día a quien le señalaba que no había fortuna que pudiera resistir las sangrías

que ella imponía a la suya en favor de la Revolución: "Mi última peseta es para la República. Y si hace falta más y se me acaba el dinero, venderé mis propiedades; y si se acaban también, mis prendas irán a la casa de venta. Y si todo fuera poco, nos iríamos nosotros a pedir limosna para ella. Y viviríamos felices porque lo haríamos por la libertad de Cuba".

¿Que Maceo cae en el combate de San Pedro y se teme que el golpe resquebraje la Revolución? Marta Abreu, desde su salón parisino, al conocer el rumor trágico, envía inmediatamente un cable a Estrada Palma: "Diga si es cierta desoladora noticia.

Cuenta con \$10,000.00. Adelante". Y encabeza inmediatamente en Francia un Comité que acuerda responder al asesinato de Maceo aportando más fondos para la guerra. A la cabeza de la lista de donantes, cuyo producto excedió de cien mil pesos recaudados en diez días, el nombre de la villareña, con treinta mil pesos.

¿Que un grupo de cubanos procedente de Gibraltar tiene que llegar a New York? Al escribir el portorriqueño Betances cómo se han solventado las dificultades económicas, no falta la alusión: "Como siempre, es la gran patriota la que mayor cantidad ha aportado". "La gran patriota"; así, sin más aclaraciones, porque no puede ser sino una: Marta Abreu.

¿Que una grave crisis económica mambí ha sido resuelta oportuna y generosamente por alguien, salvando quizás todos los acontecimientos futuros? El telegrama de Estrada Palma a Betances, su representante en Francia, dice mencionando a la mujer por su pseudónimo de combate:

"Dios bendiga a Ignacio Agramonte". Y el portorriqueño responde: "Si todos los ricos tuvieran su patriotismo ya estaríamos en Cuba y en Puerto Rico libres de españoles". En Puerto Rico también, porque —Betances lo dice en una carta— "durante mi visita, llegué a creer que hasta para Puerto Rico, después de unas preguntas que me hizo el señor Estévez, estaba ella dispuesta a abrir su mano y su corazón. No quise insistir por no privar a Cuba de un auxilio que le es tan necesario". Y por todo esto y por muchas otras cosas más, es que Máximo Gómez, tan parco para el elogio y tan consciente de su propia significación independentista, afirma un día, refiriéndose a Marta Abreu: "Si se sometiese a una deliberación en el Ejército Libertador el grado que a dama tan generosa había de corresponder, yo me atrevo a afirmar que no hubiera sido difícil se le asignara el mismo grado que yo ostento". Grado que era —nadie lo ignora— el de Jefe Supremo del Ejército Libertador.

Esta significación patriótica bastaría para hacer de Marta Abreu una de las más nobles figuras femeninas de Cuba. Pero hubo también su certero intento social, su preocupación por el destino de las clases pobres, su disgusto por los prejuicios raciales, toda una obra reformadora que anticipó los deberes y los principios científicos aborruados por la Moderna Asistencia Social.

En este aspecto de sus actividades, pueden abonarse a Marta Abreu, el sostenimiento de las escuelas "San Pedro Nolasco" y "Santa Rosalía", de niños y niñas, respectivamente; la fundación del colegio "El Gran Cervantes", para los niños negros de Villaclara; su proyecto —interumpido por el estampido bélico de 1895— de una Escuela de Artes y Oficios; y toda una red de pequeñas escuelitas de barrio que, en su época, constituyeron una buena contribución a la lucha contra el analfabetismo.

Gestionó Marta, para combatir la desocupación, el traslado a Santa Clara de varios talleres ferroviarios; creó la "Casa de San Pedro y Santa Rosalía" para ofrecer albergue a familias temporalmente privadas de recursos económicos; construyó en barrios apartados de la ciudad, a orillas de los ríos, lavaderos públicos y gratuitos para las mujeres pobres; fundó, para atención de la niñez más humilde, el Dispensario "El Amparo"; contribuyó a equipar debidamente los Hospitales "San Lázaro" y "San Juan de Dios"; protestó contra las condiciones de vida que se imponía a los presos en la Cárcel villareña y cooperó a su mejoramiento; y fué suya la iniciativa de construcción del camino denominado Paso del Mineró, facilitador del transporte de los cultivos campesinos a la cabecera de su Provincia.

En 1885, construyó el Teatro "La Caridad", el producto de cuyos ingresos entregó a partes iguales al Municipio, para obras de beneficencia e instrucción popular y a la Asociación de Damas de San Vicente de Paul para auxilio a los necesitados. Para edificar el Teatro, propiedad municipal, dió al Ayuntamiento terrenos en canje, asumiendo la responsabilidad de erigir en otros lugares la Jefatura de Policía, el Cuartel de Bomberos, el Asilo de Ancianos y otras dependencias municipales. En 1894 equipó con todos los aparatos necesarios el Observatorio Astronómico Meteorológico Municipal y emprendió la tarea de dotar a Villaclara de adecuado alumbrado público. En 1899 hizo importantes donativos a la Biblioteca Pública del Liceo de su ciudad, costeando el alumbrado y el personal necesario para su funcionamiento nocturno.

¿Cuántos cientos de miles de pesos significaron estas obras? ¿Cuántos cientos de miles fueron dados por Marta Abreu para la contienda independentista? No lo sabemos con exactitud. Pero sabemos la oportunidad, la natu-

1000058

4

3

ralidad y la sencillez que se pusieron en su entrega. Nunca dió Marta su nombre a una obra; no estuvo presente, cuando Villaclara inauguró con grandes festejos su alumbrado público; rechazó cortesmente el honor, cuando en 1894, el Ayuntamiento de su rincón natal quiso pedir para ella al rey español el título de Condesa de Villaclara. Y cuando le hablaban de que su dinero podía perderse y de que los mambises mantenían rencillas entre sí y de que tal jefe tenía tales o cuales defectos, respondía: "Los hombres y sus defectos pasan y es necesario no darle importancia a sus pequeñeces para poder llegar, como llegaremos, al definitivo triunfo de nuestra causa".

Quando el triunfo de la causa llegó, a terrible costo de sangre y de riquezas, supo continuar siendo generosa. El Casino Español de Santa Clara, desalojado del edificio que ocupaba, apeló a ella en demanda de un albergue. La respuesta de Marta Abreu, aunque breve, reveló toda su limpia grandeza de espíritu: "Pueden disponer los españoles de Villaclara del local que solicitan".

En los días de la Segunda Intervención Norteamericana en Cuba, Marta Abreu y su esposo, Luis Estévez, quien había sido Vicepresidente de Tomás Estrada Palma, marcharon a Francia. Y en París, el 2 de enero de 1909, murió la cubana que supo ser —son palabras de Ramón E. Betances—, Siempre admirable de patriotismo".

Miner. 2, C 1945 - en 1946

VIDAS CUBANAS

MARTA ABREU

Por Fermín Peraza

UN día como hoy —2 de enero— de 1909, murió en París, Francia, Marta de los Angeles Abreu y Arencibia. Nació en Santa Clara, provincia de Las Villas, el 13 de noviembre de 1845.

Fueron sus padres Pedro Nolasco González Abreu y Jiménez y Rosalía Justiniana Arencibia, ambos naturales de la misma ciudad.

Contrajo matrimonio con Luis Estévez y Romero, en la parroquia de Santa Clara, el 16 de mayo de 1874, actuando como padrinos Eduardo González Abreu y María de los Angeles Mora, y como testigos Pedro Arias y Rafael García; de cuyo matrimonio nació un solo hijo el 12 de abril de 1875, en La Habana, Pedro Nolasco Zenón Estévez y Abreu. Conocía Marta Abreu por experiencia personal, el estado de atraso de la enseñanza, las dificultades para que ésta llegara a las clases pobres; y no solamente cumplió conjuntamente con sus hermanas, las cláusulas testamentarias de su padre, mandando a fundar el colegio San Pedro Nolasco, en Santa Clara, sino que agregaron más de \$90,000 de su peculio, a los \$20,000 destinados por el padre a esa obra.

Al trasladarse la escuela, el local que dejó libre fué destinado a otra obra benéfica: Marta, Rosa y Rosalía, unidas siempre, lo destinaron a crear el asilo de pobres San Pedro y Santa Rosalía, inaugurado en diciembre de 1883.

Ya había fundado antes Marta Abreu, a principios de 1882, la escuela para niños de color El Gran Cervantes.

A principios de 1884 comenzaron las obras del teatro La Caridad, el cual costó a Marta Abreu la suma de \$150,000 terminando su construcción el 8 de septiembre de 1885, en que fué recibido por el pueblo de Santa Clara, como un precioso legado de generosidad, de arte y de cultura para la ciudad, encomendándose el discurso inaugural a Rafael Montoro.

Atenta siempre a las necesidades de los pobres, fué obra de ella también la construcción de cuatro lavaderos públicos en los ríos Cubanicay y Bélico; inaugurados solemnemente el 18 de mayo de 1887.

Otra obra que recuerda su espíritu de servicio a la colectividad es el dispensario "El Amparo", creado por su generoso desprendimiento el 1º de mayo de 1895; quedando inaugurada además en esta misma fecha, otra de sus obras: la planta eléctrica.

Quien sentía tan hondo las necesidades del pueblo cubano, no podía permanecer indiferente a sus sentimientos patrióticos. La guerra alejó a Marta Abreu y a los suyos de su Patria, refu-

giándose en París, poniendo al servicio de la revolución su prestigio y recursos familiares.

La noticia de la muerte de Antonio Maceo nos sirve de ejemplo de su temple patriótico. Los cubanos residentes en París inician una colecta especial para salvar la revolución, para vengar la muerte de Maceo, proponiéndose reunir cien mil pesos como mínimo, y Marta Abreu se suscribe con \$30,000, a pesar de que acababa de remitir \$10,000 a Estrada Palma, para seguir adelante la revolución.

En su destierro de París pasó toda la guerra, regresando con los suyos a su patria el 8 de febrero de 1899. Santa Clara los recibió con desbordadas muestras de cariño, residiendo la mayor parte del tiempo en esa ciudad, hasta que su esposo fué electo vicepresidente de la República, en las primeras elecciones generales.

Los sucesos políticos de 1905 motivaron la renuncia de Luis Estévez a su cargo, embarcando con Marta a París, donde falleció el 2 de enero de 1909.

Los restos de la insigne benefactora fueron trasladados, con los de su esposo al Cementerio de Colón, de La Habana; y el pueblo agradecido de Santa Clara le erigió una estatua en el Parque Vidal de esa ciudad.

10.0060

COMISION de FESTEJOS del CENTENARIO
— DE —



Marta Abreu de Estévez



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

LA COMISION DE FESTEJOS DEL

Centenario

DE

Marta Abreu de Estévez

se complace

invitando a usted y su distinguida familia, al ACTO DE ENTREGA DE LOS PREMIOS CONCEDIDOS POR LA LEY No. 11 DE 1945, A LOS CONCURSANTES PREMIADOS POR SUS TRABAJOS BIOGRAFICOS, PERIODISTICOS Y POETICOS, SOBRE LA INSIGNE MATRONA VILLA CLAREÑA MARTA ABREU DE ESTEVEZ, que se efectuará el próximo Domingo 15 de Diciembre en el Teatro "La Caridad", a las 9 y 30 de la mañana.

Agradeciendo su asistencia, que prestigiará este acto final del CENTENARIO DE NUESTRA MARTA, quedamos cordialmente sus attos. y ss. ss.,

AGUSTIN VEITIA, MANUEL ANGULO,
Secretario. Tesorero.

EVANGELISTA YANEZ, RAFAEL DOMENECH,
Vocal. Vocal.

DR. JUAN ARTILES, SERGIO R. ALVAREZ,
Alcalde Municipal. Presidente del Ateneo.

CLAUDIO LOPEZ OLIVERA,
Gobernador Provincial.
Presiden

Programa

- 1 Himno Nacional, por la laureada Banda Municipal de Santa Clara.
- 2 Palabras de apertura en nombre del Sr. Alcalde Municipal, por el Dr. José A. Pascual.
- 3 Entrega de los Premios a:
 - a) Dr. Pánfilo D. Camacho, de \$1,000.00, por el Primer lugar en el Concurso de Biografías.
 - b) Sr. Rafael Marquina, de \$500.00, por el Segundo lugar en el Concurso de Biografías.
 - c) Sra. Bertha Arocena de Martínez Márquez, de \$200.00, por el mejor artículo periodístico.
 - d) Sra. Yolanda Leonard de Piedra, de \$200.00, por el Primer lugar en el Concurso de Poesías.
 - e) Sr. Nicolás Capote, de \$100.00, por el Segundo lugar en el Concurso de Poesías.
- 4 Donación de un cheque por \$250.00, al Asilo de Ancianos, por el Biógrafo premiado Dr. Pánfilo D. Camacho.
- 5 Palabras finales, en nombre de la Comisión de Festejos, por el Dr. Manuel Angulo Monteagudo.

A las 11 a. m.: Recepción en la Sala de Sesiones del Ayuntamiento.

Santa Clara, Diciembre 15 de 1946.

MARTA ABREU

INFANCIA Y JUVENTUD

Por Rafael Marquina.

Inf. enero 18/948.

NACIMIENTO

FUE, sin duda, día de gracia y de regodeo en la sociedad de Santa Clara, el 24 de Abril de 1843. En la Parroquia se agruparon, entre un chasquido de sedas y bisbiseos, las señoras y las doncellas ataviadas en lujo de últimos figurines llegados de Europa; y los hombres, estirados en el empaque de la etiqueta, comentaban las incidencias recientes, mientras, alzando en el barrio el vuelo de las curiosidades, asomadas a la ventana o en acecho tras de la reja, por caminos distintos hacia una vida igual, se acercaban al templo Don Pedro Nolasco de Jesús González Abreu y Jiménez, Teniente de la Primera Compañía de Caballería Urbana, y la señorita Rosalía Justiniana Arencibia y Plana, hija de don José Francisco Arencibia, regidor alcalde ordinario de primera elección y alguacil mayor que fué de Villaclara, y de doña María Beatriz Plana.

Celebróse la boda en la Parroquial Mayor y debió ser sonada. En un júbilo de augurios felices anduvieron los buenos deseos largo trecho de la vida futura. Y en el candor de las sonrisas nuevas acentuaba su confianza el amor enternecido.

No se frustraron los votos fervientes ni puso el destino torvo ceño circunflejo en la faz de la vida. El matrimonio, de especiales dotes de laboriosidad y honradez acrisolada, anduvo buena ruta, Prolífico y honesto, medró en bienes y fortuna. Hubo largueza de ganancias materiales y de espirituales goces con el caudal creciente acumulado en los negocios y las tres hijas en que se bendijeron sus amores: Rosa, María y Rosalía.

Contaba Rosa Beatriz, la primogénita, apenas año y medio de edad—había nacido en Santa Clara el 7 de Junio de 1844— cuando el 13 de Noviembre de 1845, que acertó a ser jueves, corazón de la semana, nació la niña que fué después bautizada en la Parroquial Mayor con el nombre de Marta de los Angeles, por el Cura Coadjutor, presbítero Bartolomé Fernández, bajo el padrinazgo de doña María de los Angeles Plana y el Caballero don Mariano de Mora.

La tercera hija de doña Rosalía y de Don Pedro advino al mundo cuando ya las dos primeras eran en la galanía de su juventud dos mozas pimpantes y crecidas, el 15 de Enero de 1862. Marta había

cumplido ya los 16 años. Apuntemos el dato, porque en la vida de las tres hermanas—Rosa, Marta y Rosalía: una jaculatoria que aroma el labio patriota— esta circunstancia rodeó a Rosalía, en el episodio de sus desgracias íntimas, de un amor de maternidad que Marta ejerció con vehemencia.

SANTA CLARA

La villa de Santa Clara o Villaclara, que fué la luz primera que vieron los ojos de Marta, no era por aquellos tiempos una clara promesa de lo que ha sido después. Arboleya, en su "Manual de la Isla de Cuba" (año de 1852) no le dedicó párrafos especiales en su capítulo dedicado a dar una "Idea de las ciudades principales de esta Isla". Y en la lista alfabética de las poblaciones, la menciona así: "Villaclara o Santa Clara, villa capital de la Tenencia de Gobierno de su nombre, cabeza de partido; 6.000 habitantes". (Asigna a Matanzas 18.000 y a Trinidad 14.000). En otro lugar apunta el dato de que "tres veces por semana" se publicaba "El Eco de Villaclara". Para el año 1851 fija en nueve el número de sus regidores. El presupuesto, para el mismo año era: ingresos: 10.221 y gastos 11.054; de modo que, a creer —y no hay por qué no creerle— al pacientísimo Arboleya, el Ayuntamiento de Santa Clara, cuando Marta, que había de ser su gran benefactora, contaba seis años, tenía un déficit de 233. No era, pues, en términos generales, una villa mal administrada; dicho sea en loor de sus regidores y para espejo de concejales. Partían de Villaclara, siempre según el acucioso manualista, por aquel entonces varios correos de travesía: a Cienfuegos, a Sancti Spiritus, a Remedios, etc.

Bastan, sin duda, estos datos, entre otros muchos que podrían espigarse en epitome, compendios y manuales o en especiales monografías—sin olvidar que por R. O. de 12 de Mayo de 1867 se le otorgó a Villaclara el título de ciudad— para dar idea de cuál era la villa en cuyas calles empezó a andar por las rutas de la vida su hija gentil, la Marta de Villaclara; en fin, como era, en aquellos años, la villa que es hoy Ciudad de Marta.

Pero en la almendra de aquella fáfara, leve dureza inmacula de espíritu emprendedor y de brio cívilico estimulaba aquellas potencias



por donde, en ejercicio vivaz, habían de recaer en la villa, a poco ciudad, como se ha dicho, las bienandanzas de un progreso constantemente estimulado por el esfuerzo de sus hijos y vecinos. Ya veremos más adelante cómo la historia de este constante proceso evolutivo tiene un capítulo especial y brillante que resplandece bajo la gracia de un nombre bíblico, musical y armonioso: el de Marta.

CLIMA HISTORICO

¿Cómo creció, cómo fué madurando el espíritu de la niña en la villa que no podía ser considerada como una "de las principales poblaciones de la Isla? Las piedras de Santa Clara son cantera de almas. Y en ellas se forjó — conviene no olvidarlo — el gran temperamento de Marta Abreu.

La Isla — ¡ay, qué ¡ay! que no la llamaban Cuba! — la Isla vivía muriendo cuando nació Marta. Era en Cuba la opresión sangrienta. Era el vilipendio y el vejamen. Censura, coacción, pesquisa inno- ble, innoble atropello. Y por toda la Isla, cuya curva gentil parecía entonces el estremecimiento del espínazo, la gran emoción dramática del 44. Todavía en las conciencias y en las almas el horror de la muerte de "Plácido". Y poco después — Marta tenía siete años

(1852) en La Habana moría en garrote vil, por hombre de ideas y de letras, de pensamiento creador y oficio impresor — pánico de los regímenes despóticos — Eduardo Facciolo y Alba.

Son suficientes quizá al carácter y condiciones de esta nota biográfica estas dos únicas alusiones para "respirar" el ambiente que envolvió la niñez de Marta. En cada uno de ellos asoman su jeta odiosa sendos problemas trágicos que envenenaban el alma de la época y la torturaban con dramatismo cruento. La esclavitud y la ignorancia. Las dos lacras a cuya extensión espesa y densa se confiaba el amodorramiento de la Isla. Son los dos pivotes sobre los cuales suspender la hamaca de la indolencia sin perjuicio de encender debajo el fuego. Los grandes tremendos sucesos, tragedia popular que había de acabar en epopeya, llegaban a los tranquilos vecinos villaclareños en alas de un viento negro. La claridad del cielo, refleja en las almas, se enturbiaba. Era en el comadreo y en el sarao, en la paz recoleta de las casas, en la pacata ufanía idílica de las retretas, un malestar íntimo, una zozobra que, rota en medias palabras, atormentada en ahogados suspiros, poblaba el aire de augurios y maleficios. Largos

años de ese estado de irritación interior, cercada en lo externo de la conformidad de los pusilánimes o de los equivocados, de los españolizantes y de los egoístas, fermentaba en las almas de los inconformes un poso de dolorosa inconformidad...

Iba creciendo la niña en ese clima. En su pueril amanecer mental, lo que veía, oyese o no — y algo debía oír de lo que no quisieran que oyese — se abrió paso hacia la mente, descendió al corazón. No hay seguridad de noticias relativas a la infancia de Marta. Pero quizá no sea demasiado expuesto a error imaginar sus reacciones primeras al choque o en abrazo de las circunstancias que la rodearon.

LA NIÑA

"Ignoro cuáles fueron sus maestros". Así dice Berta Arocena de Martínez Márquez, refiriéndose a la gran benefactora villaclareña, en su "reportaje nervioso" a ella dedicado. Podemos decir lo mismo. No hemos hallado camino para llegar a sus maestros. Berta Arocena añade: "Creo que su cultura no sobrepasó de los límites de la que, por lo general, usufructuaban las mujeres ricas de su país, en su época". Esta afirmación, que nos parece certera, es el senderuelo por donde podemos aventurar nuestra indagación.

Nacida en cuna de encajes en alcoba opulenta, no debió faltarle, desde la edad adecuada, la solitud de sus padres cuidadosos de procurararle lo que entonces se entendiera por "esmerada educación". Y si llegó a poseer con los años esa cultura a que alude Berta Arocena, podemos, desde luego, entender que no fué alumna de las escuelas públicas y acaso ni de las privadas. ¿Cuántas de unas y otras existían por entonces en Santa Clara? Una investigación que, por ingrata no tiene la avidez intelectual, nos llevaría a conclusión tristísima.

Cabe la suposición de que en las casas de buenos y abundosos recursos como aquella en que nacieron Rosa, Marta y Rosalía, habría de recurrirse a la enseñanza particular, a domicilio, adicionando, por lo menos a la que pudieran las niñas recibir en alguna escuela la que algunos profesores les impartían mediante sendas retribuciones generosas. Mal sistema quizá, pero quizá único posible sistema. En el caso de las Abreu aminorado en sus desventajas por la frecuentación de la calle, de los campos, a virtud de la posesión de haciendas y de relaciones numerosas.

Y la calle y el campo estaban saturados de un ambiente de inquietud y de pugnacidad. Se alzaba en medio de una polémica a la vez temerosa y audaz el gran problema en que se condensaban, por el momento, todos los problemas. El Dr. Manuel Bisbé lo ha resumido en frase exacta: "El problema negro fué, en efecto, un problema candente en el periodo de 1837 a 1848". Y añade aún: "El periodo de 1848 a 1853 se caracteriza principalmente por las conspiraciones para lograr la anexión de Cuba a los Estados Unidos". Era, en el fondo, la misma cosa. Los dueños de esclavos temían. Buscaban una manera de perder el temor sin perder nada. Y bastará recordar que fué Saco, quien dijo que la tacha de negrófilo era en Cuba peor que la de separatista, y el hombre que —son también palabras de Bisbé— "librara la más hermosa contienda de este periodo al salirle al paso a los propósitos anexionistas, defendiendo y reafirmando la nacionalidad cubana", para entender cómo los dos problemas fundidos en una misma realidad social e histórica, eran un solo enorme, vasto, complejo y dramático problema. Su gravitación oprimía o moldeaba la conciencia de la época. Todas las reacciones humanas giraban en torno a este eje rechinante y crujiente.

Salía a la calle, salía al campo la niña rica, y le daba en el rostro un aire de inquietud. Veía al negro y le miraba la blancura de la sonrisa estrangulada. Le leía en los ojos un dolor muy hondo. Y en la rutina diaria, en el cuadro de las realidades cotidianas, no le hurtaron a sus pupilas el horror de los castigos corporales, la evidencia de las desigualdades enormes. Aprendió el tremendo sentido de la palabra "esclavitud" y no pudo aprender —aunque hizo quizá esfuerzos por saberlo— cuál era la razón válida de que hubiese de morir náufraga en las lágrimas de los ojos tristes la blancura de la sonrisa negra.

Fué quizá el fermento primario, el germen primero de su caridad. Sus biógrafos lo han contado. "No es el color, sino el alma lo que distingue a los seres", exclamaba a menudo. ¿Cuándo cuajó por primera vez en su conciencia y cobró

luz en su mente esta generosa verdad? Su infancia, como hemos intentado precisar, creció en la realidad de la más agria irritación del problema negro. La vida le ofrecía constantes razones —nada menos que en la suprema razón de los hechos vivos— para que su alma y su sensibilidad reaccionaran súbita y ardientemente. Desde todas las esquinas de Santa Clara, desde todas las esquinas de la Isla, desde todas las esquinas de la vida, la asaeteaban los estímulos. Su naturaleza se sentía combatida por los contrastes y las oposiciones... Tomó partido.

Tomó partido, ayudada también, sin duda —sería injusto olvidarlo—, no sólo por lo que en rebelión le surgía en el alma, en la calle y en el campo, sino, también, en obediencia a lo que, de retorno, aprendía en la lección viva del hogar.

EL HOGAR

Doña Rosalía Arencibia de Abreu, madra de Marta, debió ser, según el plural testimonio con que se alude a su vida, una matrona ejemplar. Transpiraba bondades. Su inmensa fortuna, acrecida por Don Pedro Nolasco, su marido, mediante certeros negocios lícitos, era alivio de penalidades ajenas. Ejercía la caridad con suavidades silenciosas, envolviéndola en un humanismo noble. No usaba la limosna como clarín de su sensibilidad. Ayudaba al prójimo porque sentía evangélicamente el amor de este deber, la belleza de este servicio. "A parientes y extraños —dijo "El Triunfo", periódico habanero, a raíz de su muerte—, hizo cuantiosas donaciones, salvándoles de la miseria; y a sus expensas se educaban niños y jóvenes de ambos sexos, tanto en Cuba como en países extranjeros."

La enseñanza hogareña que estas virtudes en ejercicio sincero procuraban a Marta es indudable que hubo de influir notablemente en la formación de su carácter y en el concepto de la vida que había de ser la cardinal orientación de su existencia. Es de presumir que, a pesar de la realidad ambiente a que hemos aludido, la caridad de Doña Rosalía Arencibia, de tan noble condición purísima, debía ejercitarse sin obediencia a distinciones discriminatorias. El prójimo, según el sentido evangélico, no tiene color. Aprendió así Marta Abreu un primer principio social que no abandonó nunca.

Con todo ello, vemos cuajarse la formación de su carácter. Todo esto a que nos hemos referido, la va ayudando en su niñez a forjar en su mente y a servir en sus sentimientos un concepto noble y una categoría esencial de la criatura humana. No es erróneo afirmar que radica en ese concepto su sentido filantrópico y que brota de él el caudaloso manantial de su generosidad.

Pero Marta Abreu no fué únicamente —y habría sido bastante para su elogio y veneración— una benefactora magnánima e ilimitada; fué algo más, mucho más. Y lo fué desde su juventud primera, aunque estuviesen en latencia todas las virtudes y condiciones de que ahora vemos revestida su personalidad. Marta Abreu no ha sido solamente un ejemplo de caridad generosa. Su madre, Doña Rosalía, fué una mujer creadora, una fundadora ilustre. Si aprendió desde la niñez en el ejemplo y espejo de su madre el ejercicio de la solidaridad humana, al obrar por su cuenta obedeció a otros impulsos además de aquellos que brotaban naturalmente de su corazón y de las vivas lecciones en su hogar recibidas.

No cuesta mucha imaginación de qué manera ejercía sus prodigalidades benéficas en su casa, calladamente, la señora Arencibia de Abreu. Hacia recoleta su generosidad como hurtándola, tanto al elogio que hería su virtud, al comentario que podía poner en peligro, en aquel revuelto mar de ideologías en pugna, su tranquilidad y la de los suyos. Incluso es lógico suponer que en aquellos momentos de tanta agitación e inquietud, de tan opuestas polémicas, de tan contrapuestos sentimientos, debió hacer muchas caridades por amor a Dios y a la caridad y aun en contra de sus propios afectos y criterios en materia social y política. En más de una ocasión, sin duda, después de favorecer a alguien debía recomendar que no se divulgase, por no comprometerse; quizá expresaba incluso desfavorable opinión sobre el favorecido y sus ideas...

Era así la caridad en el hogar de Marta Abreu como hay en muchas ocasiones, muy pura y santa, pero con cierto aire de clandestinidad que ayudaba a acentuar en el alma de la niña y de la adolescente un agrio concepto de la vida cubana. Empezó así a erguirse ante ella la visión neta de la realidad circundante; es decir, se fué formando una conciencia que había de ser con el tiempo la gloria magnífica de su "cubaneria". Naturalmente, supone todo esto un proceso de meditaciones dubitativas, de preguntas y respuestas, de evidencias inexplicables.

La persona humana, que había aprendido a amar en la caridad de su madre, iba asumiendo una significación peculiar. El cubano, el negro, el blanco, el rico, el pobre, todos, moviéndose, viviendo en un ambiente de desconfianza en una tierra sojuzgada.

Es preciso insistir en esto, porque la personalidad de Marta Abreu no responde a un temperamento bondadosamente impulsivo, puramente generoso. Hay en su vida una clara muestra de obediencia a convicciones y criterios profundos. Conviene, por tanto, señalar junto a este temprano amor a la persona humana, el nacimiento en el alma de Marta Abreu de algo que fué la fundamental virtud de su patriotismo. Y es innegable que el patriotismo de Marta Abreu es la cifra de todas sus excelsas virtudes.

LA GRAN REVELACION

La niña tenía ante los ojos constantemente la evidencia, tan agria como aleccionadora, de violentos contrastes. Veía en sus propiedades y en las ajenas, maltratar, castigar, menospreciar al negro, adular a las autoridades españolas; amortiguar a la sordina toda irritación; asistía en el hogar a la viva eficacia de la limosna y del consuelo; a la censura contra los altos arbitros de las autoridades; a la expresión de quejas incontentibles y a la narración de movimientos subversivos.

En el mismo suelto necrológico publicado en el periódico "El Triunfo", a que hemos aludido anteriormente, se decía, a propósito de Doña Rosalía Arencibia de Abreu, lo siguiente: "Algunas veces exclamaba con evidente sinceridad y profunda tristeza: "Algo dejaría para la patria, si en ella hubiera garantías de recibirlo".

Marta Abreu debió oír muchas veces a su madre estas palabras. Son reveladoras y debieron produ-

cir en el ánimo de la muchacha una impresión profunda. Existía, pues, una patria sin garantías. Marta, que sentía, naturalmente, por su madre amor, veneración y respeto, debió acoger y recibir su dolcrida queja como la expresión de una verdad indiscutible. Si la gran bondad caritativa de su madre rehuía la dádiva para la patria, temiendo que no había de llegar a ella ¿qué obstáculos, qué razones, qué hechos se interponían entre la patria y la bondad, entre Cuba y la vida?

Doña Rosalía prefirió ayudar simplemente a la criatura humana, pero enseñó a su hija, con las palabras transcritas, que existía una patria a la cual ayudar si se podía. Una patria a la que no se podía ayudar por falta de garantías. Téngase en cuenta, antes de seguir adelante, la fundamental distinción que existe entre la ca-

10065

ridad de doña Rosalía y la de su hija Marta, porque ella arranca, perfilando la personalidad vigorosa de la gran patricia, de esa actitud de Doña Rosalía que, en definitiva, es la discrepancia genial de Marta.

Por miedo, por poca fe, tan justificados como se quiera, y porque en su alma no iluminaba su experiencia ingrata un rayo de fe, doña Rosalía Arencibia de Abreu hacía la caridad al prójimo, se prodigaba en cuantiosas donaciones individuales, pero no daba nada a la patria, porque en ella no había garantía para recibirlo. Cuando murió pudo loarse muy merecidamente su gran caridad, su generosa filantropía, el abundoso modo con que favoreció a sus semejantes, pero no pudo subrayarse la reciedumbre de su patriotismo ni registrarse el testimonio de una obra perdurable orientada hacia el bien nacional y colectivo.

En cambio, Marta Abreu fué, como ya hemos dicho, una fundadora, una gran constructora de su pueblo, una gran obrera en la constitución de su patria. Y lo fué antes de su magnífica y generosa obra de ayuda a la guerra de independencia. No puede olvidarse; lo fué desde que empezó a ejercer con bienes propios y con propio criterio su gran obra admirable. Cuando oía a su madre en la queja la razón de sus omisiones, empezaba a pensar en esa patria que existía sin garantías, en la necesidad de ayudarla y del modo de hacerlo para que llegara a ella el bien y el provecho. Por eso desvió la línea aprendida; mejor dicho, la bifurcó: ayudaría a la persona humana y a la patria. La patria recibiría el beneficio, porque lo haría en piedra perdurable, en espíritu inmortal... En una palabra no entregaría limosnas, sino que fundaría obras que quedasen, que recibiese la patria para irse ensanchando en ellas.

CARIDAD Y MELANCOLIA

Ha llegado Marta Abreu a la juventud. Aparte todo ese proceso sentimental e intelectual que hemos querido esbozar someramente, poco podemos decir respecto a sus años adolescentes. Escasean los datos. En general, esa escasez se halla en la biografía de Marta Abreu desde su nacer hasta su morir. Si Antonio Maceo pudo decirle a dos escritores: "Voy a contarles mi historia en cicatrices", Marta Abreu podría decir: "Mi vida está en las obras que he dejado. Esos son sus datos, que valen más que una extensa relación de peripecias vitales. Pero el caso es que no hay bastante abundancia segura de testimonios fehacientes con qué reconstruir, en evocación fervorosa, los primeros años de su vida.

Abonan quizá las indagaciones a que nos hemos lanzado anteriormente las noticias que de Marta Abreu y de su vida antes de contraer matrimonio han llegado hasta nosotros. Dice el doctor Pérez Cabrera, que desde los años tempranos se dedicó a leer autores cubanos extranieros, "afición que templó su ánimo y dispuso su voluntad para el cumplimiento de las grandes empresas, a las que luego había de consagrar los mejores años de su vida y su cuantiosa fortuna". Por otra parte, al referirse a su carácter, añade: "Adolescente aún, un aire de melancolía velaba ya las suaves líneas de su rostro y afanábase por satisfacer con sus pequeñas economías y hasta con sus propias prendas de uso personal a cuantos menesterosos acudían a su puerta en busca de un pedazo de pan o de unas monedas".

El doctor Garófalo Mesa afirma que "fué una niña y una mujer dulce, pero tenía carácter y valor".

Caridad y melancolía. Confesemos que no ligaron nunca bien estas dos cualidades. La caridad trae júbilo al alma, satisface al espíritu, contenta el ánimo. Caridad y melancolía no hacen buena coyunda. El alma sana es alegre. Y digámoslo rotundamente: alegre, vivaz, contenta, fué el alma de Marta Abreu. Fué un espíritu sano y, por ende, poco amiga de melancolías y quejumbres. No queremos con ello desmentir, ni mucho menos, a sus biógrafos. Por el contrario: nos servimos de sus afirmaciones para avanzar en la indagación.

La joven Marta era, fué, durante algunos años, caritativa y melancólica. Deduzcamos de ello que la sola caridad no era bastante a contentar su anhelo; algo había en su alma no satisfecho aún en orden a esa virtud de caridad que debía darle alegría. Y era, sin duda, aquel insatisfecho, aquel vago, pero apremiante problema que perturbaba su conciencia. Aquella cosa tremenda y dramática que había aprendido en las palabras de su madre: una patria que no podía recibir el bien que se le hiciera. ¿No explica eso bastante y con hondura patética la melancolía de una joven que fué después una mujer que tuvo carácter y valor?

El drama íntimo creemos que queda así perfectamente planteado. De él nació la grandeza de Marta.

RIQUEZA Y SOLTERIA

Sería quizá engañoso suponer que en esa melancolía de Marta, joven, no influyeron otras causas, otros hechos, otros sentimientos. No sin cierto temor y asistido de todas las cautelas, puede el biógrafo aventurarse por este camino. Pero hay desde luego en la vida de Marta Abreu una fecha que

10067

Sin duda los sentimientos de fervor admirativo con que se describió devota a la adoración de Conyedo y de Hurtado de Mendoza— que han señalado sus biógrafos— habían ya sido como levadura con que enlindaba su pan del futuro, su blanco pan de caridad suprema. Pero allá, en el fondo de su espíritu, en el recoleto afán de su alma generosa, todo estaba en expectación, en suspenso afán expectativo.

Todo, su amor a Cuba también, sintiendo en la llaga viva de sus heridas temblar su devoción. Para el cubano y para Cuba debía haber algún alivio, alguna solución, un más alto goce, una mayor decoro. Presentía Marta la necesidad de una labor en búsqueda y logro de todo esto; pero, hija de familia, señorita rica, cristiana, en la observancia estricta de todos sus deberes, esperaba vagamente, inefablemente, con sonrisa de melancolía, subrayando el dulce amor de los ojos piadosos, que la coyuntura le trajese posibilidad...

EL IDILIO

Apareció entonces en su vida Luis Estévez y Romero. Aparte las naturales inclinaciones físicas, el mutuo placerse, la igual complacencia de sentirse juntos; aparte, en suma, todas aquellas naturales y siempre imperativas condiciones que señalan la existencia de una realidad amorosa, es de creer que la frecuentación de los diálogos íntimos, el recíproco cambio de sentimientos y criterios coincidentes, avivaron aquel amor, Luis Estévez —lo sabe Cuba— fué, y era ya entonces, gran corazón de hombre patriota. Debieron ella y él regocijarse pronto en la coincidencia de sus pareceres y de sus aspiraciones.

Ignoramos la duración y las circunstancias del noviazgo. No consta que la desigualdad de fortuna fuese, en ningún momento, no por parte de los padres de Marta ni por ésta, ocasión de disgustos, oposiciones o dificultades. Luis Estévez aportaba el caudal de sus talentos y de su moral.

Parece ser que la familia Abreu se había domiciliado o, por lo menos, residía en la Habana. Debieron conocerse allí los novios. Quizá la figura de Estévez apareció a los ojos de Marta aureolada, en la capital de la Isla, de un halo de augurios, a virtud de los decires y comentarios de quienes sabían ya de cuánto sería capaz aquella preclara inteligencia y de qué recio y seguro modo amaba a la patria.

Fué el idilio pacato y burgués, con el uso tranquilo de los hábitos consuetudinarios; sin quebradas alternativas violentas. Y —conviene no silenciar este detalle— fué en Santa Clara la boda que consagró los amores de la Habana. El día 16 de Mayo de 1874, en la parroquia de término de la ciudad de Santa Clara, el presbítero D. José Carbó, cura párroco de la misma, desposó por palabra de presente a Luis Gonzaga Irene Estévez y Marta de los Angeles Abreu. La ciudad

presintió, en la gracia clara de su clara luz de Mayo todo lo que iba a significar para ella aquella entrada de su hija en una vida nueva? El caso es que los contrayentes debieron regresar a la Habana donde eran vecinos de la feligresía de Nuestra Señora de Monserrat, según se hace constar en el acta matrimonial.

VIDA MATRIMONIAL

Ni Marta ni la ciudad que había de ser de Marta lo supieron. Pero aquel día 16 de Mayo en el cielo trazó una rúbrica inquieta, sobre el poblado quieto, la pirueta de un interrogante. Marta cambiaba de vida; Marta dejaba a Santa Clara; allá iba por caminos nuevos a lugares distintos, a otras preocupaciones y deberes. ¿Se desarraigaría de su clima natural, se desgarraría de su tronco? ¿La llevaría la existencia nueva por senderos insospechados? Marta había escogido bien. Luis Estévez era —y ella y él debieron sentirlo en la raíz de su amor, en el tuétano de sus almas— sin que cupiese engaño, precisamente, no sólo la continuidad de clima, sino la realización del sueño. Al lado de Marta, Luis había de ser la posibilidad y la seguridad. Su sentimiento, su consejo, su inteligencia aseguraban, en efecto, la trayectoria de los anhelos de Marta, que ya eran los suyos también.

Mientras tanto, Cuba ardía en guerra. Don Luis Estévez y Romero había tomado partido. Era ya, como había de serlo siempre, patriota acérrimo. Si en la aparential exteriorización de la vida podía contemporizar, aunque sin claudicaciones mentales, a virtud de sus actividades, en el fuero íntimo, como en la intimidad de su hogar, debía manifestarse en su pura calidad de cubano. Y Marta comulgaba con él en el fervor patriótico. La compenetración de aquellos dos grandes temperamentos fué completa e inmediata; total y perdurable.

Sigue la carencia de datos en lo que se refiere a los años primeros de la vida matrimonial de Marta de los Angeles. No es dificultad para el biógrafo esta vez. Todo concurre a autorizar la suposición de un vivir sereno, aburguesado, aunque con el lastre de las inquietudes de la azarosa época, manso, natural y correcto. Fué dichosa en su amor. No otro sentimiento la había llevado al altar. "Para escoger compañero tuvo acierto —dice Berta Arocena— y de más imaginar que el amor la impulsó solamente, cuando se arrodilló ante el altar jurando fidelidad a un hombre íntegro, sin más bienes de fortuna que su honradez, su laboriosidad y su talento". Es exacto; pero nos atrevemos a creer que en ese amor que fué el solo impulso,

3000068

latia y gravitaba, presente y acaso inexpresado; vago pero imperativo, el sentimiento del logro posible de los afanes recónditos de extraversion filántropa y patriota. Marta Abreu sintió en Luis Estévez la posibilidad magnífica de lograr aquel anhelo suyo de dotar a la patria con garantías de que recibiera el dote.

DÁGUERREOTIPOS

Era galán y acaso petimetre en Don Luis de Marta. Buena presencia y afable trato. Luz de espíritu en los ojos. Natural garbo en el ademán desenvuelto. Y ella, Marta, era de arrogante presencia; alta la figura, que fué de esbeltez hasta en la abundancia carnal de los años postreros. No se la podía tener por hermosa; pero era agraciada en la condición trigueña lavada de su cutis. Verdes, grandes, hermosos ojos de un dulce mirar generosos; en los labios finos, una sonrisa amable, vasta, larga... Elegante y muy cuidadosa, iba siempre muy cuidada en el lujo de sus trajes y en el primor de los detalles; gustaba de sentirse a la moda, muy engalanada, sin excesos ni recargos. Un retrato suyo a los 22 años, la muestra con un inefable candor de frente despejada, tendida sobre la espalda la cabellera bruna. En otro a los 35, se le ha fijado el mirar bajo la gracia de un alto peinado partido por gala en dos ondas altas y se la ve, en el atuendo pomposo de la crinolina expansiva y hasta los pies, como un obseso y a la vez sereno encantamiento... No hay en ella alarde ni ostentación, sino señorío de naturaleza...

Buena pareja para animar los comentarios de los salones habaneros. Es de presumir que los frecuentaron, mientras era posible, en los primeros meses de su matrimonio. Pero no era precisamente el mundano regodeo del sarao y la tertulia el clima grato a aquellos dos predestinados. Y como si la vida señalase tempranamente su común destino, pronto vióse obligado el matrimonio a recogerse más en la privanza del hogar feliz. No tardó, en efecto, Marta Abreu de Estévez en sentir los primeros deliciosos y turbadores síntomas de la futura maternidad.

es. 8/48

ULTIMO CAPITULO PROCELOSO

MARTA Abreu está en París de nuevo. Ha encanecido ya su cabellera bruna. Se ha empapado de nostalgias la suavidad de su mirada, hecha a ver las almas. Pero la prestancia noble, erguida en la entereza de sus sesenta años, tiene aún la gallardía de su elegancia. Pulida y atildada, celosa de la corrección de su atuendo, exhibe la arrogancia matronil que ha sido, en la naturalidad de su señorío, la gracia de su persona. No se siente ni demasiado caduca ni en exceso libre del peso de los años. Contempla ya su vida con el dolor de no verla, en lo que atañe a la intimidad de su espíritu, completamente lograda. Por de fuera, al extravasar en obras innumerables y munifices, en la larga caridad de sus bondades, el fuego de amor puro que le ilumina el alma, su vida ha sido fecunda y gloriosa. Pero ¿por qué allá, en lo hondo, donde se retuerce la raíz del suspiro, una voz triste alza, para ella sola, para los solos oídos de su espíritu, una congoja amarga?

Atreadísima es la vida de Marta, muy solicitada ahora por mil cuidados menudos y enormes, por mil afanes diarios a que ha de atender con el celo el "exceso" bendito, que pone en el servicio a los demás.

Es Noviembre de 1906. La lluvia fría de París, que procura a la gracia de perspectivas de la ciudad maravillosa y a la piedra de la geometría urbana una pátina de ensueño, tamiza la luz y la sutiliza. El frío penetra los huesos. Hay ráfagas de aire que llegan desde los cuatro puntos cardinales y se olvidan de aquella gracia de brisa caribe que Marta quisiera para orear el alma... Marta sale diariamente. Tiene mucho que hacer. Rosalía está en Cuba, Rosa en España. Y por dolorosas razones, Pedro, víctima de un drama íntimo, está con ella y su padre. Y con todos ellos los tres hijos pequeñuelos de Pedro, los nietos de Marta.

Madre, hermana, esposa, abuela. ¡Cuántas preocupaciones, cuánto desvelo para un corazón que se desborda en el amor de los sentimientos nobles! Marta es una mujer que posee una inmensa capacidad de amor.

Siempre tuvo para los suyos, desde la adolescencia en veneración de los padres, un amor patente en miles de primores de cariño, de delicadeza y de ternura, ahora, abuela ya, se le ha ablandado aún más ese declive hacia el sentimentalismo del que se ha apartado siempre con la entereza de la naturalidad. Quizá las dolorosas circunstancias íntimas que circundan su condición de abuela al tiempo que le gravitan sobre la ternura, acreciéndola en amor a los nietos por amor y piedad del hijo, la acorazan contra sensiblerías que nunca la ganaron en el activo ajeteo de su vida.

Tiene Marta mucho que hacer y muchos quehaceres en París. Don Luis, Pedro, sus tres nietos... Y Rosa y Rosalía que, desde lejos, se insertan en su corazón y en sus ciudadanos... Sale a la calle de compras, de encargos; el ajuar, la habilitación conveniente y rigurosa en la exacta corrección que pone ella en todas las cosas, exigen muchas atenciones, numerosos afanes. Llega a su casa fatigada después de su deambulación callejera. Casi sin tiempo de componer para el sosiego su atuendo; a veces, a veces, sin más plazo que el de quitarse el sombrero para sentarse a la mesa. Pero todo este tráfico la hunde en un consuelo de olvido. Ya son muchas las cosas que le duelen en el corazón. El mal suceso de las bodas de su hijo, que encona y agranda el de las de su hermana Rosalía, la lejanía tremenda de Cuba, ahora acaso dramatizada para siempre, y una a modo de pesadumbre del tiempo, de vaga y atemorizante aprensión de que ha de acabar la vida, que cada vez va siendo más frecuente inquietud de sus cogitaciones, combaten el gran ánimo de la muy animosa. Y se entrega con más obseso afán del que supone a la tarea menuda y vasta: encargos que debe enviar, por mediación de su amiga Susana Benítez, a Rosalía; los que le ha hecho Rosa; vestidos para ella, para los nietos y detalles y objetos que hacen falta para su generoso modo de acondicionar la vida de los suyos...

El callejeo de Marta es siempre una labor. Es siempre un servicio. Regresa a casa y es como una hada madrina que reparte los dones venturosos de la vida. A veces, sin embargo, se siente fatigada. Hay como un vago anuncio de senectud incipiente. Pero su gran al-

ma lo desecha, lo aparta a un lado, la elude y lo evade. Y otra vez, el ajeteo, el desdoblarse para darse a los demás sin perderse a sí misma...

En Noviembre de 1906 prepara Marta en París un viaje de toda su gente. Y pone en ello la múltiple buena atención que ha sido una de sus mejores dotes organizadoras. Se le van las horas y, por fortuna, con ellas se le van también los malos presentimientos.

LA GRAN CONGOJA

La congoja honda, el dolor mayor en estos momentos es el drama de su hijo. Siempre ha sido su entrañable obsesión la vida de Pedro. Cuando en los años en que él moceaba galán y lozaneaba su buena presencia en carro y tertulia de señoritas parisinas, de temporadistas en Vichy y cuando hasta el propio don Luis, como sabemos, rumbeaba su rumbo de criollo rumbero y halagador "creyéndose aún en edad para conquistar", Marta Abreu temía que su hijo pudiera casarse "demasiado joven".

Ella no casó demasiado joven. Su experiencia y su vida parece que abonan en su mente su argumentación. Teme que Pedro se case inexperto y poco preparado. Y su instinto de madre le hacía ver la gran posibilidad de que, contra su deseo, Pedro casase demasiado joven.

En 1898, en carta que escribe desde Nueva York a Teresita, su "siempre muy querida e inolvidable amiga", en Diciembre asoman estas ideas y significativas inconformidades de Marta, sometidas, al cabo, al grande y bondadoso amor en su expresión vital más pura. Dice, por ejemplo:

"Ya allí le habrán informado de cómo fué nuestra venida aquí por el matrimonio de Pedro, que se le propuso no esperar nuestro regreso a Cuba como nosotros le proponíamos y como hubiera sido más juicioso" Y luego esto otro, que es enormemente revelador: "Y para concluir le doy la noticia de que dentro de seis meses seré abuela, pues ya la nieta, que creo es lo que será, tiene tres meses de existencia. A la verdad que no me hace mucha gracia la precipitación con que se ha formado esta familia que pronto estará compuesta "de tres muchachos".

El lastre de la alegría se advierte patente. Hay en esas palabras la realidad de una inquietud que explica la inconformidad. Lo salva todo, naturalmente, y lo vivifica en gracias nuevas la bondad de aquel gran corazón. Pero el latido hondo, la congoja vaga se perciben indudables.

VIAJE ACCIDENTADO

Cumplidos todos los menesteres, hechos con primor todos los preparativos, la familia emprendió, el mes de diciembre de 1906, su viaje. Primera etapa: San Juan de Luz. Fueron desdichados el arribo y la estancia. Se desató un furioso temporal de viento y agua. Una tempestad espantosa. Un cataclismo que tuvo consecuencias malísimas. Marta cayó enferma. Gripe, diagnosticaron los médicos y ella estuvo en la creencia de que la había contraído en París. Los niños, los tres nietos, enfermaron de catarro con mucha fiebre. Era preciso poner término a aquella situación. Pasaban las semanas y los nietos y la abuela no hallaban mejoría. Con la aquiescencia médica, determinaron trasladarse a Madrid. "Salimos de los cuartos para tomar el tren", le escribió meses más tarde a Teresa Quijano.

No le fué propicio Madrid aquella vez a Marta. Lejos de mejorar, empeoró. Los grandes frios no le sentaban. Recluida y enferma, quizá se le agudizarían ciertas aprensiones a que habremos de referirnos más adelante. Desde Málaga, la templada, Rosa, que vivía allí hacía ya algún tiempo, urgía a Marta a que se trasladase a aquel clima, que es el mejor del mundo. Debían ella, su marido, su hijo y sus nietos llegarse hasta Málaga, donde seguramente todos se sentirían sanos y saludables, por ser lugar donde la enfermedad no halla coyuntura. Al fin determinaron seguir el consejo. Y emprendieron desde Madrid viaje a Málaga la bella.

Corría el tren por la parda tierra de Castilla, por la tierra bendita de España, llevando a Marta y los suyos desde el frío agresivo de Madrid hacia el paradisíaco clima malagueño. Pero súbitamente, por alguna avería de que no ha quedado detalle exacto, descarriló la locomotora. Detúvose el convoy. Los hados eran propicios en aquellos días a la familia Estévez. Entre montañas detenidos, en medio de un frío atroz, pasaron la noche los viajeros. Y durante unas horas, la leyenda, la mitad de la historia española, torturó el magín y la sensibilidad de la gran villaclareña. Los bandidos; esa cosa a la vez bizarra y lamentable, magnífica y peligrosa, española y antiespañola —españolidad y españolada— que son los famosos "bandidos de la Sierra", aterrorizó a los accidentados viajeros. Marta pensó en la inminencia de un ataque y el subsiguiente desvalijo; acaso creyó que el descarriamiento era provocado y preparado por los bandoleros, el pró-

logo y el anuncio. Pasó largas horas atemorizada, aterida, febril, bajo las estrellas temblorosas. Le quedó en la mente el recuerdo de su espanto, de que es testimonio una de sus cartas a Teresa. ¿Debió en aquellos momentos pensar en Cuba, en la lejana tierra de la comarca villaclareña, en su confortable retiro de "San Francisco", tan en contraste con aquella zozobra de toda índole que estaba viviendo tan lejos de su patria y del ideal que había "construido" para apacible sosiego de su vejez?

Concedamos a la benefactora un derecho de queja contra el tiempo, su malhechor. Este era el gran bandolero en el cual, sin embargo, es casi seguro que ella, tan vividera, en su ansias creadoras y gozosas, no quiso pensar en aquellos instantes de la noche en desdoblado. Pero le erizaron la sensibilidad todos los peligros imaginados, todas las naturales inclemencias de un clima frío y de un descampado inhóspito. No debía ser muy satisfactoria su situación de ánimo cuando, con su esposo, su hijo y sus nietos, llegó finalmente a Málaga.

INFLUJO DE MALAGA

Todos se sentían, con la fatiga al hombro, exhaustos, adoloridos. Pero Málaga, que es galana y gentil y morena, tostada al sol en la delicia de una playa, aristocracia de lo gitano y gitanería de la elegancia, les acogió propicia. Y habituada ya al bien, como la propia Marta dadivosa, fué con ella benefactora y solícita. Marta y Málaga se entendieron bien. No fué, sin embargo, cosa hacendera y llana. las dolencias de Marta —luego nos referiremos a ellas con más detalle— se habían agravado con la terrible peripecia del viaje después de la incómoda estancia en Madrid. Pasaron largas semanas antes de que Málaga pudiese sonreírle a plena faz y sin recelos. Pero, al cabo, el milagro se hizo. Leamos lo que con fecha de 22 de abril de 1907, después de veinte o veinticinco días de sentirse plenamente restablecida, le escribe a su siempre inolvidable amiga:

"Ahora bien, aquí (a Málaga) vinimos buscando un clima templado para pasar el invierno y porque Rosa, que adora esto porque en Europa es lo más parecido a Cuba

que ha encontrado, nos animaba a venir y nos prometía que no nos pesaría y en verdad que tenía razón, y la prueba es que el invierno, que ha sido en todas partes tan fuerte, aquí ha sido benigno. Y además la gente de aquí es muy fino y sumamente amable, sencillos y francos, y como Rosa está aquí muy bien relacionada y muy querida, a nosotros nos han hecho una acogida muy amable; todas sus amistades se han creído en el deber de venir a visitarnos sin esperar a que nosotros nos ofreciésemos. Como usted ve, más cordialidad no es posible tener con unos extranjeros, y cubanos, por añadidura".

Ya Marta se palpa el alma de nuevo. Y se siente de nuevo, después de las inquietudes, las enfermedades y las zozobras, asegurada en la plena reciedumbre de su andadura. Es la de siempre: animosa, muy adentrada en las razones sensoriales, en las sensuales delicias de la vida, en paz con su conciencia contenta de vivir y empeñosa de hacerlo de la mejor manera. Y se le van por los puntos de la pluma las cardinales apetencias de su vitalidad:

"Tenemos una temperatura ahora sumamente agradable y por todo esto que le cuento, reunido con mi casita que habito aquí, que es muy cómoda, muy mona y muy limpia, siento dejar esta ciudad para andar por otras rodando por hoteles más o menos incómodos y con los niños, que es peor".

LA ABUELA

Los niños, los nietos. He ahí una de las mayores preocupaciones. Es abuela con aquella gran bondad amorosa que ha puesto —y que es inagotable— en todas las cosas de su vida. Su sangre, en la de sus nietos, la siente en el latido de sus venas. Se entrega al cuidado y amor de los pequeñuelos con una minucia cuidadosa y tierna.

"Los niños, muy bien, han crecido bastante, están gruesos y muy rosados, juegan mucho en la bonita playa que hay aquí y eso les ha hecho mucho bien; son otros".

Por los nietos, sin regateo, sin reservas, hará Marta todos los sacrificios, todas las renunciaciones, entregada ya a su condición de abuela que le dobla la augusta categoría de matrona.

"Habíamos pensado ir a Sevilla para ver la Semana Santa y la Feria que tiene tanta nombradía, pero nos aconsejaron que no lleváramos los niños, porque con la aglomeración de gente para esas fiestas, siempre se desarrolla alguna epidemia de esas que hay en todas las poblaciones y que toman



incremento en momentos dados como esos. Y así, por no dejar los niños, aunque Rosa me ofrecía quedarse con ellos, preferí no ir y ya empiezo a hacer sacrificios por los nietos, pues verdaderamente deseaba ir a ver la Semana Santa a Sevilla".

De nuevo una carta suya es un espejo de su alma. ¡Qué vitalidad, qué natural manera de entender y practicar la vida! Como siempre, no hay ni gazmoñería, ni hipócrita y fingida abnegación en su conducta. Como sus caridades y sus donaciones, sus actos de amor de abuela obedecen a un criterio, a una conciencia; si hace un sacrificio, no niega que lo es; no pretende acrisolarlo como una natural tendencia de su alma ni como un gusto que experimenta al realizarlo; lo meritorio parece ser, en su criterio, precisamente hacer algo porque es un sacrificio. Y no vela con pudores falsos la naturaleza del hecho —aunque lo presente como una orden dictada por ella—. Con certera visión y con

sincero propósito marca la línea a que ha de obedecer desde ahora su vida: "Ya empiezo a hacer sacrificios por mis nietos."

En Málaga, aparte sus propios achaques de que la repuso la benignidad del clima, tuvo que lamentarse Marta de los de su cuñado, el eminente doctor Grancher, el marido de Rosa, allí enfermisimo y muy grave. No pudo atender a Marta, porque, como ella dice en su carta, "estaba peor" que ella. El doctor Grancher no tardó, efectivamente, en morir y tampoco pudo atender, por esta causa, a su cuñada en su última enfermedad.

La bella ciudad andaluza significó en la vida de Marta Abreu —y bien claro resalta el testimonio de la propia cubana ilustre— un retorno, tanto como a la buena salud, al pleno y normal equilibrio de sus potencias espirituales. Serenó de nuevo su conturbado y combatido espíritu y la insertó en un clima de reconciliación con la vida, de la que Marta —digámoslo una vez más— fué amantísima.

EL ALMA EN SILENCIO

En la cumbre nevada de los años, no recogía Marta —ni avizoraba seguridad de cosecha— los frutos que hubieran podido satisfacer los ideales de su intimidad. Todas esas preocupaciones que por entonces embargaban su ánimo, sus pensamientos y su acción, pesaban en su espíritu, a pesar del buen brio genioso con que pretendía, en natural obediencia a su temperamento, bogar con la misma pujanza que siempre por la procela de la vida. Es natural, es humano, que a veces, al pensar en su situación, en la trafagosa exis-

tencia que le tocaba llevar por aquellos años, transidos de disgustos, lastrados de pesadumbres, nostalgias con melancolía aquella otra vida que había ambicionado, que pensase con amargura en su casa grandes de "San Francisco" en la casa nueva de Santa Clara, no habitada todavía...

Rodeada de lujo y de riqueza, acaso su alma se dolía como en una angustia nueva, indecible, honda... En la carta cuyos son los párrafos últimamente transcritos, esa honda queja sube a flor de signo y exhala su razón: "¡Ay! Cuánto deseamos que concluya todo esto; pero no será del todo nunca; cuando hay hijos de por medio, siempre hay batallas y disgustos. ¡Qué se va a hacer, esto nos estaba reservado para nuestra vejez!"

El admirable y recio temple de Marta se transparenta en la sincera confidencia. "No se acabará nunca". "¡Qué le vamos a hacer!" Se abraza a su cruz. Dispuesta está a seguir todo ese camino que contrariamente a lo que había imaginado, a lo que había "construido" para su vejez, le ha reservado Dios. No rehuirá la tarea, no se detendrá fatigada al margen de la ruta. No se acabará nunca. Resueltamente afronta la realidad de su destino.

ANALISIS ESPECTRAL

Tales eran, hasta donde podemos colegirlas, las "imponderables" circunstancias ambientales que rodeaban a Marta cuando hacia el mes de mayo de aquel año 1907 abandonó su casa, ya tan querida, de Málaga. Después de una breve estancia en Madrid, debieron ella y don Luis realizar su temporada terapéutica y balnearia en Dax antes de instalarse nuevamente en París.

La vida en la capital francesa, por razón de muchas causas, en su mayoría hijas de la propia idiosincrasia de Marta, no había sido nunca para ella demasiado mundana y exterior, aun sin dejar de cumplir las estrictas e inevitables obligaciones sociales a que su posición la sometía. No parece que nunca hubiese sido mujer de aficiones mundanas ni demasiada amiga de diversiones. Berta Arocena ha comentado sutilmente la cultura de Marta, creída de que "no sobrepasó los límites de la que, por lo general, usufructuaban las mujeres ricas de su país, en su época". Y de Berta Arocena son también estos comentarios: "En Cambó, Pirineos Orientales, bien llamado el asilo de los poetas, era Marta vecina de Edmundo Ros-tand. Con esta carta delante nos atrevemos a afirmar que Marta Abreu no se interesó por la literatura. Ni siquiera hace al autor de Cyrano y Chantecler una referen-

cia". El juicio es muy de considerar porque quien lo emita se muestra en un "repartaje nervioso" sincera y devota admiradora de Marta.

No se hallan en efecto, vestigios y rastros de afición a la literatura y a las bellas artes, al teatro y a los conciertos, a las exposiciones y certámenes, en las cartas de Marta Abreu. No demuestra tampoco en las que de ellas —Estrada Palma, a Teresa Quijano— conocemos una cultura superior y refinada. Las preocupaciones de Marta Abreu, sus hábitos y sus gustos fueron otros. Tenía —si se nos permite la expresión— una cultura natural, ingénita, con ella nacida y para ella viva. Una cultura de especie biológica y temperamental. Hay cultos sin cultura, como hay personas de cultura medianamente cultas. Recuérdese la expresión del admirable escritor Chesterton después de haber hablado con unos pastores montaraces en la serrañía de Castilla: "¿Qué cultos son estos analfabetos!" Marta Abreu no fué seguramente lo que hoy entendemos por una mujer culta, que no es precisamente lo que entienden muchas personas que se creen cultas. Pero lo fué en la medida que requería su misión, en la que suplía su gran sensibilidad. Por lo demás, su estilo epistolar, que no pasa de casi correcto y alterado a veces por la agresión de los "que" entrometidos, denota una fluidez bastante y, en ocasiones alardea con las gracias donosas de una risueña imaginación, de una vivacidad —que no viveza— de ingenio suficientes para acreditar un nivel culto, no infimo. Sabido es, además, que en su juventud —y es de suponer que en toda edad— frecuentó las lecturas y que en los años de sus mayores preocupaciones patrióticas fué asidua lectora de la prensa. Todo ello le procuró a su claro entendimiento el bagaje necesario, sino excesivo suficiente, con que poder mantener al lado de hombre de tanta cultura como don Luis Estévez, el rango que le correspondía.

Pero lo cierto es, en efecto, que de sus estancias en ciudades como París, Madrid, Chicago, Nueva York y Filadelfia, no dejó memoria de que le hubiesen llamado la atención espectáculos, actos y fiestas de arte.

Si esto fué así durante sus viajes y sus afanes anteriores, es lógico suponer que mucho más había de serlo durante su nueva estancia en París. Los disgustos, las contrariedades, los muchos cuidados de los nietos, habían de retraerla aún más de lo acostumbrado. Y la muerte del doctor Grancher, su cuñado, dejando en yuidez a Rosa, hubo de acentuar aún el retraimiento.

Vivía, pues, Marta Abreu muy encerrada en sí y en su casa, en medio de un París que era ya la

luz del mundo en ufanía de urbe cosmopolita y ruidosa, cuando le acometieron implacables los achaques que había de llevarla al sepulcro.

CASI METABOLISMO

Aunque no puede afirmarse que la salud de Marta Abreu fué precaria, no puede tampoco creerse que fué, ni mucho menos, perfecta. Debió sufrir esa terrible condición de los enfermos crónicos que ni gustan demasiado a los médicos ni conmueven mucho a los prójimos que les ven "cada vez mejor". Su gran temperamento, su capacidad de sufrir, propia de todas las almas piadosas, le dieron fortaleza de sobreponerse a sus dolamas. Pero que éstas existieron pertinaces, es indudable. Sus temporadas termales en Vichy, en otros balnearios, y en Dax, "para tomar los baños de fango" para el reuma, lo demuestran sin lugar a dudas.

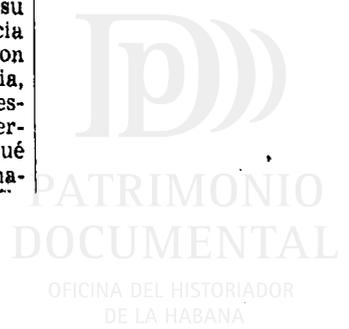
En mujer tan poco quejosa y de tan animoso brío como ella, son, por lo mismo, muy de tener en cuenta, por lo demás, algunas expresiones que, en relación con su salud, destacan en sus cartas. Los climas fríos, los inviernos rigurosos la afectaban mucho y la aquejaban con catarros y fiebres y con un general decaimiento. En 1896 se refiere en varias ocasiones a esto. Habla de "lo dichosa que he pasado el invierno (Febrero) y exclama "ya pasó el invierno, que bien me ha hecho sufrir" (París, 16 de Abril).

Pero, todo esto es evidente, cierto es que no fué mujer de enfermiza temperancia ni adolecida de continuos achaques. Sufrió del reuma y de enfermedades gástricas, sin que, en realidad, hasta ya bastante entrada en años, pasase por el trance de graves dolencias alarmantes y peligrosas.

Si los testimonios de sus cartas, amén de los informes y noticias de sus biógrafos, son de tener en cuenta, se puede afirmar que Marta no era mujer que, enferma o no, se sintiese en achaque o en salud, muy inclinada a pensar en la muerte.

La hemos visto siempre muy cuidadosa de todo cuidado de una vida cómoda, grata. Le espantan los hoteles "más o menos incómodos", ama las cosas y las casas limpias, buenas, alegres, despejadas. Siempre atiende al menester de la buena vida, en el sentido normal y bello de la palabra, y jamás en sus dolores y en sus amarguras evoca a la muerte.

Era vividera. No embozaba su amor a la vida. Con la conciencia limpia, benefactora pródiga, y con medios para serlo en abundancia, feliz en su hogar y cuando desgraciada bastante fuerte para serlo en amor de los suyos ¿por qué iba a desamar la vida, por qué ha-



bia de desear la muerte? No solo no la deseaba, sino que la temía. Apartaba con horror su pensamiento de la muerte y cabe colegir, por lo que después diremos, que le indignaba la seguridad de que un día no había de ser más que hueso mondo roído de gusanos. Su natural concepto de bien, su plena vivencia en la bondad absoluta, justifican esta aversión y tan patente en el vivir de Marta.

Quizá por eso se explican mejor y explican mejor a ella las tremendas aprensiones que, pasada la cincuentena, empezaron a atormentarla agravando con su pesadumbre sus achaques y sus dolencias. Puede rastrearse el incremento que este especial estado de ánimo fué asumiendo a medida de los años en su tantas veces citada correspondencia con la ejemplar Teresa Quijano.

Lo que al principio no son más que alusiones tangentes, fortuitas, de pasada y como sin dar importancia a lo ocurrido, se torna después en angustia casi desesperada, en temor dramático. La idea de morir la aterra. Solivianta, atormenta y desespera su temperamental carácter vividero.

En la carta que el 3 de diciembre de 1898 escribe a su amiga desde Nueva York, dice: "Mucho antes le hubiera escrito, pero he tenido un fuerte catarro que me ha atacado mucho la vista y, como tengo los ojos algo delicados de algún tiempo acá, cuando se me congestionan me ha aconsejado el oculista que me ha visto, que no escriba ni lea ni haga nada que me haga fijar la vista hasta que los ojos vuelvan a su estado normal; y como temo mucho perder la vista, sigo estrictamente sus consejos, pues he pasado ya muy malos ratos con esa idea".

El proceso de la aprensión está clarísimo. De un catarro al tormento de "verse ciega". De la molestia catarral al espanto de una ceguera posible. A los 53 años de edad, Marta Abreu, siente abierta ante su avidez vital la insondable y negra sima de la ceguera. Y se acongoja y tiembla y se guarda tímida y acobardada, aprensiva, amilanada, se abroquela en la exageración de las precauciones temerosas.

Pasan los años y este proceso va hincando sus garfios en el ánimo valeroso de la valerosa Marta, ya menos valiente, más abrumada de temores cuando mira hacia el futuro. En 1907, en Málaga, pasada la tormenta de sus dolencias y achaques, que fué mayor y más prolongada, al recordar en excusa a la amiga por su largo silencio, la larga temporada de sus enfermedades, esta gran aprensión que le roe el silencio y le invalida el conhorto, asoma inequívoca:

"Lo mismo me ha pasado a mí —escribía—; he estado tan mala, que íbamos a hacer venir al especialista de la garganta. La grippe me puso sorda, perdí el olfato, el paladar y completamente el apetito; en fin, mi estado era desesperante y Grancher no podía verme, porque estaba tan mal como yo. Pues así he estado hasta hace unos veinte o veinticinco días que he acabado de recuperar todo lo perdido. Y lo peor que tenía y que me hizo perder el sueño completamente, fué una impresión terrible: creía tener un cáncer en la garganta. ¡Ay! amiga mía, qué días y qué noches he pasado con esa impresión tan fuerte que no podía separar de mi mente, tan mal me veía y sentía mi garganta, de nada me servía la opinión del médico

que me asistía y venía a curarme la garganta, yo siempre seguía en mi idea, la falta de paladar era una de las cosas que más me lo hacía creer, en fin, ¿tan larga de contar esta enfermedad que me ha echado años encima, que la aplazo para cuando nos veamos".

Obsérvese, ante todo, lo significativo que desalta el empleo en ese desordenado párrafo acelerado por la obsesión, del adverbio "desesperante" en lugar del adjetivo "desesperado". No habla de que su caso, por lo grave, fuese, como suele decirse, desesperado; lo califica de desesperante. El matiz, aflorado quizá a la superficie de confesión por dictamen de lo subconsciente, es expresivo en grado insuperable. Desesperante; desesperada ella, porque el caso era desesperante.

TEMOR A LA MUERTE

Hacia unos años las desesperó la idea tenebrosa de la ceguera; ahora, la del cáncer. El hondo camino andado por la aprensión ha dejado honda huella en su naturaleza. Se asustaba ya en cuanto se sentía enferma y siempre temía lo peor. La idea de morir la aterraba. Por un lado, la insobornable naturaleza de sus vivencias apertentes y, por otro, las nuevas obligaciones a que sentía vocada, la rebelaban contra la certeza de su morir.

Puede ser que la tremenda aprensión de aquellos tiempos naciera ese horror de morir que la obsesionó durante los últimos años. Pero es muy posible también que, por el contrario, de este horror a la muerte naciese, acrecentándose progresivamente a impulso de las circunstancias exteriores, su dramatismo aprensivo. ¿Y por que no contar también, entre las causas determinantes, la lejanía de Cuba y, sobre todo, de Cuba, la siempre amadísima, vivida según ella había imaginado en el disfrute de un retiro grato y beato y viéndola medrar en la eficacia de su libertad?

Lo positivo es que era presa del pánico aprensivo, que es el más dramático y doloroso y terrible de todos los pánicos. Cumplidos ya largamente los sesenta años, se encaraba con la muerte y sentía el agravio de su aliento, el estridente rechinar de su guadaña. Y quería huir y se rebelaba contra la idea de desaparecer con ella. Cualquiera señal le parecía el llamamiento inesquivable. ¿Por qué caminos llega la Pálida y con qué modos y maneras se anuncia y nos arrastra? El oscuro enigma empezó a torturar el ánimo de Marta que había dado siempre a la vida rostro franco. Le volvía el rostro a la Muerte. A sus años, con nietos y disgustos a cuestas, quería ¡admirable Marta! vivir, vivir sin pensar en la muerte. Su hipoteca sobre el tiempo; vivir la intensidad plena de la vida, porque, al cabo, lo mejor que entre sus cosas buenas y peores ofrece la vida, es la realidad de vivirla.

¿Por dónde viene la muerte tan callando? el verso del poeta doliente era pregunta en fuego sobre el alma de Marta. Llegó positivamente a ser una obsesión. Como si quisiera estar preparada para un combate, irreparablemente perdido si el enemigo la sorprendía desprevenida. ¿Cómo se anuncia la muerte ¿Cómo se la siente llegar? ¡Ah! el tremendo enigma movía en el hondo silencio de Marta —porque esta aprensión de la muerte se encierra en mudez— tempestades dramáticas.

De pronto surgió coyuntura para que el íntimo dolorido sentir cobrara expresión. Se abrió un resquicio por donde podía llegar hasta el alma de Marta la respuesta tremenda. Allá, en la Habana, había fallecido un pariente cercano de su siempre amiga Teresita. Marta escribió una carta de pésame sincero, noble y piadoso. Pero, la gran obsesión se desbordó impetuosa:

"Mucho deseo tener noticias de ustedes, y sobre todo pormenores de la desgracia ocurrida, por saber si él seió morir, porque para mí, por resignado y buen cristiano que sea uno, el verse ir del lado de las personas queridas debe ser terrible, así yo espero que habiendo sido él tan bueno, Dios le habrá mandado una muerte tranquila y sin darse él cuenta".

Ya, acongojada por la obsesión, parecía rendirse. Quisiera saber que no se sabe cómo se fuere. Quisiera asegurarse en su esperanza de que no sabrá que se muera mientras esté muriendo. Que se la lleven sin que lo sepa, sin que se sienta morir, sin que se dé cuenta de que va a cerrar los ojos a todas las cosas bellas de la vida, a las personas a quienes ama, a todo este mundo que el Señor hizo tan hermoso. No; no se resigna. Pero puesto que no puede vencer, puesto que es irremediable el trance postrimero, que Dios y la muerte se lo deparen tranquilo y sin que ella se dé cuenta de que se va "del lado de las personas queridas".

Adviértase, para calibrar el vitalismo temperamental, el sensorial temperamento de Marta, qué lejos, qué diametralmente opuesto

al concepto de la muerte como aspiración fervorosa de los místicos, es este temor suyo, más que la muerte, a sentirse morir, a saber que está muriendo. Porque en la vida ella no sentía morir, porque vivía intensamente, plenamente en su vida y en la de los demás. Por ella, si pedía una muerte callada, quieta, sin previo y tremendo signo, no podía hacerlo con las palabras transidas de eternidad del poeta: para que el placer de morir no le hiciese entender que estaba perdiendo el goce —el noble, santo y puro goce— de vivir.

Quería saber, quería estar segura de que, por lo menos, "se iría" ignorando que se iba, sin sentirse morir. Esa preocupación pudo más que ella y le dictó esas palabras que hemos copiado. Quizá inmediatamente advirtió lo que, para quienes las recibían, en momentos de aflicción y de desgracia, podían tener de inoportunas e impertinentes; pero aún así y por si esta causa pudiese correr el riesgo de quedarse sin la respuesta que es el desesperado y "desesperante" afán de su espíritu, insitia:

"Yo no pido que Renée me escriba, porque la supongo entregada a usted, pero si agradecería mucho que alguna otra persona, sus sobrinas, me pusieran unas líneas diciéndome lo que deseo saber".

No cabe duda. A sus habituales delicadezas, a su exquisito tacto tan extremado en el primor de no causar ni disgusto ni molestias, se sobrepuso la honda quejumbre, el íntimo temor que la acongoja. Todas sus aprensiones temerosas, todos sus pánicos de ultratumba, habían avivado aquella obsesión. Le temía Marta a la claridad de la conciencia que a la hora de su morir le mostraría todo lo que en torno a ella había de echarla de menos, todo lo que sin ella quedaba sin emparo; pero le dolía también, y no lo ocultaba, su propio dolor al tener que abandonar lo que más amaba... Su vitalidad enorme señoreaba agria las flaquezas de su senectud.

Y estremece hoy pensar que esta carta con esa gran herida que toma sangre la tinta, abierta en ella como una flor bermeja, fué la última que escribió a su grande y fiel amiga. (Madrid, 27 de julio de 1907). Por lo menos, la última que se ha conservado en el legajo que, como un tesoro, guarda la señora Renée Molina, cultísima y cubana, que por ambas cosas y por nobleza de su señorío espiritual, comprende lo que para ella, la hija tantas veces nombrada en las cartas a su madre, vale ese epistolario en que alienta y jadea y suspira y "vive" el espíritu preclaro de la gran villaclareña.

1000075

Tardó aún muchos meses en llegar a la muerte. Pero el estado de espíritu que se transparenta en esa carta, no pudo modificarse, en todo caso, más que para hacerse cada vez más grave, más obsesivo, más dramático.

LA MUERTE

¿De qué enfermedad murió Marta Abreu?

De súbito, un día en París, en la casa de su hermana Rosa Abreu, viuda de Grancher, donde residía, se sintió adolecida de apendicitis. Se dice que provenía de una agravación de sus crónicos padecimientos estomacales. La consulta de los médicos dió como resultado el criterio de una operación urgente.

Fué Marta, en consecuencia, conducida a la Clínica del doctor Routier, por entonces muy famoso cirujano parisién. Con la asistencia del sabio doctor cubano Joaquín Albarrán, profesor auxiliar de la Facultad de París, Routier practicó la apendicectomía. Era el 30 de Diciembre de 1908. Se había iniciado la batalla de Marta contra la Muerte, que fué una breve batalla para una larga agonía.

El último día del año —jueves— la enferma parecía salvada. La operación había tenido favorables secuencias; la reacción era satisfactoria. ¿Sintió Marta en aquellas horas, como volviendo del reino tenebroso, su victoria? Le sonrió el espíritu en el gozo de haber vencido. No la arrancaban de al lado de las personas a quienes amaba y aunque, resignada y cristiana, debió sentir, si pudo darse cuenta, un júbilo muy grande al verse de nuevo en la parte de acá, sin trasponer la frontera de la niebla.

En la madrugada del viernes al sábado, apenas conclusa la primera jornada del año, Marta se agravó. Con el alba nueva ¿le enviaba la muerte su mensaje? ¿Llegó ella a percibirlo, sintió la señal y el llamamiento?

Cayó en un desvarío. Perdió las luces del conocimiento. Se hundió en un sueño de la razón. Septicemia, diagnosticaron los doctores. Marta no volvió en sí. Murió a la una y media de la tarde del día 2 de enero de 1909.

A la madrugada y callandito había llegado la muerte. Callandito y a la tarde se la llevó. Pero Marta se fué sin darse cuenta de que se iba. Dios la había escuchado y estuvo cerca de su lecho. Y con su diestra avezada a crear eternidades, le cerró los ojos. Y Marta los abrió en lo Eterno.

en 25/48

PATRIA, PATRIMONIO Y PATRIOTISMO EN LA VIDA EJEMPULAR DE MARTA ABREU.

Por Rafael Marquina.
Inf, feb 22/948/4

Con gratitud, que no hallamos palabras con que expresar; en obediencia a deseos que nos honran y manifestados por numerosos lectores, algunos de Santa Clara, nos decidimos a acceder a su petición, publicando en esta página de hoy un fragmento más de la biografía de Marta Abreu, que tenemos inédita, aunque premiada en un Concurso Nacional en el que alcanzó el segundo premio, habiendo correspondido el primero a la escrita por el Dr. Pánfilo Camacho. Hemos escogido para esta última página que dedicamos a la incomparable patricia, una parte del capítulo titulado "Patria, patrimonio y patriotismo". Reiteramos nuestro agradecimiento a todos los que se han interesado por esta publicación y creemos que a los demás ha de parecerles justificada tratándose de enaltecer la memoria y la lección magnífica de una gran mujer cubana.

LEJOS DE CUBA

Filántropa y altruista, Marta lo era, ante todo, por patriota. Desde aquel momento en que el grito de Baire inició la que había de ser guerra de la independencia, la caridad generosa, el sentido humanitario de la bondad de Marta desviaron su rumbo aparente, por exigencias de la realidad, pero siguieron la ruta que desde su niñez habían recorrido.

Don Luis Estévez y Romero, cubano ilustre que tiene en la historia su lugar propio y destacado, esposo de Marta, se había ya distinguido notablemente, no sólo por la brillantez de sus dotes intelectuales, sino también en la pura nobleza de sus sentimientos cubanos. Por todo ello, fué, pues, suspecto a las autoridades españolas. Pero ocurrieron además por aquellos días circunstancias hoy refulgentes en el halo de su significación y que precipitaron los acontecimientos que habían de influir poderosamente en la vida de aquel ejemplar matrimonio cubano.

Por aquellos días, en efecto, la ciudad de Santa Clara, rebotando de júbilo ferviente el corazón agradecido, tributaba grandes homenajes públicos y solemnes a la gran benefactora. Santa Clara y ella comulgaban una vez más en la misma nobleza y se compenetraban en un mutuo amor, que es una de las glorias de Cuba. Sesiones oficiales, populares regocijos. Y

un claro gozo de clara villa en claridad de almas reglejado. Qusieron las autoridades ver en aquel júbilo de la ciudad abrazada a su madrina, un pretexto con qué celebrar el suceso de Baire. Y pusieron a Don Luis, intelectual, historiador, polemista, torvo ceño y enemigo recstro. Cauteloso él y consciente de los peligros en que caían los cuantiosos bienes de fortuna de su esposa, determinó discretamente un viaje que les pusiese, alejándoles, más cerca de la patria.

Fué providencial para Cuba —y de resultados que hoy conmueven el corazón de la Historia— la prudentísima medida aconsejada por el amor y el talento de Don Luis Estévez. Trasladado el matrimonio a Paris, desde Paris ganó Marta la guerra de Cuba. Salvado el patrimonio, la patria y el patriotismo se salvaron también. Nunca será bastante bien alabada la sabia y discreta determinación de quien, por suma y acopio de muchos parecidos méritos, fué el primer vicepresidente de la República cubana. Y digamos ya, aunque sea en rapidez tangencial, que don Luis Estévez y Romero fué siempre, al lado de Marta e identificado con ella, tan gran patriota como ella. "La pluma vigorosa y el preclaro talento de Don Luis Estévez contribuyeron a la Revolución como pocos", escribió Garófalo Mesa. Y aunque medianamente escrito, está muy bien escrito.

MARTA Y DON TOMAS

El primer gran acierto de su patriotismo en dinamia de guerra fué, sin duda, la "resurrección de Agramonte". Marta Abreu para su correspondencia con Don Tomás Estrada Palma, entonces Delegado en Nueva York, escogió el pseudónimo de "Ignacio Agramonte". Aflora en la elección, en el nombre glorioso y terso, el alma de la electora. Valor y fe. Y en la evocación del paladín, la obligación de una deuda viva; Cuba de pie ante sí misma. Una guerra en marcha y una necesidad de victoria. Un deber y un culto. "Ignacio Agramonte" revivía para poner en marcha la legión cubana. Y fué, por obra de las obras y los días de Marta Abreu, dos veces inmortal.

Fué a principios del año 1896 cuando Don Tomás Estrada Palma, aquel hambre de virtudes estoicas, recibió, por mediación del doctor Juan Guiteras, las primeras aportaciones que Marta Abreu "como todo buen cubano" se sentía en el deber de hacer por la causa de Cuba. El diálogo epistolar

que desde entonces mantuvieron por encima de los mares, sobre el dolor humano, Marta y Don Tomás, en prez y honra de la República de Cuba.

No seguiremos paso a paso, carta a carta, esta correspondencia emocionante, por lo demás, ha sido ya en otras ocasiones en parte o totalmente publicada. Pero fuerza es —y grata coyuntura— recoger algunos de sus hitos más salientes, de sus centelleos más luminosos para que el alma grande de Marta destelle el fulgor con que brillaba ante aquella otra, en grandeza gemela, del gran cubano que halló en Marta quizá al "hombre" que quiso hallar en Cuba.

Conviene acaso, antes de adentrarnos en esa luz, subrayar la gran enseñanza que esas dos figuras han dejado viva y perenne en ese epistolario. De igual a igual, las dos almas se emparejan. Pero sobre el prestigio humano de lo personal, lo que procura eficacia —con un "plus" de eternidad que ce de lo suasorio— a la corres-

pondencia aludida es su valor como historia. Porque ambos, el gran hombre letrado y sabio, y la mujer natural y sencilla, parecen inmersos igualmente en la conciencia de que están haciendo historia. Cumplen la destinación humana, seguros de que la están cumpliendo. Casi diríamos que orgullosos —con el noble orgullo antídoto de la vanidad— de que la están cumpliendo. No hay en ellos ni un momento vestigio de énfasis ni muestra de petulancia. Ni siquiera desmedido prurito de alarde patriota. Simplemente la "conciencia" de que están creando a Cuba, de que cumplen su misión. Una conciencia —digámoslo una vez más— que es la irrefutable realidad de la Fe.

(De esa Fe que Medardo Vitier ha señalado como característica venturosa del siglo XIX cubano y que halla a faltar en los tiempos actuales. Esa fe en la capacidad de superación de los cubanos que fué, en los tiempos, en las cartas de Marta y de Don Tomás, lo floración y el frutecimiento de la semilla, del germen de que proveyeron a la cubanidad los grandes pensadores pretéritos).

Ambos espíritus se alzaron a igual altura rebajando su propia personalidad, prescindiendo de ella, desgajándose en espíritu de la corporal prestancia. Si un día se perdiese Cuba, en esas cartas volvería a hallarse, aunque se hubiesen perdido también muchas otras de los precursores, de los héroes épicos, de los hombres beneméritos que en la Colonia y en la Guerra pusieron en pie la conciencia cubana.

No sólo en el dar por la patria y por la patria recibir y emplear —tarea doble en única devoción ejercida a que se entregaron aquellas dos vidas modélicas— se advierte, transparentando en su correspondencia, en el diálogo de de quienes, por entonces, no se conocían personalmente. Hay, en la acentuación de los sentimientos y de los matices, hasta en la elección de los temas con que mutuamente se regalan y respetan, el timbre de los selecto. Cuando transida de admiración el alma, rebosante de gratitud el ánimo, Estrada Palma, desde Nueva York quiere rendir homenaje a la gran patriota a la que según ella es, desde París únicamente "un buen cubano", nada le parece mejor y más digno que ofrecerle la historia de Mary Dosving, la humilde obrera de la ciudad de Sawel, en el Estado de Massachusetts.

LA HISTORIA DE MARY DOSVING

Mary Dosving trabajaba en una fábrica de hilados. Un salario de unos seis dólares semanales. Esta obrera oscura, modesta, humilde en su nobleza y "cuyas generales se desconocen", como diríamos aquí, pero que "allí", en donde todo se halla, a la postre, la exactitud de su medida, deben estar fijados en caracteres de luz, escribió un día a Don Tomás Estrada Palma, preguntando a dónde y a quién podía enviar su contribución voluntaria a la causa de Cuba. Y así se estableció entre la tejedora y el Delegado, una relación que, por la humana y honda y exquisita comprensión con que él supo calibrarla y ponderarla es uno de los más seguros caminos por donde llegar al alma luminosa del gran maestro de almas.

Un día, Mary Dosving fué, en la monotonía del taller laborioso, una sonrisa de la mañana. Llevaba prendido en el pecho un joyal único. Una banderita cubana labrada en plata. Camaradas y compañeros, jefes de taller la elogiaron y ponderaron. Y sobre el jadeo del busto respirador y armonioso, la bandera parecía palpitar como un eco del corazón. Era un regalo de Don Tomás, en gratitud al envío de cinco pesos y cuarenta centavos que Mary Dosving había remitido a la Delegación. El primero de una porfiada serie que, por encima de las dificultades y los obstáculos y contra las carifcasas reconvenções de Estrada Palma, que revisitiéronse de "la autoridad de padre o hermano mayor" y sintiendo en su "calidad de hombre honrado" se "avergonzaba de que pudiera aparecer explotando el capricho o la

pasión de aquella sublime enamorada de la causa de Cuba", la amonestaba para que no se privase con tanta frecuencia, en medida superior a sus recursos, del dinero que para sus necesidades debía emplear, hacia la tejedora generosa periódicamente en ayuda a la causa de los cubanos, con fervidas alusiones en sus cartas a la heroicidad e infortunio de los Maceo, a la despótica "energía" de Weyler.

Don Tomás le narra en una carta admirable por la tersura de la nobleza humana (16 de octubre de 1896) esta historia emocionante y sencilla a Marta Abreu. Le cuenta las vicisitudes vitales de Mary con minucia afectuosa, con primor de cuidados cariñosos. Sus enfermedades, una caída que sufrió al bajar una escalera, sus paros forzados como tejedora... Una minia-da estampa en que brilla la gracia de lo sagrado.

Y el espíritu admirable de aquel hombre que vivió en un ambiente de estampa pura la más agria epopeya de América moderna, lo hace en tributo, tanto a la grandeza sencilla de Mary Dosving, la dadivosa entusiasta, como el alma grande de Marta Abreu, la millonaria magnánima. Larga y sincera epístola, que debiera ser lectura obligada en las escuelas cubanas, se excusa ruborosa al tiempo que se postra reverente ante Marta:

"Perdonadme, señora, que os haya distraído hablándoos de la modesta obrera de Massachussets; pero no creo que haya quien sepa comprender tan bien como vos el tesoro de generosidad que encierra aquel gran corazón"...

La intención preclara, el delicado homenaje, no pueden expresarse más claramente. Tributo de Estrada Palma a la sensibilidad de Marta Abreu juzgándola capaz, desde la altura de sus abundancias, de admirar en su medida justa la grandeza de los humildes.

La gran emoción que el Delegado sentía por el devoto amor cubano de la obrera de Massachussets ¿con quién podía compartirla sin que perdiese las esencias de su pureza? ¿Quién podía alentar el sentimiento digno de ser llamado a admirar aquel heroísmo natural, sencillo, verdadero y llamado? Allí en París, salvadas las distancias materiales, ¿la millonaria filántropa no era hermana espiritual de la tejedora desabastecida de fortuna? Tomás Estrada Palma presintió, sintió que Marta Abreu —sentiría también que es el modo de saber de las almas grandes— que aquella hermandad la ennoblecía. Estuvo seguro de que Marta Abreu comprendería la calidad excepcional del homenaje.

Y no erró. Desde Bayona, la ilustre benefactora, la incorruptible patriota, al contestar aquella carta del Delegado, escribía (19 de noviembre) estas palabras:

"El relato que usted me hace de la pobre obrera de Massachusset me ha conmovido extraordinariamente será para mí un placer inexplicable el conocerla para darle un abrazo estrechísimo y rendirle homenaje a su gran corazón".

No erró Estrada Palma; no se equivocó su sensibilidad. Marta Abreu, porque era patriota esencial como él, sin mácula en sus sentimientos, porque era mujer de nobleza inmaculada rindió homenaje a la pobre obrera tejedora desde la abundancia próspera de su patriotismo en devoción a la insuperable verdad de su patriotismo. Y en cuanto a entender la nobleza del tributo, a la vez sencillo y enorme, que le rendía el Delegado, la benefactora supo calibrarlo también en su esencial significación y agradecerlo en su valor positivo. En la carta referida añade a renglón seguido:

"Ese relato que usted se ha tomado la pena de hacerme tan minuciosamente, no obstante de sus innumerables atenciones, suponiendo lo que me había de interesar, se lo agradezco a usted enormemente".

La compenetración era —como puede entenderse— perfecta. Quienes jamás se habían visto los rostros, se veían las almas. El espejo —Cuba— las ha guardado para la eternidad.

CORRESPONDENCIA EMOCIONANTE

Por lo demás, la correspondencia entre Marta y Don Tomás es por sí sola testimonio fehaciente y verídico de la pródiga abundancia con que Marta Abreu de Estévez proveyó al auxilio y al incremento de la causa cubana y a abastecer la de recursos con qué llegar a la gran meta a cuya luz se confortaba el alma de la benefactora.

Son abundantísimas las citas que pueden hacerse siguiendo ese epistolario, en demostración de la generosa tenacidad con que Marta Abreu ocurre siempre a los llamamientos urgentes y urgentes del celosísimo Delegado. "Recibí su cablegrama —dice él en 16 de octubre del 96— avisándome que podía contar con \$10.000". Y el 19 de diciembre cablea ella: "Cuenta con diez mil pesos". Y el 26 le detalla en carta a Don Tomás: "...la presente carta es complemento de mi anterior, para incluirle no tan sólo una carta orden a nombre de usted que le había anunciado..." En septiembre de 1897, con su pseudónimo glorioso, al que gloriosamente gloria adicionaba, le envía el siguiente cable: "Ante contrariedad fracaso expedición Pinar del Río, cuente diez mil pesos para otra". En Abril del 98 pide Estrada Palma un supremo esfuerzo "por falta fondos estos críticos momentos" y necesitado de reunir dinero, confía en que la emigración

10.0079

cubana en París reuna doce mil pesos. Marta Abreu, diligente, remite seis mil... Y etcétera. Nunca una "etcétera" ha tenido más palpitación de inmensidad, más fuerza sintética y desmesurada a la vez de realidad ilimitada, sin medida ni contorno.

Pero, aparte el valor positivo y constante, al margen o en el cogollo de esta contundencia material crematística, lo que admira sobremanera en el generoso tesón patriota de la gran benefactora es la sencillez con que lo practica y que resalta además su fortaleza en dos cualidades que la definen: su manera de erguirse ante la desgracia y la fatalidad; su modo de entender la "cubaneria" como un servicio vivo, como un culto constante; es decir: martianamente.

Si una expedición fracasa, diez mil pesos más para organizar otra; si, llegando hasta el corazón de Cuba la muerte de Antonio Maceo conmueve la seguridad de la victoria, "adelante" y diez mil pesos más. Se diría que se siente combatiente y militante contra el enemigo y usa el arma de que dispone, con renovado brío, y cada vez con más valeroso encono. Por eso, sinceramente se maravilla don Tomás, en admiración venerativa por aquella longánime liberalidad, la colma, en nombre de la patria, de elogios y ponderaciones.

Léase la expresión de su sinceridad: "...y nuevamente me hallado de confusión el que en forma tan exageradamente laudatoria haga usted el juicio de mis actos como cubana, cuando yo considero que no hago más que cumplir con un sencillo deber como hija de aquel suelo donde están los que verdaderamente merecen una epopeya por estar derramando su generosa sangre a fin de darnos a todos una patria libre. ¿Cómo no hacer un esfuerzo extraordinario los que podemos hacerlo, para que el éxito más glorioso corone los titánicos empeños de nuestros compatriotas que luchan?" (Bayona, 15 de febrero de 1897.)

Adviértase bien la justeza serena y consciente. Rechaza toda hipóbole de gratitud, porque siente que el hecho de haber nacido en Cuba obliga a un "sencillo deber". Pero califica de "extraordinario" el esfuerzo. La sencillez de lo extraordinario; he ahí la lección de Marta Abreu.

PATRIOTISMO PURO

En los fragmentos transcritos, en los actos evocados, en los gestos de que se ha hecho mención, el patriotismo de Marta Abreu ha puesto en claro, con la generosidad de sus sentimientos, su indudable virtud sentimental y afectiva. Pero, como el de Estévez y Romero, el patriotismo de Marta Abreu no era únicamente expresión fervida de

un sentimiento profundo e insobornable. Tenía, por decirlo así, una conciencia. Tanto como del corazón, brotaba de la mente. Y su línea, como la que trazaron Martí, Maceo, Estrada y tantos otros, era recta e inflexible: independencia o muerte. Su pensamiento no se meció en hamacas acomodaticias. Si tuvo fe en la victoria, no la habría admitido más que en plenitud de soberanía. No cruzó nunca sus imaginaciones la posibilidad de componendas autonomistas, de anexiones o de parcial solución de cuyos tratos no surgiera Cuba libre e independiente.

Ni creyó en el señuelo de las reformas ni se dejó tentar por ciertas esperanzas de intervenciones especiales. Para ella, como le escribía a Estrada Palma —15 de febrero de 1897— lo único importante en la urgencia del deber patriótico era "que no les falten armas y municiones a nuestros guerreros, que lo demás vendrá por sus pascos contados". Atenta al curso de los acontecimientos, formaba juicio de todas las cosas y estaba muy al tanto de todos los acontecimientos. Por eso en la propia carta pudo añadir: "Ayer leí las cartas que el corresponsal del "Heraldo" obtuvo en su entrevista con el General en Jefe y he gozado de orgullo y de satisfacción al ver la respuesta que da Cuba a las amañadas y raquíticas reformas que España le ofrece. Yo lo que temo es que el Gobierno Americano se declare por las reformas y adopte una actitud perjudicial de "verdad" a que se surta de armas y municiones. Esto sería tremendo y por lo mismo no cesa de atormentarme esa idea. Sin embargo, yo no pierdo la fe por la misma santidad de nuestra causa".

Si no bastara, recordemos que en París, a 8 de abril de 1898 escribe al Delegado: "Parece que el lunes será decidida la cuestión de paz o de guerra y saldremos, al fin, de la ansiedad febril que a todos nos devora. De cualquier modo que sea, hay que confiar en que Cuba será libre". Y el día 6 de mayo exulta su júbilo cubano en un arranque gozoso: En días de júbilo como los que estamos atravesando me es muy grato tener que dirigirme a usted para expresarle que estos corazones desbordanse de gozo y satisfacción ante el suceso más o menos inmediato; pero siempre cierto, de ver a Cuba libre e independiente"...

La rotunda formulación de las aspiraciones no se quiebra nunca; ni en los momentos de zozobra ni en la claridad de las horas de esperanza.

PATRIA Y DOLOR

Esta gran preocupación, esta máxima angustia iluminada por una fe que jamás decayó, embargaba el alma valerosa y noble, tersa y pura de Marta, pero no le coartaba aquella dinamia graciosa y gentil de su vida, atenta a tantos menudos quehaceres, a tantos tiernos primores de bondad y gentileza, de buena ama de casa y de mujer que no desdeña el cuidado de la moda y la moda de los cuidados. Pero si más adelante hemos de verla en esta ley de labores destacar su prestancia amable, debe decirse aquí que todo ello no la apartaba ni un minuto de sus cogitaciones patrióticas. En sus cartas a la señora de Molina, "su muy querida e inolvidable", su "siempre queridísima", en las que con un primor de labor casera, huele a ropa limpia y a espliego y tomillo y manzana galana, habla de todo y de todos de gentil manera que asume a veces categoría estilística, la gran preocupación, la honda preocupación tremenda, late y palpita y a las veces se vierte en palabras transidas de melancolía.

Le dice, por ejemplo, a su muy amiga fidelísima —Cambó, 15 de octubre de 1859—. "De Santa Clara saldrían muchas familias si tuvieran recursos; todos se quejan que están sufriendo mucho allí y que no saben qué va a ser de aquello. Figúrese lo que yo sufriré cada vez que recibimos una carta escrita, se puede decir con lágrimas de desesperación. ¡Pobre país, tan hermoso y tan desgraciado! Aquí se ocupa mucho la prensa de los acontecimientos de allá, así es que estamos casi más enterados que ustedes allí de lo que pasa, pues estamos suscritos a los mejores periódicos de España, al "Times", de Londres, y al "Herald", de New York. Así es que estamos al corriente de todo y sufriendo mucho al ver toda la sangre que allí se derrama. Nos pasamos largas horas leyendo y traduciendo periódicos. Tenemos por aquí varios cubanos que nos acompañan a leerlos y comentarlos después".

HOGAR CUBANO

Desde el primer momento, el hogar del matrimonio Estévez Abreu fué cobijo y mansión de los cubanos. Allí, la patria tenía su altar y su taller. Se agrupó en torno a la gran llama el ansia de los corazones ateridos. Empezó la gran obra en una comunión de patriotismo. En París, Marta era la seguridad de Cuba para los que vivían inseguros fuera de Cuba.

Se fué haciendo compacta y fiel y fortalecida en redor de su luz la pujanza de los exilados. Y cuando la gran Marta sonreía, veían en la luz la luz de Cuba.

En algunas ocasiones, la gran benefactora que tenía tan cabal información de lo que ocurría "allí", inclinaba sobre la amistad de Teresita Molina la gran bondad de su consuelo. Y sabiendo que sus palabras iban a ser reiteradas en lectura y versión, se creía obligada a emplear, aunque envolviéndolas, cauta, en el eufemismo precavido, razones de consuelo. Léase lo que escribió en carta desde París el 19 de mayo de 1896: "Pues bien; puedo añadirles que nuestra situación hoy es aún mucho mejor que cuando nos dejó (un amigo a quien se refiere en párrafo anterior) y que de seguir así, podremos abrir de nuevo nuestra casa de comercio muy pronto y volver a tener muchos negocios". Con estas perifrasis sutiles aportaba el bálsamo para las heridas. En las maneras de su caridad espiritual prevalecían también las delicadas gracias con que se ufanaba pródigo su largueza munífica.

El 24 del mismo mes, en nueva carta a Teresa, asoma también a flor de suspiro la congoja íntima y gigante. "¡Qué casualidad! Tres o cuatro días después de haber recibido la carta de usted en que me hablaba de la triste posición de la sobrina de Mad. Bernat, vimos en los periódicos la prisión del marido de ella ¡pobre mujer, pobres hijos y pobre abuelo, que ya vió fusilar uno, y sabe Dios la suerte que le espera al preso hoy y al que está con las armas en la mano, mañana! ¡Pero hay tantos como él que tienen el corazón destrozado, que hay que decir en vez de ¡pobre! feliz el que no tiene hoy su corazón oprimido o destrozado!"

En el patriotismo de Marta Abreu la clara noción de lo justo gravitaba ilesa. Desde Madrid, en el año 1907, cuando ya el pleito cubano había luminosamente epilogado sus angustias pretéritas y Marta Abreu, cercana sin saberlo a la claridad nueva y más alta sentía aún los sinsabores y las zozobras de "buen cubano" le escribía a su amiga entrañable: "...estamos deseando salir de aquí a causa de los muchos calores y las enfermedades) a pesar de que nos ha gustado Madrid; lo encontramos mucho mejor de lo que nos habíamos figurado, y muy alegre y la gente amabilísima, no parecen ni prójimos de los que van a Cuba, por lo menos, de los que han ido hasta ahora".

Con su sagrado prestigio ultratúmbico, estas palabras de Marta son como el halo impalpable y cándido, hecho de luz de nube y oración de cielo que recorta en la estampa de la devoción la silueta veneranda de la benefactora. Era toda claridad la verdad de su alma villaclareña.

1000081

LA CUENTA IMPOSIBLE

Si con ayuda de los datos llegados hasta nosotros ciframos la cuantía efectiva de los donativos con que Marta Abreu contribuyó al triunfo de la cusa cubana, podremos calibrar la trascendencia positiva de su generosa intervención. El doctor Garófalo Mesa inserta en su libro sobre Marta y Don Luis los asientos de cantidades donadas para la Revolución por la preclara patricia. La copia de los libros números 62 y 63 de la Tesorería de la Delegación del Partido Revolucionario Cubano en Nueva York, que se hallan en el Archivo Nacional. Pero el doctor José M. Pérez Cabrera, en su discurso pronunciado en la Academia de la Historia de Cuba ("Una cubana ejemplar: Marta Abreu de Estévez") el 13 de noviembre de 1945 en ocasión del primer centenario del natalicio de la ilustre villaclareña, rectifica algunos errores y una omisión en que incurriera el doctor Garófalo. En vista de todo esto y teniendo en cuenta las meticolosas rectificaciones del Dr. Pérez Cabrera, historiador estricto y erudito (que alude a los libros números 62, 64 y 65 de la Tesorería del PRC, establecemos el siguiente cuadro de aportaciones de Marta Abreu a la Revolución Cubana:

AÑO 1896	
Día 14 de Enero ...	\$ 2.000
Día 26 de Febrero..	4.000
Día 1 de Abril	4.000
Día 2 de Mayo	15.000
Día 28 de Julio	20.000
Día 5 de Septiembre	5.000
Día 16 de Octubre..	10.000
Total	\$60.000
AÑO 1897	
Día 9 de Enero ...	\$30.000
Día 9 de Enero ..	10.000
Día 26 de Octubre..	10.000
Total	\$50.000
AÑO 1898	
Día 1 de Febrero..	\$ 1.000
Día 12 de Febrero..	4.000
Día 17 de Mayo	6.000
Total	\$11.000
Año 1896	\$ 60.000
Año 1897	50.000
Año 1898	11.000
Total general..	\$121.000

A todo esto hay que añadir muchas otras cosas. Por ejemplo: los doscientos pesos mensuales que

Marta Abreu destinaba en París a asegurar el decoro bastante con que cumplía sus deberes de Delegado de la Junta de Nueva York, doctor Ramón E. Betances, a quien con justicia llamó el doctor José Agustín Martínez "pionero" del Servicio Exterior de Cuba en Europa; por ejemplo: las reiteradas aportaciones con que se alivió la suerte amarga de los deportados cubanos en Ceuta; por ejemplo: el "piquito" que le costó durante la guerra a su amadísima Santa Clara, mas los otros "piquitos" no villaclareños... Es imposible fijar, ni aproximadamente, el enorme caudal que la gran patriota empleó a la causa de Cuba y bien puede afirmarse, sin riesgo de exageración, que su patrimonio fue utilizado tan generosamente, gran parte en la construcción de su patria.

LA PATRIA EN EL PATRIMONIO

No jugamos, por modo de alarde literario y donoso con los vocablos. Si, al hablar de Marta Abreu, empleamos a menudo en concordancia que nace por debajo de las palabras, allá donde corre la sangre de las ideas, las voces "patria, patriotismo y patrimonio", lo hacemos convictos de que en esa trinidad ha cuajado la Historia, en bloque marmóreo y perdurable, la verdadera significación, el espíritu preclaro de la gran benefactora. Dictábale la conciencia un deber. Vivía toda ella inmersa en amor de patria y no podía —como aquellos a quienes reiteradamente alude Estrada Palma en sus cartas— dejar de sentirse al "nivel" mas alto; tan alto como la cuantía de su patrimonio. No funambulizamos con figuras literarias. Y lo prueba, a la distancia de tantos años, una carta del propio Don Tomás integérrimo a la que conviene, por tal motivo, aludir con más detalles.

En Octubre de 1896 —día 8— Marta Abreu, alarmada por ciertas noticias que había leído en "El Imparcial", de Madrid, relativas a que los españoles se habían apoderado de una carta escrita por Don Tomás y que se decía reveladora de ciertas noticias y nombres que callaba la prensa y temiendo, por tanto, pudiese resultarle a ella algún perjuicio por razón de los bienes que poseía en Cuba, le pedía a Estrada Palma noticias veraces. A esto contestó Don Tomás el día 22 del mismo mes, y después de asegurar a Marta que la aludida carta "no contiene nombres propios ni se refería en particular a finca alguna" dice textualmente:

"Usted, por lo tanto, puede estar tranquila, segura de que no se ha cometido, por mi parte, indiscreción alguna que comprometa sus intereses en la Isla, que bien pudiéramos llamar intereses de la patria cubana, por lo mucho que ellos contribuyen a dar patria libre a los hijos de aquella tierra infeliz".

Marta Abreu supo vivir el "nivel" de las circunstancias, poniendo al nivel de su patrimonio su patria y su patriotismo, fundiéndolo todo en la magnanimidad de un alma excepcional.

No sólo hay que admirar en ella la generosidad material con que estuvo siempre diligente y presta a concurrir, salvadora y útil, a las necesidades de la guerra. Ha de abrirse también un capítulo de gracias por aquellas otras numerosas obras de ayuda moral, de patrocinio amistoso, de padrinazgo influyente con que distinguió y favoreció a numerosos cubanos que creía útiles a la causa patria. Tomás Velasco y Gómez, C. Lorenzo Portillo, Gloria Sánchez de Cabrera, entre otros, son de ello muy buenos testimonios en la correspondencia cruzada entre Marta y Don Tomás. Y hay que aludir, no pudiendo recoger su pluralidad innúmera, a los tantos y tantos beneficios que en favor de la patria y de los interesados, otorgó la bondad de aquella gran señora. No se la podría acusar ni remotamente de haber dado parte de su dinero por puro egoísmo, como compra

de tranquila seguridad, de reposo no amenazado ni hostigado. La sinceridad de sus sentimientos los hace doblemente grandes.

UNA GRAN JOYA

La veneración, la gratitud, el entusiasmo que despertaron en Estrada Palma y en todos los buenos cubanos la filantropía y el patriotismo de la matrona ilustre se manifestaron en más de una ocasión en públicos homenajes o en expresiones más íntimas, pero no menos valiosas. Destaca entre ellas, por muy significativa, una muy sencilla. En el mes de Julio de 1896 el Delegado de Nueva York remitió a María Abreu, por mediación de Nicolás de Cárdenas, una pequeña reproducción de la bandera cubana, en metal, a modo de joya miniada, como prueba de la alta estimación en que se tenían sus servicios. Marta Abreu agradeció el regalo "como el mejor que podía haber recibido".

No debía ser de materia preciosa la joya, que no andaba ciertamente en boyantes abundancias crematísticas metida la Delegación ni era Don Tomás hombre propinco a la largueza con peculio ajeno. Una simple banderita de metal esmaltado. "El mejor regalo" para Marta Abreu, sin embargo, porque era la bandera cubana. Un prendedor modesto —seguramente igual al que Estrada Palma envió a otras mujeres—, pero significativamente igual al que envió a la obrerita de Massachussets. La millonaria y la tejedora se sintieron igualmente felices sintiendo prendida en el pecho la bandera de Cuba. "Con todos y para el bien de todos", había dicho Martí.

ALLI Y AQUI

Casi sin excepción cuando en sus cartas íntimas Marta Abreu alude a Cuba dice "allí". Los fragmentos que hemos transcrito y otros muchos que podríamos transcribir, reiteran el modo adverbial de esa alusión. Desde el extranjero, para Marta Abreu Cuba es "allí". Como el cielo para los creyentes; como para los poetas los mundos ideales. Allí, en una lejanía que tenemos delante de los ojos; cercana y presente en nuestra emoción. No escribe Marta con referencia a "esa tierra" o señalando "ahí" o usando otras correctas formas gramaticales. No; para ella no hay más que "aquí" y "allí". Le atormenta un tanto estar "aquí" como no hacer del allí su aquí perpetuo. Y le aflora en el verbo sencillo la honda nostalgia del alma. Allí, es decir: lejanía, bruma, dramática distancia, remota niebla... Allí: ideal que de tan preciso se nombra vagamente, aspiración rotundidad, avidez sin límites; allí, con emoción de lejanía que, sin embargo, está ya vencida por la gigante fe.

En París, en New York, en Cambó, en todas partes, en medio de la vida galana y fastuosa, en el silencio de las horas quietas, en la soledad de las cogitaciones íntimas, el alma de Marta estaba "allí". Y "allí" donde ella tuvo siempre puestos el espíritu, la caridad, el fervor y el ansia; "allí" donde ella, estuviese aquí o allá, tuvo la sonrisa y la lágrima, el amor y la fe; "allí" debemos todos seguir en la devoción de verla. Porque ese "allí", meta de su magnanimidad, es el "aquí" radiante de Cuba.

000091

VIDAS CUBANAS

ABREU

Por FERMIN PERAZA

Un día como hoy —26 de febrero— de 1876, murió en La Habana, Pedro Nolasco de Jesús González Abreu y Jiménez; hijo de Manuel González Abreu, natural de la Isla Santa Cruz, Canarias, España, y Rosa María Jiménez, natural de Santa Clara.

Nació en Santa Clara, provincia de Las Villas, Cuba, el 31 de enero de 1812.

Contrajo matrimonio con Rosalía Jiménez Arencibia y Plana, en la Parroquia de Santa Clara, el 24 de abril de 1843; de cuyo matrimonio nacieron tres hijas: Rosa Beatriz, Marta de los Angeles, y Rosa Paula de la Caridad.

Murió en La Habana, el 26 de febrero de 1876; dejando en su testamento, otorgado en 9 de febrero de 1866, la cantidad de 20.000 para fundar el colegio "San Pedro Nolasco" en Santa Clara, el cual fué inaugurado el 4 de febrero de 1882, ampliándose en seguida por Marta Abreu, y trasladado a la casa más amplia de la calle Carmen No. 3, antigua residencia de Pedro Nolasco, destinando la misma Marta Abreu, más de \$90,000 para su sostenimiento.

M. Peraza 1948

mujer a c. 8
 Marta Abreu (cubana)

Red. a Agramonte
 "Mi última peseta es para la República y si hace falta más y se me acaba mi dinero, venderé mis propiedades, y si se acaban también, mis prendas van a la casa de venta y si eso todo fuera poco, nos iríamos nosotros a pedir limosna para ella, y viviríamos felices, porque lo haríamos por la libertad de Cuba."

Ésta fué la respuesta de Marta Abreu a un amigo bien intencionado que le señalaba el peligro de una quiebra por ayudar a Cuba en su Guerra de Independencia que terminó en 1899. Su espontáneo desprendimiento fué tal que es imposible determinar la cuantía de sus donativos para la libertad de Cuba y la de sus ciudadanos, pero es seguro que sobrepasó de varios centenares de millares de pesos.

Comparada con una heredera multimillonaria moderna, Marta no sería nada más que una mujer acomodada, pero fué una de las personas más ricas de Cuba. Su importancia para el movimiento independentista puede juzgarse por la situación que imperaba en Cuba, según una revista neoyorkina de la época, al iniciarse la Guerra de la Independencia:

Empobrecidos por siglos de opresión económica, los patriotas cubanos son pobres y sus escasos recursos son la suma de un sinnúmero de pequeñas contribuciones. Pocos en número y sin dinero, se encuentran dentro de un estrecho cerco de hierro del fuego español. Cortados de toda comunicación, excepto la introducción peligrosa y clandestina de armas y medicinas, careciendo de pertrechos de guerra para formar una base, sin un centavo para pagar a uno solo de los soldados u oficiales de su reducido ejército, y contando con sólo un cuerpo médico de planta, estos heroicos patriotas sólo afrontan la muerte.

La oportunidad hacía más valiosa la generosidad de los donativos de Marta, puesto que tomaba especial empeño en que llegasen en el momento en que surgía la necesidad. Desde París, donde era uno de los líderes de los patriotas cubanos en destierro, se mantenía bien al tanto de las fases de la lucha. La muerte del General Antonio Maceo, ocurrida en 1896, fué un rudo golpe para el movimiento libertario. Estrada Palma, Jefe de la Junta

de Acción Revolucionaria Cubana y posteriormente primer Presidente de la República, recibió un cable de "Ignacio Agramonte," en los momentos precisos en que su entusiasmo se hallaba más abatido: "Diga si es cierta desoladora noticia. Cuente con 10,000 pesos. Adelante." Estrada Palma sabía que Agramonte no era otro que Marta Abreu. No satisfecha con esto, Marta inició una suscripción que encabezó con 30,000 pesos, casi la tercera parte del total que se colectó en esa ocasión.

Aunque acostumbraba vivir modesta-

mente, siempre parecía estar en posición de dar o coleccionar la suma necesaria para una emergencia. Para Estrada Palma fué una especie de hada madrina. En cierta ocasión en que Estrada Palma se encontraba en Nueva York llamó a un amigo común que pronto vería en París a doña Marta y le confió su desesperante necesidad de un barco para transportar revolucionarios a ciertos puntos de la convulsa isla. Él simplemente no podía pedir un centavo más a la benefactora, pero su amigo quizá podría hacerle saber esta gran necesidad. Un traspaso cablegráfico por 20,000 pesos llegó a manos de Estrada Palma casi en el mismo momento que el emisario ponía los pies en Francia.

Marta se abstenía escrupulosamente de mezclarse en las intrigas políticas que surgían inevitablemente en la floja madeja del movimiento revolucionario, pero una vez en que su amigo el General Cabrera había tenido que ceder a otro general un cañón que ella le había regalado, inmediatamente le compró otro aún más grande.

Desde joven supo que el capital de su familia no era sólo una fuente de placeres personales, sino un legado que debía invertirse en el bienestar de la colectividad. Esto significaba para la joven Marta y sus hermanas su ciudad provincial de Santa Clara, famosa por el acendrado patriotismo de sus habitantes.

El primer donativo cuantioso de las Abreu fué una escuela con internado para niños y luego otra para niñas. Poco tiempo después Marta concibió la idea de un

HOMENAJE DE CUBA A MARTA ABREU

El sello de la parte superior ostenta la efigie de la generosa Marta, el del centro simboliza su caridad y el de la parte inferior, su acendrado patriotismo. Hay un cuarto sello con la estatua que le fué erigida en Santa Clara por suscripción popular.



Estimado Sr. Director
Marta Abreu

PEQUEÑAS BIOGRAFÍAS

MARTA ABREU, PATRIOTA Y BENEFACTORA

Por SALVADOR BUENO

EN la historia de nuestro país existen figuras próceres que alcanzan luminosidad impar, una suerte de prestancia insólita, de singular relieve que las distingue y encumbra sobre otras personalidades cimieras. Es que han sabido alcanzar las dimensiones más altas de lo humano a través de particulares senderos, humildes y cotidianos, por los menesteres sencillos y familiares de la ternura y la caridad, donde parece que el vuelo heroico está prohibido, ya que el heroísmo se oculta tras la apariencia moderada. No otra cosa otorga talla superior, nivel señero a la figura excelsa de Marta Abreu, mujer de riquezas imponderables en lo material, poseedora ante todo de inmensos méritos y virtudes en los dominios del espíritu.

Nació en cuna rica y bien dispuesta, en una ciudad interior de la Isla (Santa Clara), que hoy ostenta con honra ser apellidada la "Ciudad de Marta". Era el trece de noviembre de 1845. María de los Angeles le pusieron en la pila bautismal. Era opulenta y acaudalada, rica y poderosa la familia de don Pedro Nolasco Abreu. Tres hijas tuvo el matrimonio: Rosa, Marta y Rosalía. Las tres recibieron la educación propia de la época, que no concedía mucha importancia al intelecto de la mujer. Se ignora quiénes fueron los maestros de Marta y de sus hermanas. Crecieron bajo la mirada prócer de sus padres, y de ellos heredaron aquel sentido de la medida y aquel sentido del buen sentido que sería derrotero y rumbo de la vida de Marta, la patriota y benefactora.

Los viajes le iban a dar eficaz aleccionamiento, visión del mundo y módulos adecuados para juzgar los acontecimientos y las personas. Conoció en sucesivos periplos a los Estados Unidos y a Europa. Pero los mejores ejemplos los recibió del modo y las maneras con que su padre y su madre ejercían suave protectorado, una reposada caridad sobre su ciudad y sus vecinos. Muy rica era su madre, doña Rosalía Arenceibia; mucho, el capital que don Pedro Nolasco incorporó al patrimonio familiar. Ambos gustaban de ejercer la caridad, pero de un modo que la despojaba de toda soberbia y lucimiento. La limosna era para ellos no una forma de someter al necesitado, sino de paliar sus dolores y ayudarle a soportar sus desdichas. La hija, esta Marta ejemplar, iba a llevar a zonas aun más altas la actuación benéfica de estos dignos padres.

Tenía Marta Abreu los veinte y nueve años de edad cuando contrajo matrimonio con don Luis Estévez y Romero, en 1875. Era él de familia humilde, pero había ido con el esfuerzo de su dedicación y de sus talentos ganando nombradía como abogado. Era hombre de gallarda estampa, de mucha simpatía. Iba a dirigir más tarde la Biblioteca

de la Universidad de La Habana, y en 1881 fué designado, por concurso, catedrático auxiliar de su Facultad de Derecho. Algunos años de lucha y de dolor tendrían que pasar hasta que fuera elegido por la libre voluntad de su pueblo vicepresidente de la República independiente.

A lo largo de sus años adultos, Marta Abreu sembraba los frutos de su ánimo generoso, de su mano desprendida, en favor y en beneficio de su ciudad amada. Era la verdadera precursora de

lo que hoy llamamos Servicio o Asistencia Social. Una cabal actitud de asistencia y de servicio a lo social, no la limosna individual que nada resuelve, era el horizonte que señaló a su existencia esta honorable mujer. Sus obras de caridad venían a resolver problemas colectivos, necesidades de su comunidad, que sólo una personalidad de su estirpe podía resolver adecuadamente. Esta labor de benefactora tenía, pues, como meta, no el remedio de casos individuales, como tantas damas hacen, sino el poder dar caminos de superación a su ciudad natal y al país de su nacimiento.

La primera obra de beneficio público creada por Marta Abreu fué el Colegio que en homenaje y memoria de su padre se llamó *San Pedro Nolasco*. Su fundación la había dispuesto el padre en su testamento. El 31 de enero de 1882 quedó inaugurada esta institución. Y pronto la siguieron otras. Fundó poco después el Colegio de *Santa Rosalia* para niños y niñas pobres. Así quedaba iniciada una empresa generosa que le llevaría toda la vida, que estaría plenamente identificada con su misma existencia.

Catálogo interminable sería anotar todos los beneficios que la generosidad de Marta Abreu concedió a Santa Clara. Señalemos el obelisco levantado a la memoria de los presbíteros Martín de Conyedo y Francisco Hurtado de Mendoza, en el Parque Vidal. Más tarde propició la construcción del gran teatro *La Caridad*, que serviría para sostener el Asilo de Ancianos, otra de las instituciones fundadas por ella. Pensando siempre en todo lo que pudiera beneficiar a su ciudad propugnó el establecimiento de una estación meteorológica, para salvaguardarla de los peligros de ciclones, y años después la dotó de una planta eléctrica y de una fábrica de gas. Nada olvidaba su generosidad, nada quedaba fuera de su ancho afán de compasión.

Ni la patria quedaría fuera de su amparo. Por eso fué patriota ilustre, además de benefactora bien amada. Corrían los años recios, empeñosos y combativos de la última guerra de independencia. Marta, allá en tierras europeas, acompañada de su esposo, siente la nostalgia de su tierra, y tiene la sensación que nuevos deberes se abren ante su voluntad. En París, desde los primeros tiempos de la nueva guerra, forma parte del "Comité de Auxilios", fundado a instancias de don Tomás Estrada Palma. Allí está Marta junto al doctor Ramón E. Betances. La ilustre villaclareña sabe cuál es su deber cubano, y aporta cuanto puede para divulgar los ideales

de la Revolución y para enviar recursos a la manigua.

Gracias a las severas investigaciones del doctor José Manuel Pérez Cabrera, nuestro erudito historiador, sabemos exactamente la aportación monetaria de Marta Abreu a la revolución del 95. Suma más de \$120,000, cantidad grande para la época, a la cual hay que añadir otras contribuciones diversas que elevarían mucho más esa cifra. Esos auxilios a la Revolución sirvieron no sólo para mantener enérgicamente la empresa heroica de la invasión y de las expediciones, sino para ayudar a los deportados de Ceuta y Chafarinas.

Pero hay en la vida de Marta Abreu algunos indicios de su mucha perspicacia patriótica, de su capacitación histórica. Porque en la extensa correspondencia que esta mujer sostuvo con don Tomás Estrada Palma, donde podemos ponernos en contacto con su ferviente patriotismo, hay un dato de un interés extraordinario. Estas cartas, estos aportes estaban suscritos con el seudónimo *Ignacio Agramonte*. ¡Quiérese mayor demostración de que Marta sentía la guerra de independencia como una sola empresa histórica, en la cual los héroes sobrevivían, mantenían la llama del ideal revolucionario! Ella firmaba *Ignacio Agramonte* y era algo así como si el gran guerrero camagüeyano continuara desde las sombras de la muerte luchando por la libertad.

Cuando la República se asomaba en el horizonte de la historia Marta Abreu y Luis Estévez regresaron a la patria libre. Rafael Marquina, biógrafo gentil de la ilustre benefactora, ha recordado el júbilo de Santa Clara al recibir el 19 de marzo de 1901 a aquella que había hecho donación de su vida y de su fortuna a la ciudad natal. No era para menos. Santa Clara era marco adecuado, peana propicia a la singularidad de aquella mujer.

En el primer gobierno de la República su esposo, don Luis Estévez y Romero, fué elegido vicepresidente. La nación sentíase embargada de entusiasmos, grávida de optimismos, a pesar de las nubes sombrías que presidían su nacimiento. Marta Abreu continuó su vida callada y serena, generosa. Visitaba de nuevo tierras europeas cuando le sobrevino la muerte en París, el 2 de enero de 1909. No habían pasado dos meses de su fallecimiento cuando su esposo quiso voluntariamente seguirla. El suicidio de Luis Estévez cerraba como en homenaje la estela luminosa y ferviente de la existencia de esta mujer excepcional. Once años después, en febrero de 1920, ambos cadáveres fueron traídos a Cuba y enterrados en el Cementerio de Colón.

(Vea en el próximo número la biografía de "Lord Byron, el poeta resentido").

10.9089

IPD
PATRIMONIO
DOCUMENTAL

10/22/53

Marta Abreu, El Naturalista y Villaclara

19089

por el

DR. JOSE ALVAREZ CONDE



Marta Abreu

EN el año de 1689 la Capitanía General designó el Hato de Antonio Díaz, el cual tenía "buena aguada, algunos terrenos fértiles y clima saludable", para fundar la Gloriosa Santa Clara, por razones de trasladarse diez y ocho familias Remedianas hacia el centro de la Provincia, motivado por los ataques de los piratas y principalmente del francés L'Ollonais, que llegó a acuchillar a noventa hombres enviados de La Habana para la defensa de la Ciudad de Remedios.

Fundose Villaclara el 15 de julio de 1689, en una sabana de tierra pedregosa y ferruginosa, junto al cayo de monte llamado Los Orejanos, por no estar el ganado herrado ni marcado en las orejas. Y se señaló como lugar preferente el que correspondía al Corral de Asiento Viejo, localizado cerca de la Loma del Carmen y del Arroyo del Monte, cuyos terrenos eran de la propiedad de los esposos Don Luis León y Doña Gregoria Pérez.

La iglesia y primeras casas se edificaron en este lugar, utilizando las maderas procedentes del pequeño monte situado al noreste y muy cerca de una loma calcárea que fué bautizada por don Cristóbal de Moya con el nombre de Capiro, recordando al Monte Capiro, contemplado por él en uno de sus viajes por Sudamérica, y es esta loma la que junto a Cerro Calvo, Dos Hermanas, Peña Blanca y la Melchora, van a caracterizar a Villaclara, que es un pueblo joven, que por su creciente desarrollo ha llegado a ser la Capital de la Provincia, con un brillante futuro merced a los empeños de sus hijos que siempre han anhelado su grandeza y bienestar en todas las épocas y especialmente, entre ellos debe de citarse en primer lugar a la benefactora Marta Abreu, prototipo de la mujer cubana, que con su bondad, su generosidad y su amor al terruño, mereció ser llamada Hija Predilecta.

Las obras más notables de Villaclara en el pasado siglo, se deben a esta excelsa cubana, por lo cual el nombre de Marta siempre será recordado por todos los que aman la historia de su ciudad, tanto cuando su progreso material y vida floreciente y próspera la hacen destacarse entre las primeras de Cuba.

Doña Marta tuvo la dicha de unirse en matrimonio a don Luis Estévez Romero, que era un espíritu selecto, inteligente y laborioso, y juntos la matrona insigne y benefactora de su pueblo y el Jurisconsulto y Patriota van a ser dos figuras a las cuales jamás podrá olvidar la Ciudad de Villaclara, a los que tanto le deben en su grandeza y su cultura.

Al correr el tiempo, Doña Marta y Don Luis, tienen un fruto de su intenso amor, —un hijo—al que tratan de educar y preparar para sus estudios superiores al alcanzar los doce años de edad, y es así como Don Luis solicita las indicaciones y consejos de

Secreto Germinal

Por Enrique Labrador Ruíz

AUNQUE en Cuba no hacemos vida literaria (porque eso tiene sentido donde el cultivo de las letras marca constancia) voy a dejar unas pequeñas confidencias en torno a la faena del escritor, en especial a la que yo me dedico preferentemente.

Escribir novelas es la profesión más antihigiénica que hay. Por de pronto es preciso pasarse algunas de las buenas horas de nuestros días clavado en una silla, andando en un mundo inventado, inventando un mundo terrenal con gente no siempre del agrado de uno, revolviendo vidas y almas a veces sucias, a veces tontas, a veces ni lo uno ni lo otro... ¡pero peor!, cuando la calle, la playa o simplemente el rincón de la biblioteca le llama a uno como a cualquier mortal. De la madeja de experiencia que se supone tener, hay que sacar los hilos de esas existencias y en la más clamorosa soledad trazar sus destinos, sean estos excelsos, sean estos triviales. Sólo que el estudio de la trivialidad, de los hechos baladíes, de esa formidable maquinaria que alcanza a repetir un día sí y otro también cuatrocientos pares de gestos unánimes (sonreír, guiñar los ojos, retener sonrisas, diluir miradas...) no es nada trivial por cierto. Esa derelicción de los personajes; el sentimiento de saberlos irremediabilmente naufragados en la inanidad de sus vidas sin trascendencia ¿no es a veces tan importante como el destacar sus más eminentes actitudes?

Pasarse horas y horas meditando el qué hacer con nuestro sujeto es una tarea áspera, la cual a veces nos reserva sorpresas tales como que su destino contrarie nuestros propósitos, por un golpe de azar, alzándose contra su propia conducta. Sabemos que el giro de una frase, por el contrario, nos abre caminos, inesperados rumbos y distintos desenlaces, mas no siempre se puede estar en espera de estas misteriosas galvanizaciones. El escritor que no tenga fe en lo imprevisible está perdido pero más perdido estará aquél que no tenga trazado, por rudimentariamente que sea, el posible desenlace de dos o tres de sus figuras señeras. No habrá iluminación sin plan previo, relumbré sin moho de esfuerzo.

Escribir es un arte, un oficio, una necesidad, una manía, y en vista de lo que supone como desmán me parec que, aparte de las contenciones naturales que un buen tacto manda reprimir, una resuelta decisión de comunicarse, sin petulancia, con los que vendrán después, Desdichado el que escribe tan sólo para su tiempo. Desdichado al que el tiempo se le eche encima sin él haberle visto el mínimo secreto germinal. La congoja, la desesperación traumatizante del hoy, mañana se verá de otro modo y un hombre que ha pasado mucho tiempo en libertad con su pluma ya está fuera de todas las cárceles posibles: su vínculo es más alto.

La datofagia de cierto público no ve a menudo lo que tiene de zozobante el ir amontonando pormenor a la obra de creación y si un estilo se cuaja naturalmente tampoco entiende ese público el trabajo que ello ha costado. La obra no se va a salvar por el pormenor, pero el pormenor es su hueso y su tuétano y ya es vieja la idea de la obra como cadáver de salvación. Hay quienes tienen la coquetería de proclamar la sencillez de su trabajo; yo prefiero mostrar lo calamitoso de este suceso en asedio del estilo; lo calamitoso que resulta unir estilo y pormenor; orden y caos.

Por un no sé qué de tendencia a la línea decaída lo plácido y reluciente ha perdido rango y emoción en ciertas escrituras y escribir de ese modo parece ser un tanto fastidioso. Ahora es necesario que algo de lo catastrófico de la vida, la miseria y el rencor temporal, el asco cotidiano de la supervivencia tome vuelo y sitio oportuno, pero cuidando de no tocar demasiado en esos arrecifes porque tal como están las cosas empollar dramas tremendos no es lo que precisamente reclama la arcilla libresca, nostálgica de la ingente sombra de la carne. Estos cataclismos habrá que sopesarlos de modo de no caer tampoco en el otro extremo donde las imágenes vacantes hacen que todo pase sin que pase nada. De todo lo cual resulta que si de la insulsez más o menos ética no debe sacarse mayor partido tampoco de los agravios al género humano en sus múltiples tolerancias. Una inteligencia activa no mirará de soslayo el curso de estas ideas,

su compañero de bufete, el doctor Raymundo Cabrera para ponerle un preceptor, el cual le recomienda al doctor Carlos de la Torre y Huerta, como el educador que podía tener su hijo Pedrito; y después de una entrevista entre ambos, ya se inicia la preparación del adolescente Pedrito Estévez Abreu, por el que bien pronto debía ser llamado Sabio, y es así cómo surge la amistad tan grande que existió entre Doña Marta y Don Carlos, amistad que terminó con la definitiva ausencia de Doña Marta, y posteriormente su muerte en París.

Debemos de reseñar que el doctor Raymundo Cabrera conocía al doctor Carlos de la Torre y Huerta de las reuniones que se verificaban en casa de Lola R. Tió, a las cuales concurrían al igual que otros intelectuales cubanos que brillaban en las Letras y las Ciencias por su talento y su capacidad. Y es así cómo surge la amistad entre el Patriarca, la Benefactora y el Naturalista.

Iniciada sus labores como Preceptor de Pedrito, Don Carlos se trasladada con la familia Estévez-Abreu, a los ingenios "Dos Hermanas" y "San Francisco", en la provincia de Santa Clara, y actuaba no sólo en sus clases sino que recorría los campos y batevies por orden de Doña Marta, en funciones de Supervisor, así como en múltiples oportunidades realizó viajes a Villaclara en busca de informes y traslado de encomiendas para el médico Don Rafael Tristán, que era uno de los íntimos de la familia en la distribución de los aportes y cooperaciones que hacía a los pobres. Otras veces, visitaba acompañando a Pedrito, las ciudades de Cienfuegos y Sagua la Grande, y más luego tuvo oportunidad de viajar por Francia, España, Inglaterra, con toda la familia.

En 1886, al realizar la familia Estévez-Abreu un viaje a Francia con su hijo, los acompaña el preceptor doctor la Torre, y en visita a Suiza, Doña Marta observa unas casetas construidas en las márgenes de los arroyos cercanos a los pueblos, en las cuales realizaban sus trabajos las lavanderas; y esto motivó el que recomendará al doctor la Torre que le recordara aquellos lavaderos al regreso cuando llegaran a Cuba, y a ello se debe el que en 1894 se crearan cuatro lavaderos públicos en la Ciudad de Villaclara por iniciativa de la Benefactora.

Al poco tiempo de estar con la familia Estévez-Abreu, nació su hija Margot, era por el año 1892, ya el sabio tenía cuarenta años y tuvo la honda satisfacción de que por indica-

ciones de su madre, Pedrito fuera el padrino de esta hija de su querido Maestro, estrechando aún más así la amistad entre ambas familias.

Refiere el doctor la Torre que Doña Marta facilitaba a los villaclareños cuantas peticiones le formulaban y pudo apreciar cómo ella vivía para su amado esposo, al que quiso intensamente, para su hijo Pedrito y para su pueblo natal.

Su ayuda está comprobada por las obras de beneficio público realizadas en su ciudad y entre las cuales pue-

Pocos días después se traslada la familia Estévez-Abreu con el doctor Carlos de la Torre y Huerta a los Estados Unidos, para concurrir a la Exposición de Chicago y visitar el Niágara. Por esa fecha ocurre un hecho que dejó gratos recuerdos en el profesor, pues había nacido en La Habana su cuarto hijo, el cual llevó por nombre el de su padre, Carlitos vino a ser el mimado de la familia Torres-Pie Yarini. Posteriormente al trasladarse a Francia los filántropos de Villaclara, se reúnen allí en Eaux Bonnes con el doctor



El sabio don Carlos izando la bandera en el Parque Cubanacán, con los señores don Claudio López Olivera, gobernador de la Provincia de Las Villas y los doctores Pedro Pérez Ruiz, Silvio Payrol Arencibia y José Álvarez Conde

den citarse el Teatro "La Caridad", el Asilo de Ancianos, la Escuela San Pedro Nolasco, la Escuela de Santa Rosalía, estas dos últimas en cooperación con sus hermanas y el Dispensario "El Amparo", que con la planta eléctrica, constituyen obras de mitem destacarse a Santa Clara entre las primeras ciudades de la Isla de Cuba.

Por eso, nunca podrá Villaclara olvidar a Doña Marta y a Don Luis, y siempre recordará la inauguración del Teatro "La Caridad", como uno de los acontecimientos más sobresalientes verificados desde la fundación de la ciudad, efectuándose grandes festejos el día 23 de febrero de 1893 y un homenaje de todo un pueblo agradecido a su Benefactora y que hizo decir a la poetisa borinqueña Lola R. de Tió: "Marta y Villaclara están dulcemente confundidas y por el amor unidas en la Historia brillarán",

la Torre que continuaba en las funciones encomendadas de educación de Pedrito Estévez Abreu, bueno es señalar que quizás por la nostalgia de la lejana tierra cubana, o por algún hondo sentimiento, el científico llevaba una vida desordenada y de bohemia; pero Doña Marta tan cariñosa y comprensiva, trata de organizar y disciplinar, llegando a proporcionarle el modo de que pueda concurrir a los centros de investigación más responsables de París y parece que los resultados fueron satisfactorios, cuando le escribió a su amiga Teresita Quijano, radicada en la Capital de Cuba, a la que le dice: "Come y duerme a sus horas y hasta habla sentado. Cuando nos abandone volverá a su costumbre y es una lástima".

En el verano de 1893, estando en Eaux Bonnes, lugar donde concurría

(Pasa a la página 28)

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

CUENTO

ALMAS SENCILLAS

Por SARA L. INSUA

NUNCA, o muy rara vez, había jugado a la lotería don Francisco Suárez. Y no porque desconfiase de su suerte, sino porque se conformaba con la que tenía, que, según él—hombre en extremo sencillo—, no era poca.

Había llegado don Francisco a los cincuenta años, después de una vida de trabajo y de regularidad sistemática. Disfrutaba de una salud excelente y de un sueldo no considerable, pero bastante para vivir sin estrecheces ni apuros. Sin embargo, la mayor fortuna de don Francisco consistía para él en haber encontrado una esposa modelo. Una esposa amante, discreta, habilidosa, y de gustos tan sencillos como los suyos. Y para ser el ideal de la perfección, doña Aurora le había dado sólo dos hijos, que crecieron sanos y robustos, fueron obedientes, estudiosos y a los veinticinco años, terminadas sus carreras, se habían hecho independientes. No daban, pero no pedían.

¿Tenía o no tenía razón don Francisco para considerarse un hombre feliz?

Por eso fué más bien amable con descendencia que entusiasmo lo que le hizo aceptar medio billete de la lotería de Navidad con que se obstinó en obsequiarle un buen amigo que le debía algunos importantes favores.

—Nada, nada, Francisco—había dicho el amigo, un hombre llano y francote—; si me toca a mí la lotería, tiene que tocarte a tí. ¡no faltaba más! ¡Se me enturbiaría la satisfacción!... Y no sé por qué, pero me dice el corazón que nos va a tocar.

Suárez, conmovido por el hermoso rasgo de su camarada, aceptó y guardó en su cartera, bien doblado, el medio billete, sin leer apenas el número.

Y llegó el 22 de diciembre. Don Francisco no había vuelto a pensar en el medio billete que llevaba en la cartera. Sólo cuando oyó en la oficina voces que anunciaban “¡El gordo en Madrid!... ¡El gordo en Madrid!...”, recordó.

—Cuando pase por la Puerta del Sol—se dijo—miraré a ver si me ha tocado algo.

Salió de su oficina a la hora de costumbre. Al paso de costumbre tomó el camino de su casa, sin más variación que un leve rodeo para pasar por la Puerta del Sol. En ella se detuvo. Miró las carteleras, y la primera línea de números le hizo pensar:

—¡Es parecido ese número al que tengo yo!

Y sin precipitación, como el que va a hacer algo que sólo relativamente le interesa, buscó en su bolsillo la cartera, y de esta extrajo el medio billete, que desdobló para comprobar el número.

—¡Ande!—exclamó para sí un poco sorprendido—. ¡Pues es el gordo! ¡Ni más ni menos! 16,421—leyó en la cartelera—. 16,421—leyó en su billete—. Está bien claro. Razón tenía Luis cuando aseguraba que nos iba a tocar.

Entre la muchedumbre que se estrujaba anhelante, jubilosa, o decepcionada, don Francisco, inadvertido volvió a guardar tranquilamente su billete y procuró abrirse paso. Nadie, por su aspecto de serenidad, habría podido sospechar que llevaba encima siete millones y medio.

Dos horas después, saboreando el último sorbo de café, antes de encender su cigarro, don Francisco dijo a su esposa:

—Voy a participarte algo bastante agradable e inesperado para nosotros, Aurora.

Doña Aurora, con expresión de interés en sus ojos grandes y claros, hermosos aún, pero sin impaciencia, esperó a que su marido diese una larga chupada al habano y lanzase al techo una gran bocanada de humo azul.

—Pues, como te decía—continuó don Francisco—, es una noticia agradable. Desde hace dos horas somos ricos, inmensamente ricos.

—¿Es posible? — preguntó doña Aurora, repentinamente sorprendida. —¿Y cómo ha sido eso?

—Nos ha tocado la lotería, hija. El primer premio, y jugábamos medio billete que se empeñó en regalarme Luis. Somos, pues, dueños de siete millones y medio de pesetas.

—¡Cuánto dinero!—exclamó doña Aurora con un ligero balbuceo en la voz.

—Sí, mucho dinero. Y figúrate todo lo que puede hacerse con él. Se pueden hacer tantas cosas, que a mí, por el momento, no se me ocurre nada, y como los chicos llegan dentro de tres días, esperaremos a ver lo que se hace... Pero, entre tanto, para emplear algo de este dinero que nos cae encima, ¿no quieres tú algo, Aurora? ¿No necesitas nada? Has sido siempre una mujer sobria; pero ahora puedes gastar a tu antojo. Algo desearás, mujer.

Doña Aurora meditó un instante mirando al techo. Súbitamente, su rostro se iluminó con un reflejo de alegría infantil, y poniendo su mano, cuidada, pero de mujer hacendosa, sobre la mano fuerte de su marido, dijo:

—Pues sí que tengo un deseo, Francisco. Cambiar el damasco de la sillería de la sala. No está todavía muy estropeado; pero, ya que somos ricos...

Artículos para Señoras, Caballeros y Niños.

ALMACENES “ULTRA”

Reina 109. Sucursal: Neptuno 406

Marta Abreu, el . . .

(Viene de la página 9)

la nobleza más granada de Europa, Doña Marta prefería el recorrido por las cercanías, no sólo para contemplar el paisaje, sino para recoger caracteres muy interesantes para el ya malacólogo notable, doctor Carlos de la Torre y Huerta, su amigo y compañero.

Este hecho nos da la medida del afecto y el sentimiento que sentía Doña Marta por el doctor Carlos de la Torre y Huerta.

tonces se aplicaban en la medicina y dentistería.

Es en el acto verificado en "El Amparc", donde el Naturalista pronuncia el discurso resumen de reconocimiento a Doña Marta por ese servicio que rendirá grandes ayudas a los menesterosos. Destacando la cooperación que le facilitó para que él pudiera especializarse, concurriendo a clases y visitando los Centros más responsables del Viejo Continente.

Trasladados de nuevo a Francia, principalmente por la cooperación y simpatía con que los esposos Estévez-Abreu veían el movimiento separa-

destierro político hasta 1898, que con la Intervención Americana, regresa a la Patria libre y es reintegrado a su Cátedra Universitaria, de la que había sido separado por sus ideas separatistas.

Doña Marta y Don Luis fueron en París los máximos cooperadores de la expedición del general Rafael Cabrera, al que antes de abandonar a París, quisieron obsequiar con un banquete en Versailles el 16 de abril de 1896.

La mesa, servida en una terraza que daba a los suntuosos prados del sitio real, estaba cubierta por una hermosa bandera de Cuba, en cuya estrella blanca Carlos de la Torre (que había prestado también colaboración al general Cabrera) trazó la fecha y los nombres de los comensales. Durante la comida alegre y cordial, como banquete de expatriados reunidos en suelo extraño, Rafael Cabrera, con aquella expresión verbosa, ingenua e insinuante que le caracterizaba, habló de sus planes de campaña, de los triunfos indiscutibles, y del próximo éxito, encendiendo la fe en todos con el calor de sus esperanzas.

Mil fusiles, decía y repetía, introducidos y distribuidos en la Provincia de Santa Clara, asegurarán el triunfo de la Revolución en un año.

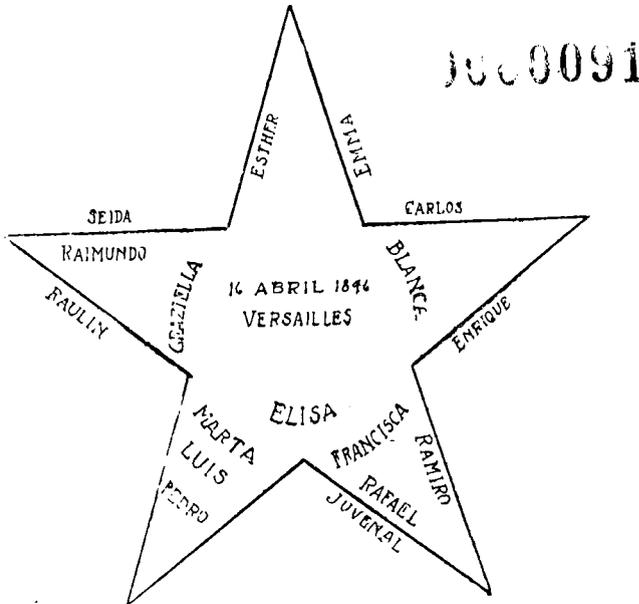
Marta, que le escuchaba atenta y conmovida, le preguntó:

—¿Qué cuestan mil fusiles?

—Diez mil pesos; contestó el militar soñador y generoso.

—Pues yo los doy!—replicó incontinenti aquella mujer extraordinaria, agregando esta nueva contribución a las de la colecta.

Por esta fecha se radica la familia La Torre en Neully, lugar cercano de París, y el naturalista deja de ser el



Al trasladarse la familia a Villaclara para proceder a la inauguración del nuevo edificio del Paradero del Ferrocarril de Cienfuegos a Villaclara, en 1895, fué aprovechada esta oportunidad por la Benefactora para poner en actividad el servicio médico dental gratuito a los pobres con la apertura del Dispensario "El Amparc", para niños pobres, pues por indicación suya se había fabricado un edificio adecuado y con todos los adelantos científicos que hasta en-

tista, lo cual podía traerles consecuencias lamentables, y además siendo necesario prestar servicios mejores y más útiles a la causa de la Independencia en el exilio político, emprendieron su viaje a Francia. Poco después don Carlos regresa a Cuba, para cumplir el compromiso de pronunciar el discurso de apertura en la Real Universidad de La Habana, 1895-1896; pero era el pretexto para unirse a su familia y volver con ella a Francia, y ya permanecer en el

QUINTA AVENIDA Y "LA COPA"

de RICARDO CERVERA

Mecánica

Chapistería

Pintura

Electricidad

SERVICIO PARA AUTOMOVILES EN GENERAL

Venta de Gasolina

Talabartería

Plantas de Engrase

Plantas de Fregado

MIRAMAR, MARIANAO

TELEFONOS: B-6508 - B-6407

LA SIERRA DE PAN DE AZÚCAR

(Viene de la página 15)

precolombino por la comarca de Vueltabajo.

A nuestro juicio la "Cueva de Brea" debe su origen a una falla o fractura transversal a la Sierra de Pan de Azúcar, fractura que aprovecharon las aguas subterráneas para labrar la forma hueca de la gruta. La mencionada falla puede observarla el lector en la fotografía número 4 insertada en este artículo.

La noche casi nos sorprende estudiando la cueva. Colgamos nuestras hamacas en el granero de la finca y nos tendimos a dormir, contemplando el cuerpo de la serranía silueteada por la luz de la luna.

Descubrimiento de fósiles antiquísimos en el Mogote de Pan de Azúcar

Muy temprano, a las seis, ya estábamos en pie, en marcha hacia el Este. Cruzamos el río Pan de Azúcar. Nuestro camino es el pie de la serranía, admirando siempre las cuevas y la flora que generosamente la naturaleza brindó a nuestros paisajes. Hacia adelante, en el extremo oriental de la Sierra se levantaba el mogote, casi inaccesible, de Pan de Azúcar. Este gran mogote, uno de los más altos de los Organos, es de constitución caliza y cuya mole gigantesca descansa sobre una colina de constitución pizarrosa, estructura geológica que nos habla de los maravillosos "sobrepuntes" que tras-



El mogote de Pan de Azúcar aparece aquí recostando su enorme mole caliza sobre las rocas pizarrosas, y donde se realizó el hallazgo de numerosos fósiles de ammonites del periodo jurásico. (Foto A. Núñez Jiménez.)

tocaron las antiguas formas del relieve al correrse amplias masas rocosas a causa de fuertes movimientos catastróficos.

En las empinadas cuestas pizarrosas, a gran altura sobre el nivel de base, los campesinos han cultivado frutos menores, principalmente malanga. Allá arriba las tierras son más fértiles... la falta de árboles en los llanos, en los valles, ha sido la causa de la tremenda erosión de los suelos, los que sin la malla protectora de las raíces son fácilmente trasladable por las aguas pluviales y de los ríos hacia el fondo de los mares.

Ascendemos el Pan de Azúcar. La estrecha vereda está abierta en medio de los sombreados malangales. El piso está formado por cientos o miles de cantos rodados de color oscuro que van retardando nuestra marcha ascensional. De pronto, al tropezar con uno de esos cantos, notamos que guarda la impresión, bien visible, de la concha de un ammonite. Pronto revisamos otras de estas piedras pulidas localizando nuevos fósiles. El residuo paleontológico (según comprobamos) es uno de los más ricos de Cuba. De él trajimos numerosos ejemplares para nuestros centros científicos.

Estos AMMONITES son los fósiles más antiguos hallados en Cuba, pues la época en que vivieron se remonta al Jurásico, período de la Era Secundaria. Su edad se calcula en unos 150 millones de años. Los ammonites fueron moluscos marinos, que vivieron en los antiquísimos mares que cubrían el espacio que luego, al correr el tiempo geológico, formaría parte de nuestra Isla.

Con las mochilas repletas de valiosos ejemplares paleontológicos, arqueológicos y zoológicos y nuestras libretas llenas de muy interesantes anotaciones, iniciamos el retorno hacia La Habana, satisfechos una vez más de haber podido contribuir al mejor conocimiento de nuestra naturaleza.



Un alto en la jornada exploradora para reponer energías perdidas. Al pie de la carrocería del jeep, convertida en improvisada mesa, aparece de izquierda a derecha Balcells, Díaz, Núñez y Arredondo.

RESTAURANT "EL JARDIN"

LINEA Y C

VEDADO

TELF.: F-6070 - F-3484

Nos especializamos en servir BUFFETS, banquetes, bodas, bautizos, pic nics, o cualquier acto social en que se requiera utilizar una institución de primera clase como "El Jardín"

Presupuestos: FRANCISCO BRAÑA

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Preceptor de Pedrito, que ya todo un joven piensa en el matrimonio y en sus futuras actuaciones. No obstante esta determinación, Doña Marta continuó ayudando económicamente al Maestro.

Al instaurarse la República de Cuba, y radicar en la Isla las familias Estévez-Abreu y Torre-Pie Yarini, se mantuvieron profundas relaciones de amistad, pero el haber determinado los esposos Estévez-Abreu vivir en Francia, para recuperar Doña Marta la salud grandemente quebrantada, separan definitivamente a ambas familias, pues a poco tiempo ocurre la muerte de Doña Marta y el suicidio de Don Luis, el cual no podía vivir sin su compañera; hecho que ofrece el gran amor y cariño que se tuvieron en vida estos dos seres, que nacieron para dar a todos los villaclareños los días más felices desde su fundación como pueblo. Es así como se cierra el ciclo de las relaciones entre Doña Marta y Don Carlos, entre la Benefactora y el Sabio.

Años más tardes, el Naturalista suele pasar horas y días en Villaclara, pero de pasada y con motivo de sus investigaciones por el suelo cubano; hasta que en 1946, por iniciativa que tuve el honor de presentar en el Club Rotario local, se tomó el acuerdo de verificar un homenaje al entrañable amigo de Marta Abreu, cooperando en estos actos todas las instituciones cívicas, sociales, oficiales y el clero.

Bien frescos están aún los días quince y diez y seis de junio de aquel año en que de modo brillante y apoteósico se rindió profundo y sentido acto en el que el Gobernador de la Provincia, el Alcalde Municipal, las Sociedades Liceo de Villaclara, Colonia Española, Gran Maceo, Bella Unión Club Rotario y Club de Leones, así como el Centro de Veteranos le rindieron el merecido homenaje

de una Ciudad; para uno de los que compartió largos años de amistad con la Excelsa Villaclara que todo lo dió por la Ciudad, y es aquí donde con motivo de este homenaje, el Maestro y Educador, nos proporcionó una lección única en los anales de Cuba, cuando el día 7 de julio del mismo año vuelve a Villaclara para reunirse en un almuerzo que él ordenó preparar, invitando a las Au-

más estimaba por proceder de la Ciudad que fué cuna de su protectora, y en ese acto explicó que deseaba dar las gracias a todos por los honores inmerecidos que había recibido hacía pocos días y ninguna oportunidad mejor que reunirse en una mesa y conversar un rato; esta forma de dar las gracias es única en nuestro medio, pero quizás era la forma de expresar el doctor Carlos de la Torre

*A mi muy distinguido amigo, discípulo
y colega Dr. José Álvarez Conde
su afectísimo*

*Dr. Carlos de la Torre
y Huerta,*

Mayo 15 de 1946

*Al cumplir los 88 años de edad
y 70 de Educador y Naturalista.*

1000092

Autógrafo del Naturalista.

toridades, Presidentes de Instituciones Cívicas, Sociales y de Veteranos, además los oradores que intervinieron en todos los actos, y especialmente el Presidente y Concejales del Ayuntamiento que le habían otorgado el Título de Hijo Adoptivo de Santa Clara, uno de los que

y Huerta, la inmensa satisfacción que sentía al ser declarado Hijo Adoptivo de Villaclara, y hermanarlo a Marta Abreu, que le proporcionó ayuda en sus empeños de ser útil a su Patria por la Ciencia y la Educación.

DR. EMILIO YERO BOU

Ginecología y Partos

Consulta diaria, excepto los sábados, de 4 a 6 p. m.

CALLE 12 No. 512, entre 21 y 23, Vedado. - Teléfonos: F-2889 - B-5483

Edificio "Maca", Atp. No. 2

EL COLEGIO MODERNO QUE OFRECE UNA EDUCACION INTEGRAL PARA TODAS LAS EDADES

Kindergarten - Pre-primaria - Primaria Elemental - Octavo Grado - Bachillerato
Comercio - Secretariado - Educación Física y Deportes - Música - Ballet
Inglés y Francés

"ROOSEVELT COLLEGE"

Incorporado al Instituto de La Habana

Servicio de Omnibus - Atención Médica
Mecanografía en Inglés y Español
Taqiigrafía Pitman y Gregg

Comercio - Secretariado
Cursos Especiales de Ingreso
Escuela del Hogar y Universidad de La Habana

Clases diurnas y nocturnas

Internado para ambos sexos

Pupilos y medio pupilos

DIRECTOR GENERAL: RAMON VARELA DEL MONTE

HABANA - CUBA

ANIMAS N° 768

TELEFONO U-2647

DE MUJER A MUJER

POR MARIA A. DE MENDOZA

BACALAO A LA "PURUM-SALSA"

He aquí una receta puramente vizcaina, pero de un sabor exquisito:

Se desala el bacalao, que, por supuesto, sendo de Escocia resulta mejor, y se pone en una "pota" o cazuela a cocer con patatas rebanadas, retirándolo del fuego antes de que esté del todo cocido.

En otra cazuela pequeña se colocan igualmente al fuego manteca y aceite, por mitad, en cantidad suficiente para hacer una salsa abundante, con una cebolla grande, entera, y cuando está bien cocida se saca todo del fuego y se pasa la cebolla por un tamiz, haciendo con ella y con la salsa una papilla bien revuelta; después se le escurre al bacalao cocido toda el agua, en una tercera olla se va colocando por capas alternas, una de bacalao y otra de papas, echando encima de todo el cocimiento de aceite y manteca, procurando que este líquido lo cubra bien, y, seguidamente a fuego lento, bien tapado y con brasas encima, se pone a hervir, por un par de horas al menos, moviéndolo con alguna frecuencia por las asas para que no se pegue.

SALSA RUSA

Poner en una cazuela medio litro de caldo, reducirlo a fuego lento, ponerle 3 cucharadas de queso rallado, 1 taza de crema agria y una pinta de azúcar, se pasa por tamiz y se pone otra vez al fuego. Cuando hierva, se le ponen 2 cucharadas de limón, se retira del fuego y se le pone un poco de perejil.

SALSA RAVIGOTE CALIENTE

En una cazuela, poner media taza vino blanco Faisán, media taza de vinagre y poquito de pimienta, hacerlo reducir a dos terceras, pasar esta reducción y ponerle 1/2 taza de salsa "bechamel", desleir en un poco de caldo frío, una yema que se le incorpora a la salsa moviéndola con la cucharada, mezclándole 2 onzas de mantequilla, adicionada de 2 cucharadas de cebollas, sumamente finas, y un poquito de perejil picado fino.

SALSA MARENGO

Pasar 1/2 libra de tomates bien maduros, que se ponen con 1 taza de aceite caliente; unirle 2 cucharadas de cebollas molidas, movido todo al fuego, se le pone 1 vaso de vino rojo. Después de 8 minutos de hervidura se pasa por un colador fino, y se pone otra vez a hervir hasta reducirlo a consistencia de sirope, poniéndole un cuarto de litro de salsa demiglace. Se sazona poniéndole a lo último 2 onzas de mantequilla de camarones.

SALSA REGENTE PARA CARNES

Poner en una cacerola 1 onza de mantequilla, 2 cucharadas de cebollas picadas, se le unen 2 onzas de jamón crudo picado y 2 cucharadas de recortes de frutas picadas finamente, ponerle 5 o 6 granos de tomillo molido. Se mueve todo y se le pone 1/2 taza de jugo de champignon y 1 taza de vino blanco Faisán; se deja reducir, pasándose si se requiere por tamiz.



FILETILLOS DE LOMO

Se divide en tiras alargadas la cantidad de lomo de cerdo que se desee preparar. Se sala y se rocía con zumo de limón.

Se prepara una pasta deshaciendo un par de cucharadas de harina en una poca leche, de manera que resulte una pasta espesa. Se le adicionan dos yemas de huevo y se sigue trabajando hasta incorporarlas bien. En el momento de freir los filetillos se baten las claras a punto de nieve y se adicionan a la pasta. Se mojan en ella los filetes, uno a uno, y se ponen en manteca en la sartén, de donde no deben salir hasta que están dorados.

CODORNICES EN ESCABECHE

Una vez limpias las codornices se doran en aceite abundante, en el cual de antemano se han echado unas cuantas cabezas de ajo machacadas. Cuando las codornices están casi cocidas se retiran del aceite, y se van colocando en un recipiente de barro, de boca estrecha, o de cristal, en la misma forma, poniendo además en un recipiente de barro, de boca estrecha, o de cristal, en la misma forma, poniendo además en él los ajos fritos, clavos de especia, granos de pimienta y hojas de laurel.

En el aceite caliente se echa igual cantidad de vinagre, agitándolo para que se mezcle bien y vertiéndolo en el recipiente en que están las codornices después de echarle la sal necesaria, procurando que este escabeche las bañe por completo.

Se tapa el recipiente con un pergamino mojaro y atado fuertemente alrededor del cuello.

BIZCOCHO DE ALMENDRA

Una libra de azúcar blanca, una libra de almendras, treinta yemas de huevo y seis claras.

Se baten las yemas y las claras por espacio de tres cuartos de hora.

Luego se incorporan el azúcar y se bate otro cuarto de hora más, y por fin se añade la almendra y se sigue batiendo.

Se unta un molde de manteca. Se pone en él la mezcla y se mete en el horno.

Es innecesario advertir que la almendra se une después de rallada.

SALON DE BELLEZA

"MISS DIOR"

Ofrece a la Sociedad Habanera sus creaciones en Permanentes, Tintes
y demás tratamientos de belleza

PEPA, MINERVA Y MARTHA (ex-empleadas de Armando)

Calle K N° 51, entre Calzada y Séptima Teléfono: FO-2881

Vedado

Rosalía Abreu,

Un día como hoy 15 de enero-- de 1862, nació en Santa Clara, Cuba, Rosalía Paula de la Luz de la Caridad Abreu y Arencibia; hija de Pedro Nolasco González Abreu y Jiménez, y Rosalía Justina Arencibia, ambos naturales de la misma ciudad.

Contrajo matrimonio con Domingo Sánchez y Toledo, el 23 de julio de 1883.

Contribuyó con un donativo de \$30,000 al mantenimiento de las escuelas para niños pobres "San Pedro Nolasco" y "Santa Rosalía", y el asilo de menesterosos "San Pedro y Santa Rosalía".

Mejóro el edificio del Hospital de San Juan de Dios, ayudó a sostener la escuela "La Trinidad" para niños de color, a la celebración de la Feria Exposición del Segundo Centenario de Santa Clara y muchas obras más en beneficio de su ciudad natal.

En 1899 hizo un importante donativo al Hospital Nuestra Señora de las Mercedes; y un año más tarde donó \$5,000 a la casa de Beneficencia y Maternidad de La Habana, así como otros a distintas instituciones religiosas.

Generosa y patriota, contribuyó con \$50,000 a los gastos de la última guerra de independencia, de 1895 a 1898.



Abril Amores

Un día como hoy—13 de octubre—de 1952, murió en La Habana, Ana Abril Amores.

Desde su juventud, sintió la vocación del magisterio, y a la tarea generosa de la enseñanza dió toda su energía, su entusiasmo y su fervor. Fué de aquellas maestras fundadoras de la escuela pública cubana, y se dedicó después a la enseñanza privada, que enalteció con sus brillantes iniciativas y realizaciones. Fundadora de varios planteles de primer orden, aplicó siempre los métodos más modernos y las orientaciones más fecundas a sus actividades pedagógicas, combinando los dictados de

su talento esclarecido y de su corazón generoso, desbordado de amor hacia la niñez y la adolescencia. La Academia Herbart fué el climax de su gran obra educadora, y en ella aplicó y perfeccionó sus ideas educacionales más valiosas y admirables. Posteriormente se trasladó a La Habana donde desempeñó altos cargos en la dirección de la enseñanza oficial.

Miles de discípulos, a lo largo de dos generaciones, recibieron el influjo estimulante y vivificador de sus enseñanzas en las que había siempre, mucho más que la simple instrucción.

Murió en La Habana, el 13 de octubre de 1952.



0080095



EDUARDO ABRIL AMORES el gran diarista oriental nació para hacer periodismo. En Baracoa, donde vino al mundo hace sesenta y dos años, adquirió la primera instrucción. Allí trabajó de mensajero en una farmacia y se empleó en una fotografía en su afán de allegar recursos para ayudar a sus padres. Joven aún se trasladó a la villa de Banes, donde llevado de su vocación periodística fundó «Correo Semanal», librando desde su tribuna constante campañas por el mejoramiento de la población. Fomentó con su prédica informativa la creación de distintas instituciones, y entre ellas, las denominadas «El Pequeño Ciudadano» y «Flor de la Caridad». Esta última hizo posible con el tesonero esfuerzo de Abril Amores, la creación de un hospital municipal que ostenta esa denominación. La política lo captó como a uno de sus elementos más valiosos, llevándolo en distintas ocasiones a la Cámara Municipal. La «Fiesta del Trabajo», legítima precursora del grandioso «Primero de Mayo», fue una de sus iniciativas más elogiadas durante el desempeño de su acta edilicia. Más tarde fue exaltado al Consejo Provincial, asumiendo la presidencia de ese organismo deliberativo desde la que ocupó en distintas interinaturas, la gobernación de sus comprovincianos. En 1917, Eduardo Abril Amores, con la entusiasta cooperación del señor Félix del Prado, realizó su obra periodística de mayor trascendencia como lo fue, la fundación del leído colega «Diario de Cuba», que viene dirigiendo desde esa fecha. Dos años después adquirió la propiedad de tan importante rotativo, donde sus campañas de apoyo constante a los intereses generales y su intensificación patriótica demandando mejor trato para los hombres del agro oriental, han tenido resonancia merecida. En su sección editorial «Minuto», feliz continuadora de aquellas memorables «Notas del Momento», Eduardo Abril Amores diariamente recoge el sentir de sus comprovincianos. Ha terciado con éxito en la polémica, midiendo su elevada pluma con verdaderos maestros del periodismo como Pepín Rivero, Wilfredo Fernández y Manuel Aznar. En los libros «Surcos de Redención», «El águila acecha», «Bajo la Garra» y «Adentro, bien adentro del alma cubana», ha sido recogida buena parte de su labor informativa. Tiene publicadas varias comedias, mereciendo la cita entre las más conocidas: «Si Cristo Perdonó a Magdalena» y «Mientras Reia el Carnaval». Ha pronunciado numerosas conferencias en las sociedades culturales y patrióticas de la capital de Oriente. Posee numerosos diplomas otorgados por renombradas corporaciones y ostenta sobre sus pecho la más honrosa distinción de su región, la «Medalla de Oriente». Abril Amores, cuyo estilo periodístico se distingue por la sobriedad y la galanura, hace treinta años que viene haciendo periodismo «cubano» y enaltecedor, tratando cotidianamente con un espíritu de justicia y patriotismo, las cuestiones fundamentales de su provincia y de la República.

Rivero, Oca y

EL AYER QUE VIVE AUN

al cuidado de Rafael Soto Paz

LA MUERTE DE ACEA

HACE ahora cuarenta años justos, el 10 de noviembre de 1912, fué asesinado en la estación del ferrocarril de Güira de Melena, una de las figuras más populares de la provincia habanera: el coronel Isidro Acea. Como se trataba de un personaje destacado del Ejército Libertador, el hecho conmovió las filas veteranistas del país.

Natural de Cienfuegos, Acea vino en la Invasión, y peleando, al lado de Máximo Gómez y Antonio Maceo alcanzó sus honrosas estrellas. En la provincia habanera estuvo siempre en las zonas de mayor peligro y fué jefe del temido regimiento "Tiradores de Maceo", de rica aureola mambí. Como era un hombre joven, arrestado y reñidor, en los primeros años de la República se vió envuelto en líos con la justicia. Además, Acea era liberal, y un liberal en activo. Por eso su muerte, ocurrida en tiempos del Presidente José Miguel Gómez, y a los diez días de haberse celebrado las elecciones que dieron el triunfo a Menocal, motivó que se le diera al suceso, contenido político. En los primeros partes se dijo, que al apearse Acea del tren de Pinar del Río, a las 2 y 40 de la tarde, cuando compraba un tabaco en la cantina de la estación, le dispararon un tiro que lo dejó muerto en el acto. Al otro día del hecho, el diario "El Triunfo" publicó que el matador era un guardia rural nombrado Marcial Ducunjer, destacado en Pinar del Río y quien una vez cometido el crimen se refugió en la residencia del señor Ramón Castillo. Como siempre ocurre cada vez que un miembro del Ejército come-

te un hecho, el acusado por la opinión pública, quedó en libertad. Y lo más original: el propio gobierno de José Miguel lo ascendió y luego, el de Menocal, de nuevo lo volvió a premiar.

El suceso quedó en el misterio; el cadáver de Acea fué tendido en el Círculo Liberal de Güira de Mele-



Isidro Acea, coronel del Ejército Libertador de Cuba, asesinado alevosamente.

na, y los funerales los pagó un miembro del Partido Conservador, el señor Carlos Manuel Quintana, residente en Alquizar y muy amigo de Acea. (Todo está algo confuso, ¿no es verdad, lector...?)

75

2

100007

Aquí vemos al coronel Isidro Acea, jefe del regimiento "Tiradores de Maceo", que operó en la provincia habanera. El patriota asesinado aparece en el medio, teniendo a su derecha al teniente coronel José Manuel Villa (2). Los demás son: J. Garrido, Francisco Martínez, F. García, Vicente Marquetti, Julio V. Collazo, Eustaquio Balaguer, Juan Arango, Simón Díaz, Alfredo Amoedo, Pedro Farfías Reyes, Esteban Torres Álvarez, Julián Farías, Aurelio Vidal, Mariano Robau de la Osa, Luis Marquetti, Antonio Alfaro.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

¿CONOCE USTED A...

RENE ACEVEDO Y LABORDE?

EL UNIVERSAL de México, nos trae, en el número del 18 de junio, la información de la sesión celebrada, en el Casino Español



de la bella capital azteca, por el Congreso de los rotarios. En el acto inaugural, al que asistió el general Lázaro Cárdenas, Presidente de la República mexicana, el doctor René Acevedo, habló en representación de la delegación cubana. Las palabras de nuestro compatriota fueron un canto al ideal de Bolívar y de Martí, un voto fraternal por la unidad hispanoamericana. Propuso, y lo aceptaron por unanimidad los delegados, enviar un mensaje a los Gobiernos de Bolivia y del Paraguay, pidiéndoles en nombre de los pueblos de la América nuestra, el cese de las hostilidades en el Chaco.

René Acevedo, que pertenece a la famosa agrupación de calvos amargados, por la falta de pelo, compañero de infortunios de Eduardo Cidre, Félix Ayón y el "Calvo"

López, mantiene a pesar de su gordura—parecida a la de nuestro compañero Menocal—una actividad realmente asombrosa.

Telegrafista, experto municipal, notario, masón, periodista, rotario, comerciante, deportista, escritor, orador, es decir, una especie de Juan Antigua con cuarenta años menos, dedica sus horas libres—de cuatro a cinco de la mañana— a redactar fantásticos proyectos de mejoras municipales, que les lee campanudamente a sus amigos, los Alcaldes de interior de la República cuando vienen a visitarlo y que se quedan asombrados por su erudición en materia municipal.

Acevedo, al igual de Homero y de Cristóbal Colón, varios pueblos se discuten el honor de haberlo visto nacer. Pero lo cierto es que nació en la tierra que recibió al Titán Maceo con honores inigualados: Alquizar.

Desde muy niño asombró a sus convecinos por el aplomo con que recitaba en público las poesías de Diego Vicente Tejera, su poeta favorito. Se hizo telegrafista, ejerciendo su profesión en Batabanó y Güines. El general Peraza, entonces representante a la Cámara, alentó al joven René para que estudiara y éste se matriculó en el Instituto. Bachiller, abogado, luego notario, su bufete ha sido preferentemente su campo de acción.

Secretario de la Administración municipal de Sabani-lla del Encomendador, hoy Juan G. Gómez, subsecretario de la Administración Provincial de Matanzas, durante el periodo de Rafael Iturralde, Compromisario presidencial,

el más joven que ha tenido la República, en 1920 con Zayas en la boleta electoral. Concejal del Ayuntamiento habanero, fué el animador de una serie de Congresos de Concejales y Alcaldes, que alborotaron el país. Decano de la Benemérita Asociación de Veteranos Masones, ex Venerable Maestro de la Logia "Fe Masónica", Representante de la Gran Logia de la Isla de Cuba y Presidente de su Comisión de Codificación. Director del "Detallista", periódico destinado a la defensa de los pequeños comerciantes. Fundador de "El Jaruqueño", semanario que aún se edita en el antiguo feudo de Enrique Zayas. Socio Vitalicio del Casino Español de La Habana y miembro de muchas sociedades deportivas. El "Rotary Club", lo ha premiado con una distinción especial por no haber faltado a una sola reunión durante diez años. En la Masonería ostenta el Grado 33. La Exposición Iberoamericana de Sevilla lo premió con medalla de oro por sus trabajos.

Ha publicado las siguientes obras: "Legislación Administrativa de Cuba", "Legislación de Accidentes del Trabajo", "Manual Rotario", "En honor a los muertos por la Independencia", "Liturgia para solemnizar masónicamente el matrimonio", "Problemas del Comercio", "Los antiguos límites y el Derecho Positivo moderno", "Liturgia para banquetes Solsticiales", etc.

En México a donde fué representando a los Rotarios habaneros, acaba de obtener un señalado triunfo. Como todos los viajeros cubanos que visitan a la vecina República hermana, viene encantado. Los Palacios de México, los paseos a Xochimilco, la visita a Chapultepec, las mujeres bellísimas y los hombres atentos y acogedores, de todo aquel esplendor viene Acevedo con el espíritu saturado de la sugestión mexicana y lleno de gratitud por la cariñosa acogida que le dispensaron,

B. Acosta

Un día como hoy—3 de diciembre—de 1943, murió en Marianao, Baldomero Acosta y Acosta. Nació en Hoyo Colorado, Cuba, el 5 de marzo de 1867.

Los primeros años de su vida se desarrollaron en el campo, en Bauta, hasta el año 1890 en que el día 6 de enero se lanzó a la guerra de independencia, uniéndose a las fuerzas de la invasión. Su primer bautismo de sangre lo tuvo en el combate de Las Taironas, en cuya acción fué herido de gravedad. En marzo del propio año regresó a la provincia de La Habana, donde, por orden del general Maceo, ostentando el grado de subteniente, organizó con fuerzas dispersas el regimiento Goicuría, que quedó a su mando con el grado de comandante.

Después Baldomero Acosta, en acción victoriosa, una noche quemó a su pueblo natal y al poblado de Bauta. La acción más culminante del general Acosta en la guerra fué el ataque a Marianao, el día 28 de julio de 1897, en cuya época era teniente coronel, grado que le confirió el presidente en campaña, general Salvador Cisneros Betancourt, siendo ascendido después al grado de coronel. En el propio año fué a México a cumplir una misión especial del gobierno revolucionario y al regresar fué incorporado a las fuerzas del general Mayía Rodríguez, con las que terminó la guerra, y entró en Marianao cuando se firmó la paz el día 10 de diciembre de 1898.

Ya Cuba libre e independiente, el patriota Bal-

domero Acosta dió comienzo a su vida política, en el año 1901, haciendo su ingreso en el Partido Nacional Cubano y al resultar electo alcalde de Marianao, el general Leyte Vidal lo designó jefe de la Policía del término. En 1906 tuvo parte principalísima en la Revolución de Agosto en la que se incorporó a las fuerzas del mayor general Enrique Loynaz del Castillo, tomando parte en el combate del Wajay y otros.

La actuación del general Acosta en dicha revolución hizo que los generales Loynaz del Castillo y Lara Miret, le ascendieran a general de brigada. En el armisticio de esta revuelta tomó parte en las conversaciones que se celebraron en la quinta "Lily Hidalgo", entre los jefes sublevados, los representantes del gobierno y los delegados americanos Mr. Taft y Mr. Maggon. En el año 1908 fué electo alcalde de Marianao por el Partido Liberal. En 1912 fué reelecto y en esa fecha llegó al clímax su popularidad política tanto en la provincia de La Habana como en el resto de la República. En 1916 volvió a ser nominado alcalde de Marianao y en 1917, ocupando ese cargo, siempre fiel a su credo liberal, se alzó en armas en la Revolución de Febrero y en el combate de Jobo, en Pinar del Río, fué herido gravemente. En 1920 el Partido Liberal lo llevó nuevamente a la Alcaldía de Marianao, siendo reelecto en 1922 hasta 1926, en que nuevamente obtuvo la reelección de dicho cargo que dejó el 18 de mayo de 1931, en que fué suspendido en sus funciones.

Murió en Marianao, Cuba, el 3 de diciembre de 1943, recibiendo sepultura sus restos en el cementerio de esa misma ciudad.

Un Machadista más:

AGUSTIN ACOSTA

AGUSTIN Acosta ha causado asombro a todo el mundo. Su apostasia tan clara, tan evidente, tan bochornosa, ha dejado boquiabiertos a todos los que conocíamos su obra literaria y esperábamos de él, si no ya un hombre de izquierda, por lo menos un tipo centrista, capaz de comprender las responsabilidades y los deberes de la Revolución.

Agustín Acosta era considerado como un radical. Tan es así, que Julio Antonio Mella, en carta dirigida a varios amigos desde México y en conversaciones privadas, se expresaba de él como de un hombre de la pequeña burguesía, pero muy sinceramente inclinado hacia la izquierda y hasta probable miembro del Partido Comunista.

El poema "La Zafra", canto supremo contra el imperialismo, en el cual están contenidas y magníficamente cantadas las dolencias de Cuba y los dolores del pueblo, fué como una promesa que todos aquilataron en un valor que no tenían.

Por eso la exaltación de Agustín a la Secretaría de la Presidencia fué acogida con júbilo. Todos veían en él al intelectual poderado, sereno, ecuanime, comprensivo, capaz de abarcar en conjunto y analizar en detalle el problema cubano y en sugerir soluciones adecuadas, de acuerdo con el espíritu de la Revolución.

Pero, por el contrario, Agustín ha devenido en tipo reaccionario de la peor especie. En el asunto de la Cuban Cane, lo vimos auspiciando la retirada del Gobierno de ese asunto, despojando a Cuba de fértiles terrenos que siguieron en poder de empresas imperialistas. En la huelga de Comunicaciones ha sido él, con Suárez Gutiérrez, los que sostuvieron la bandera de la más feroz intransigencia contra los justos anhelos de los huelguistas.

Y eso que Agustín fué telegrafista en sus mocedades!

Y ahora, cuando todo el país se conmueve ante los asesinatos; cuando el C. de Estado que no puede ser tildado de radical ni de comunista, acuerda pedir la derogación del artículo constitucional que establece el fuero militar; cuando los profesionales, los estudiantes y los sectores todos de la Revolución se unen a esa petición justísima; cuando el propio partido Revolucionario Cubano se retira de la arena política y va al retraimiento — lo cual en todos tiempos es sinónimo de revolución próxima — Acosta, abogado, hombre de toga, no sólo se opone a esa rectificación, sino que se produce como partidario de ampliar más ese fuero, confiriéndole a los militares el derecho de juzgar a los civiles por diversas causas.

No puede pedirse traición más completa a todos los principios que ha defendido en todos tiempos, a los ideales de la Revolución, a los más rudimentarios principios de civilismo.

Y es que Agustín Acosta, como tantos otros, combatió a Machado, pero en el fondo, en esencia y en potencia, es un machadista más.

1010100

Agustín Acosta

IP

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

VALORACIONES

no 24/64

El homenaje de Agustín Acosta

Por MEDARDO VITIER

ESTA muy bien que se haya pensado en conmemorar las bodas de oro del poeta con su arte. Se efectuará un acto en el Aula Magna del Instituto de Matanzas. Tendrá significación nacional, además, por las instituciones que se han adherido y enviarán allí sus representantes. El doctor Miguel Angel Carbonell, presidente ejemplar de la Academia Nacional de Artes y Letras, se interesó por el homenaje tan pronto tuvo noticia de la idea. El doctor José María Chacón y Calvo, presidente ilustre del Ateneo de La Habana, estará allí, según mis informes. El doctor Max Henríquez Ureña, figura de las letras dominicanas y cubanas, y a más, de relieve en nuestra América, tendrá a su cargo el discurso magno, un estudio, según creo, de la poesía de Agustín Acosta.

En cuanto a Matanzas, debe suponerse que para ofrecer tan alto, y justo tributo se junten ese día, el 28 del actual, las representaciones de todos los centros de cultura y sociales de la ciudad. En casos así es la sociedad local la que se obliga más, la que muestra al hijo glorioso, la que invita a la espléndida fiesta intelectual. Por alguna razón explicable, desde luego, ocurrió, hace poco, que en un homenaje sentidísimo en memoria de Arturo Echemendía, si bien se congregó un grupo de calidad, distó mucho de ser la presencia matancera tal como uno debía imaginarla y esperarla. Nada dije de esto al querido poeta que asistió y contribuyó con bellísimas páginas. Hoy, cuando ha pasado ya la penosa impresión de aquella indiferencia, consigno mi observación. Al pensar en el próximo programa destinado al elogio de Acosta he recordado la mañana en que nos reunimos en el teatro Sauto para evocar la personalidad, en extremo interesante, de Echemendía.

Agustín Acosta, después de residir años en La Habana, volvió a Matanzas, en actitud de evidente vinculación con la patria chica. Fué, es, será siempre un hijo insigne de la ciudad de Milanés y de Byrne, de Garmendia y de Echemendía, de Fernando Lles y de Domingo Russinyol, de Agustín Penichet y de Eduardo Meireles, para mencionar sólo algunos de sus próceres. No es, en efecto, Acosta, de los que creen que to-

do se centraliza en la capital, vicio muy extendido entre nosotros. El caso de Echemendía y el de Lles, que no son los únicos, prueban la existencia de ambiente propicio en el interior para la formación de mentalidades superiores, al día en punto a tal o cual línea de disciplina cultural.

De modo que esa circunstancia, si ya no fuera la del renombre nacional y extranjero de Acosta, justificaría, al menos por parte de Matanzas, el homenaje. Por otra parte, nuestro tiempo necesita acentuar los méritos de los hombres extraordinarios. Se trata de los intereses del espíritu, con lo cual se dice que se trata de menesteres fundamentales. No es halago ni es loa ocasional. Es reconocimiento necesario, deber consciente por parte de la sociedad a que pertenece la gran figura. Por eso estaremos allí, junto a él. Será una palpitación cubana en noche inolvidable, y a la vez, lección cívica para la juventud.

¿A quiénes honra un pueblo?
¿A quénes enaltece y admira? De la respuesta que se dé, inferiremos la calidad de ese pueblo. El nuestro aprendió desde el siglo pasado a honrar a sus grandes hijos. Puede en algún momento parecer indiferente, pero en lo profundo se enorgullece de sus educadores, de sus poetas, de sus estadistas, de sus pensadores... Mientras alentemos la alabanza del talento y de la virtud, estaremos en cauce de salvación.

M. V. 24/64

HECHOS Y COMENTARIOS

Agustín Acosta

Por JOSE MARIA CHACON Y CALVO

(Sus bodas de oro con la poesía)

HOY domingo, a las nueve de la noche, se celebra en Matanzas, en el Aula Magna del Instituto de Segunda Enseñanza, un acto en honor de Agustín Acosta, el gran poeta de "La Zafra". El pretexto de este homenaje ha sido el de haberse cumplido en estos días el cincuentenario de los primeros versos de nuestro lírico. No los conozco, a pesar de que el entrañable amigo me ha permitido leer muchas poesías suyas que no piensa nunca publicar. Y las bodas de oro de Acosta, con la poesía, de un escritor que además de maestro insigne de las letras cubanas, de lírico de proyección continental, es uno de los hombres más buenos, generosos y cordiales que pueden encontrarse en este mundo, congregará a muchos amigos de quien ha sido siempre un ejemplo de la amistad sin mancha.

El homenaje a Acosta lo organizan la Peña Literaria de Matanzas, por iniciativa de Carilda Oliver y Labra, la ilustre poetisa, y el Ateneo de Matanzas, que ha querido, por medio de su muy eficaz secretario el doctor Rodríguez Rivero, sumarse a la muy laudable iniciativa. Asimismo la benemérita entidad Amigos de la Cultura Cubana, que preside el ilustre doctor López Luis Cabrera en el acto.

Sé que personalidades relevantes de la vida nacional se proponen asistir: así el coronel Carlos Mendieta, el gran cubano que ve en el autor de "Hermanita" a uno de sus más leales y eficaces colaboradores en su fecunda etapa de gobierno. Don Cosme de la Torriente, el insigne estadista, me hablaba noches pasadas de cuánto lamentaba no poder estar cerca del poeta en la noche del domingo, ya que por prescripción médica debe seguir un régimen de reposo; también Don Cosme, como el ex presidente Mendieta, sabe cuánta pulcritud y eficacia hubo en Acosta en su etapa de secretario de la Presidencia. Dulce María Loynaz, no sólo asistirá sino que ha visto en el homenaje a un gran poeta, la ocasión más propicia para una afirmación de

solidaridad intelectual y ya varios buenos amigos, como el muy admirado y querido Gastón Baquero me han dicho que sabían del acto justísimo por la egregia autora de "Poemas sin nombre". La Academia de Artes y Letras estará representada por el Dr. Max H. Ureña, el pleclaro historiador del modernismo, la Academia Cubana, Correspondiente de la Real Española y el Ateneo de La Habana, lo estarán, por quien escribe estas líneas, que es un fraternal amigo de Agustín Acosta desde hace cuatro décadas ¡Toda una vida! Y al escribir estas líneas leo un artículo sobre el Homenaje al poeta de nuestro gran ensayista Medardo Vitier. ¿Cómo podía faltar aquí la presencia del insigne historiador de las ideas en Cuba?

Agustín Acosta está en la más sazónada, madurez de su obra y escribe en estos momentos un poema que señalará nuevas perspectivas en su lírica: por los fragmentos que conozco creo que ha de ser una fecha esencial en la historia de nuestras letras y una afirmación profunda de los valores del espíritu. Es su poema de Cristo en el que todo parece llevar a la afirmación de que me hablaba el poeta en una de sus cartas: "La de que "Cristo Es". Decir que sólo fué, me parece una terrible blasfemia".

El primer libro de Agustín Acosta apareció en 1913: "Ala". El último que ha publicado, "Las islas desoladas", es de 1943. No hace mucho, en noviembre de 1952, en las bodas de oro de la fundación del Ateneo de La Habana, dió lectura en esa sociedad a una serie de composiciones de un libro que todavía está inédito, "Tienda de Campaña". Creo que aún habiendo publicado, por lo menos, si no fallan mis recuerdos, una media docena de libros. ("Ala", 1915, "Hermanita" 1923, "La Zafra" 1926, "Los camellos distantes" 1936, "Los últimos instantes" 1941, "Las Islas desoladas" 1943), tiene una producción inédita para muy cerca de otros seis...

Además ha publicado ensayos y discursos. Como senador de la Re-

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

9

2

10.0103

pública, tuvo la iniciativa de que nuestra Cámara alta dedicara una sesión a José Martí en el aniversario de su nacimiento, e inauguró, con una oración excelente, la serie de discursos conmemorativos leída en el Senado en recuerdo de nuestro hombre angélico. Y en el ciclo de conferencias martianas, organizado por la Academia Cubana de la Lengua tuvo a su cargo la segunda disertación: Martí, ¿fue modernista? (El turno siguiente correspondió a Max Henríquez Ureña, que desarrolló una tesis opuesta: "Martí, fundador del Modernismo". Este momento polémico, mantenido a una gran altura y en forma cordialísima, tiene una gran importancia crítica. Ambas conferencias, así como la primera del ciclo —La poesía de Martí y lo popular hispánico— acababan de ver la luz en el "Boletín de la Academia Cubana de la Lengua".

¿Cómo fluyen mis recuerdos en este día del justo homenaje! Agustín Acosta se reveló al mundo de la poesía en unos juegos florales. Su "Epinicio", que tuvo el más alto galardón, puso de relieve su sentido del color, la plástica visión que traía al verso. Poesía de juegos florales... podría decir alguno con no encubierto desdén. Y nada más distinto en la poesía típica de tales justas que la de Agustín Acosta. Aun en aquellos años, en que la elo-

cuencia era como un don natural en sus versos, había un inesperado humorismo en el poeta triunfal de "Epinicio", un no sé qué de ironía, un espíritu de sutileza y gracia que esa poesía no sólo era diversísima de la peculiar de los torneos literarios sino que señalaba el comienzo de una nueva etapa en nuestras letras. Con razón Félix Lizaso en su libro "La poesía moderna en Cuba", escrito en colaboración con José A. Fernández de Castro, reúne bajo el epígrafe de Plenitud de la Lirica (1913-1920) a los nombres de Regino E. Boti, el alto poeta de "Arabescos mentales", Agustín Acosta y José Manuel Poveda, cuyo libro "Versos Precursores", con unas páginas preliminares que es un gran ensayo crítico, vio la luz en 1917.

Se desarrolló el mundo de la lirica de nuestra lengua en la órbita de Rubén Darío, el clásico por excelencia del modernismo. Y Agustín Acosta dió a aquel momento matices muy personales. Fue, sin duda, la fase inicial de su poesía. Hoy puede verse la persistente, el verso de "Ala". Es un acento nuevo, un matiz desconocido, una tonalidad diversa la que sentimos en nuestro mundo lírico de aquel entonces.

Se mantendrá Acosta fiel, en lo íntimo, al canon del verso azul y luminoso de "Ala". Pero su segundo libro —"Hermanita"—, re-

coge una nueva actitud poética; el sentido de lo cotidiano, el intimismo poético, el verso estricto, señalan esta evolución. Años más tarde, escribirá "La Zafra", será Agustín Acosta el poeta nacional de Cuba. Porque el nuevo poema interpretaba las ansias de Cuba y un gran dolor colectivo...

Los camellos distantes, Las islas desoladas... prosiguen una obra que se concentra cada vez más, que tiene más nítida y pura emoción. Y el poeta que supo vivir y hacernos vivir las ansias nacionales, con "La Zafra", hará sentir también esas notas finas, penetrantes de la intimidad poética, en composiciones que no morirán jamás como aquella que empieza:

"Esta camisa blanca que mi madre ha zurcido,—tan llena del aroma íntimo de mi casa,—tiene una santidad cuyo oculto sentido—ni envejece ni pasa".

Esta noche, en un acto sencillo, va a honrarse a un poeta cubano cuya obra ha alcanzado hace años una proyección continental.

AM, Nov 28/54

MUNDO MATANCERO

Por Bernardo Rodríguez

Homenaje al Poeta Agustín Acosta Bello



He aquí, al homenajeado doctor Agustín Acosta Bello, dando lectura a unas emotivas cuartillas de agradecimiento, junto al ex Presidente de la República, coronel Carlos Mendieta Montefur y de la poetisa doctora Carilda Oliver Labra. (Foto: Miró).

A tono con los prestigios literarios del ilustre homenajeado, a tono con su ejecutoria de ciudadano intachable, fué el homenaje apoteósico, delirante, que la sociedad matancera tributó la noche del domingo en el agosto marco del Aula Magna del Instituto de Segunda Enseñanza, al glorioso poeta doctor Agustín Acosta Bello, por sus "Bodas de Oro" con la poesía. Jamás en nuestra ya larga vida de informador social, hemos visto en un empeño de esa naturaleza, reunidos mayor número de valores intelectuales de la República, que dieron al acto los singulares relieves de homenaje nacional porque de todas partes de la isla se sumaron al fausto acontecimiento, para compartir esas horas de inefable esparcimiento espiritual con el gran poeta, orgullo legítimo de las letras patrias.

Auspiciado dicho homenaje por tres instituciones culturales del rango del Ateneo de Matanzas, que precisamente cerraba con broche de oro los actos conmemorativos del 80 aniversario de su fundación, con ese memorable evento del pasado domingo, Amigos de la Cultura Cubana y Peña Literaria, fueron esas tres mencionadas instituciones las responsables de organizar ese grandilocuente homenaje al autor de "La Zafra" que por su magnitud, su significación y su importancia, vivirá siempre en la mente de todos cuantos asistimos a él como una demostración palpable de admiración, cariño y simpatía al doctor Agustín Acosta Bello.

Escogido para escenario de la gran fiesta de la intelectualidad, la elegante sala de nuestro primer

centro docente, nunca contemplamos en aquel augusto recinto una concurrencia de la selección y número de la allí congregada para rendir pleitesía al glorioso poeta nacional. Ocupados aparecían los sitiales de honor por las siguientes personalidades: En primera mención el ex presidente de la República, coronel Carlos Mendieta y Montefur que tan saludado se veía por sus amistades matanceñas y junto al ilustre patricio, el insigne homenajeado Dr. Agus-

tín Acosta Bello, que veíase acompañado de su dulce esposa, la dama tan gentil Consuelito Díaz de Acosta. Seguían el orden de los puestos la laureada poetisa doctora Caridad Oliver Labra, en representación de las instituciones culturales de Matanzas; el obispo de la Diócesis doctor Alberto Martín Villaverde; el gran académico doctor José M. Chacón y Calvo; la señorita Hortensia Lamar y del Monte, alto valor de la intelectualidad yumurina; el eximio ensayista doctor Medardo Vitiér Guanche; el gobernador de Matanzas por sustitución legal doctor Carlos Pezón Santamañana; el alcalde municipal señor Eduardo Ruiz del Villar; el jefe militar del Distrito coronel Leopoldo Pérez Coujil, que asistió al homenaje en unión de su distinguida esposa Olga Taquechel electa alcaldesa de esta ciudad; el general doctor Aristides Sosa de Quesada; el doctor Max Henríquez Ureña; la excelsa poetisa Dulce María Loynaz que vino al homenaje en compañía de su esposo, el atildado "confrere" de "El País" y "Excelsior", señor Pablo Álvarez de Cañas, que fueron huéspedes del cronista esa noche; el tesorero de "Amigos de la Cultura Cubana" doctor Jesús López Luis y su interesante señora Carmen de León y el secretario del Ateneo doctor Luis Rodríguez Rivero.

En puestos de honor también, el presidente de honor del Liceo doctor Antonio Font Tió y el presidente de dicha casa doctor Rodolfo Moreno Boscowitz; el presidente del Casino Español señor Manuel Pedré Justo y la vicepresidente del Tennis; señora Sara Vega viuda de Bannatyne.

Iniciado el programa del magno homenaje con las brillantes notas del Himno Nacional que oyó puesta de pie la concurrencia, acto seguido ocupa los micrófonos el doctor Luis Rodri-

guez, que hizo de impecable maestro de ceremonia para anunciar el primer número que recayó en esa frágil y delicada figulina. La laureada poetisa doctora Carilda Oliver Labra, para ofrecer el homenaje a nombre de las instituciones culturales de Matanzas. Sus palabras con acento poético, fueron escuchadas con verdadero deleite por cuantos honraron con su presencia la hermosa fiesta de la intelectualidad. Seguidamente le hace entrega la autora del famoso canto "A la Bandera" en su Centenario, al poeta doctor Acosta de un diploma de Presidente de Honor de la Peña Literaria de Matanzas, que hace batir palmas al selecto y escogido auditorio. De inmediato ocupa la tribuna el erudito académico doctor José María Chacón y Calvo para disertar sobre "La intimidad literaria" de Agustín Acosta, trabajo conceptuoso, rico en lenguaje y en bellísimas imágenes, que nos pareció tan breve, dada la calidad y brillantez de su verbo, que siguieron con musitada atención los asistentes a la noche gloriosa del 28 de noviembre.

No apagados los aplausos que se le tributaron al ilustre hombre de letras da lectura allí a unas cinceladas cuartillas producto de la sensibilidad de un valor cultural matancero, la señorita Hortensia Lamar y del Monte, para hacer entrega al poeta homenajeado de un diploma de honor de "Amigos de la Cultura Cubana", que despierta también la simpatía del público. A continuación, da lectura asimismo de algunos poemas de Agustín Acosta, la doctora Oliver Labra, recibiendo después de manos del doctor Luis Rodríguez Rivero, el homenajeado, el título de Socio de Honor del Ateneo de Matanzas, que hizo

pronunciar un vibrante discurso al doctor Rodríguez Rivero en su carácter de miembro de la vieja corporación cubana.

Seguía en el orden del programa el doctor Cosme de la Torre y Peraza, el eminente ciudadano de la República, que a causa de un repentino mal, se vio impedido de asistir al homenaje, llegando un turno ansiado cuando el doctor Max Henríquez Ureña, ocupa la tribuna para hablar en torno a la poesía de Agustín Acosta.

Con lenguaje maravilloso va narrando la personalidad literaria del gran poeta, esa destacada figura de las letras dominicanas y cubanas, que arroba al auditorio y lo hace transportarse a un



a/

3

1850106

mundo de ensoñación y poesía. Presente allí también la señora Herlinda Urréchaga de Guerra, se suma al homenaje, dando lectura al magistral poema de Agustín Acosta "Las Carretas en la Noche", cerrando el acto brillantemente, el insigne ensayista doctor Medardo Vitier y Guanche, para enfocar la personalidad del homenajeado como literato y ciudadano. Príncipe de la oratoria el ilustre hombre de letras, puso así ribetes magníficos a la gran fiesta de la intelectualidad. Y por último, el poeta homenajeado da las gracias a todos los allí presentes por aquella elocuente demostración de afecto y simpatía que se le rinde por sus "Bodas de Oro" con la poesía.

Recibe entonces bellos ramos de flores de nuestras principales instituciones, la blonda esposa del poeta la distinguida dama Consuelito Díaz de Acosta, que comparte con su ilustre compañero las emociones de la noche gloriosa del homenaje más sentido y devoto que se ha tributado a un poeta de su rango y jerarquía en la ciudad de las Atenas.

Efusivos abrazos, apretones de mano, saludos y felicitaciones recibe el doctor Agustín Acosta de cuantos asistieron a su homenaje y entre aquella pléyade de valores artísticos-culturales, acordamos a ver a los poetas José Ángel Buesa; Regino Pedroso; Arturo Doreste; Antonio Sánchez; Gustavo Godoy; al doctor Luis de Arce en representación de la Asociación de Artistas y Escritores Americanos, no faltando la plana mayor de nuestros poetas, el laureado doctor Jorge Casals Llorente, Alberto Lovio; Panchitín Nodarse; Hugo Ania; Delia Carrera y José Ramón Dean.

Pondremos punto final a la reseña del inolvidable homenaje al ilustre bardo doctor Agustín Acosta Bello ofreciendo el sentido poema que es producto de la inspiración de nuestro Alberto Lovio que titula "Al poeta de la zafra".

Dice así:

Poeta: hoy se te rinde un
(homenaje
y yo quisiera con la lira mía
poner la nota de policromía
que volcara un fulgor sobre el
(paisaje.

Fué sobre el patrio suelo tu
(mensaje
tan lleno de dolor y valentía,
que se vistió de novia la Poesía
para besarte sobre algún celaje.

Y de esas nupcias al fugaz
(minuto
surgió "La Zafra" con su dulce
(fruto
de un sabor tan amargo que
(asesina...

Se hizo la lira látigo y espada
y la Patria infeliz quedó estam-
(pada
con la vieja carreta... que
(rechina...

M, die 10/10/4



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

CARTA A AGUSTIN ACOSTA

(En el Cincuentenario de sus
Primeros Versos)

de J. S. Bohemia
por

JORGE MAÑACH

Mi querido Agustín:

MUCHO sentí no poder asistir al gran homenaje que te ofreció el Ateneo de Matanzas por tus bodas de oro con las Musas, al mismo tiempo que esa benemérita institución conmemoraba el octogésimo aniversario de su fundación, es decir, de sus servicios a la cultura en la Atenas de Cuba. Ya te dije por radiograma la razón de mi ausencia: tenía que atender a la reunión que esa misma noche dominical celebraba, con sus oyentes invisibles, la Universidad del Aire. Pero yo estaba allí, con tantos otros amigos tuyos, en espíritu, y por las mismas ondas de nuestro programa radial hice que navegara mi saludo "a la gran voz poética de Cuba".

No me acaba eso de llenar la querencia de adhesión, y por eso te escribo esta carta pública. Al disponerme a escribirtela, me ha venido el recuerdo de aquéllas —muchas, por cierto— que nos cruzamos en otras épocas de nuestra vida, de nuestras vidas, cuando teníamos aún amistad flamante o, en todo caso, diligente para la comunicación; cuando nos sentíamos, por muy "cubanas razones", ávidos de calmarnos impacencias y angustias; cuando nos sentíamos los dos un poco solos, pero juntos a pesar de la física distancia.

¿Y qué hermosas eran aquellas cartas tuyas, Agustín!... Las conservo casi todas, para cuando te llegue la hora —que ojalá tarde aún mucho— de la posteridad absoluta: esa hora en que a la gloria colmada se le empiezan a recoger sus intimidades, y se hace, entre amigos, cosecha de cartas ilustres. Ahora, a solas con mi tesoro de las tuyas, no he podido resistir la tentación de volverlas a leer. Lo primero que de nuevo admiro es tu firma. Una firma enorme, espaciada, con sus dos AA monumentales y henchidas, y, por debajo del nombre y apellido firmamente enlazados, una rúbrica sumamente sencilla, a pesar de ser de notario, pero que tú debías de trazar con la pluma muy ladeada y abierta, pues lo que dejaba sobre el papel era una verdadera

pincelada. Tu nombre, ya entonces un gallardete en nuestras letras, parecía navegar sobre un pequeño mar de tinta. Las letras avanzaban rápidas y seguras, a todo velamen, codiciosas de horizontes, y la rúbrica se llenaba hacia atrás, como la estela de gloria que ya íbas dejando.

Cuando me escribiste esa primera carta, ya, en efecto, eras famoso en nuestro ámbito, y resonante fuera. Tu "prehistoria" de versos había empezado, por lo visto, hacía muchos años, puesto que ahora celebran el cincuentenario de ese comienzo —lo cual, tal vez, no deja de ser un poco indiscreto, porque a uno no le deben recordar tan categóricamente los años cuando ya la suma de ellos se va haciendo melancólica, y porque, además, no se nos deben mentar a los escritores los pecados de la mocedad. Todos sabemos que tu verdadera historia de poeta comienza en 1915, con *Ala*, aquel primer libro de título tan justo.

También conservo —yo, que ya voy podando de libros segundones mi biblioteca— un ejemplar, que supongo de la primera edición. La

había publicado aquella Biblioteca Studium, que todos recordamos casi con ternura: aquella que tenía por emblema —en dibujo de García Cabrera, o tal vez de Jaime Valls— un buho posado sobre un libro abierto. Un buho, no un cisne. Accidental simbolismo, porque tú irrumpías en nuestro aire poético, no con el ala decorativa, pero sin trémolo ni altura, del primer Modernismo, sino con la crepuscular y celeste del segundo momento, que recordaba un poco a las lechuzas de Minerva.

¡Ala! Maravilla de nobles intentos,
de ensueño y de gloria, de paz y
[de altura...]
El ala no teme la cruz de los



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

[vientos,
el ala nos abre la senda futura.

Así, más que cantar, clamaban tus primeros versos. No recordaban abates ni marquesas ni versallescos jardines; no se fugaban, con modernismo sólo verbal, a los predios de la nostalgia. Aunque en su afán de universalidad quisieran conservar todas esas notas del registro poético de la época, y aun no pocas del buen romanticismo viejo, el acento, se te iba sobre todo a lo aquilino, y era la tuya una poesía de esperanza y de promesa en que ya se veía temblar un poco la ira y asomar la protesta.

Por eso decías:

Yo no soy como todos. Mis tris-
[tezas
son las hondas tristezas del que
[llora
la inclinación servil de las cabezas
que fueron bautizadas por la
[aurora.

¡Cuántas cabezas de esas, Agustín, hemos visto doblarse desde entonces! Los que vinimos un poco después de tí, mucho te quisimos por esa gallardía con que tu canto sonoro se alzaba. Te la quisimos, y te quisimos el verso, hasta cuando, a la verdad, la sonoridad no estorbaba un poco.

Precisamente en aquella primera carta tuya que conservo te quejabas un poco de esa reserva. Acababas de publicar tu segundo tomo de versos, Hermanita. Yo no recuerdo bien lo que sobre él escribí; pero lo colijo de tu carta. El libro nos había gustado mucho; hasta nos había gustado más que Ala, (con todo y lo bueno que había sido ese plumón celeste) acaso porque había menos oratoria en él. Aquella era una época en que le teníamos, tú lo recuerdas, fobia a todo lo que llevase demasiada carga verbal. Empezábamos a sentir que la mejor tradición de nuestra cultura, y la mejor vocación de nuestra república, se nos estaban quedando anegadas bajo una perenne catarata de palabras. Queríamos más sustancia, más continencia, más rigor, más entraña en todos sentidos. Y al celebrarte yo eso de tu nuevo libro, en que el tema de madrigal aseguraba un tono de intimidad, me escribías en defensa de tu sonoridad pasada.

Parece, sin embargo, que en mi ambición respecto de tí, que eras ya la primera voz poética de Cuba, yo tampoco me resignaba a que se te desmadejase en íntimos deliquios el batir del ala. Con un poeta de tamaño talento había que ser exigente. Y tú me escribías, todavía "de usted": "Hermanita le dejó la nostalgia de los mundos que Ala prometía revelar. Usted

deseaba terminar el alfabeto de que Ala fué el alfa inquieto. Pues bien: esa obra existe, perdida por mis gavetas, en las cuales el pasado está durmiendo su divino cansancio. Existe, pero no puede salir, en esta hora del Arte, tal como está: galas viejas la visten: terciopelos de antes, en cuyas piedras sobrepuestas el sol brilla con demasiada fuerza; encajes que velaron la aurora finisecular; per-versión algo cruda; lunas de los tablados de Arlequín. ¡Ah! Aquella locura, querido Mañach, ya pasó. Me duele no ser sonoro, porque me gustaban tanto los clarines."

Y después añadías, en defensa de Hermanita, defensa que a la vez yo no necesitaba: "es una obra que señala en mi vida una etapa sentimental sosegada y sería: no es el romanticismo loco, ni el mundanismo: es otro sentimiento más callado, más sereno: una contribución que el poeta aporta a la crítica de mañana, si a ella se hace merecedor. Porque ya tuvo su época y su libro. Ahora, desde la cumbre de mis treinta y cinco años, me toca una de estas cosas: volar, o rodar hacia la falda de esa cumbre. Y no todos, querido Mañach, podemos ser Dante".

¡La cumbre de tus treinta y cinco años!... Con qué leve sonrisa, en tu cara siempre un poco volte-rana, debes de leer ahora, Agustín, la melancolía de esa frase. De las dos alternativas que entonces precisabas, ya sabíamos que habías de optar por la primera: volar aún más alto y más recio. Tuviste tentaciones de quedarte al ras de tu tierra aldeana, en paz notarial. No pudiste. Andanzas cívicas que mucho prometían te sonsacaron el candor de poeta y de hombre bueno, es decir, ingenuo. Y te engañaron. En la carta posterior que conservo, a propósito de la necesidad de ir denunciando falsías y de "decapitar conceptos", me escribías: "Si usted quiere una espada, le ofrezco la que se me quedó virgen en esta gran comedia de veteranos y patriotas."

Sin embargo, con esa carta me mandabas copia de un comentario muy generoso que habías escrito para un periódico sobre mi primer libro, "Glosario". En un párrafo de aquel artículo, que tenía forma de diálogo, decía por tí un tal Fernández: "Siempre los redentores fueron crucificados; pero los tiempos de hoy —perdone usted esta idea tan nueva— no son aquellos tiempos. El redentor de hoy, el reformador, tiene apóstoles que son a la vez lanceros, y no se confor-

man con desalojar del templo a los mercaderes de la deshonesta baratería, sino que prenden fuego al templo, no sin antes haber echado a vuelo las campanas para que acuda la gente y vea el espectáculo maravilloso." El escepticismo y la gana de pelea andaban en ti a la greña, Agustín.

Triunfaría —por un largo y valeroso tramo al menos— la voluntad de redimir, casi siempre frustránea, pero nunca inútil. Eso sería ya hacia las postrimerias del gobierno de Machado, cuando te incorporaste a la cruzada del Nacionalismo y de los coroneles —entre ellos ese noble coronel Mendieta, a quien tan fielmente has querido siempre. Entretanto, vino tu fuerte poema "La Zafra", lleno de airadas "razones cubanas", como el rechinar de las viejas carretas. Y no deja de ser curioso que, un año antes, no te percataras de cómo esa pelea había que librarla, y se estaba librando, en otros terrenos preparatorios, señaladamente en el de la cultura. Por entonces, en 1925, me escribías acerca de mi conferencia "La Crisis de la Alta Cultura en Cuba" y concertabas en tu carta, con algunos elogios cariñosos, muy severos reproches por el acento demasiado negativo hacia lo actual, hacia lo contemporáneo, que en aquel trabajo guerrearba. Eso, decías, "como cubano me duele, como poeta de hoy me entristece, porque veo que nuestra labor no tiene estímulo de los más altos espíritus llamados a comprenderla".

A mi contestación, no arrepentida, respondiste con otra carta admirable. No creo que se haya hecho por nadie una apología más férvida, más puntual en su concisión, ni más generosa, de las letras republicanas que la de esa hermosa carta tuya, en la que algún día se descubrirá un documento precioso para nuestra historia literaria. "Nosotros no vamos a mejorar ninguna época —me decías—; nosotros vamos a hacer una época nuestra; nosotros no vamos a caminar sobre las paralelas que por terrenos abruptos pusieron nuestros antepasados. Nosotros vamos a implantar paralelas sobre las cumbres, si es posible..." Y explicabas nuestra divergencia crítica arguyendo: "Tu cultura es metódica, preparada, busca un fin. La mía no tiene método, porque no busca

fin alguno... Simpatizando con el desorden natural de las revoluciones, no es herida por ellas, y tiende a la benevolencia, a la disculpa, al estímulo..."

Más que dos "culturas" eran, Agustín, dos temperamentos y acaso, una leve diferencia de años lo que andaba de por medio. Dos modos, también, de sentir o de concebir esa "revolución" de que ya hablábamos. Yo la quería regida y nutrida desde lo hondo, desde la conciencia y la letra misma. Tú, como buen poeta, te contentabas con el penacho ardiente y la simple metáfora histórica. Por ti hablaba un poco todavía el estremo triunfal de la República, aquella gran ilusión; por mí, el sentimiento defraudado con que amanecemos a las turbias y torvas realidades de ella los que habíamos nacido a la vuelta del siglo.

Pero "La Zafra" a todos nos dió la razón. Al colonialismo y servidumbre de campos y hombres que tú denunciabas en tus versos de machetero lírico, a la gran angustia de nación por hacer, que se airaba en tus ardientes estrofas, ¿no correspondía aquella mi inconformidad con una cultura republicana que cada vez parecía desmedrarse más, perder más el acento abnegado y batallador de nuestros próceres?... Cada cual por su lado, íbamos preparando la protesta integral con que Cuba pronto se encendería. Aquella segunda carta tuya terminaba con estas palabras de sombrío humorismo: "Y mucho ojo por las noches, cuando llegues a tu casa. La sombra es propicia para la "alta cultura de los asesinos". Acababan de matar a Sagaró.

Pasaron tres años. Tu carta siguiente está fechada un 20 de mayo, y después de esa data insertas un "¿eh?" irónico. Se estaba librando entonces, como para afilar armas, o para distraernos algo de la tremenda pesadumbre cívica, la batalla vanguardista. Tu carta se inicia con una estampa deliciosa de una visita de Juan Marinello. Y después, esta andanada:

"Todos somos en el fondo un poco de lo que no queremos ser. Así por ejemplo: ¿no se da Jorge Mañach espiritualmente a la música de los más bellos versos antes que a la fanfarria gangá de las metáforas vanguardistas? ¿Quién me convence a mí de que tan fino paladar saborea las leches agrias, cuando no tiene necesidad de bacilos búlgaros? Avanzar es ir adelante en el camino que ya uno previamente se ha trazado. Vanguardia quiere decir salto, sorpresa, botín. Avanza el que sabe adónde va. La vanguardia es casi siempre carne de cañón. La bandera va siempre en el centro, porque no puede

exponerse al ultraje del enemigo"... Así te situabas estéticamente, y adelantándote a un posible vituperio me decías: "¿Reacción? Claro que sí. En el sentido de no dejarse llevar, para evitar la locura de transigir."

En una carta de noviembre de ese mismo año, a propósito de mi "Indagación del Choteo", definías con menos reticencia tu pensamiento estético: "...Observo aquella transparencia que parece ser el distintivo de cuanto, fuera de toda escuela, llega algún día a tenerse como clásico. Porque lo clásico es de todos los tiempos. No hay escuela clásica. El fin de todas las escuelas, una vez depuradas, alquitaradas de sus mostos más agrios, es, sin duda, el clasicismo. Clásica es la escuela llamada así en todo aquello que por su propia naturaleza perdure; clásico es el romanticismo en lo más puro del sentimiento desbor-

dado, y clásico es el modernismo, en las más finas obras del siglo pasado y de principios de este siglo. Todos esos aportes de las escuelas al núcleo permanente e inmortal del clasicismo marcan una época en ese gran conjunto, forman un todo idéntico a sí mismo; es lo que queda del Arte. Y todo ello, desde luego, pregona su diáfana sencillez, su inmortal transparencia. Sólo lo transparente es inmortal."

Terminabas esa carta diciéndome: "Voy a meterme en la torre de Babel, desde la cual estoy escribiendo BABILONIA. Sólo me queda por escribir la última parte, o sea aquella que combatí al imperialismo yanqui, sin ninguna suerte de retornos. Belo y Semiramis me amparan. Mas si cuando el poema sea ya una realidad está —¡todavía!— en el poder este megalómano que sufre Cuba, entonces, querido Jorge, doblarán por mí las campanas de todas las catedrales de América; tú mismo te harás una tonsura graciosa y brillante, y con la sobrepelliz del más fino hilo que

commemoranda
bien eso es parte, y acaso la me-
jor: de los cincuenta años de pre-
sencia espiritual que te estamos

Vendrán los días negros. Los
[magos vieron soles
negros en cielos rojos. La más sabia
[sibila
quedó muda, y ya nadie esperará
[más horas
que éstas de torres truncas y
[templos destrozados.

Y los días negros, en efecto, no tardaron ya en venir. Le escribiste, recuerdo, una carta valiente y viril a Machado, pidiéndole que renunciase, para bien de Cuba. Te persiguieron. Te metieron en la cárcel. En mi oficinita de "Fin de Siglo", donde yo trabajaba entonces como jefe de publicidad, no te hice urdir ninguna sobrepelliz, porque estaba muy ocupado, al margen de los anuncios, en urdir proclamas del ABC.

Y ya, después, a todos nos cogió la tempestad revolucionaria, y nos dispersó. Ya no tuve más cartas tuyas. Estuvimos más cerca físicamente y, sin embargo, más distantes—hasta cuando fuimos senadores los dos, y yo, con el rabo del ojo, te veía, en tu escaño, indiferente a las inanidades usuales del debate, escribiendo... Quizás eran los primeros pasos métricos de "Los camellos distantes"...

Perdóname, querido Agustín, si me he tomado esta venia de despedazar tus cartas, de revelar, indiscretamente, aquello a que sólo tu posteridad tiene derecho. Pero en el acto del Ateneo de Matanzas, Chacón, Vitier, Rodríguez Rivero habrán hecho ya los elogios debidos de la gran voz poética que diste a la República. Yo he querido unir al tributo estos recuerdos personales, que son un poco del trasfondo de tu poesía, y un pedazo de nuestras vidas paralelas. Tanto como de tus versos, muchos fuimos entonces a disfrutar de tus cartas bellísimas, que tantas veces nos hicieron pensar en el gran prosista que le estabas hurtando a Cuba; de tu enorme simpatía criolla, estilizada en el más fino humorismo; del regalo constante, aun a distancia, de una amistad que hasta ponerse "brava" sabía con el más generoso talante; del ejemplo, en fin, de tu gallardía ciudadana... Tam-

*Bohemia,
dic 5/54*

Discurso en las Bodas de Oro

Por AGUSTIN ACOSTA

Nos complacemos en reproducir el hermoso discurso pronunciado por el gran poeta Agustín Acosta en el homenaje nacional tributado en Matanzas por sus cincuenta años de actividad poética:

SENORAS y señores: Ahora que de la alabanza afectuosa sólo queda en el aire la dulce resonancia, porque su esencia ha penetrado en nuestro corazón; ahora, Musa, llega el momento de dar las gracias y de expresar ese sentimiento del modo más sencillo. Dificil momento, en verdad, porque el alma quisiera tener infinitas dimensiones, brazos infinitos, para que nada de la expresión se perdiera, y a cada cual llegara una partícula de la emocionada gratitud.

Vale la pena, Musa, haber estado juntos medio siglo; porque si alguna belleza hemos logrado sembrar a lo largo de ese sendero, el fruto lo recogemos ahora, es decir, cuando más falta nos hace. Fruto más abundante y dulce de lo que suponíamos, ya que no sólo la poesía y el pensamiento más alto de Cuba están presentes en los amigos que nos enaltecen con su palabra o nos honran con su adhesión, sino porque, para nuestro orgullo de cubanos, uno de los más ilustres próceres de la Patria une al tributo que se nos rinde, su noble e inmaculada presencia.

Yo te preguntaría, compañera amorosa de mi vida, qué cosa hemos hecho nosotros para que se nos exalte y se nos premie con este diploma espiritual que está firmado por tantos corazones. Yo te preguntaría dónde está el es-

fuerzo realizado, dónde la transcendencia de esa labor. Y tú, naturalmente, un poco avergonzada, me contestarías: nosotros nada hemos hecho; nosotros hemos cantado simplemente para nuestro recreo; o para dar salida a burbujas de nuestro corazón.

En las horas gratas de la vida, nuestras notas han estado de acuerdo con la emoción pasajera, del mismo modo que en las horas dolorosas nuestro canto ha estado exento de la desesperación que suele adulterar el dolor hondo y verdadero. Así hemos ido junto a los que abanderan con su propio espíritu, ya que no hemos de ser lis felices abanderados.

Algo hay, sin embargo, Musa mía, que puede enorgullecernos, sin que este orgullo linde con la vanidad oronda y estéril. Y es

que hemos sabido aislarnos, uno del otro, cuando la vida lo ha exigido. Tú sabes cómo, a pesar de mi amor por ti, te he soslayado cariñosamente cuando la realidad de la existencia me ha señalado labores opuestas. Tú me has visto durmiendo sobre duras tablas cuando tu nombre y el mío eran traídos y llevados en alas de un efímero triunfo. Tú me has visto en el campo del Derecho rompiendo a golpes de buena fe enredaderas que no florecen nunca, pensando en ti, que, aparentemente abandonada, llamabas reiteradamente a las puertas de mi corazón. Tú me has visto en afanes políticos, invariablemente junto a un patriota ejemplar, cumplir con mis deberes ciudadanos, no con el fin de alcanzar ventajas que no ambicionaba o gloria que no merecía, sino para

que tú, Musa, contemplaras mi conducta y me dieras tu aprobación, ya que tú no eres aliada transitoria, sino causa gozosa y permanente de mi vida.

Si tú eres la Poesía; si tú me has dado sin regateo el dulce privilegio de tu amor, justo es confesar que a ti te lo debo todo. Nunca puerta alguna se ha cerrado para nosotros, no obstante nuestra insignificancia. Pobres como somos, como hemos sido siempre, ¿quién ha disfrutado de mayores riquezas? ¿No es un tesoro de bondad y de ternura el espectáculo que en este instante nos eleva por encima de todas las riquezas materiales?

Cuando la vida tramonte, un acto como éste, es una primavera que vuelca sus rosas sobre un ocaso enternecido; un mar que hace descansar en la playa la mansedumbre de sus olas, significando que han quedado atrás las espumas alborotadas que traen a la tierra lo que la mar rechaza.

Qué ejemplo y qué lección, Musa ya tranquila, para los jóvenes que emprenden la marcha por el sendero áspero. Esto les dice que en la vida se premia, no sólo la conjunción contigo, sino también, el batallar junto a ti por el mejoramiento de nosotros, de los que

conviven a nuestro lado, y de todos los que esperan un consuelo o una alegría de nuestras palabras y de nuestros actos.

Te parece adecuada, Musa solícita y amable, la palabra gracias para expresar el sentimiento que nos posee y que tratamos de que no se desborde, y, hecho lágrimas, asome a nuestros ojos desde lo más profundo de nuestro corazón?

Como las monedas que han circulado mucho tiempo, la palabra gracias ya está gastada; pero, ¿cómo pagar la hora placentera que se nos ha ofrecido sino con esa moneda que se pone a nuestro alcance para prestarnos ese grato servicio?

Echemos a rodar esa moneda, Musa mía; y por la virtud de una orden emanada de nuestro espíritu, hagamos que ella llegue a cada uno de los amigos que nos honran esta noche, y sea para ellos acogida como el testimonio más íntimo y sincero de nuestra alma.

Y es bueno que vayamos pensando, dulce compañera, que en lo relativo a las Bodas de Oro que celebramos, debemos hacernos un poco los desentendidos, como si en tu corazón y en el mío se albergara, radiante y promisorio, la primavera.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

121

HECHOS Y
COMENTARIOS

*La intimidad
literaria de
Agustín Acosta*

Por JOSE M. CHACON Y CALVO

— I I —

UN aire de guerra fratricida soplabá sobre nuestra isla y en aquel lugar, en donde, precisamente, una popular figura política había concentrado sus fuerzas, Agustín Acosta me leía unos versos elegiacos a Rubén Darío y yo la "improvisación" ateneística con que había de inaugurar aquella sesión del Ateneo de La Habana, que conmemoraba el primer aniversario de la muerte del gran renovador de la poesía de nuestra lengua. Y a poco—cuando ya la patria vivía la tragedia de la discordia de sus hijos—una carta de Agustín Acosta, una de esas cartas en las que el sentido del humor se concierta con las puras esencias de la poesía, me hablaba del gravísimo riesgo que habíamos corrido, por que ¿quién pudiera creer que en ese lugar solitario habíamos ido con un inocente propósito literario y no para una conspiración animada por el bélico espíritu? Militaba ya el poeta en las filas del Partido Liberal, cuyo credo ha profesado siempre en su vida de hombre público sin mancha. Yo comenzaba a sentir mi sueño—mi gran ensueño debiera decir mejor—de la libertad política de la cultura y debía tener como el autor de *La Zafra* la misma desazón ante la sombra de dictadura, que parecía divisarse en nuestro panorama nacional.

Las cartas de Agustín Acosta no podrán faltar, en un alto número, en una antología del poeta. Yo siento no tener en su integridad, junto a mí, el copioso epistolario que a lo largo del tiempo, desde aquellos días de 1917, he ido formando con las misivas del amigo entrañable que atestiguan, en primer término, el tesoro de bondad de su corazón.

¿Cómo se siente en estas cartas la afirmación de Romain Rolland, en su Juan Cristóbal, la gran novela cíclica: no hay signo de excelstitud humana mayor que la bondad!

Hay en su producción lírica (de la que sólo una parte ha visto la luz) unos versos, que no sé si siquiera ha incorporado a uno de sus libros y que yo los oí en una sesión de la Academia de Artes y Letras, leídos con su arte de gran lector por Antonio Irajzoz, el escritor ilustre que hoy es Embajador de Cuba en España.

Este verso de una ostensible contención verbal expresa con enérgico acento cómo preside en la obra de Acosta un imperativo ético, una fuerza moral que da a su poesía la más pura luz. Se titulan *El amargo deber* y el estu-dioso de nuestra poesía puede leerlos en los Anales de la Academia de Artes y Letras correspondientes al curso de 1946 a 1947. Dicen así:

"Diamante, tú en la mina, y yo en la honda — noche de mi silencio — no cumplimos el deber de dar luz. — Place a la fronda la dulce solidez de los racimos. — Piensa que la merced hay quien reclama — pobre merced de tu fulgor y el mío; — que no pide ceniza sino llama — que no sospecha laxitud ni frío... — Sacrifiquemos al dolor, hermano, — nuestro egoísmo. El corazón humano — arrope en ilusión su odio y hastío. — Y pues sangre del alma nos reclama — que no sea ceniza sino llama — la que le ofrezcan tu fulgor y el mío".

Pedro Henríquez Ureña, una gran voz de la filología y de las humanidades de América, señalaba en una carta a Félix Lizaso, a propósito de su libro en colaboración con José Antonio Fernández de Castro, *La poesía moderna en Cuba*, cómo la contención verbal va siendo en la poesía de Agustín Acosta una nota definidora, contrastando con el impetu romántico de su iniciación. En esa misma carta se lamenta de que la severa Antología "no haya alcanzado a registrar la aparición de *La Zafra* que convierte a su autor en poeta nacional".

Y en esa misma fase culminante de su obra lírica —cuyos valores examinarán en esta sesión de homenaje el preclaro historiador del modernismo, Max Henríquez Ureña, y el doctor Medardo Vitier, el egregio ensayista, que con su don de palabra ha de hablarnos también del hombre público de acrisolado patriotismo y de pura conciencia que alienta en el poeta— no falta la nota que no puedo denominar de otro modo sino de intimidad. ¿No lo vemos claramente en la inserción de la décima, "la melancólica décima criolla", en la parte central del poema, en ese pasaje de *Las carretas en la noche*, que no po-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

12

2

000113

drá faltar ya en una antología del verso en la lengua española?

"Hoy no saliste al portal—cuando a caballo pasé—guajira: no sé por qué—te estás portando muy mal...—En el verde platanal—hoy vi una sombra correr:—mucho tendrá que temer—quien te me quiera robar—que ya yo tengo un altar—para hacerte mi mujer".

Y la nota íntima, lograda sobriamente con un feliz toque de lo popular, acentúa el carácter hondamente nacional del gran poema, que, en su espíritu, es de épica majestad.

El poeta mismo en otra composición que es también imprescindible en toda selección de los grandes momentos de la poesía de nuestra lengua, nos ha dicho con las palabras justas, de acentuado valor introspectivo, cómo ha evolucionado su poesía, cómo su camino ha ido de la exuberancia a la contención, del acento impetuoso a la serenidad resplandeciente. Vedlo así, en **Ex-libris**:

"¿Y mi grito de ayer? Le puse al piano — una sordina espiritual...—¡Qué vida interior profunda la de estos versos! ¿No se presiente que el autor ha encontrado el camino de la propia liberación?

...También he dicho—que soy en mí como es en sí la sombra:—causa de luz y efecto de sí misma.—Ved como siendo sombra, soy aurora!"

Testimonios de otra índole, páginas críticas que son verdaderas confidencias, nos acercarán a un nuevo aspecto de la intimidad de Agustín Acosta. Hemos de verlo en un último artículo.

Am, die 1/1/74



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

HECHOS Y COMENTARIOS

La intimidad literaria de Agustín Acosta

Por JOSE MARIA CHACON Y CALVO

III

QUIERO ofreceros, amigos, otros testimonios de la intimidad literaria de nuestro poeta que no tengan como medio de expresión el verso. Quiero hablaros de una confidencia suya, que nos acerca a ese momento de la interna elaboración de su poesía. Fué hace ya más de un lustro. Quizá hayan transcurrido dos. Agustín Acosta estaba tranquilo junto al mar. La "voz persuasiva y querida", como generosamente para mí nos refiere en un comentario inédito aún, le llegó de muy lejos. "No hay excusa posible", dijo. En el Ateneo — el Ateneo de La Habana, que ve en el de Matanzas a un hermano mayor, pues le precedió en su fundación cerca de veinte años— la noche del día once". Y la voz triunfó sin lucha, honrado es declararlo.

Debía leernos sus nuevos versos, sus últimos versos, y debía preceder a la lectura unos breves comentarios sobre los mismos. Y, ¿qué nos dijo el gran poeta en esta coyuntura? Simplemente voy a recoger un fragmento de la introducción a su lectura y después el comentario sutil de la primera de las composiciones que recitó en esa gran noche de poesía y de amistad. Para que sus palabras agudas, certeras, luminosas, tengan un ejemplo más convincente transcribiré también un pasaje de esos versos, que son característicos del momento teosófico de la poesía de Agustín Acosta, una teosofía que no pudo hacernos perder la esperanza de que la pura luz de Cristo ilumine el alma del poeta:

"Canciones de anteayer serán las que escucharéis en la noche de hoy. Porque si algo soy, si algo represento, si es cierto que en algo me estimáis, lo debo sin duda a mis canciones de anteayer.

Mi selva está intacta. Si ya no hay en ella maderas preciosas, asegurad que no fueron quemadas por mi propia voluntad, sino por la chispa desconocida que origina en las selvas incendios inevitables.

Fieras no hubo nunca en esa selva, o dormían un sueño de siglos. Avcs sí. Las serpientes que

reptan y suben a los árboles más corpulentos y sombrosos, ricas en ponzoñas y en viscosidades, son desconocidas en mi selva. Pájaros que no existen cantan allí canciones que sólo yo escucho. Y no sería locura afirmar que las hadas, y los gnomos y los silfos, y otros espíritus de la Naturaleza danzan bajo las ramas intrincadas una desconcertante gavota".

Y el poema lo explica así:

"Era en una noche de otoño, y yo estaba en un parque, en un parque inmenso de un pueblo matancero. Había luna en el cielo. Cuando uno se encuentre solo en un parque, en las horas de la medianoche, no debe acobardarse: la luna le hará compañía. Jamás, cuando no hay luna, se encuentra uno en un parque en las horas más altas. Observadlo. Y es que un parque sin luna es mitad parque y mitad otra cosa cualquiera. Los parques de la ciudad están demasado cerca de la civilización, de los ruidos y de las luces. No tienen misterio. Los parques campesinos son un pedazo de campiña o de potrero que ha tomado por asalto el centro de la aldea. Bien. Aquella noche, por aquel parque donde yo me encontraba, pasó un perro, pasó un hombre, pasó un caballo. Los duendes no pasaron, porque los duendes son huéspedes permanentes de los parques aldeanos, y moran entre las ramas rumorosas. El caballo, —yo me debo a la verdad— se comía las rosas de los canteros. Y el alcalde del pueblo aquel, cuando leyó los versos que escucharéis, halló muy mal que yo hiciera, en una elegía de medianoche, una denuncia incorrecta.

He aquí el pasaje de "El misterio del parque":

"Vuelvo de pronto la cabeza, como—si alguien entre la sombra me mirase.—En vano pongo clavos a mis ojos—para rasgar la obscuridad; en balde—se van hacia las sombras mis pupilas;—nadie me mira entre las sombras, nadie. !—y alguien me está mirando entre la sombra. !—Yo sospecho que el parque quiere hablarme; y como el parque y yo somos amigos,—de cuando él era templo y yo era abate,—de cuando él era mar y yo era espuma,—de cuando él era viento y yo era ave,—nada tiene que ver que recor-

3

2

1000115

dando—al amigo de siempre, gozo halle—en decir a mi alma cómo pudo,—tras viento, templo y mar, ser ahora parque;—que yo le contaré cómo tras series—de evoluciones espirituales,—después de ser un ave soy poeta;—ave que canta para sí...

¿No estamos ya en la morada interior del poeta? ¿No vemos claramente que no hay en ella ni una mala pasión, ni un resentimiento, ni una sombra lejana siquiera ni de la soberbia, ni de la ira, ni mucho menos de la pequeña y ruin envidia? Por eso puede decirnos, y nos sentiremos traspasados del espíritu de la verdad: "Fieras no hubo nunca en esa selva, o dormían un sueño de siglos. Aves sí. Las serpientes que reptan y suben a los árboles más corpulentos y sombrosos, ricas en ponzoñas y en viscosidades, son desconocidas en mi selva".

Y después de descubrirnos su reino interior—en este comentario a una poesía de 1921, es decir, cuando estaba escribiendo Agustín Acosta su gran libro de intimidad idílica, en el que asistimos a los más genuinos hallazgos de la poesía de lo cotidiano, cuando iba un día y otro elaborando su "Hermanita", el ingenio, la donosura, o el tono simplemente festivo daban señales inequívocas de cómo pueden coincidir en el alto espíritu del poeta con los más puros impulsos de la poesía: "Y el Alcalde del pueblo aquel, cuando leyó los versos que escucharéis, halló muy mal que yo hiciera, en una elegía de medianoche, una denuncia incorrecta". Antes había escrito: "El caballo—yo me debo a la verdad—se comía las rosas de los canteros".

Han pasado varios lustros. Agustín Acosta, que ha estado en los comienzos del último verano enfermo, y que ha descrito los lancetas de su dolencia en una de sus cartas más ingeniosas, con un tono más festivo aún que el que le es habitual, anda ahora en una de sus empresas poéticas esenciales; su poema consagrado a Cristo, a su

Vida, a su Pasión y a su Muerte. En una de sus cartas acerca de su nuevo poema, que yo he sentido, he presentido pudiera decir mejor, en tantos momentos de su obra, me dice: "Afirmo que Cristo Es. Decir que **Fué** me parece una blasfemia". ¿No lo afirmamos así, un día y otro, cuando nos acercamos al misterio inefable de la Eucaristía?

En una de las poesías últimas tuyas, que su amistad fraternal me ha hecho conocer hace muy pocos días, en la titulada "Último camino", leo estos versos:

"Dadme un solo camino, yo ya no quiero otro,—Yo oculto mis hallazgos en la fe y el amor.—¿Gloria? ¿Poder? No quiero. Yo sólo anhelo uno:—el que me lleva a Dios".

¿Que el poema de Cristo —la vida de Jesús partiendo de los textos evangélicos— lleve al gran poeta, a nuestro poeta nacional, por excelencia, al camino anhelado, al que ha de acercarlo indefectiblemente a Aquel que dijo: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida!"

Man, de...

Agustín Acosta Poeta Nacional

El general y doctor Aristides Sosa de Quesada reunió ayer en su finca "Arisfael" a un grupo de amigos intelectuales: Agustín Acosta, Regino Pedroso, José Angel Buesa, Rafael Esténger, Andrés Núñez Olano, Arturo Doréste, Guillermo Villa-

ronda, Hugo Ania, Rafael E. Marrero, Pura del Prado, Miguel González, Alberto Baeza, Luis A. Casas, Ruben Arango, Surama Ferrer, Ada Martínez y nuestros compañeros Leandro García y Galo Herrero.

Detalles de la poética reunión: Carrilda Oliver no pudo asistir por padecer paperas. El acto fue acaparado por Agustín Acosta. Leyó sus últimas producciones durante toda la tarde, para proseguir al anocheecer con fragmentos de su poema "Jesús". Esos intermedios fueron consumidos por el diabólico humorista Luis Angel Casas y la formidable Pura del Prado, que asombró con sus recitaciones al severo Núñez Olano.

Los asistentes suscribieron un acta solicitando del Ejecutivo, que se proclamara poeta nacional al doctor Agustín Acosta. Por cierto que en el documento se hace referencia a los 25 años de vigencia del autor de "La Zafra". Es bueno recordar que Agustín obtuvo su primer laurel, con un poema publicado en "Ala", hace cuarenta años.

Pará, en 24/55



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA


TRAZOS

Por César García Pons

Agustín Acosta, poeta nacional

EL acuerdo de la Cámara de Representantes que concede a Agustín Acosta el título de Poeta Nacional no deja de tener gracia. No conocemos el texto de la moción que dió origen al homenaje, pero ya de por sí éste resulta peregrino. Si se hubiere resuelto honrarle por literato magnífico, cualquiera que fuere la forma de la honra ello estaría plenamente justificado. Lo que no se nos alcanza es que el mencionado cuerpo legislativo, nueva academia de letras, por lo que se ve, haya considerado pertinente otorgar la consagración y asignar un rango al bardo matancero. El chusco podría decirse que la categoría literaria más que de valores genuinos dependerá en el futuro de lo que opinen al respecto los congresistas y que, por lo mismo, ser buen o mal poeta será cuestión de votos en una asamblea congresional. El caso es, sin embargo, que en esta oportunidad el original diploma se corresponde con un criterio muy generalizado acerca de la significación del autor de "Ala", por lo que la resolución adoptada—pueden argüir sus propugnadores—no hace otra cosa que recoger un estado de opinión colectivo.

Agustín Acosta es un excelente poeta. Lo fué desde los primeros versos. Nació a la poesía dominando la forma y ascendió al más alto vuelo lírico insuflándole alientos muy personales. Por la lengua en que escribe es un poeta que no podrá desconocer nunca la historia de la literatura hispanoamericana, y por los temas que aborda, trasunto de una sensibilidad hecha a la emoción de la tierra y del paisaje natal, un poeta esencialmente cubano. "La Zafra" y cualquiera de sus décimas destilan zumo criollo como para fundar, sin más, la afirmación. Empero, no se ha de ver esto último como una de las características de su verso, sino como la esencial. Bien examinada su obra, ninguna otra alcanza relieve semejante. Y es que Agustín Acosta ha vivido y vive su patria a la manera de los grandes amadores, gustándola en su naturaleza, advirtiéndola en sus manifestaciones sociales, penetrándola en sus símbolos. De ahí, por otra parte, que su poesía resulte en mucho una resonancia de voces nuestras. No es, como en tanto, una elaboración literaria, sino una síntesis pura en el sentido de la autenticidad, de la le-

gitimidad. Cuando se habla de esencias cubanas en Agustín Acosta se está aludiendo a una realidad elocuentísima.

Es un poeta que ha durado y que se ha visto durar. Lo que equivale a que se ha sentido vigente, reactualizado a cada salida, dueño de poder envidiable. Es un poeta, además, sin altibajos. Su verso, sostenido en la misma jerarquía que conquistara tempranamente, se ha impuesto con idéntico valor en los extremos y a lo largo de un periodo que ignoran, por lo general, los ingenios favorecidos por las musas. Estas, siempre veleidosas, van y vienen, y no en todo momento obsequian la misma luz de belleza. Para Acosta las musas son fieles y nada egoístas. El bardo las atrae, las sujeta y las obliga en el seno de una intimidad de por sí saturada de armonías y de acordes.

Hay, en efecto, una subyugante musicalidad en Agustín Acosta. Empero, volvamos a la diferenciación anterior. No se trata de la música buscada, de la nota conseguida en fuerza de formas. Se trata de la música que arranca del hondón de su verso y lo llena y lo acaricia levemente, dulcemente. Poeta fuerte es, con todo. Poeta de remonto a su antojo; poeta que enlaza la poesía y la vida, para que una y otra en sus estrofas luzcan la maravillosa unidad en que cuaja el astro generoso, capaz de un mensaje natural, limpio como el discurrir de la fuente mansa.

Los críticos han señalado lugares a Acosta. Allá ellos. A la postre los movimientos literarios resultan más formales que de fondo, pues los poetas son los mismos en todas las épocas, y la aptitud que lo impulsa y en definitiva lo realiza es personal y eterna. Desde que leímos al hoy poeta nacional el verso era en él un avasallamiento de su mundo interior, y era bueno. A muchos años de distancia se nos renueva al encontrarlo la misma impresión. Quiere decir que en verdad y para nosotros al menos, su producción ha resistido cambios y mudanzas y el alto poeta se ha mantenido en pie.

Acosta quedará. Cuando ya nadie se acuerde de qué lo nombraron poeta nacional su verso estará vivo. Figura en el grupo exiguo de los bardos que ganan y aseguran el porvenir, la gloria póstuma. Lo cual ocurre tan sólo a los que como él imprimen una huella que no se borra.

CUBANO Y CRISTIANO

Por EMETERIO S. SANTOVENIA

(Colaboración exclusiva para INFORMACION)



Con motivo de haber sido declarado poeta nacional, por iniciativa que honra a la Cámara de Representantes de Cuba, Agustín Acosta ha dicho que él aspira a quedar como bardo cubano y cristiano. Por su raíz y alcance, esta expresión se halla a la altura de la determinación oficial que en una de las ramas del Congreso de la República ha querido hacer justicia al insigne autor de *La Zafra*. Agustín Acosta ha emitido una frase que tiene mucho que ver con las mejores esencias de su pueblo.

Cubano nació Agustín Acosta. Cristiano empezó a ser él en la cuna. Poeta se hizo en su adolescencia y se consagró en su madurez. Véase la admirable sencillez de este encadenamiento de sucesos. Ya por ajena voluntad, ya por propia inclinación, Agustín Acosta ha llegado a constituir un valor patrio y moral justamente por las dos altas condiciones humanas que el propio vate ha apuntado: por cubano y por cristiano.

Agustín Acosta ha arribado a la alta categoría de poeta nacional en medio de circunstancias honrosísimas para él. La primera de sus actividades sociales por orden cronológico fué la de telegrafista. Desempeñaba este oficio público cuando en la Universidad de la Habana cursó los estudios culminantes en el doctorado en Derecho. El abogado también fué notario en Jagüey Grande. La residencia en un pueblo apartado, en contacto con la tragedia económica constituida por el cultivo de la caña en épocas de ruinosos precios del azúcar, afinó el estro de donde salieron las agónicas estrofas de *La Zafra*. Todo aquello culminó en actividades revolucionarias y políticas, en medio de las cuales el poeta fué gobernador de Matanzas, secretario de la Presidencia y senador de la República. Siempre su voz y su conducta, a lo largo de faena tan varia, tuvieron tonos muy cubano y muy cristiano.

Los años no han producido desgaste en la juventud de Agustín Acosta. Su vitalidad poética se ha conservado intacta. Cuando hablo del vigor del bardo me refiero a su concepción del mundo moral del que se ha considerado habitante en todos los momentos de su vida. En él no ha habido declinaciones ni desvíos.

Durante cuatro años estuve cerca de Agustín Acosta en el Senado de Cuba. Una institución creada por iniciativa suya— la anual conmemoración del natalicio de Martí— me permitió ofrecer en el seno del alto cuerpo el fruto de uno de mis trabajos sobre las ideas políticas del apóstol de la independencia patria. En ocasión de haberse prometido al Senado la donación de la bandera de la estrella solitaria ondeada por Narciso López en Cárdenas y conservada por Manuel Sanguily y por su hijo, nutrí la idea de que fuese Agustín Acosta quien contase allí, en solemne sesión, las glorias de la enseña nacional. Desgraciadamente, este anhelo se malogró por la expiración del término de su dignidad senatoria. Nadie podía exaltar las hazañas consumadas bajo el pabellón tricolor con más inspiración ni más belleza que el laureado senador-poeta.

El bardo de la era independiente de Cuba conquistó una encumbrada posición intelectual en la Nación. Pero no ha sido éste el mérito mayor: el mérito mayor ha consistido en la conservación por él de la prominencia alcanzada. Al cabo de lustros y décadas su fama ha perdurado. Su perfil de egregio vocero de la Patria aparece junto a sus brillantes y rotundos versos.

La personalidad de Agustín Acosta es inseparable de los más felices sucesos cubanos. Su lira ha sonado de concierto con el gozo o el dolor del momento en que el vate la ha manejado. Así ha subido él hasta las cumbres de la Nación. De ésta es el poeta por excelencia en el siglo XX. Como gran poeta —poeta cubano y cristiano, en conformidad con su aspiración— queda para siempre. El jamás ha dejado de concebir sus versos teniendo presentes las realidades y los sueños y las amarguras y los júbilos exhibidos en torno a la mejor ventura de la Patria y a la mayor gloria de Dios.

Copy at 26/11/57

A los 43 años de publicar ALA, recibe Agustín Acosta el homenaje nacional de una reedición espontánea de ese libro

Es un hecho editorial sin precedentes en Cuba en vida del Autor. ALA tiene vigencia profética y modernista como si por sus hojas no hubiera pasado el polvo de 1/2 siglo

(Por Octavio de la Suarée)

Que un libro de versos logre en Cuba la segunda edición es ya un acontecimiento pero que la obtenga a los 43 años de la primera porque la atención pública intelectual lo tuvo presente para demandarla, es mucho más: es un fenómeno editorial que nos lleva a toda prisa a la vera del Poeta Nacional que lo ha provocado, del ilustre Agustín Acosta, autor de "Ala", obra que alcanza tan singular consagración entre nosotros.

—Fue ese su primer volumen de versos, Maestro? —indagamos tan pronto somos recibidos en su despacho de la calle 23, en el Vedado.

Agustín Acosta nos aclara que sí, aunque con anterioridad, había escrito rimas para llenar tres libros más.

—"Ala" apareció en 1915, editado por Jesús Montero, en tirada de un millar de ejemplares que fueron prontamente absorbidos por el público —agrega.

—Y tan absorbidos —comentamos—, que nunca hemos hallado uno en las librerías de viejo.

Nuestro interlocutor sonríe y nos relata los trabajos que tuvo que pasar cuando, para complacer ciertas solicitudes del extranjero, debió procurarse alguno de trasmano.

—A diez pesos ejemplar debí pagarlo —advierde.

—Quedó satisfecho con la crítica que se le hizo entonces a "Ala", doctor?

—Muy satisfecho. Con decirle que hasta el eternamente discrepante, mordaz y despiadado "Fray Candil" fue generoso y comprensivo conmigo!

Inquirimos a la sazón si la reedición actual del libro, debida a una certera resolución de la ONBAP, se ha hecho con estricta sujeción al original.

—Sí, nos informa Acosta. Inclusive he conservado las dedicatorias personales de entonces.

—Precisamente ese detalle es el único que le imparte tiempo y lejania a "Ala", apuntamos, porque cuando uno evoca quienes fueron Joaquín V. Cataneo, Carlos Prats, José G. Villa, Félix Callejas y Federico Uhrbach, se percata de que el libro tiene casi medio siglo. Pero por el fondo y por la forma, "Ala" hace gala de una extraordinaria vigencia, de una precisa actualidad.

El rostro del Poeta Nacional se anima al escucharnos y a continuación... el entrevistado se convierte en entrevistador.

—Quiero usted decirme en qué se basa para opinar así, La Suarée? —nos pregunta.

—Pues en los temas y en el estilo —ripiesto. El verdadero verso es intuición y es acento

real. Por eso, en cuanto a lo primero, Víctor Hugo decía que poeta y profeta eran sinónimos. Pasma comprobar cómo, desde 1915, usted previó, entre otros, en su formidable poema "Sursum Corda", las querellas civiles que han venido separando a los cubanos en 1917, en 1933 y ahora. Recuerda, Maestro, aquella estrofa que dice: "Qué fatalismo infausto nos combate y asedia? Por qué sobre la Patria hay brumas de tragedia?— Qué viento de discordia, qué negro torbellino— entenebrece el blanco silencio del camino?— Qué obcecación, qué ciega temeridad convierte— la visión de la Patria en fantasma de muerte?— Dijérase que hastiados con su propio dominio— encendemos la hoguera para nuestro exterminio?".

Agustín Acosta sonríe y afirma que, en "Los Camellos Distantes", aparece una poesía, "Biblica", escrita en 1931 y que adivina lo que pasaría en Cuba dos años después...

—Por lo que hace al acento real de su verso, Maestro —continúo exponiendo a petición suya—, debo decirle que el modernismo de su escuela poética es el del bueno, del auténtico, del que no pasa jamás, porque es ánfora y esencia y no sólo ánfora como en otros. Como soy francófilo, atribuyo buena parte de esa permanente novedad a la influencia gala... Usted escribió "Ala" antes o después de ir a París?

El ilustre Autor nos sorprende al informarnos que nunca había ido a Francia.

—Pues como poeta usted es francés y parisién por los cuatro costados...

—Que conste, nos ataja, que fue mucho después de 1915 que aprendí un poco de francés para entender y traducir a sus poetas como Verlaine, Beaudelaire y otros.

Yo reflexiono sobre lo que escucho y caigo en cuenta de la sencilla y humanísima virtud que ha hecho la gloria de Agustín Acosta: la sinceridad. Porque él ha confundido de tal manera su conducta y su verso que cuando manifiesta una verdad —como v. g. la de no haber ido jamás a París—, enseguida uno puede encontrar la versión en su verso. ¿Acaso la explicación de esa inactividad viajera no se halla en su canto intitulado "Farewell", donde dice: "Nada de otras autoras, nada de otros ponientes. Crucen otros los mares, Cuba que yo me vinculo a tu entraña"?

6110001

HEREDIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

A

1860120



...el Poeta Nacional charla con nuestro compañero La Suarés acerca de la reedición que la ONBAP acaba de hacer de su famoso libro de versos "Ala". (Foto Tirso Martínez).

Agustín Suarés



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

0000121



Candelaria Acosta, más conocida por Cambula confeccionó la bandera que enarboló Carlos M. de Céspedes en "La Demajagua".



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

positi- VOS

V
José Manuel
Acosta y Bello

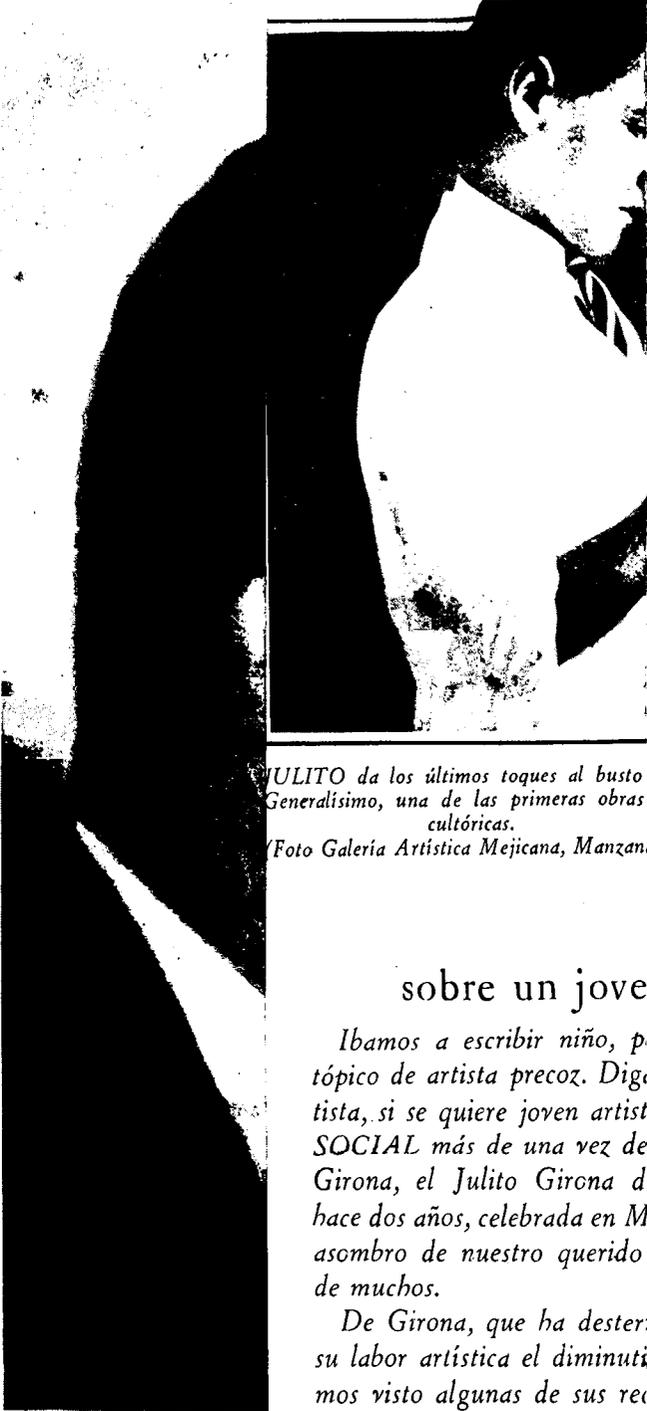
FICHA DE IDENTIFICACION

NOMBRE: José Manuel Acosta y Bello.
LUGAR DE NACIMIENTO: Matanzas.
RAZA: Blanca.
EDAD: 35 años.
ESTADO: Casado.
PROFESION: Pintor moderno.

EMPLEOS QUE HA DESEMPEÑADO: Hermano del poeta A. en un colegio de curas, meritorio de una casa de comercio "old style", casado, miembro del A. A. Club de Cuba, inspector de "bars", colección y cortinas.

RESULTADO DE SUS LABORES: 4 portadas maravillosas, pa. por año de vida) para futuros cuadros, 35 ilustraciones para poemas amigo el "fichista", una multitud (sic) de originales de cuanto pintor en su oportunidad puede adquirir valor fiduciario,—una mente rápida de su profesión, que lo capacita para los más altos empeños. ¡Ah! y de los poquísimos que tuvieron oportunidad de admirarlos y disfrutarlos

LO QUE HA VISTO LA LENTE DE WARNER Y AGÜEi forma de dirigible modernísimo descansa entre los finos labios voluntar posee. Se siente que si el dueño quisiera, ese mentón adelantaría hasta a criollo vibrátil. Unos ojos que no bastan a cubrir por completo el mod puente para que la visión que recojan los lentes de los ojos llegue en el y los músculos a la mano ágil que ha de reproducirla para la posteridad cara a cara, frente a frente.



JULITO da los últimos toques al busto Generalísimo, una de las primeras obras cultóricas.

Foto Galería Artística Mejicana, Manzan.

sobre un jove

Ibamos a escribir niño, p tópicos de artista precoz. Diga tista, si se quiere joven artist SOCIAL más de una vez de Girona, el Julito Girona d hace dos años, celebrada en M asombro de nuestro querido de muchos.

De Girona, que ha destier su labor artística el diminuti mos visto algunas de sus ree ya sólo las caricaturas de aq intención. Es el dibujo, de i tes, claro, pero lleno de su, decir de insinuación misterio cultórico.

Julio Girona no ha cump Se ha formado sin maestro de Manzanillo, uno de los donde hay más inquietud p ritu. ¿Hasta cuándo seguirá su labor artística, contando pura ansia de belleza y el esti amigos, pero desasistido de tu He aquí uno de esos casos r pudiera ejercitarse el mecen. Girona debe ser becado. Be damos esta noble iniciativa ejemplar gobernador de Ori JOSE M^o CHA

Feb 1930

positi- VOS

V
José Manuel
Acosta y Bello



FICHA DE IDENTIFICACION

NOMBRE: José Manuel Acosta y Bello.
LUGAR DE NACIMIENTO: Matanzas.
RAZA: Blanca.
EDAD: 35 años.
ESTADO: Casado.
PROFESION: Pintor moderno.

EMPLEOS QUE HA DESEMPEÑADO: Hermano del poeta Agustín, de los mismos apellidos, amigo de Tallet, estudiante de primeras letras en un colegio de curas, meritorio de una casa de comercio "old style", comisionista, tenedor de libros, agente de ventas de automóviles, accionista fracasado, miembro del A. A. Club de Cuba, inspector de "bars", coleccionista de "copetines" y de sensaciones, amigo del "fichista", pintor de toldos y cortinas.

RESULTADO DE SUS LABORES: 4 portadas maravillosas, para libros no tan maravillosos, "exceptio-exceptionibus", 35 "sketchs" (a "sketch" por año de vida) para futuros cuadros, 35 ilustraciones para poemas originales de su hermano y de su amigo Tallet, y para un libro de su otro amigo el "fichista", una multitud (sic) de originales de cuanto pintor o dibujante de mérito nos han visitado en los últimos tiempos—colección que en su oportunidad puede adquirir valor fiduciario,—una mente rápida en la concepción y ejecución de ideas, un manejo absoluto de la técnica de su profesión, que lo capacita para los más altos empeños. ¡Ah! y unos "frescos", desgraciadamente desaparecidos, que viven sólo en el recuerdo de los poquísimos que tuvieron oportunidad de admirarlos y disfrutarlos. Y una ciática física de la que espera curarse en climas fríos.

LO QUE HA VISTO LA LENTE DE WARNER Y AGÜERO.—Una mano habilísima y elegante hasta para sostener el tabaco que en forma de dirigible modernísimo descansa entre los finos labios voluntariamente cerrados. Un mentón desvaído por el propio esfuerzo de quien lo posee. Se siente que si el dueño quisiera, ese mentón adelantaría hasta adquirir cualidades prognáticas. Un bigotico actualista. Una nariz fina de criollo vibrátil. Unos ojos que no bastan a cubrir por completo el modernísimo sostén de los modernísimos lentes—que más bien sirve sólo de ágil puente para que la visión que recojan los lentes de los ojos llegue en el acto al cerebro bien construído y de allí vaya por los caminos de los nervios y los músculos a la mano ágil que ha de reproducirla para la posteridad, que se presenta delante y que el artista no duda en mirar, como en la "pose", cara a cara, frente a frente.

José Antonio FERNÁNDEZ DE CASTRO.

DE LA HABANA

Feb 1930

IGNACIO MARIA DE ACOSTA

(IÑIGO)

JUN 0123

POR haber residido casi siempre en Matanzas, muchos tienen á Ignacio María de Acosta por matancero, no siendo así, pues nació en esta capital el 2 de Octubre de 1814. A los siete años pasó con su familia á la ciudad de los dos ríos, siendo su padre su primer profesor. Con él cursó toda la primera enseñanza y muy completa por cierto, viniendo á los doce años á la Habana para seguir estudios mayores.

Ingresó entonces en el colegio que dirigía el reputado profesor peninsular, presbítero ra, pasando después de provechoso curso al Seminario de San Carlos donde estudió latín y filosofía con el Lcdo. don Javier de la Cruz. Desde entonces puede decirse que se dirigen sus aptitudes á la carrera literaria familiarizándose con los clásicos y cultivando, aunque privadamente, la poesía.

A su vuelta á Matanzas en 1833, fué redactor de *La Aurora*, y de *El Yumuri*, que luego se fusionaron conservando ambos nombres, y escribió en *La Guirnalda* de Miguel Teurbe Tolón en 1842. En la Habana colaboraba en *El Artista*, la *Revista de la Habana* y *Flores del Siglo*.

En 1845 publicó su primera colección de poesías con el título *Delirios del corazón*, lo que le afirmó una reputación de poeta. En 1846 fué con Emilio Blancheat uno de los editores del libro *Aguinaldo de Luisa Molina*, con cuya obra se sacó de la oscuridad en que vivía

á uno de los talentos naturales de más mérito que ha producido Cuba, y algo más tarde dió á luz su *Romancero histórico geográfico de la Isla y de Cuba*, obra escrita para los niños, que se distingue por su correcta versificación y de que damos una muestra en la composición *A Cuba*, al final de ésta que no puede ser más que una silueta biográfica, pues de Ignacio María de Acosta hay muy poco escrito en tal sentido.

Acosta fué generalmente reconocido como poeta de sentimiento, de filosofía y de fácil y robusta versificación, siendo muy solicitada su colaboración por todas las publicaciones de su época. Su dicción es muy pura y su estilo muy elegante. Su *Romancero histórico geográfico* fué declarado texto forzoso para las escuelas públicas de la Isla.

Se dedicó algún tiempo á la enseñanza, desempeñando clases superiores en el Colegio del Presbítero don Manuel F. García, en *El siglo XIX*, en el *San Carlos* y en el *Colegio Matancero* de que había sido, con su hermano, uno de los fundadores.

Fué después inspector de instrucción primaria en la ciudad de Matanzas y vocal del tribunal de oposiciones. La mayor parte

de sus composiciones están firmadas con el seudónimo de *Iñigo*.

Carecemos de datos acerca de la fecha en que murió este poeta, que figura con muchos títulos entre los poetas clásicos de Cuba.

CUBA

(De IGNACIO MARIA DE ACOSTA)

¡Quién nõ te ama, Cuba hermosa,
tierra virgen inocente...!
¿Quién al brillo refulgente
no se inspira de tu sol...?
A la blanca transparencia
de tu cielo siempre hermoso,
de tu aspecto delicioso
¿quién no dice:—soy cantor?

Si en las tardes silenciosas
busco al pie de tus palmares
dulce alivio á los pesares
que contristan mi razón,
como bálsamo divino
tu belleza, Cuba mía,
mi letal melancolía
la convierte en ilusión.

El perfume de tus flores
raras, bellas y sin nombre,
que tal vez desprecia el hombre
porque ignora su valor,

en el alma que contempla
tu pureza primitiva,
dulce Cuba, ¡cuánto aviva
la ternura de mi amor!

A la sombra deliciosa
de tus selvas solitarias
en tristísimas plegarias
he pintado mi aflicción.
Allí el bien que el alma adora
sorprendente y misterioso,
más divino, más radioso,
se ha mostrado á mi ilusión.

Allí he visto su semblante
como el alba cuando asoma,
y sus ojos de paloma
y sus labios de carmín.
Allí he visto su albo seno
palpitando de ternura,
y he mirado mi ventura
que tocaba ya á su fin.

¡Ilusiones de lá mente
brillantes cual nuestro cielo!
¡oh! nunca rasguéis el velo
que cubre la realidad!
Permitid que en vuestros sueños
se columpie el alma mía...
¡Es tan bella poesía
la ilusión á mi ansiedad!

Solitario en mi retiro
de ellas sólo me alimento:
con mi hermoso pensamiento
entretengo mi dolor.
En la flor de tus praderas,
en tu brisa perfumada,
miro, Cuba, á mi adorada
bajo un prisma seductor.

Y por eso mis quimeras
al poder de tus encantos,
son de amor mis dulces cantos
y mis sueños de placer.

Porque en medio de tus palmas,
de tus cañas y tus flores,
miro, Cuba, los amores
á los pies de una mujer.

Tierra virgen, tierra hermosa,
no me quites mis delirios
inocentes cual tus lirios,
extasiantes cual tu sol;
tú me anuncias con tu encanto
todo el bien que el alma ansía,
como el alba anuncia el día
en su manto de arbol.

Que en tus brisas, en tus florés,
en tu cielo, en tus palmares,
en tus bosques seculares
y tu clima abrasador,
ven mis ojos, Cuba mía,
bajo un velo transparente,
la mujer que ornó mi frente
con los mirtos del amor.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

3000125

M  *marzo 22/56*

E. V. D.
EL DOCTOR

ANGEL ACOSTA BETANCOURT
HA FALLECIDO

Dispuesto su entierro para hoy jueves, a las 4 P. M., los que suscriben, viuda, hijas, hermana, sobrinos y cuñados, en su nombre y en el de los demás familiares, ruegan a las personas de su amistad se sirvan concurrir a la Funeraria Rivero, sita en Calzada y K, Vedado, para desde allí acompañar el ca dáver hasta el Cementerio de Colón, favor que agradecerán.

La Habana, 22 de marzo de 1956.

Ernestina Esnaola viuda de Acosta Betancourt; Maria de los Angeles Acosta Esnaola; Aida Acosta Garcia; Elena Acosta Betancourt; Carmelina, Georgina, Josefina, Hilda y Jesús Treviño Acosta; Venancio, Carlos y Josefina Esnaola Vera; Dr. Eugenio Tamayo.

RIVERO — casa funeraria —

Calzada y K, Vedado Telefonos F-3724 · FO-2292 · FO-2107

INSTITUCION MARTIANA DE ESTUDIOS SUPERIORES
UNIVERSIDAD NACIONAL JOSE MARTI



E. P. D.
EL DOCTOR

ANGEL ACOSTA BETANCOURT
NUESTRO VICEPRESIDENTE
HA FALLECIDO

Dispuesto su entierro para hoy jueves, a las 4 P. M. los que suscriben, ruegan a las personas de su amistad se sirvan concurrir a la Funeraria Rivero, sita en Calzada y K, en el Vedado, para desde allí acompañar el cadáver hasta el Cementerio de Colón, favor que agradecerán.

La Habana, 22 de marzo de 1956.

DR. JOSE T. ONATE GOMEZ, Presidente.
DR. FRANCISCO I. GOMEZ HERNANDEZ, Secretario.

M, marzo 22/56

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

1000126

COLEGIO NACIONAL DE ARQUITECTOS
COMITE EJECUTIVO NACIONAL



E. P. D.
EL ARQUITECTO

9/4
avis - 9 - 1961

Silvio Acosta y Pérez-Castañeda

DIRECTOR DE LA REVISTA ARQUITECTURA
HA FALLECIDO

Dispuesto su entierro para hoy domingo, a las 9 A. M., los que suscriben en su nombre y en el de los demás compañeros, ruegan a las personas de su amistad se sirvan concurrir a la Funeraria Caballero, Aparta-
mento F, sita en 23 y M. Vedado, para desde allí acompañar su cadáver al Cementerio de Colón, favor que agradecerán.

La Habana, 9 de Abril de 1961.

Arq. Raúl Macías Franco,
PRESIDENTE.

Arq. Vicente A. de Castro,
SECRETARIO.

1000127

COLEGIO NACIONAL DE ARQUITECTOS
COLEGIO PROVINCIAL DE ARQUITECTOS DE LA HABANA

M.
abril - 9 - 1961.



E. P. D.
EL ARQUITECTO

Silvio Acosta y Pérez-Castañeda

EX PRESIDENTE DE ESTE COLEGIO
HA FALLECIDO

Dispuesto su entierro para hoy domingo, a las 9 A. M., los que suscriben en su nombre y en el de los demás compañeros, ruegan a las personas de su amistad se sirvan concurrir a la Funeraria Caballero, Aparta-
mento F, sita en 23 y M, Vedado, para desde allí acompañar su cadáver al Cementerio de Colón, favor que
agradecerán.

La Habana, 9 de Abril de 1961.

Arg. Augusto Pérez Beato,
PRESIDENTE.

Arg. Arquímedes Poveda,
SECRETARIO.

M.
abril - 9 - 1961.


E. P. D.
EL ARQUITECTO

Silvio Acosta y Pérez-Castañeda

HA FALLECIDO

Después de haber recibido los Santos Sacramentos y la Bendición Papal

Dispuesto su entierro para hoy domingo día 9, a las 9:00 A. M., los que suscriben, viuda, hija, nietos, hermanos, hermanos políticos en su nombre y en el de los demás familiares ruegan a las personas de su amistad se sirvan concurrir a la Funeraria Caballero, Apartamento "F", en 23 y M. Vedado para desde allí acompañar el cadáver hasta el cementerio "Cristóbal Colón", favor que agradecerán.

Habana, 9 de Abril de 1961.

Loló Camino viuda de Acosta; Magali Acosta Camino; Liano y Roberto Armand y Acosta; Alicia, Gloria, Blanca y Eduardo Acosta y Pérez-Castañeda; Miguel Carcas y González; Blanca de Céspedes de Acosta; Dr. Rubén Rodríguez Gavalda; Migdalia Alomá Sabas; María Josefa Mendoza viuda de García; Dres. Virgilio Beato Núñez; Vicente Banet Pina; Eduardo Acosta de Céspedes; Rvdo. Padre Villaverde.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

1000129

JUNTA NACIONAL DE ARQUEOLOGIA Y
ETNOLOGIA



E. P. D.
El Arquitecto

Silvio Acosta y Pérez-Castañeda

Ex Presidente y Presidente de la Sección de
Arqueología Colonial.
HA FALLECIDO

Los que suscriben, en nombre de dicha Junta, ruegan
a todos sus miembros y personas de su amistad, concu-
rran al acto del sepelio que se verificará hoy domingo
9 de abril, a las 9:00 a.m., partiendo la fúnebre comitiva,
desde la Funeraria Caballero, en la calle 23 y M. Vedado,
hasta la Necrópolis de Colón, lo que mucho agradecerán.
La Habana, 9 de Abril de 1961.

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING,
Presidente p.s.r.
DR. ANGEL SEAREZ ROCABRUNA,
Secretario.

M. abril - 9 - 1961

Fabián Aenlle

UN día como hoy —20 de enero— de 1825, nació en Jibacoa, barrio del Término Municipal de Santa Cruz del Norte en el Partido Judicial de Jaruco, provincia de La Habana, Joaquín Fabián de Aenlle.

Comenzó sus estudios en la ciudad de Matanzas, y los siguió después en La Habana, hasta obtener en 1847 el título de Licenciado en Farmacia y un año después el doctorado. El mismo año en que se graduó de doctor, entró a formar parte del profesorado de la Facultad, como profesor supernumerario.

Al mismo tiempo que progresaba en los estudios de química, su gran actividad lo hizo desempeñar airoosamente diversos cargos, como el de bibliotecario de la Real Universidad, en 1859, Juez Real de los exámenes de la Facultad de Farmacia, en 1860; Inspector del Instituto de Investigaciones Químicas, en 1861, Vocal de la Inspección de Estudios, en 1862; Profesor de Química Inorgánica de la Facultad de Farmacia, en 1863; y Decano de la Facultad de Farmacia, en 1865.

Fue elegido Académico fundador de la Academia de Ciencias Físicas, Médicas y Naturales de La Habana, el 14 de abril de 1861, desempeñando en la misma el cargo de Tesorero desde esa fecha hasta 1869.

Figuró además, entre los miembros de la Sociedad Económica de Amigos del País, de la cual fue Vicecensor por dos años, y del Liceo Artístico y Literario de La Habana, en el cual se le encomendó la Presidencia de la Sección de Ciencias.

Entre los trabajos científicos de Aenlle se destacan sus informes sobre las aguas de San Diego y del Acueducto de Albear; fundó en 1866 con Valdés Aguirre, el semanario de farmacia y ciencias naturales *La Emulación*; y este mismo año publicó sus *Apuntes para el estudio de las aguas minero-medicinales de la Isla de Cuba y relación de todos los análisis que de las mismas se han practicado hasta la fecha*. Su última preocupación intelectual fue el estudio del empleo del ácido sulfúrico en la elaboración del azúcar de caña.

Murió en La Habana, el 10. de agosto de 1869.

MEDICOS EN LA GUERRA DE LOS DIEZ AÑOS

Coronel Eduardo Agramonte y Piña

EDUARDO Agramonte fue uno de los guías de la gesta del 68 en la provincia de Camagüey. Participante muy activo de las conspiraciones que precedieron al levantamiento en armas del 10 de octubre de 1868, el médico Agramonte, en unión de su primo hermano Ignacio, el Bayardo de la Revolución Cubana, se levantó contra el poder colonial junto a un centenar de patriotas, el 4 de noviembre de 1868 en el Paso de las Clavellinas, a unas tres leguas de la ciudad de Camagüey.

Eduardo Agramonte, al lado de Ignacio y de Salvador Cisneros, constituyó el Comité Revolucionario de Camagüey, que tomó como primer acuerdo subordinar el poder militar al civil, teniendo éste a su vez como límite de su autoridad los derechos imprescriptibles del pueblo.

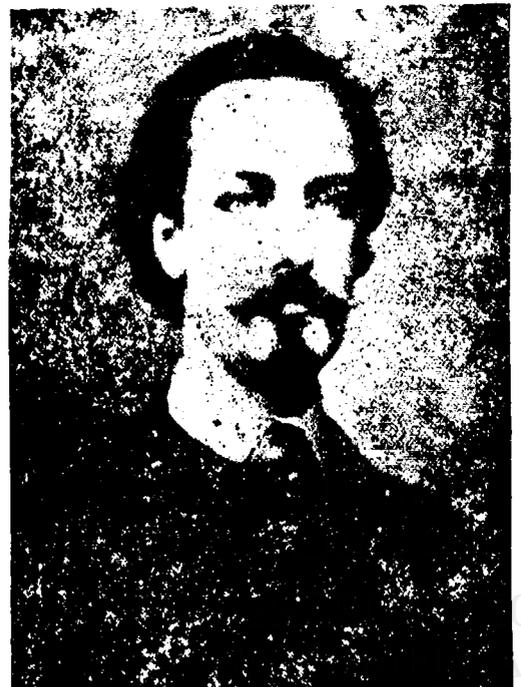
Eficiente como ejecutivo, siguió formando parte del Comité Revolucionario que el 26 de febrero de 1869, en la reunión pública de Sibanicú, tomó el nombre de Asamblea de Representantes del Centro, ampliándose el grupo con el prestigioso patriota Francisco Sánchez y con Antonio Zambrana, el elocuente orador habanero, entre otros.

Conocedor profundo de la música, el doctor Agramonte compuso varios toques militares de corneta, entre los cuales se encontraba el vibrante de "A Degüello".

La firma de Eduardo aparece, junto a la de Ignacio y de otros líderes, en el decreto de extinción de la esclavitud, con fecha del propio día de la reunión de Sibanicú. También suscribió los decretos relativos a la Organización Civil y la Administración Judicial. Ocupó la Secretaría del Interior en el primer gobierno de la República en Armas.

Médico y combatiente, resultó herido en el combate de Nonilla.

El 8 de marzo de 1872, en momentos en que auxiliaba a un oficial herido en la acción de San José del Chorrillo que se desarrollaba, cayó herido de muerte. Tenía 31 años.



Agramonte 54

Un día como hoy —31 de diciembre— de 1918, murió en La Habana, Emilio Agramonte.

Nació en Camagüey, Cuba, en el año de 1844.

Comenzó su educación en su ciudad natal, pasando después a España, donde se graduó de Licenciado en Derecho en 1865.

En España siguió, paralelos a los de Derecho, los estudios de música, los cuales continuó en Italia y Francia.

Se estableció después en Nueva York, como Director del Club Musical de las ocho, al mismo tiempo que dirigía coros, orquestas, ofrecía conferencias, et

Dirigió además la Gounod Society, durante 15 años, fundó en 1893, una Escuela de Opera y teatro.

Desde todos esos cargos cooperó, como casi todos los cubanos emigrados a la causa cubana de la independencia.

Regresó a Cuba, cargado de triunfo y de años. Fue entonces el to académico de la Academia Nacional de Artes y Letras; colaboró en las labores de la Escuela Municipal de Música; y murió en La Habana, el 31 de diciembre de 1918.

LA MUERTE DE UNA :: ILUSTRE DAMA ::

EPISODIO DE UNA VIDA CONSAGRADA AL AMOR DE LA PATRIA

La Señora Concepción Agramonte Vda. de Sánchez

A edad muy avanzada, cerca de 88 años, falleció ayer, en esta capital, una ilustre matrona de Camagüey: la señora doña Concepción Agramonte de Sánchez, que deja enlazado su recuerdo a la historia de nuestra gloriosa contienda separatista. Concha Agramonte, como cariñosamente la llamaban sus compatriotas, pertenecía, como sus apellidos lo pregonan a una familia que ha dado nombres insignes a la causa de la independencia de Cuba; y representaba, ella misma, por su propio mérito y por sus propias acciones, el espíritu de sacrificio y la irrevocable decisión de sus conterráneos. Era además, una de las figuras centrales de la sociedad camagüeyana en épocas de esplendor. Ejerció siempre una extraordinaria atracción personal; y fué por todos respetada y amada, desde el más opulento hasta el más humilde.

La muerte de Concha Agramonte remueve en el corazón y en la mente de cuantos la quisieron, la conocieron y la admiraron, interesantes memorias de tiempos ya muy lejanos; su vida, testimonio feliz de antiguas e inmortales virtudes, que cosecharon las hazañas a que debemos la patria y la libertad, tal parece que cierra al extinguirse un pasado ilustre que se sumerge en el juicio de la posteridad; y profundamente emocionados ante su fétetro, cubierto de flores y lágrimas, no resistimos al deseo de bosquejar, siquiera a grandes rasgos, el altísimo ejemplo de su noble existencia.

Una reciente biografía nos la presenta, en su juventud, bella, inteligente, amable y bondadosa. "No había fiesta en Camagüey—dice—en la que Concha Agramonte no figurara como estrella de primera magnitud. Aún recuerdan sus compatriotas, de hace tres cuartos de siglo, los festejos que en el puerto de Nuevitas celebráronse con ocasión de haber arribado una escuadra extranjera, festejos en los cuales hizo ella derroche de gentileza. Los marinos extranjeros, sugestionados por su gracia y su belleza, la coronaron con una diadema de monedas de oro, proclamándola reina de la fiesta."

Germinaba por entonces en el alma cubana el anhelo nacionalista; los próceres, que ahora veneramos, propagaban su ideal entre la dispuesta juventud; y los primeros mártires señalaban el áspero y ensangrentado camino de la revolución. Las diferencias que apartaban al nativo del peninsular, se ahondaban en el ambiente de tragedia. Y los iniciadores, inexpertos en la empresa, debieron ser las víctimas que inflama-

ron a los futuros e indómitos patriotas. Así, Joaquín de Agüero y sus acompañantes, prisioneros de la tropa que los vence y los persigue, sucumben a la cólera de sus jueces militares, y la sociedad camagüeyana, erguida frente al dominador, no disimula su inconsolable pesadumbre. "Concha Agramonte—cuentan las crónicas de entonces—al igual de otras jóvenes, cortóse la hermosa cabellera, y enlutó su hogar con negros crespones, a despecho de las órdenes y mandatos de la autoridad que pretendía apagar, con la represión y la fuerza, el sentimiento de los patriotas." A su vez, los camagüeyanos plantaron cuatro hermosas palmeras en la Plaza de Armas, que, sin enterarse el Gobierno de la colonia, de su oculta significación, conmemoraban el sacrificio de Agüero y sus tres fieles legionarios.

El momento es único. La idea separatista ha cundido prodigiosamente en la conciencia de las altas clases; y la chispa revolucionaria irá prendiendo hasta la hora del incendio. Transcurren diez y seis años de agonía; fracasan, con la célebre Junta de Información, los intentos de justicia con España; y el 10 de Octubre de 1868 resuena, en toda la isla, el clarín de guerra de La Demajagua. Concha Agramonte, que, en 1852, había unido su suerte a un dignísimo caballero camagüeyano también, don Francisco Sánchez y Betancourt, siguió a su esposo el campo insurrecto, llevando a sus nueve hijos, casi todos pequeños, uno de los cuales, Juan de la Cruz, soldado de la República a los quince años, murió en 1873 a consecuencia de las heridas que recibiera en un terrible combate.

Con ocasión del fallecimiento de don Pancho Sánchez, en 1894, la brillante pluma de Manuel Sanguily escribió un afortunado capítulo que avalora sus exquisitas "Hojas Literarias", en el cual nos lo pinta como "uno de los camagüeyanos más conspicuos y justamente populares, hombre de la antigua cepa criolla, acomodado de posición social, bondadoso de carácter, firme de propósitos, sereno en las tribulaciones, tranquilo en el peligro, resignado en la desventura, siempre afable, hospitalario y viril." Más adelante agrega: "Fué él uno de los primeros que aceptaron la lucha muy en sus principios. Con resolución estoica, se situó con todos los suyos, su esposa que parecía y ha sido siempre la mujer admirable y buena, fúlgida y risueña como un astro del cielo, y sus hijos, infortunados pequeños, que a su alrededor, formando un grupo heroico, hendían la tempestad con sus risas an-

gélicas y apenas si sabían que el rayo vibraba sin cesar sobre sus cabezas indefensas. Pronto prestó utilísimos servicios aquel patriarca, a pesar de sus achaques y cuidados domésticos. Desempeñó permanentemente el cargo de Director de Hacienda de Camagüey, y, luego, el voto de sus compatriotas sublevados le hizo sentar con cuatro compañeros ilustres en la Asamblea de Representantes del centro, cuyo primer acto de trascendencia fué el decreto de febrero de 1869, que declaró abolida la esclavitud en el territorio camagüeyano." Dos meses después, tomaba parte muy principal en la Constituyente de Guáimaro, donde se estableció con su familia. Era singularmente interesante escuchar de labios de la señora Agramonte sus recuerdos de aquella jornada. En su casa se preparaban, entre sorbo y sorbo de café, los artículos que comprendió aquella constitución que culminó en los principios más fundamentales de la democracia; su vida se deslizaba entre tertulias y paseos, y para el confort doméstico, aún conservaba su coche, sus ajuares de ropa y la vajilla, que la rodeaban de cierto bienestar. "Según le hemos oído relatar muchas veces—añade su biografía—uno de los placeres inolvidables que experimentó, entonces, fué cuando presencié la proclamación de la Constitución y el noble gesto de aquellos patriotas al des-

pojarse de los honores y jerarquías que se habían atribuido al comenzar la Revolución, trocándolos, con júbilo, por la nueva y honrosa calificación de "ciudadanos" que les daba la República."

Poco disfrutaron aquel bienestar y alegría. Los patriotas asediados por las tropas del general Coyeneche, víéronse



Concepción Agramonte, a los 81 años de edad.

obligados a salir de Guáimaro, la Capital del Gobierno Cubano, y antes de resignarse a dejarla de abrigo y fortaleza al enemigo resolvieron destruirla por el fuego.

Inenarrables son las vicisitudes que,

en lo adelante, llenaron la existencia de la señora Agramonte y de sus hijos. Carecían de lugar fijo donde habitar y de los elementos primordiales para la vida civilizada; tan pronto encontrábase en una hermosa casa abandonada, como en una tienda de campaña o en un misero bohío de guano. De este modo, huyendo de aquí y de allá, situáronse en los montes de sus fincas de Najasa; y un día inesperado tomáronla prisionera las fuerzas españolas. Las circunstancias pusieron a prueba el temple de su energía, la alteza de su espíritu y su claro talento. Episodios emocionantes, que no tendríamos espacio para narrar, eslabonaron el proceso de su destino. Y llevada a Camagüey, logró trasladarse a la Habana.

En la Habana, el General Balmaceda le rogó que transmitiera a su esposo, que continuaba en el campo de la guerra, y no lo dejó hasta la paz del Zanjón, su consejo de restituirse a la legalidad "ya que el movimiento debía considerarse fracasado," a cuyo efecto, la invitaba a quedarse en la capital donde nada le faltaría. La señora Agramonte insistió en su irrevocable resolución de marchar a los Estados Unidos. Allí residían los familiares de su esposo, a cuya voluntad, de que saliera de Cuba, era su obligación prestar inviolable obediencia.

Su estancia en Nueva York es asunto para escribir conmovedoras páginas. Aprendió el arte de la costura; estableció un taller en el cual beneficiaba a gran número de muchachas cubanas, proporcionándoles enseñanza y trabajo honrado; educó a sus hijos en buenos colegios; y se sostuvo por su esfuerzo, valerosamente, hasta el día del regreso a Camagüey, después de la paz de 1878.

El grito de Baire, en 1895, vuelve de nuevo a agitar su alma de patriota; sus cinco hijos varones responden al llamamiento de la sagrada causa y se lanzan a la guerra; y la heroína, debilitada por los años, no mostró tibieza ante los peligros que la esperaban; su casa siguió siendo el lugar de reunión de los simpatizadores de la independencia de Cuba, y fué, como refiere su biografía, la "estafeta" de la correspondencia entre la Revolución y la ciudad. Preocupadas las autoridades españolas por el daño que pudiera causarles las verídicas informaciones que del estado de la Revolución recibía el público, se esforzó en descubrir esa fuente de noticias, recayendo su suspicacia en Concha que, teniendo cinco hijos en la guerra, era lo más probable que en sus cartas procuraran tenerla al corriente de los triunfos que obtenía la Revolución.

Decidieron, pues, castigar el "crimen" de una anciana de sesenta y cinco años que recibía cartas de sus hijos; fué Concha encarcelada por el delito de sostener correspondencia con el enemigo, en compañía de cuatro amigas más: las señoras Angela Malvina Silva, esposa del General Lope Recio; Eva

Adan, esposa del General Alejandro Rodríguez; Gabriel de Varona, viuda del Comandante Miranda, y María Aguilar. Todas estas damas, con excepción de María, viven actualmente y siempre han pertenecido, por sus virtudes y abolengo, a la mejor sociedad de Camagüey, lo cual no fué obstáculo para que, sin consideración alguna, fueran tratadas como las demás presas, algunas de delitos comunes. A los treinta días fueron embarcadas para la Habana y confundidas, en la ralea y escoria de la sociedad, con la ralea y escoria de la sociedad. No se permitió separación entre aquellas venerables matronas y la carne del crimen. Para las autoridades era confundible el delito de tener ideales con el crimen común del que asesina y roba. Larga resultaría, en esta ligera reseña, la prolija relación de las gestiones que se realizaron para obtener la libertad de las ilustres damas indignamente atropelladas. Concha Agramonte volvió a Nueva York, para ver de nuevo la patria ya libre de las viejas cadenas.

Veinticuatro años han pasado; y durante ellos, ha debido experimentar, como si repercutieran en su propia alma, las alternativas que ha sufrido políticamente la patria, a cuyo amor dedicó los mejores años de su vida.

Mimada y venerada por sus hijos, ha muerto serenamente, más bien que abatida por la enfermedad, al peso de los años.

La desaparición de Concha Agramonte es una fecha dolorosa de profundo duelo para la sociedad cubana, para los que como ella sirvieron a Cuba en la inmortal tragedia, y, singularmente, para sus comprovincianos de Camagüey.

Reciban así la expresión sincera de nuestra condolencia sus familiares todos, y de manera muy especial, sus hijos los Generales Eugenio y Armando Sánchez Agramonte.

Ha muerto la señora Concepción Agramonte viuda del Diputado a las Cámaras Revolucionarias Francisco Sánchez Agramonte Betancourt y madre del Coronel Benjamín, general Armando, Comandante Calixto, capitán Alfredo y General Eugenio Sánchez Agramonte. Honor a sus restos y paz eterna a su alma.

La patria llora la desaparición de la gran matrona.

En nombre del Consejo Nacional de Veteranos invito a los compañeros a rendir el último tributo a la noble desaparecida, acompañando a sus hijos a conducir sus venerables restos desde la casa mortuoria, Animas 178 hasta la Necrópolis de Colón.

Hora: 4 p. m.

Habana, 25 de agosto de 1922.

General Pedro E. Betancourt, Presidente del Consejo Nacional de Veteranos.

18.0124

Habla el Doctor Roberto Agramonte de su Renuncia

CIUDAD MEXICO, julio 24. —
(AP).—El embajador cubano doctor Roberto Agramonte y Pichardo, dijo a la Prensa Asociada: "Mi renuncia nada tiene que ver con la altura de milla y media de Ciudad México o con su clima", pero confirmó que dejaba su puesto por razones de salud.

"Espero reintegrarme a mi puesto en la Universidad de La Habana", dijo el embajador. Agregó que su renuncia había sido aceptada por el presidente Grau San Martín.

El embajador Agramonte llegó aquí en el mes de noviembre de 1946, reemplazando a Marcos A. Kohly.

Original 25/47



VA
**Sustituirá Valdés Crespo
 al Embajador Agramonte**

Julio 20/44
 Tan pronto llegó ayer a Palacio fué recibido por el presidente de la República, el señor Jesús Valdés Crespo, embajador de Cuba en Chile, quien está señalado en las esferas palatinas como el sustituto del doctor Roberto Agramonte, que anunció su renuncia al cargo de embajador en México que venía ocupando.

Poco antes de presentarse el señor Valdés Crespo en la mansión del Ejecutivo, el ministro de Estado declaró a los periodistas que le interrogaron que ya se había hecho la consulta a la secretaria de Estado de México sobre el sustituto del doctor Agramonte, pero de la persona de que se trata no podía informar mientras estuviera pendiente la respuesta de aquel Gobierno. En cuanto a los motivos de la renuncia, se limitó a decir que "el doctor Agramonte quizá quiera dedicarse nuevamente a su cátedra o atender sus asuntos particulares".

Chil, jul 20/44



TEMARIO

Por HERMINIO PORTELL VILA

El Embajador Agramonte

TODOS los críticos del Gobierno del doctor Grau San Martín, aun los que le niegan acierto alguno, lo que también es una injusticia, estaban acordados en que el nombramiento del doctor Roberto Agramonte Pichardo como embajador de Cuba en México era una excepción venturosa en la larga serie de mal aconsejadas y equivocadas designaciones hechas desde octubre de 1944 en la representación diplomática y consular cubana.

En efecto, Roberto Agramonte, graduado de tres facultades de la Universidad de La Habana, profesor de sociología, filosofía y psicología, autor de notables tratados sobre estas materias, director del Departamento de Intercambio Universitario, director-fundador de la Escuela de Verano de la Universidad de La Habana, ex decano de la Facultad de Filosofía y Letras y ex vicerrector y rector sustituto de la Universidad, llevaba a nuestra diplomacia un prestigio cierto y positivo, no debido al favor político, al compadrazgo, a servicios inconfesables y a otras cosillas de ese jaez. En cuanto a su selección para el importante puesto de embajador en México tenía el mérito adicional, compartido con otro eminente compañero suyo de Facultad quien también representó dignamente a Cuba en México, el doctor Salvador Massip, de haber sido profesor visitante de la Universidad Nacional Autónoma de México y de contar con las más prestigiosas relaciones políticas, culturales y de todo orden, en la vecina república.

Hombre que es la discreción personificada y que, sin servir a los dictadores que hemos tenido, tampoco apeló a estridencias para oponerse a sus desmanes, de él no era posible esperar una actitud destemplada ni una gestión que no fuese correcta, bien inspirada y al servicio de los intereses de su patria, cuya libertad su padre ayudó a conquistar, como hombre de confianza de Martí y como compañero de los Maceo y de Crombet en la expedición de la goleta "Honor".

¿Por qué renunció a un cargo que así prestigiaba el doctor Agramonte? Son múltiples las versiones que corren acerca de las situaciones que le llevaron a retirarse, ninguna de ellas relacionada, como él mismo ha cuidado de destacar en sus declaraciones a la prensa, con la altitud de Ciudad México o los problemas del clima. Una versión es la de que el doctor

Agramonte es primo del senador Chibás y que tuvo que seguir la suerte de otros funcionarios y empleados públicos con alguna conexión con los ortodoxos. Otra lo relaciona con la visita que el ex general Manuel Benítez, enemigo del gobierno del doctor Grau San Martín, hubo de hacer al presidente Alemán, de México, hace pocas semanas, y que habría sido equivalente a una visita que el licenciado Ezequiel Padilla, cuando parecía estar en plano insurreccional contra el presidente Alemán, hace diez meses, hubiese hecho al presidente Grau San Martín. Sin duda que al gobierno mexicano no le habría gustado esa visita, aunque Padilla conoce al presidente Grau San Martín por haberlo representado a México en su toma de posesión, en 1944; pero lo que a los mexicanos no les gusta que les hagan, a veces lo hacen a otros. De todos modos, el que el general Benítez visitase al presidente Alemán no es de la responsabilidad del doctor Agramonte y, todo lo más, si la cancillería cubana le hubiese instruido al efecto, pudo haber llevado a una simple representación sobre el asunto. No faltan quienes atribuyen la renuncia a que el embajador Agramonte no tuvo el necesario respaldo para conseguir un tratado de pesca que proteja a los intereses cubanos en aguas de México; hay quienes aluden a sus puntos de vista en cuanto a la Conferencia de Río de Janeiro, señalada para el mes próximo, como origen de diferencias con nuestra cancillería, y otros señalan que en el

intercambio de condecoraciones con México, hace pocas semanas, el embajador Agramonte no fue incluido en la lista de las personalidades condecoradas, cosa que, por otra parte, a lo mejor hace ahora México, al retirarse nuestro patriota.

De todos modos, Cuba es la que pierde al cesar el doctor Agramonte en el cargo de embajador en México y la mediocridad, la improvisación, el arribismo y la necesidad del favor oficial, que han sido distintivos de la vida pública cubana durante los últimos veinte años, se anotan un triunfo doloroso al lograr que se retire del servicio diplomático a un hombre de su capacidad y de sus méritos. Para los que quedan de su talla en nuestra representación exterior, y para la juventud con aspiraciones, la retirada del doctor Agramonte es un síntoma desconsolador, aunque, por otra parte, hay que abonarle a nuestro distinguido compatriota y colega el mérito insigne de que, aunque renunció el 17 de julio, los cubanos supimos la noticia por él y no porqué el embajador Ceniceros, a la salida de una visita al Palacio Presidencial, la anunciase, como se hizo en el caso del ex embajador Kohly: ¡Oh, manes de Carlos de Zaldo, Manuel Sanguily y Rafael Montoro, y tiempos de Torriente, García Vélez y otros: un embajador cubano en México pudo por sí mismo anunciar que dejaba su puesto!

Herminio Portell Vila
1/4/44

200137

ESQUEMA DE CARACTER: ROBERTO AGRAMONTE.

Por L. Gonzalez del Campo

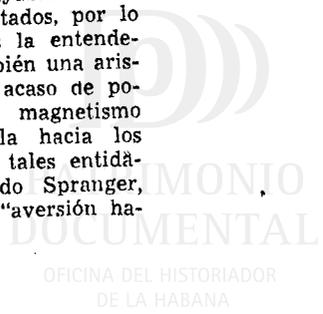
D.M. Sep 12/948.

LO que yo acabo de ver no me luce que sea un hombre corriente, por lo menos, a ténor con la noción integral que del mismo se tiene. Lo que yo he visto parece más bien un trozo de determinada filosofía hecho humanidad o una versión criolla y funcional del hombre representativo y es, sin duda, la naturaleza más falta de balance que se ha ofrecido a mi observación. A primera vista, el físico es totalidad opulenta; pero al entrar en detalles se observa por lo menos una frontera precisa. La cabeza es remedo de un globo terráqueo, cuyas zonas polares de extraña contigüidad, se ubicaran en los puntos oscuros de dos ojos grandes, que la concentración mental, no la coquetería masculina, hace que a veces se entornen, como la máxima expresividad hace que se abran y se muevan un tanto inquietos. Lo demás es naturaleza animal, en que, la despreocupación de un sujeto de vida necesariamente sedentaria ha dado magnitud rebosante a un físico en en que imperan las adiposidades. La valencia del hombre, la complejidad, la presencia inteligente, se encuentran y mensuran del cuello hacia arriba; hacia abajo reside lo vulgar, lo intrascendente, lo elemental, acaso lo emotivo que para esta naturaleza debe tener valoración inferior. Roberto Agramonte es hombre de una sola dimensión superior, dominante e inasible, y en cuya estructuración personal ni ha contado la armonía como tónica, ni lo humano ha logrado balanteada e integral contribución. Ni en la composición física, ni en la cualidad mental, ni en la esencia moral, se descubren esos factores complementarios o compensativos que revelen en cuantía sustancial, más allá de la simple y atenuada presencia indispensable a la formal sustancia del ser, la existencia de un acervo pasional análogo al del promedio humano. Su pensamiento tiene la nitidez y pureza de lo que es aséptico a toda influencia extraña; en sus relaciones sociales, la vida afectiva parece alimentada en función de la categoría intelectual o moral que nos confiere, exenta de toda trama emotiva; aun sus manifestaciones de gratitud, no son el desbordarse del yo sensible, son el reconocimiento de una deuda contraída en función de los altos e imperiosos principios éticos a que él se considera obligado.

Al auscultar psíquicamente a este hombre no podemos evadir el establecer cierto paralelismo que nos parece descubrir entre su temperamento y orientación inteligente, con las ideas y concepciones de Nietzsche, consciente o inconscientemente calibradas. Cuando se piensa que Nietzsche combatió el romanticismo y el arte y vió en la religión y en la filosofía ilusiones, ya que, en el bien, en la verdad y en la belleza, sólo apreció medios de realización de la obra humana y de la voluntad de poder, que sirven al progreso del individuo y le permiten establecer su tipo por la victoria sobre los otros, nos parece descubrir en la manifestación global de la personalidad de Agramonte, si no identificación total, por lo menos trasunto de tales ideales y concepciones. Sin embargo, es posible que estuviéramos vislumbrando una falta perspectiva, porque precisa nuestra honesta confesión de que el sujeto, difícil de ver de por sí, se cerró a nuestra penetración como sólo sabe y puede hacerlo quien, experto en este campo, nos priva ex profeso del aporte de su exteriorización ingenua o, como quien con toda premeditación está haciendo objeto de un test la agudeza del observador.

En lo que sí no hay duda es en que Agramonte es personificación cabal de **hombre teórico**, porque a más de empeñado en conocer la realidad y el ser y estar impulsado por la objetividad, fija en el conocimiento su relación predominante con el mundo externo y sigue la actitud fundamental de su espíritu, que predomina en sumo grado sobre la actitud estética. Es posible, además, que parte de su cultura social y política no se exprese en funcionalidad y forma

concreta, sino como modalidad informativa y formativa de su pensamiento. Siendo el sujeto observado, como es, profundamente intelectualista, se convierte, de hecho, en un adepto a los valores de la persona humana, que mantiene como premisa insoslayable de los valores sociales orientados, por lo menos como nosotros la entendemos, y se deriva también una aristocracia del saber y acaso de poderío, huérfana del magnetismo que podría orientarla hacia los rumbos concretos. A tales entidades, completa Eduardo Spranger, les domina, además, "aversión ha-



cia el misticismo y contra lo puramente sentimental, contra todo lo no asible en categorías lógicas estrictas, porque para ellos el conocimiento supera a Dios o a Dios conduce, lo que hace característico de sus tendencias religiosas la metafísica racional"

Corroborando lo anterior, digamos que es Agramonte sujeto de tan específica intraversión—o vida interior—y consecuente mentalidad lógica, que luce que lo emotivo y sensible tienen en él singular declinación que, parece estar impregnada del aporte de un yo de tan marcada **intencionalidad**, como para referir el total de sus procesos afectivos a sus causales. Pero también parece capaz de transferirlos, con lo que atribuye a la causa que realmente los engendra, identificación con otros hechos psíquicos, que equivale a dar a los últimos, rango de factores de sentimientos que normalmente son incapaces de producir. De todos modos y por una u otra ruta, la atonía emocional del hombre es fácil de constatar, digamos, en sus presentaciones oratorias, en las conferencias de divulgación y de clases del profesor. En la oratoria, cualquiera que ella sea—requerimientos específicos a un lado—la tonalidad de la palabra es reflejo fiel de la temperatura afectiva del orador, y ésta, a su vez, es reflejo de los sentimientos, traducción viviente de sus propios estados anímicos, mediante los cuales se despiertan en el auditorio, por vía no intelectual, resonancias afectivas que hacen vibrar al oyente que identifica los matices audibles con el fruto del alma que siente con hondura lo que expresa. De donde elocuencia y gama tonal, más que el grado de razón de que el pensamiento expresado esté imbuído, son los factores determinantes de la identificación del que habla, con el auditorio. Tiene tanta importancia el tono verbal en la vida moderna—así lo expresamos en uno de nuestros libros—que las empresas radiales imprimen discos de sus propagandas para tener la certeza de que siempre llega al pú-

blico el mensaje con las mismas palabras y con la misma resonancia pasional. Y a la inversa, el disco impreso sobre un discurso dicho con vehemencia emocionante, por el solo aumento o disminución de la velocidad conveniente a su esencia tonal, pierde toda la eficacia psíquica y hasta llega a convertirse en ridículo cotarro. Observe el lector que el doctor Agramonte—que sin duda siempre siente y cree lo que expresa—tiene una tonalidad oratoria de uniformidad monótona, tan acusadora de escasa sensibilidad y pasión, que por ello tan solo, sus parla-

mentos cobran tipicidad de texto científico que se abre, de frío y masivo pensar en alta voz, no de humanidad que siente y expone, que contiene y vuelca. Y este solo hecho que nos da la mensura emotiva del hombre, nos dice de paso, una serie de características temperamentales que yo no sé si a su propia conciencia habrán arribado ya. No puede ser el doctor Agramonte el profesor de brillante y cautivadora exposición, sino el profundo conocedor de su ciencia que enseñará amparado por su cultura pedagógica; no será el doctor Agramonte líder de masas ni hombre de pueblo—a pesar de que la felicidad del pueblo sea su más alto ideal—ni político que aglutine mayorías en torno de su persona, porque carece de la capacidad para despertar emoción arrobadora, que es forma de magnetismo que vincula y conduce; no es el doctor Agramonte persona capaz de crear, en el intercambio amistoso, ni la simpatía que se desborda a virtud de sus modos expresivos ni la que- rencia que fragua de la identificación de sentimientos. De él hay que ser amigo en función de lo que vale objetivamente, de su integridad moral y de su vida ejemplar. Si su sentido moral y su temperamento le hubieran permitido ser dado al donjuanismo, todavía habría algo que se opondría dentro de él a semejante logro: su falta de expresividad emotiva, de tal modo, que yo aseguraría que mujer que le haya amado ha tenido que haberle tratado con antelación e intensidad bastantes para descubrir por sí, la recóndita riqueza de sus fuentes espirituales y las posibilidades de acople que el hombre silencia. No será él nunca, por último, hombre de acción ni temperamento de corte latino, será siempre hombre de razón y meditado con toda la apariencia de ejemplar importado de clima frío.

La escasa sensibilidad no intuitiva que este hombre aparenta alentar, aflora y se irradia, con recatada sutileza, dentro de las cuatro paredes de su hogar, en convi-

vencia espiritual con la esposa y los hijos, quienes al leernos pensarán que falla el analista, porque ni esposo más dulce ni padre más tierno, impotentes ellos de percartarse, por tales razones, de que lo que disfrutan es balance total, contenido absoluto del ánfora de sus sentimientos, que para todos los demás está agotada. El resto de lo que él alienta es un tipo de sensibilidad intencionalizada y transferida hacia derroteros de pensamiento, de investigación, de captación, que en la larga búsqueda y minuciosidad inteligente, le permite disfrutar "las emociones" del cazador que descubre una huella insospechada de la psiquis de Vare-



la; rastrea un detalle volitivo de la inteligencia de Don Pepe; pesquisa la magnitud artística del pensamiento de Varona y cosas por el estilo, como las abstrusas obras de Max Weber, Scheller, Dilthey, Husserl o Santayana. Y todo ello explica que sea el pensar y el conocer, el investigar solitario y autónomo, su más absorbente y placentera dedicación; que sea el moverse en el laberinto de las disyuntivas filosóficas e intelectivas el estado normal para un organismo psíquico, cuyo estómago es un cerebro complejo y de gran peso, no hecho a todos los manjares que por ahí se encuentran, porque su típico alimento es el paciente rumiar pensamientos complicados; el sereno analizar de ideas profundas.

Quando al comienzo de este trabajo expresábamos no estar en presencia del hombre corriente, estábamos lejos de la metáfora porque hacíamos rotunda confesión de nuestra reacción consciente. Pero ahora vamos a sustanciar el criterio amparándolo en el juicio de que, si ciertamente desde nuestro moderno punto de vista pedagógico, el niño y el adolescente sin individualidades independientes del adulto en que ambos culminan, no es menos cierto que no puede existir adultez con plenitud integral donde no hayan existido infancia y adolescencia de igual categoría. La infancia del hombre— así tenemos que llamarla— careció de los altibajos y escapadas que dan contenido y color a esa etapa de desarrollo físico-emocional, ausente de razón, en que lo pasional relampagueante y veleidoso va nutriendo la alforja de la sensibilidad, dejando en la sangre su fuego y en el espíritu sus vehemencias. Verdad es que procedía de un tronco de hombres de cultura, pero no puede ser el fruto exclusivo de lo ambiental. Más aún, yo me atravesaría a asegurar— sin haberlo constatado con él— que alguna que otra vez los restantes hermanos deben haberle acusado de poco "apegado", de no ser "expresivo"; como aseguraría que alguna vez padre o madre le han calificado de demasiado "serio", en función de una flexibilidad singularizadora, demasiado temprana y demasiado adusta para ser normal y ser infantil. El niño nunca hizo maldades, nunca recibió castigo o reprimenda, jamás tuvo discusiones o riñas con vecinos, nunca supo lo que fue jugar a las bolas ni "hacer una ranfla moñuda", ni de escaparse de la escuela, ni de dar una mala

contestación a la maestra, ni de trepar árboles o empinar papalotes, ni del emocionante jugar a "guardas y bandidos", ni mucho menos del reunirse en el corrillo en que se comenta la palabra gruesa escuchada al paso o en que se ensaya, entre accesos de risa y de tos, hacer con un cigarrillo lo que se ha visto hacer a los hombres. Aquella infancia sólo compensó jugando de cuando en cuando al ajedrez con el padre, lo que constituye otra prematura reafirmación de madurez.

La adolescencia no fué mucho más plena. No parece haber tenido los impulsos del espíritu aventurero que activa o imaginativamente tanta energía juvenil consumen; tampoco hubo la inquieta desazón de la etapa de tanteos e insinuaciones que la vida es entonces, en que parece que el espíritu mide sus fuerzas y averigua sus recursos, lo que se traduce en el probar y atisbar, en el ensayar

y en el asomarnos a todas las puertas para hacer el formidable escrutinio de nuestra cualificación de experiencias, apetitos y renuencias, que alimentarán toda la vida posterior. Tampoco hubo el desconcertante despertar de ciertos impulsos instintivos, casi siempre conducentes a ciegos dislates, obsesionantes averiguaciones, actos de causalidad y sentido difuso con que la mente joven trata de resolver los grandes problemas que tales hechos plantean, careciendo de la reflexiva y precisa noción del camino a seguir para ello. Aún le fué ausente el donjuanismo tan típico de la adolescencia superior, cuando ya más definida la personalidad de este orden, sentimos el orgullo de poseerla y de mostrarla y sentimos el placer de que los otros hagan lenguas de su existencia y vigor, en función de los romances diversos que vamos tejendo y en función del melodramatismo impresionante con que vestimos a cada uno de ellos. Allí sólo hubo libros y estudios, continuados esfuerzos mentales con las contadas escapadas hacia el tablero de ajedrez, hacia la playa próxima o hacia la sala de esgrima. Demasario serio, lector, para ser amable; demasiado adusto para ser juvenil; demasiado reflexivo para ser adolescente; demasiado frío para ser plenamente humano.

Y fué de tal magnitud el esfuerzo mental y la capacidad receptiva del cerebro, que a los veintiún años de edad se había estudiado Derecho y Filosofía, y a los veintidós se había obtenido el nombramiento de Auxiliar de una cátedra tan compleja como Psicología.

Sociología y Filosofía Moral, que poco después se obtuvo por oposición. Si la proeza no hubiera estado respaldada por un cerebro de superior dotación; si allí no hubiera un temperamento poderosamente reflexivo a expensas del resto de la integralidad humana: lo menos que habría ocurrido sería el trastorno del receptáculo, impotente para digerir tamaña carga, o la airada protesta de los restantes componentes del consorcio vital, que, valiéndose de propias artes habrían tomado lo suyo, invalidando al pensamiento y a la mente de tan irritante dictadura y tan absoluta capitalización. Por todo ello hay que pensar que el temperamento, la personalidad del hombre, están hechas para eso; que no se trata de un producto de acción ambiental, sino de un caso de singular dotación unilateral, que ha permitido hacer lo que se hizo y se sigue haciendo, sin revolución interna ni estallido de la máquina, en que todo lo de otro orden ha quedado en un plano de profunda subordinación. Creo que esta misma razón es causal de la frustración del ente genial que el poderoso cerebro de Agramonte nos hubiera dado. La lógica fría y la razón pura no son matriz del genio, porque éste se nutre de lo reflexivo tramado de emoción, con lo que gana la audacia avizora y expresiva que es su propia sustancia y su modalidad activa. La mentalidad de nuestro sujeto tiene superior gravidez reflexiva, pero carece de la dosis de emoción como potencia motora, que le habría abierto el mundo de las geniales prestancias y acciones.

Agramonte es hombre dominado por una serie de complejos, puntos candentes y modales de la vida anímica que, según Jung no deben faltar, porque de lo contrario, la actividad de ese tipo abocaría a un sosiego letal y que en su caso estabilizan el tipo de la individualidad. Su complejo de superioridad, formado en función de los orígenes próceres, de la calidad superior y gestión y modos de vida intachables de sus mayores, es tan poderoso como para producirle inusitado grado de calor expositivo al juzgar las actividades revolucionarias y patrióticas del padre y la majestad femenina de la madre, calor equivalente en él a la más intensa emotividad de la persona promedio. Ese complejo le ha hecho verse y sentirse deudor en la intimidad de su ser; y le ha exigido que en la gestión autónoma se situara en plano y actitud concordante con su estirpe. El concommitante complejo de timidez,

trascendente a todos los ángulos de la personalidad, le ha dado cierta conciencia de que no lograría las magnitudes ancestrales por las vías de éstos, ni por aquellas en que la emoción juega papel definitivo. Y ambos complejos, unidos a una mentalidad poderosa y reflexiva, han conformado el complejo intelectualista que es el dominante y regulador en su vida.

El hombre tiene manifiesta dotación mental para el cultivo de las ciencias puras y resulta en cierto modo contradictorio y peculiar que su mente se canalizara más hacia lo sociológico y especulativo que hacia lo escuetamente científico, máxime si se tiene en cuenta que lo societario conduce a veces hasta la insoslayable realidad de tener que penetrar la entraña en que suele perder su perfil la autonomía de la persona y hasta a tener que impulsar tendencias y propósitos en determinadas direcciones. Pero el complejo intelectual y la moralidad profunda de su pensamiento le reclaman actitudes impositivas y le exigen ejercer autoridad reguladora, ninguna de las dos franqueables en el campo de las ciencias, por lo menos en la cuantía en que en éste lo son. De aquí que su mente no se consagre a actividades creadoras, sino que sea receptora y acumulativa para poder ser directriz. El es la estampa del erudito cabal, que penetra, sistematiza, prevé y anuncia; le está vedado a su constitución y esencia ser el sociólogo con capacidad y gusto para arrancar el rasgo o descubrir el detalle de nuestra naturaleza y espíritu gregario, pongamos por caso. Le gustaría—reflejo latente del alma de Nietzsche que colegimos en él—tener poder en la nación, no para envanecerse de altura ni atiborrarse de gloria, sino para revalorizar nuestros principios morales, impulsar reformas saludables, fraguar conciencia de más nobles contenidos y análogas cosas que la serenidad avizora de su pensamiento le viene diciendo que más que urgentes nos son indispensables y esenciales. Y ese es el secreto de que a pesar de saberse carente de aura popular y de fibra de multitudinario conductor, haya bajado a la arena pública, no en busca de cargos ni apeteente de medros, sí en demanda de alianza influyente con quien encarne el poder, para satisfacer así su ansia íntima de dictar doctrina, normas y principios, que de otro modo no ganarían vigencia ni desde otra plataforma tendían virtualidad. Sustituirá él, me imagino que la perspectiva le complace y subyuga—en los veni-

deros días de su más plena madurez, a Varona, como representativo de nuestro pensamiento epocal. Y me atrevo a presumir que esa gloria, entrevista y ansiada, le tienta más que todas las restantes que su vida de hombre público o la devoción de su pueblo le pudieran otorgar. Como demostración de que es inadaptable al momento histórico, de que rechaza el clima moral ambiente; de que sólo se identifica con su pensamiento depurado y de que es alérgico al materialismo y miedo de esta hora, se complace en renunciar posiciones y cargos distinguidos—cuando es incompatible el desempeño de éstos con su conciencia— y creo que su orgullo más alto es que se conozca y divulgue el gesto.

Las relaciones con la compañera nos luce que son más devotas de lo que el esquematizado aparenta. En un momento, al largo de la charla, el profesor afirmó que había tenido "novias"... Perdonémos esta expansión, doctor; no tuvieron sus palabras sonido confesional; tuvieron eco de simple manifestación expresiva, coloreada por un poco de preocupación y honrilla masculina. Lo que nosotros pensamos es que en esa vida el amor penetró, sorpresivamente al largo de un prolongado intercambio identificatorio con la compañera de hoy, que entonces fué la verdadera novia como ahora es la dueña única de todas sus devociones. Y para no citar otras razones abonantes, digamos que el cortejar persecutorio, que es la demanda de amor, reclama, entre otras cosas, tiempo y disposición que no han sobrado cuando a la edad de veintitrés años se han invertido más de diecisiete en función de galeote intelectual, encadenado a los libros y al estudio.

En la orientación de la vida interna del hogar, también a contrapelo con la impresión recogida, nos parece que la esposa del profesor, que además de inteligente disfruta de temperamento más activo, es el factor práctico calado de humanas preocupaciones, que consagra la más decisiva energía a tales menesteres, y nos parece que

una de las gratitudes del doctor hacia la esposa es la de saberse descargado de cuestiones y problemas que, aparte de no interesarle, serían lastre para la claridad de su pensamiento y su consagración laboriosa. En el fondo de su alma él la sabe complemento y enlace entre lo terreno y material del mundo y lo deshumanizado y abstracto que en él alienta.

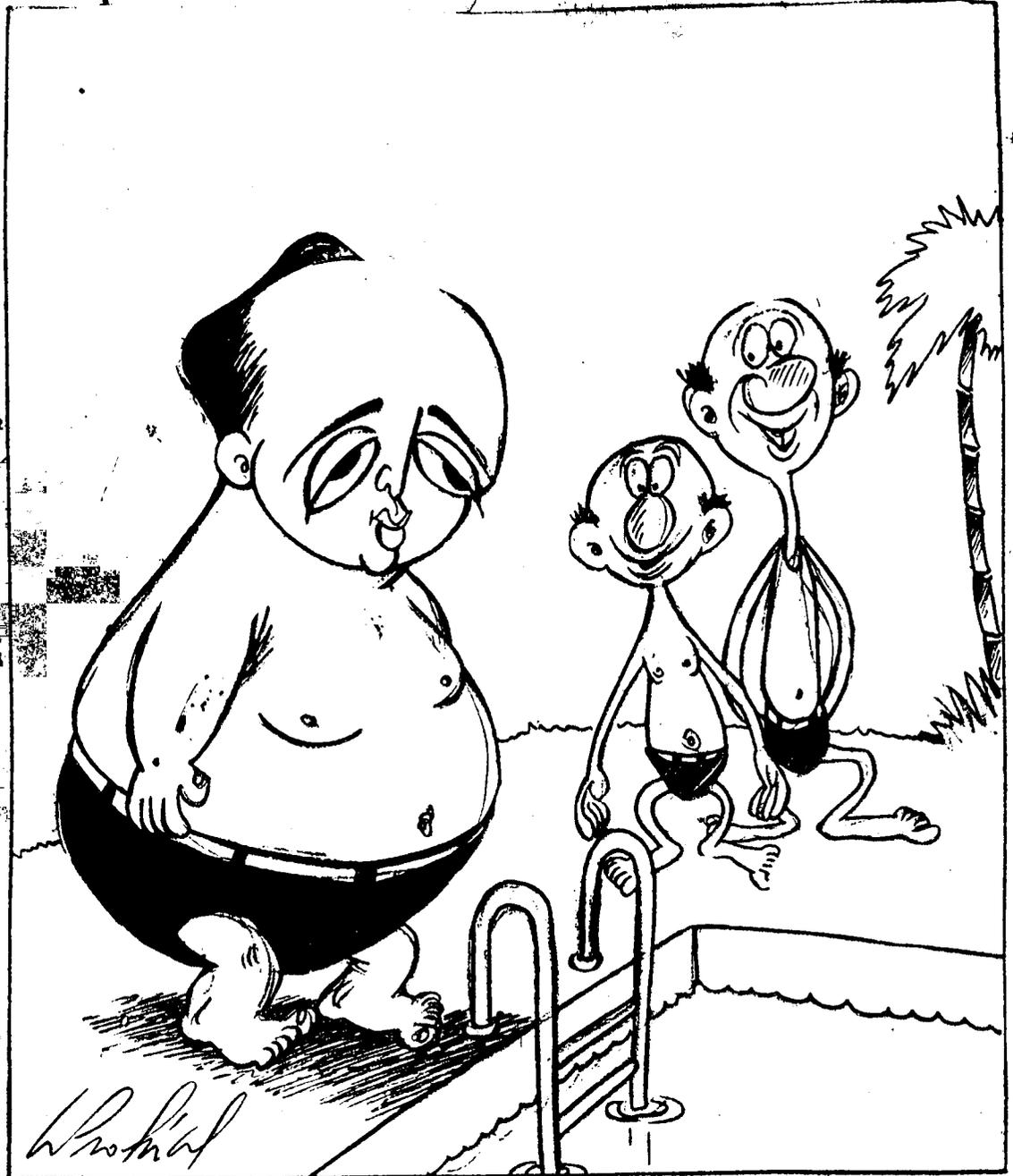
La suma de estos rasgos, mejor o peor expuestos, tratan de explicar la categoría de este hombre tan distinto, que rechaza los deportes, que descubre pocas vivencias emocionales al contacto con lo artístico, que aún en el decir es lento y parco y que sólo en el pensar y el escribir y en el acercarse a la naturaleza por la ventana del mar, encuentra ecos de complacencia de su verdadero yo.

Agramonte es uno de nuestros más altos y depurados valores de carácter; es uno de los hombres de más íntegra moral de la hora; es una de las mentalidades mejor dotadas con que cuenta el país, y es uno de los cerebros mejor organizados de la presente promoción intelectual. Por el momento, sus perfiles más destacados son la inadaptable, la falta de balance humano y el superador y tesonero esfuerzo silente y discreto; pero vendrá el día en que calibrado a mayor distancia, con más exacta perspectiva, tendremos que individualizarlo en valoración representativa de la época, tanto más notable cuanto que su valimiento tendrá más relieve sobre el pantano de lo innoble y desquiciante que confunde y amarga la existencia de la humanidad en este momento histórico. Y acaso entonces, por ironía de las cosas, cobre su máximo prestigio profesoral y gane alcuernia de líder y conductor espiritual de un pueblo.

M. J. P. 1950

Campeón Acuático

Prohías Por Prohías



—Ahí donde lo ves, Agramonte "na da" de frente... "nada" de lado... "nada" de espalda... "nada" de cabeza... "nada" de pie... y "nada" de nada...

9

000144

—PERFIL POLITICO—

Roberto Agramonte

- * Es injustificado el nuevo movimiento de Jorge Mañach y José Pardo Llada.
 - * Cómo se fraguó la unidad del PPC.
 - * La línea de independencia política y los puntos para una posible solución nacional.
- Val 2/15*
Paso

Semblanza y pensamiento de una gran figura en quien destacan dos facetas rutilantes.

Por MANUEL BRAÑA



El líder ortodoxo, visto por David

«Traemos a la vida nuestras disposiciones innatas. Nos gusta dar e igualmente recibir, si lo que nos dan adquiere la forma de un sueño.»

GOETHE

I

LA FE EN EL DEBER

AQUEL memorable 16 de agosto de 1951 la República estaba bajo los efectos de una conmoción espiritual. Había muerto Eduardo Chibás, y muchos eran a temer que su prematura desaparición pudiese frustrar su obra política. ¿Quién sería capaz, como él, de llegar al centro vivo de la opinión pública? ¿Quién iba a sustituirlo como líder de masas? ¿quién, en su denuncia constante, base de la estrategia de la ortodoxia?

Hace sólo unos días, en ocasión de mi *interview* con Pardo Llada (la que volcó sobre mi mesa de trabajo varias cartas, a cual más interesante), señalé que para Chibás la propaganda fué quizá más un fin que un medio, en contraste con los caudillos políticos que, por lo regular, utilizan aquélla sólo para preparar su ascenso al poder o para retenerlo. Ahora debo agregar que soy de los que creen que a Eddy, personalmente, no le preocupó mucho el poder por el poder. Usaba el micrófono y la tribuna con un solo fin premeditado: producir estados de opinión. Lo demás era secundario.

Y de que el guía ortodoxo no creía que *el fin justifica los medios*, vieja divisa hipertrofiada por el cinismo político, encontramos una demostración muy significativa, producida poco antes de su dramática decisión: Al ser del conocimiento público (creo que por un artículo de Vasconcelos —escribo estas notas de memoria—) que el Presidente Prio, disgustado con sus jefes militares, se mostraba dispuesto a renunciar a su alto cargo, el propio Chibás hizo un pronunciamiento para ofrecerle su respaldo al gobierno constitucional... Otro aspirante político cualquiera hubiese agitado más aún la conciencia nacional para preparar a su partido para "la toma del Poder", cosa que de lejos parecía relativamente fácil, como quizá le hubiese resultado fácil a la ortodoxia producir una revolución sí, llevando por delante el cadáver de su jefe, la misma noche de su muerte se dirige hacia el Palacio Presidencial...

Asimismo puede decirse que la historia de Cuba hubiera sido otra —mejor o peor, pero distinta— si junto al féretro rodeado por una muchedumbre transida de dolor no permanece alerta un grupo romántico, idealista, pero ya con cierta experiencia revolucionaria, oteando el futuro con gran preocupación. El hombre pasaba definitivamente, pero no así su obra. ¿Quién podía recoger la bandera?... El viento al correr entre los pinos trajo la respuesta: Roberto Agramonte.

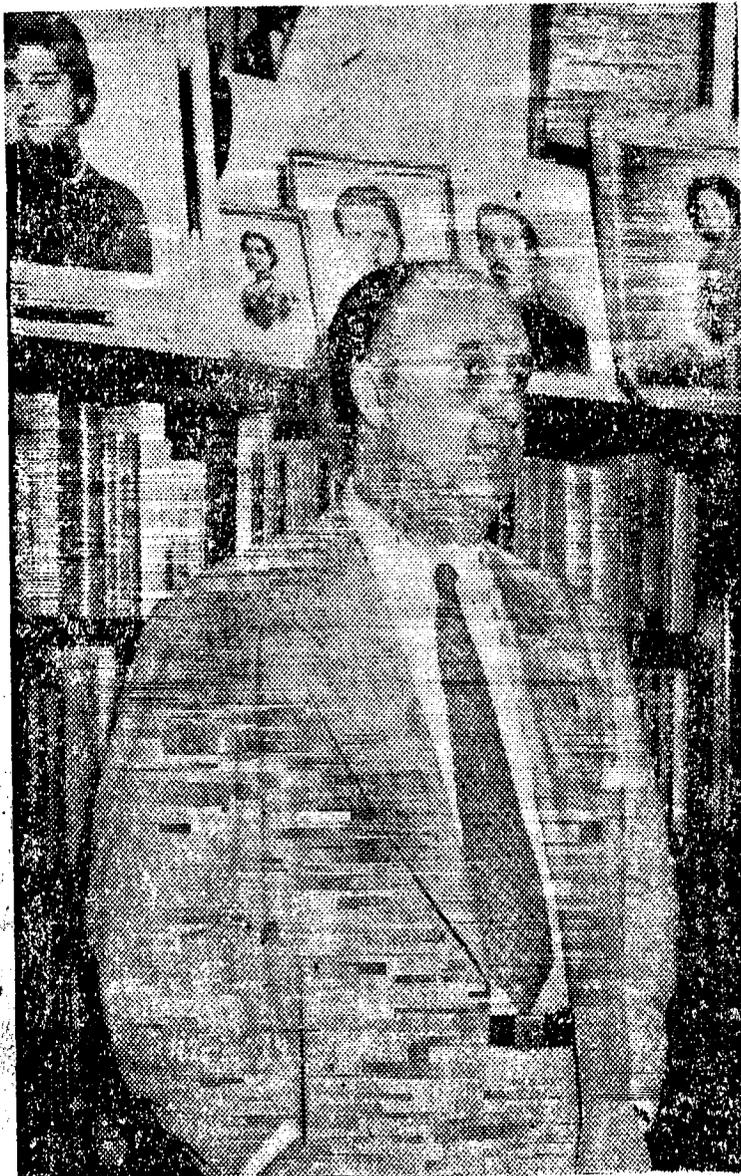
Era una selección que el destino iba a someter a una prueba bastante ruda.

En el seno del propio partido se produjo cierto descontento. Otros jefes se consideraban con mayores méritos para hacer de abanderado: tenían historia pública, una buena conducta, una decidida vocación por la política, y "la política es cosa de bajar a la calle, y no de producir frases desde la biblioteca", como alguien dijo, letras de más o de menos.

Nació así la "leyenda de la biblioteca", que tanto parecía preocupar al ilustre profesor universitario durante nuestra entrevista, que él, generosamente, prolongó a través de una tarde, fresca y soleada, hasta agotar el temario.

Con la leyenda de la biblioteca nació también la de su "blandura". ¡Qué error de juicio tan grande!... De lejos el doctor Roberto Agramonte nos da la sensación de un hombre extraordinariamente suave. Los rasgos físicos contribuyen a ello: el rostro, de piel fina, redondo y feliz como el de un abad; los ojos, grandes, iluminados por una mirada leal, que vela apenas la prolongada curva de las pestañas. La calvicie hace más amplia la frente. Los modales son reposados y sonríe con frecuencia. Habla en voz alta, sin exaltarse. Pero a medida que va sintiéndose en contacto íntimo con sus ideas, más asoma en él un temperamento firme y una gran fe en sí mismo.





... Es un hombre con una ley moral grabada en la conciencia...

Aquella mesa de trabajo suya —redonda, de corte semicircular, modernista, en franca pugna con los anaqueles de libros y el sillón de lectura, bastante antiguo—, semicubierta por fajos de cuartillas escritas ya (creo que son de un libro sobre José Antonio Saco); me hablaba también de su tenacidad, de su espíritu metódico, del goce que encuentra en la reflexión. Durante los fugaces momentos en que el diálogo rozó el tema filosófico, rehuido por mí, tuve la impresión de que se inclina bastante al neokantismo.

Es un hombre con una ley moral grabada en la conciencia. Un jefe político que se impone un deber.

ESTAS entrevistas, en las que suelo darle alguna salida a mi íntimo deseo de conocer al hombre, a veces me permiten apreciar contrastes muy marcados. Antes de hablar largamente con él, yo me preguntaba por qué el doctor Agramonte, tan entregado a su producción filosófica —“Programa de la Filosofía Moral”, “Introducción a la Sociología”, “Pensamiento Filosófico de Varona”, títulos que escojo al azar, entre sus muchas obras—, podía haber llegado a un libro tan desemejante como su biografía de García Moreno, en la que penetra a través de la Psicopatología de la historia en busca de una neurosis para terminar con unas palabras de don Manuel Prada justificando a los que «no hacen aspavientos por una bala metida en la cabeza del tigre»... ¿Por qué este acucioso investigador de vidas transparentes fué en busca de los instintos de un personaje como el dictador ecuatoriano? ¿Era simple casualidad que hubiese escrito ese libro en 1933, el año en que realmente parecen asomar en él las preocupaciones del momento político contemporáneo?... Más tarde, rebuscando en el sedimento que nuestra conversación dejó en mi subconsciente, lo ha comprendido.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

9 4

Como tantos hombres públicos, me hablaba de sus tareas periodísticas, en lo que yo discrepo de él, puesto que aquéllas se encuentran dominadas por la investigación académica —como encontramos en “Juan Montalvo, Figura y Carácter”, “Exégesis necrológica de don Fernando de los Ríos” y en sus “Cuadernos de la Universidad del Aire”—. Me hablaba también de sus deseos de llegar, como Chibás, al corazón de cada ciudadano, aunque va por caminos diferentes. Se sabe cabeza de un partido de exaltaciones y misticismo, caudaloso y violento, mas él no siente, como sentía Chibás, como siente el mismo Pardo, la magia del micrófono; no domina los aspectos periodísticos de unas declaraciones desplegadas, como las de Márquez Sterling o Pelayo Cuervo. Tampoco tiene el estilo de Mañach ni la capacidad de maniobra de Fernández Casas. Ahora bien: los aventaja a todos en tesón... Quizá la única figura capaz de hacerle sombra en el área de la ortodoxia es Millo Ochoa, más efectivo en la acción, mucho más viejo en la lucha, pero también más impulsivo.

Confieso que no pude avanzar todo lo que quería en determinados estudios sobre el carácter de mi entrevistado de hoy. Cuando traté de llegar hasta él por el medio anecdótico, se mostró hermético. Me contó sólo que en cierta ocasión un profesor suyo, después de muchos años, le había dirigido una carta desde los Estados Unidos al leer en la prensa que estaba postulado para la Presidencia de la República.

No utilizó en todo ese tiempo una sola palabra dura, aunque sí fué terminante en sus juicios sobre las personas. Clasifica de modo rápido, cual si extrajese fichas con su esquema de constitución cada una. No se quema con el tema polémico, aunque, como todo filósofo, maneja la ironía. En determinados momentos su dialéctica me hizo recordar al Grau que yo conocí en la intimidad de “La Vida Apartments”, en Miami. No se violenta al hablar del régimen, como Tony Varona, pero me parece que cuando el jefe auténtico, atraído por nuevas actividades, haya olvidado estas peripecias de hoy, el doctor Agramonte, vivas aún sus emociones, estará recorriendo a la inversa el itinerario político de los personajes “para contemplar a la luz de la ciencia psicológica su comportamiento individual y social”.

En el enjuiciamiento de los problemas actuales aparenta cierto escepticismo, pero siempre lo vi regresar con un juicio creador. “Es que los más escépticos fueron los más afirmativos y valerosos”, comenta él en su estudio sobre los Orígenes de la Conciencia Cubana.

Algunos de sus críticos le objetan que le han dado por herencia un gran partido. Pero él, entusiasta de Goethe, la recibe como si un sueño muy viejo hubiese adquirido forma...

II

ESTAR ALLI DONDE SER UTIL

A simple vista percibo el “Yo tengo” de los nativos de Tauro (nació el 3 de mayo de 1904, en Villaclara). Descendiente de un héroe de las guerras de emancipación —su padre fué el comandante del Ejército Libertador Frank Agramonte— quien desembarcó en Duaba con Antonio Maceo y Flor Crombet, del cual era ayudante de campo—, quiere mantener todas sus actuaciones públicas dentro del marco de la vieja cubanidad, aun cuando sus deberes como jefe político lo llevan a un criterio más universal, sobre todo en los asuntos sociales.

Graduado de Derecho Civil y en Filosofía y Letras en 1925, hizo su ingreso en la carrera profesoral como catedrático auxiliar de ciencias históricas y filosóficas un año más tarde. En 1941 obtuvo por oposición la cátedra que desempeñara Enrique José Varona (Psicología, Sociología y Filosofía Moral), y después amplió sus estudios en la Universidad de Columbia. En su larga vida universitaria ha publicado multitud de obras, obteniendo reconocimiento público de figuras muy destacadas en el mundo de las letras y la ciencia, como el profesor Vernon, de la Universidad de Harvard, y el historiador Alvin Martin, de la de Stanford, California.

Conferenciante destacado, ha sido recibido en distintos centros de estudios superiores, entre ellos las universidades de México, Guatemala y San Salvador. Fué miembro ejecutivo del VII Congreso Científico Americano, celebrado en México en 1935. Ofreció un curso de 17 conferencias sobre Sociología concreta y sistemática en la Universidad Autónoma de México, 1942, y otras más, sobre temas distintos, en 1945 y 1946, cuando presidió, con Herminio Portell Vilá, la Misión Cultural Cubana integrada por profesores y alumnos de Filosofía y Letras.

En la Universidad de la Habana ha ocupado distintos cargos administrativos y durante dos periodos resultó electo vice-rector. Yo he asistido, muy de cerca, a dos actos relacionados con él: uno, la invitación que como profesor le extendiera el gobierno de México —tramitada por mí desde la Embajada— para que asistiese a los actos ofrecidos con motivo del centenario de la Universidad Autónoma; el otro, su designación como embajador del gobierno del doctor Grau San Martín ante el presidente Alemán. También de cerca, pero a través de los documentos oficiales, seguí luego su actuación allá, brillante en lo cultural y un tanto amustiada en lo diplomático, quizá si porque el entonces ministro de Estado de la República, obsesada por tener en su mano todas las actividades, mantuvo disminuidas las atribuciones de los jefes de misión.

La lucha de 1930 lo sacó en cierto modo de la abstracción de la vida docente, siendo separado de su cátedra por el gobierno del general Machado. Cuando en 1935 se repitió el mismo fenómeno político, renunció a la misma hasta que fué resuelto el problema de la Autonomía Universitaria.

En realidad, su vida política nace con la ortodoxia. En 1948 fué designado candidato vicepresidencial con Eduardo Chibás, e hizo un recorrido por toda la Isla, lo que le dió la vigencia necesaria para que luego encontrase un eco favorable su designación como sustituto del líder desaparecido.

—Y ahora, ¿cuál es su cargo oficial en el PPC? ¿Hacia dónde van sus ojos?—interrogué, rompiendo la línea de discreción hasta ese momento mantenida.

—Le he dicho al partido que me sitúe allí donde me crea más útil—respondió, asiéndose a la ocasión para explicarme la génesis de la unidad, que constituye, por el momento, su máximo interés.

—Usted sabe —prosiguió—, que al producirse nuestro movimiento yo planté como cosa fundamental la necesidad de reunir a todos los factores de la ortodoxia. ¡A todos! Se le dió al asunto la mayor publicidad posible. Incluso en mi comparecencia en el programa "Ante la Prensa" dejé expuesto cuál era mi pensamiento. Después, cuando Mañach publicó en "Bohemia" su artículo "Recado final a la Ortodoxia", yo lo visité en unión de otros distinguidos amigos, sinceramente interesados. Lo estimo mucho en el orden personal y, además, somos compañeros de Cátedra. También yo lo había llevado en nuestras candidaturas como senador de la República. Le dije que se trataba de un movimiento hecho ya... ¡El me habló del nuevo partido!

—¿Y cuál es su opinión sobre ese nuevo partido?

La respuesta no se hizo esperar:

—Yo creo que quienes hayan pertenecido a la ortodoxia y han luchado en sus cuadros, no pueden abandonarla cuando se trata de darle su mayor potencia frente a circunstancias graves. Es injustificado ese nuevo movimiento. ¿Dónde están las diferencias? Luchamos por el mismo encauzamiento de los hábitos políticos; nuestros avances programáticos son semejantes. Aquello no es una cosa distinta. Contemplamos igualmente, en magnitud y con las mismas soluciones, el problema agrario, la superación del campesino, la campaña de alfabetización... Buscamos "el buen ciudadano"... ¿Por qué ir por caminos distintos?

Yo trataba de grabar en la mente cada una de sus palabras, muy cuidadosas.

—Esa misma visita se la hicimos a Pardo —prosiguió—, explicándonos él que tenía ciertas dudas y entonces yo le hice una cita de Mira López, invirtiéndola, para decirle: «En la duda, actúa... El movimiento al que has pertenecido te necesita». Y también le expuse la conveniencia de olvidar las cosas transitorias de la vida pública y de no mirar mucho hacia atrás...

Quizá si para no insistir de modo excesivo en lo personal, expone que la ortodoxia tiene una doctrina y una tradición de nueve años de lucha, que sus cuadros se mantienen intactos en todo el país y que él mismo rechazó la idea de un nuevo partido. Pero, al cabo, regresaba al punto de partida. ¡Mañach y Pardo le roban atención!

—La unidad de la ortodoxia es algo fundamental. Yo estimo que ese movimiento es injustificado. Hay que mantener al partido dentro de su propia creación —y moviendo la cabeza de un lado al otro seguía con su estribillo—; ¡Es injustificable... injustificable! Mañach y Pardo son dos luchadores con un puesto de honor y de combate en nuestro movimiento. Por otro lado (y aquí me dió la impresión del muchacho que seca sus lágrimas para ponerse a la obra), no parece que ese nuevo movimiento sea una fuerza política activa; es insuficiente, hasta ahora, como poder de expresión popular. Por contraste, nosotros tenemos un gráfico muy expresivo logrado en el último radio-mitín de la Hora Ortodoxa. Fué un gran acto político proyectado hacia toda la nación. ¿Observa usted algo visible en ellos?

Traté de precisar más claramente su concepto sobre ese movimiento que calorizan Mañach y Pardo, y él, otra vez cauteloso, respondió:

—Cualquiera otra marcha dentro de la ortodoxia significa fragmentación, divisionismo. (Su voz vibraba, como una hoja de acero).

—Del mismo modo califica Tony Varona la línea de independencia política subrayada por ustedes —le interrumpí—. El cree que se divide a la oposición y que se debilita notablemente un plan de trabajo común. Precisamente en nuestra última entrevista él hizo historia de cómo, en todos los momentos difíciles, las fuerzas opuestas a un sistema de gobierno se han unido. ¿Recuerda usted que frente a Machado coincidieron los nacionalistas de Mendieta, los conservadores de Menocal y los estudiantes y profesores de la Universidad? La propia Constitución de 1940 fué una consecuencia del frente unido de la oposición...

No me dejó continuar:



—Cierto, Braña. Pero también es necesario hacer un poco de historia en este caso. Tenga presente que nosotros le ofrecimos apoyo al gobierno constitucional el 10 de marzo y lo hubiésemos mantenido, de asumir el doctor Prio una actitud de lucha. Ahora bien, ya exilado, la ortodoxia consideró que debía seguir su propio pronunciamiento.

III

LA SOLUCION NACIONAL

CONTINUABAN saliendo flechas de mi carcaj profesional:

—Profesor, ¿cómo podría llegarse a esa solución nacional que señala el PPC como paso previo a toda actuación de tipo electoral?

—Fácilmente —(y de nuevo su mirada se iluminaba con la llama de la fe)—. No hay otra salida que la normalización del proceso político. El

régimen no puede continuar por este camino a no ser que pretenda destruir al país. Nosotros queremos una decisión verdadera, decorosa. La ortodoxia no se niega a apoyar aquellas gestiones honorables que la propicien. No se ha negado nunca. Recordará usted que acudimos a la cita que nos dió el Bloque de Prensa e igualmente contó con nosotros el intento del doctor Cosme de la Torriente. Trabajaremos en el mismo sentido lealmente, respetando, desde luego, la línea de independencia política.

Se detuvo unos segundos —yo había extraído mi libreta de anotaciones— y añadió:

—Es muy diáfana nuestra actitud. No somos remisos a soluciones de tipo nacional. Pero unidad de acción, no. Queda desestimado de autemano cualquier propósito en ese sentido. Con la misma energía rechazaremos todo aquello que signifique una lucha de frentes (Yo me acordaba de la posición parecida que adoptó el doctor Grau en cierta ocasión, cuando los frentes populares)... Queremos la unidad de todo el pueblo dentro del partido...

—¿Es usted partidario del partido único?—la pregunta era intencionada.

Recogió la flecha en el aire para responder:

—Frente a nosotros pueden estar tantos partidos como admita la opinión nacional. Pero creemos interpretar el deseo de las grandes mayorías del país. Niego que este sea un movimiento exclusivista; aquí no hay castas. Es un movimiento de pueblo orientado en dos teorías: 1)—Independencia política; 2)—Puertas abiertas, como lo señaló Chibás en el Parque Central.

Volví a mi papel de tábano:

—¿Y cuáles serán las relaciones con los otros partidos?

Silencio de unos segundos. Posiblemente Agramonte quiso desviarse con unas palabras bien conocidas:

—En cuanto a las dirigencias, siempre hemos establecido una limitación. No queremos nada con los hombres de manos manchadas por la sangre o por el oro robado.

Tuve la tentación de trasladarle algunos comentarios, escuchados aquí y allá últimamente, sobre que toda esta actividad súbita en el campo de la política está inspirada por el éxito que obtuvo el doctor Grau al movilizar grandes masas populares bajo las banderas del llamado "voto negativo", pero me pareció estéril. Preferí volver al tema de la solución nacional, en la que sus puntos generales coinciden con los expuestos por Tony Varona.

—Quizá le haya dicho ya —y el doctor Agramonte miraba intencionalmente mi libreta—, que deseamos una solución verdadera y decorosa. Para ir a un proceso político es indispensable que todos estemos en el pleno disfrute de garantías. Cuando se habló de unas elecciones en las que esas garantías para el ciudadano no existían, o se daban caprichosa y personalmente, anunciamos lo que iba a ocurrir. Los hechos reafirmaron nuestra razón. ¿Cómo alguien puede decir que el pueblo de Cuba está satisfecho con unas elecciones como esas de noviembre?...

Va dándome al detalle hechos conocidos. Vuelve a enjuiciar las cosas con dureza de fondo. Por último regresa al tema central: «Las garantías han de estar en los hechos, no en los discursos».

Hacemos un recuento de las condiciones mínimas indispensables para considerar al país en vías de normalización:

—Lo primero —dice con firmeza—, es la Amnistía, que no puede ser objeto de negociación. Luego, por sí mismas, las garantías para que puedan regresar los exilados; plena vigencia de la Constitución; libre derecho para votar, determinado por un Código aceptable. En una palabra, el restablecimiento de las instituciones democráticas. El clima político... Y el clima lo crea sólo el hecho visible.



9

7

Tuve que echarle mano a la estilográfica porque en el lapicero ya no quedaban creyones. Hablaba el doctor Agramonte con más prisa que al principio. Yo no quería perder el hilo de las ideas y me resultaba difícil seguirlo palabra por palabra. Habló de su concepto, peculiarísimo, sobre el Congreso, que considera "de la misma índole del Consejo Consultivo". Cree que es gratuita la acusación de que la unidad de la ortodoxia se ha producido con vistas a un movimiento electoral inminente.

—No nos atraen unas cuantas actas en un congreso mediatizado —(su voz restallaba como un látigo)—. Lo que nos interesa es el Parlamento como poder efectivo del Estado. Por lo demás, pueden todos estar seguros de que permaneceremos en una lucha frontal contra el régimen.

Súbitamente volvió a la posición de la ortodoxia, y aunque ya la parte periodística había terminado, hablamos durante un buen rato de varias cosas más. Me cuenta de sus viajes por el interior de la Isla, de sus saltos de cárcel en cárcel o de cuartel en cuartel.

—¡Yo también tengo una experiencia personal de los sistemas policíacos provinciales! —exclama— ¡Y por qué? Porque estamos produciendo una conciencia de lucha contra un régimen espurio. ¡Y todavía me sale al paso la leyenda de la biblioteca!

DESOSO de publicar alguna vieja fotografía que recogiese el momento más señalado de su vida política, así se lo h'ce saber.

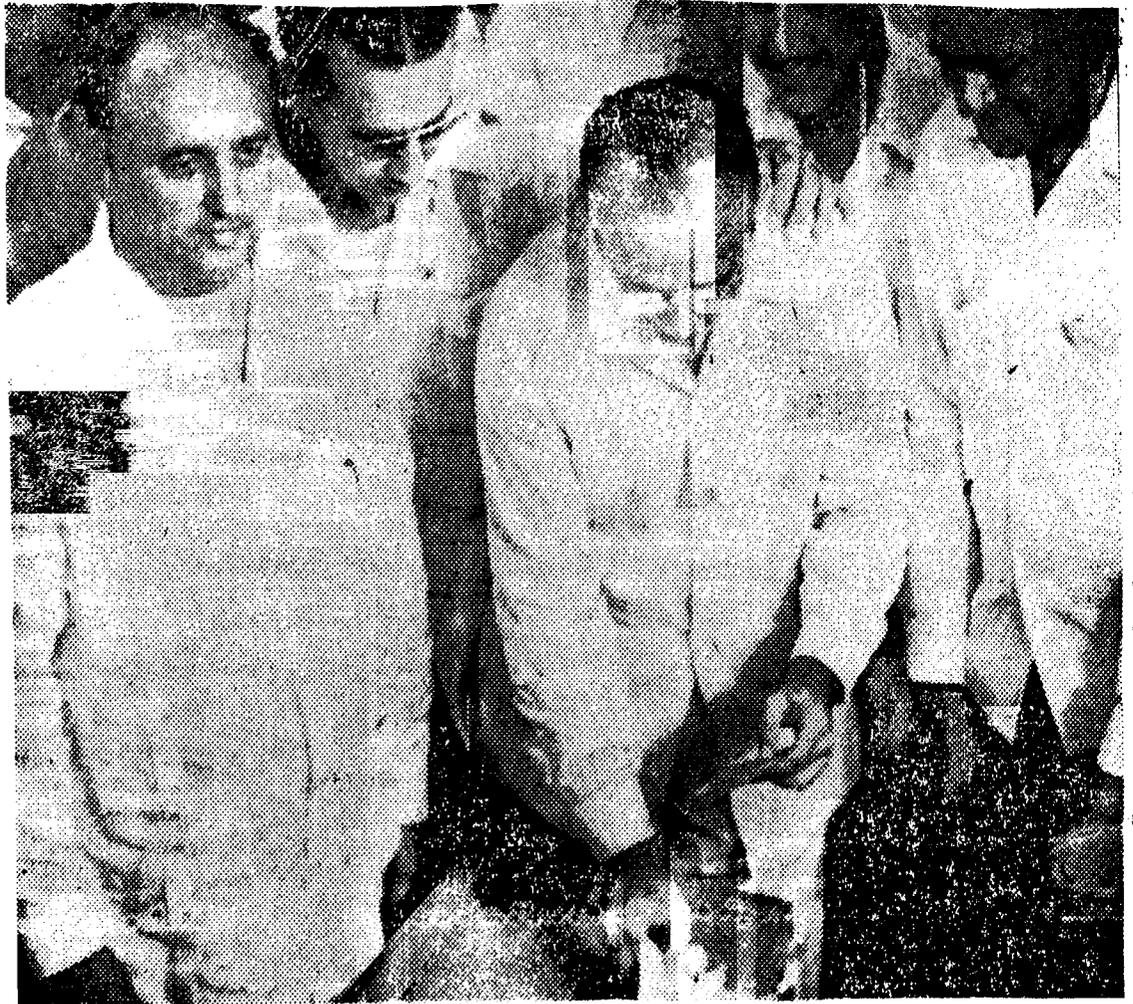
—Bien —respondió gustosamente—, bajemos a la oficina.

Descendimos por una escalera algo angosta y me llevé una sorpresa. ¡La oficina desde la cual labera como jefe de un partido político tan grande está instalada en el garaje de su casa!... Allí Conchita, todo un símbolo de la ortodoxia, actuaba como secretaria, en compañía de un joven mecanógrafo que "picaba" su stencil en una vieja máquina de escribir.

Hoyce unos sobres durante unos minutos y luego él me acompañó hasta la cancela del jardín. Al volverme para decirle adiós lo encontré en pie, firme, bañado a un mismo tiempo por la luz procedente de arriba, de la biblioteca, y de la oficina, instalada casi en plena calle.

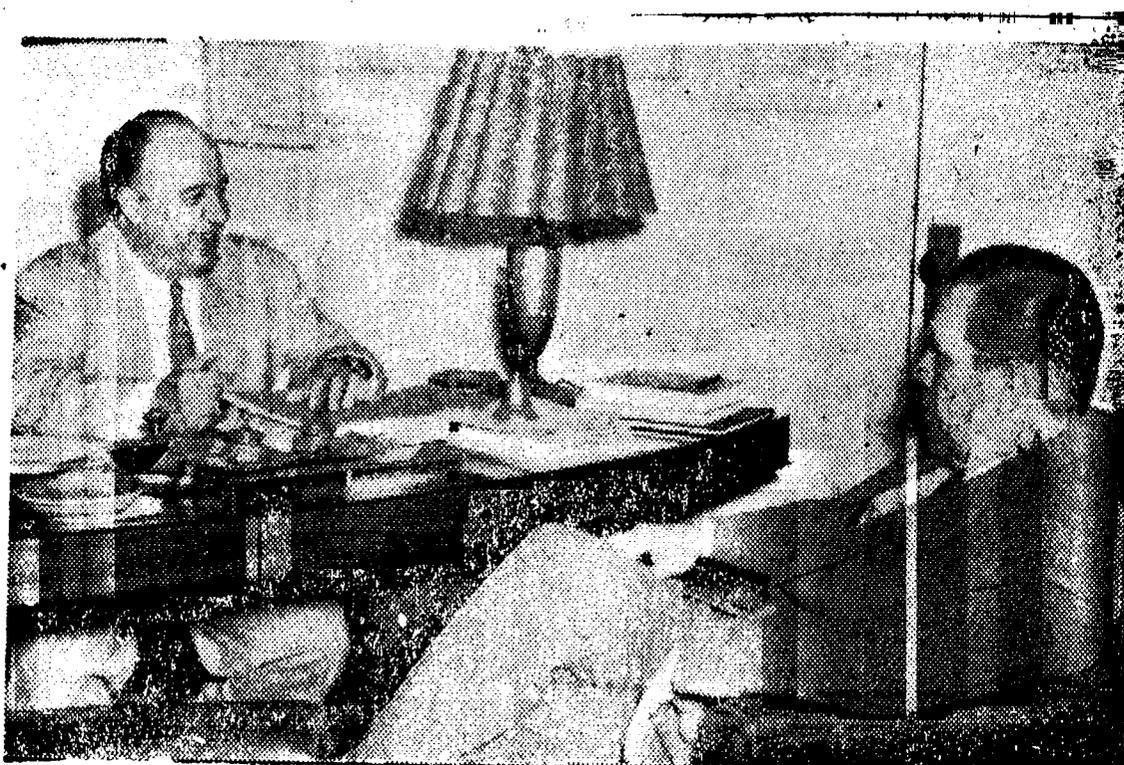
Allí quedaba el profesor Roberto Agramonte, líder ortodoxo, en contacto con las dos facetas que tiene su vida.

Pais, ab 2/55



...«Nunca podré olvidar ya aquel día, que hace historia en mi vida», nos decía al recordar el momento en que se presentó en un colegio electoral del Vedado, en 1948, en unión del guía ortodoxo para depositar su voto bajo la columna del PPC...

3000152



...Más tarde, rebuscando en el sedimento que aquella larga y grata entrevista dejó en mi subconsciente, comprendí el por qué de muchas cosas...



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

9

3860153



...Yo le dije a Mañach que el nuestro era un movimiento ya hecho, y él me habló del nuevo partido!... El doctor Agramonte no se enciende con el tema polémico, pero, como todo filósofo, maneja la ironía...

IPD

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

9

3806154



...Libros y una incontenible inquietud intelectual. El ilustre profesor de Sociología de la Universidad de La Habana encuentra en sus hijos.—Roberto y Conchita— los mismos matices espirituales y un idéntico afán. Aquel hogar venturoso, muestra aquí y allá, en un detalle cualquiera, el exquisito espíritu de femineidad de una mujer elegante y distinguida: la señora Conchita del Río de Agramonte...



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

UN JUSTO HOMENAJE

AL ARQUITECTO

FERNANDO AGUADO

A CABA de celebrarse con gran éxito en la Escuela Superior de Artes y Oficios, de la cual es Director el compañero Silvio Acosta y a iniciativas de su Claustro de Profesores, al cual secundaron los graduados de esa Escuela y alumnos de la misma, un merecido homenaje de recordación a su fundador y precursor de la Enseñanza Técnica Industrial en Cuba, Dr. Fernando Aguado y Rico, miembro que honra también nuestra profesión y nuestro Colegio Nacional de Arquitectos.

Se aprovechó la circunstancia de ser ese día el 57 aniversario de la fundación de la Escuela, para colocar el nombre de Fernando Aguado y Rico en la fachada del edificio, con el que ha sido designada la misma, así como colocar también una placa de bronce explicativa del acontecimiento, y un retrato del arquitecto Aguado en la sala de la Dirección para perpetuar su memoria ejemplar. En nombre de los antiguos profesores habló el Dr. Cándido Hoyos, conocido médico de esta Capital, que fué colaborador durante muchos años del homenajeado, quien hizo una relación detallada de la fundación de ese Centro de cultura y de todo el proceso de su desarrollo.

Le siguió el Dr. Miguel García Calella, actual profesor de ese Centro de instrucción quien hizo resaltar la obra meritoria realizada por el Arq. Aguado y su significación en el desarrollo industrial de Cuba, explicando las causas por las que el claustro del que forma parte, honrándose con ello, había solicitado y obtenido que la Escuela llevara el nombre de su fundador.

Después, nuestro querido compañero Arq. Miguel A. Hernández Roger, ofreció el homenaje en nombre de los graduados de la Escuela, pronunciando un discurso que insertamos en este número, ya que encierra el resumen de la obra de todos. A continuación el alumno Julián García Oliva, dijo un buen dis-



Arquitecto Fernando Aguado y Rico

curso reconociendo la obra del maestro y pidiendo que se hiciera valer su obra dándole reconocimiento oficial a sus diplomas.

Por último, con gran extensión y emoción, el graduado Secundino Farías a nombre del doctor Aguado, que se vió impedido de concurrir al acto por encontrarse enfermo, dió las gracias a todos los que de algún modo habían contribuido a aquel acto.

Tomaron participación la Banda Municipal de Música y la de la Casa de Beneficencia.

Además recitaron magníficas poesías la Srta. Dolores Rodríguez y el Sr. Ernesto Alzola.

El acto se vió honrado por todos los familiares del doctor Aguado, el Claustro de Profesores, la Subsecretaria de Educación Srta. Juana María Catá, el coronel Dr. Aristides Sosa de Quesada, el Dr. Carlos de la Torre, el antiguo y querido maestro Juan Guerra, Ing. Miguel Villa, Arq. H. Navarrete, Presidente del Colegio Nacional de Arquitectos; el Arq. Armando Pujol, Presidente del Colegio Provincial de Arquitectos, representaciones de diversas autoridades civiles y militares y una nutrida y selecta concurrencia de graduados, alumnos, amigos y admiradores de la obra de Don Fernando. Los actos fueron

trasmítidos por radio, que cedió galantemente la Casa de los Hermanos Salas, lo que permitió al ilustre y querido maestro Aguado, oír los discursos pronunciados desde su lecho de enfermo.

Felicítamos con todo afecto al arquitecto Aguado por el merecidísimo honor de que ha sido objeto en justa compensación a sus grandes merecimientos como educador y como persona, y enviamos un abrazo a sus hijos los colegas Fernando y Gustavo Aguado, dignos herederos del talento y honorabilidad del padre.



Reproducimos a continuación las palabras del arquitecto Hernández Roger:

Desde 1882, ya se solemniza en Cuba el 1.º de Mayo como día del trabajo. Parece que hay fechas predestinadas para la historia de los pueblos y de los hombres. Para el pueblo de Cuba lo es esta, porque en ese día se inicia la preparación de sus hijos para su liberación económica por medio del trabajo científicamente ejecutado y lo es para el cubano ilustre, nacido en las serranías de la legendaria Trinidad, Arq. Fernando Aguado y Rico, por su clara visión, decidida y rápida actuación que hizo factible una idea magnífica.

En ese primero de Mayo de 1882, dan comienzo en Cuba, las tareas de la Escuela Preparatoria de Artes y Oficios, en el local que pocos días antes ocupara la cocina del edificio de la Diputación Provincial, situado en Empedrado No. 30 en esta capital.

Hoy hace 57 años que en otra también solemnidad oficial, presidida por el Sr. Carlos Saladrigas, como Presidente de la Diputación, con la asistencia de autoridades españolas que regían los destinos de este país, quedó inaugurada la referida Escuela de Artes y Oficios bajo la Dirección de nuestro homenajeado de hoy; eficazmente auxiliado por otros cuatro abnegados e ilustres compañeros: Dr. Manuel Ubeda Aydely (médico) Dr. Carlos de la Torre y Huerta (Dr. en Ciencias Naturales); Dr. Joaquín Jacobsen Santos (médico) y Fidel Miró Soler (escultor).

Remontándonos a esa época, encontramos ya como un grupo de jóvenes cubanos, en un ambiente difícil y de los menos propicio a favorecer intereses de los

nativos que ya habían dado y daban muestras ostensibles de sus ideales de liberación; pensaban en el problema fundamental de la educación de abajo arriba, es decir, se preocupan por la cultura popular.

Pensar en ese entonces en la educación y preparación de obreros y artesanos, que en su mayoría tendrían que ser muchachos cubanos, era casi un heroísmo.

Pero como las almas nobles se entienden y comprenden por esa afinidad misteriosa que las une; no faltaron almas nobles españolas y cubanas que respondieran al vehemente deseo de esos jóvenes y así encontramos como el Gobernador Tellería, el Presidente de la Diputación Carlos Saladrigas y los demás miembros de aquel organismo, hicieron posible la creación de la Escuela Preparatoria. Conceden local y un crédito de ¡\$539! necesarios para la instalación y en el próximo presupuesto de 1882-83, ya se consignan para esa finalidad \$2,500 anuales, para adquisición de material, instalaciones y sueldo del Conserje, ya que los profesores no percibían remuneración alguna por sus trabajos; lo cual demuestra desde su origen el noble fin que se proponían.

Guía a esos hombres no el utilitarismo bastardo e individualista que busca por todos los medios a su alcance, el provecho directo e inmediato, sin tener jamás en cuenta el resultado con relación a la comunidad; sino es su guía, el altruismo; la más hermosa creación de la Moral, que inscribe en la conciencia de cada hombre el deber de procurar con su actuación: aumento de bienes, o disminución de males, aquilatamiento de energías, multiplicación de iniciativas fecundas, mayor y mejor previsión de legítimos recursos de defensa en la lucha por la vida y en definitiva, un paso de avance en la realización de los grandes ideales de Bienestar, de Progreso y de Justicia. Poner la instrucción al alcance de las clases pobres de un país, que son las resistentes y efectivas energías productoras en todos los sistemas de organización social y las que constituyen precisamente las mayorías soberanas en el régimen de la democracia, es el más noble esfuerzo y el más alto altruismo a que puede llegar un hombre, una sociedad o un Gobierno.

Y eso es precisamente lo que hace este grupo de hombres de buena voluntad y de acendrado patriotismo al prestar generosamente su tiempo y su saber para mejorar la condición del trabajador nativo.

Si la brevedad de este trabajo, no fuera la consigna,

UN JUSTO HOMENAJE AL ARQ. FERNANDO AGUADO

analizaríamos cómo ese grupo de hombres estaban también haciendo revolución; pero revolución profunda y perdurable, ya que preparaban las mentes y el corazón de hombres jóvenes en un anhelo de superación que necesariamente habría de conducirlos a su aplicación en aras de la libertad.

Ya en el discurso de inauguración de la Escuela en 1882, dijo su director, nuestro Ilustre Habanero Dr. Fernando Aguado y Rico, como honrosamente lo acaba de titular el Ayuntamiento de la Habana; al hacer resaltar las necesidades morales y materiales de las clases trabajadoras, que la Escuela inaugurada abría el porvenir, al dotar a la sociedad de buenos técnicos y artesanos aptos.

Para hacer ese esfuerzo, en ese medio y a esa edad, pues eran mozos de 23 años, se requieren corazones nobles, se necesita la inspiración de amor al semejante, tener el alma abierta a los baldíos horizontes por donde emerja el destello de una luz, un dulce sonido, la vibración de un sentimiento delicado, el polen de una idea de bien, para aprisionar con fructífero tesón el rayo de luz, el sonido, la vibración y el polen descubierto; transportarlo al espíritu de los demás y fundar la iniciativa de un gozo en el corazón ajeno, de un bienestar (transitorio o permanente, particular o general), de un paso en el camino de la perfección en cuyo desenlace habrán de romperse con estrépito las cadenas de la esclavitud para que brille el sol glorioso de los libres, sin cuya lumbre no puede germinar en ningún punto del planeta la simiente de la felicidad.

Y tan es así, tan intenso ha sido el esfuerzo, que se traduce, se amplía y repercute en el corazón de otros jóvenes y ya en 1883, se aumenta el grupo de altruistas con las también nobles figuras del Dr. Manuel Pérez Besto, Dr. J. A. Rodríguez García, Antonio Burés, Dr. Cándido Hoyos, Francisco de Franco Díaz, Francisco Planas y Emilio Madurell; quienes demuestran con ese gesto de adhesión a la obra de Fernando Aguado, la existencia de hombres buenos en todas las épocas.

Cierto que todo en el mundo resulta relativo, que una buena acción para algunos, es mala para otros y que un hombre al proceder de cierta manera bajo la presión de determinadas condiciones, colocado en otras diversas u opuestas, podrá observar una conducta distinta, tal vez contraria. Pero eso no es un obstáculo para nuestra evaluación de los seres humanos por medio de los principios abstractos que regulan su vida

y cuya fuerza no depende de la recta o torcida interpretación de quienes los examinan para obrar o criticar, sino de la íntima relación que guardan con las ideas de donde dimanan.

Un hombre de bien, el hombre bueno, será aquel que esté imbuído en los principios que dicta la noción del bien y que cuando actúa en el plano de nuestras realidades contingentes, obra impulsado por un anhelo sincero de ceñir su conducta a los dictados del principio.

Y todo ese grupo de jóvenes, llenaron ese ideal de hombres buenos; pues contribuyeron de una manera decidida y constante a que otro grupo de cubanos también, pudieran ascender desde el fondo más humilde, hasta el peldaño más alto de la escala social.

Y esto lo reconoce y proclama en este acto un graduado de esta Escuela, que ha sido honrado por sus compañeros con el privilegio de hacerse oír, contando con la benevolencia del auditorio, en este inolvidable momento de recordación, en nombre de todos ellos.

El origen de todos los alumnos de esta Escuela, responde a su fundación; provienen de las clases más humildes, de las clases obreras, de ese receptáculo de las energías primarias sin cuya existencia no puede concebirse la potencialidad de una nación y quienes al calor de los ideales concebidos y realizados por sus propugnadores, han llegado a todas las alturas: al taller, a la dirección de industrias, a la cátedra y a las altas direcciones gubernativas.

Y esos mismos son los que han propiciado este hermoso acto de confraternidad, para el que han tenido todas las facilidades, todo el calor y todo el afecto sincero de cuantas personas e instituciones se han solicitado y de otros de espontánea concurrencia.

Y es de hacerse notar para su honra y ejemplaridad, como la idea matriz de este merecido homenaje nace del actual Director, del queridísimo y fraterno compañero, Silvio Acosta, interpretando el sincero deseo del ilustre Claustro de esta Escuela, todos a su vez hijos de esta pródiga casa, que sentían la necesidad de reclamar la caricia paternal de su creador.

Y éste, enfermo y recogido en su hogar, impedido por tanto de prestigiarnos con su presencia y obediendo la recomendación expresa de su médico y viejo amigo, Dr. Hoyos, que comparte con nosotros la dulzura de este momento de felicidad; si bien es verdad que materialmente no está aquí, sin embargo, sentimos su espíritu animador y sereno, dulce y jus-

ticiero y sabemos que gracias a los adelantos de la ciencia y a la gentileza de los dueños de la Estación radioemisora CMBZ, hermanos Salas nos escucha tan emocionado como contrariado por la grandiosidad de este acto, que pugna con su modesta manera de actuar, en su constante e infatigable construir.

También por siempre, su nombre quedará en letras de bronce embutidas en las piedras de esta casa, que él conoce una a una y que lo estarían desde su fundación, si no hubiera surgido siempre el opositor a esa idea: Fernando Aguado y Rico.

Bien merece ese perenne homenaje de recordación, quien dió todo lo que tuvo: juventud, salud, y fortuna, en pro de un solo amado ideal: la propagación de la enseñanza técnica, como fuente fecunda del progreso y bienestar de la patria. Y a ese solo ideal, lo vemos consagrado día y noche, durante 36 años que dirige esta Escuela a la que se dió desde los 23 años. Y hoy todavía, triste, abatido por la enfermedad, con el peso de los años sobre su estructura física, no ha dejado ni deja un sólo instante de pensar y de hacer algo útil en beneficio de ese mismo ideal.

Una sola anécdota voy a referir para que se comprenda la hondura de su amor a todo lo que signifique trabajo y perfección.

Cuando alumno, realizábamos la reparación de un estante en el que se guardaba una colección en madera de los sólidos geométricos y hubimos de observar como el éxaedro regular había sido horadado en un punto y destruída totalmente la masa de madera por el comején, quedando la forma comprendida por las

seis caras de la película de barniz. Le llamamos la atención y después de examinar los restos del sólido nos dice: "trátalo con mucho cuidado, asegúrate de que no queda ningún bicho y colócalo en esa vitrina de trabajos especiales de los alumnos, porque el trabajo honrado y bien hecho hay que respetarlo".

¿Queréis otra oración más bella sobre el trabajo y otra lección más hermosa del maestro? No encierra una lección de psicología, de fe, de entusiasmo y de ejemplaridad?

Y sino, véase como a los 29 años de recibida aún no se ha olvidado. Y así con seguridad, cada uno de los hijos de esta Escuela, de los que tuvimos la dicha de recibir sus lecciones maestras, podría referir su anécdota inolvidable.

Y vosotros, alumnos y profesores de hoy, recibid en este homenaje el retrato del venerable maestro, llevado al lienzo por el joven artista cubano José Rovira Soler, como símbolo de nuestro testimonio de reconocimiento, hacia el mentor espiritual y material de varias generaciones de hombres que hoy desenvuelven su vida en esferas más o menos altas; pero todos, ganando el pan con su trabajo honrado, como nos lo supo inculcar en el transcurso de sus enseñanzas y con su ejemplo.

Colocadlo en lugar preferente y en vuestros momentos de dificultades, en vuestros instantes de dudas en la acción, haced vuestras reflexiones en la sala donde él se encuentre, que la ejemplaridad de la serenidad de su espíritu, que nunca pudo quebrantar la furia de la adversidad, será faro luminoso que guiará vuestra mente por las sendas del bien.



DEJO DE EXISTIR EL DOCTOR F. AGUADO

Fué Fundador de la Escuela Superior de Artes y Oficios de La Habana

TENDIDO EN ESE CENTRO

Múltiples Expresiones de Duelo con Motivo de su Sentido Fallecimiento

Ha muerto Fernando Aguado y Rico. A una edad avanzada, el fundador de la Escuela Superior de Artes y Oficios de la Habana, rindió ayer su tributo a la tierra, rodeado de sus familiares, en su residencia de Goicurúa, 211, entre Libertad y Milagros. Su sepelio se efectuará hoy domingo a las cuatro de la tarde, partiendo el cortejo fúnebre de la referida Escuela, donde durante la noche de ayer y el día de hoy, se le rindieron guardias por los que fueren sus discípulos, muchos de los cuales hoy son maestros del establecimiento.

Su vida toda se redujo a la mencionada Escuela, que fundó hace cincuenta y nueve años, conjuntamente con los doctores Manuel Ubeda Aydely, Joaquín Jacobsen y Cantos, Fidel Miró y Soler y don Carlos de la Torre, único de los fundadores que sobrevive. Trece años antes de iniciarse la Guerra de Independencia, en enero, de 1882, tuvo efecto la fundación de la que se llamó entonces «Escuela Preparatoria de Artes y Oficios». El acta, levantada por el señor Ubeda que actuó de Secretario, consigna que la reunión se efectuó «en la morada del primero de dichos señores» —el Licdo. Fernando Aguado y Rico— y bajo la presidencia del mismo. Así, la escuela, fundada «en su morada» continuó siendo su hogar durante largos años, en que permaneció a su frente, como Director.

De esta suerte, no sólo fué el fundador, sino el organizador de la Escuela, hasta que el general Alemán, al asumir la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, la conmovió en Escuela Superior y, aprovechando las experiencias en ella obtenidas, fundó las Escuelas Industriales que habrían de formar con aquella, un sistema para la preparación de técnicos y obreros cualificados.

Cúpole, pues, la satisfacción de ver aquella Escuela Preparatoria de Artes y Oficios «fundada» bajo los

auspicios de la Excm. Diputación de esta provincia», según reza el acta correspondiente, «para dar en ella enseñanza completamente gratuita, haciéndola de este modo accesible a todas las clases», en Escuela Superior. Aquella primitiva escuela sólo se proponía ofrecer «los conocimientos científico-fundamentales necesarios a un arte u oficio», «sin entrar en la práctica propiamente dicha», por entender que ésto constituía aprendizaje propio de talleres y las clases, naturalmente, eran nocturnas, pues se destinaban a obreros que trabajaban en las horas del día.

El propio señor Aguado, se hizo cargo, inmediatamente de la asignatura «Nociones de Mecánica Aplicada», e interinamente explicaba también Aritmética y Principios de Algebra y Geometría teórico-práctica; el señor Ubeda, explicaba la Geografía; el señor Jacobsen, la Química aplicada; el señor Miró, el Dibujo, y el doctor Carlos de la Torre, la Física.

Todos, por el acto constitucional, «se comprometieron solemnemente, a desempeñar sin retribución alguna, en obsequio del país las diversas asignaturas», que prescribía el reglamento; en su impaciencia por ver el proyecto convertido en realidad, acordaron que las clases del primer grupo empezasen inmediatamente «para no esperar al mes de octubre» en que según el reglamento debía abrirse el curso, aunque para completarlo, éste se prolongase hasta el día 31 de agosto.

Así funcionó durante largos años la Escuela, hasta la instauración de la República.

Nacido en Trinidad en 1859, el doctor Aguado y Rico cursó sus primeras letras en aquella ciudad y más tarde se trasladó a esta capital donde se graduó de Licenciado en Ciencias Físico-Matemáticas y de Arquitecto en la Escuela Profesional.

La Capilla

La capilla ardiente, se instaló anoche en el Salón de Actos de la Escuela. Tan pronto se acordó así, concurrieron a la Escuela, numerosos profesores y alumnos y graduados, que aguardaron allí la llegada del cortejo para rendir al venerado maestro el último tributo.

Entre otras significadas personas allí se encontraban: el Ministro de Educación, doctor Juan J. Remos, el Director de la Escuela, Ingenie-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

L

ro Silvio Acosta; el Subdirector señor Carlos Miranda, los señores Carlos Iglesias, Julián Franco, Ernesto Díaz, el doctor Monte; el doctor Montero; los señores Corominas, González, Julio Daniel, Manuel Perceño, Arturo Madrazo, Francisco Pérez, José Gastañaga, Galindo, Pando, José Bretones, San Román, Lavastida, Rafael Molina, Bosch, Mendoza, Carlos Salas, Ricardo Machado, Ricardo Calvo, señor Camps, Blanck, Manuel Piedra, Manuel Piedra, Valdemayo, Fernando de Córdoba y otros.

Los miembros de la Federación de Alumnos, Israel Oramés, Luis G. Salas y Raquel Rodríguez, Rolando Ccello y Lázaro Montalvo; Raúl Rodríguez Palacios, por los graduados; A. Aparicio, Roberto Bernal y el señor Manuel Soto Brito, en representación de los empleados del plantel.

También se encontraban allí sus hijos Fernando, Gustavo, Carlos y Augusto.

La primera guardia la montaron el Ministro de Educación, doctor Juan J. Remos, el Director de la Escuela, Ing. Silvio Acosta, el ingeniero Fernando Aguado y Moreira, la doctora Blanca Rosa Urquiga, Directora de la Escuela Normal Rural «José Martí», el señor José R. Cosculluela, abogado consultor del Ministerio de Educación y el doctor Mario Martínez, funcionario del Despacho del Ministerio a las 7.45 de la noche.

Las Ofrendas

Las primeras ofrendas llegadas fueron las del Honorable Presidente de la República, de la Escuela Superior de Artes y Oficios, de la Asociación de Profesores y Padres de la Escuela, del Colegio Nacional de Arquitectos de la Sección de Urbanismo del Municipio y del Ingeniero Luis Bonich.

M. A. 21/11

Ana Aguado de Tomás

Un día como hoy —8 de mayo— de 1921, murió Ana Aguado y Andreu de Tomás.

Nació en Cienfuegos, Cuba, el 3 de mayo de 1866, y fueron sus padres Andrés Aguado y Carolina Andreu.

Sus buenos padres marcaron los rumbos de su enseñanza con el ejemplo de un hogar dulce y culto. Después, desde los siete años, comenzó sus clases en el colegio de la educadora Rafaela González Mendoza, donde al año de su ingreso "leía y solfeaba brillantemente —escribe su biógrafo Juan Beltrán—, alcanzando iguales extremos en los restantes y obligados estudios."

En el año de 1878 la familia pasó a residir en España, y con ella fué a vivir Ana Aguado a la Coruña, donde se ganó rápidamente la admiración y el cariño de sus profesores, especialmente Alfredo Totosaus que apreció sus méritos y destacó sus facultades artísticas, presentándola por primera vez al público en la fiesta de la Natividad del plantel, el 25 de diciembre de 1883, interpretando a Chapi, Mettel y Robandi. Después cantó en el Liceo Brigantino, con gran éxito, la romanza "Los Diamantes de la Corona" y la cavatina del "Estreno de una Artista", por Joaquín Gaztambide.

Al arribar a sus diecinueve años, plena de juventud y de belleza, volvió a Cienfuegos, donde permaneció hasta 1889, en cuyos años desplegó una intensa actividad artística en favor del arte local y los valores jóvenes necesitados de ayuda para seguir sus estudios dentro y fuera del país.

Con la interpretación de la zarzuela "Marina", se despidió del público de Cienfuegos, a fines de 1889, y pasó a los Estados Unidos esta gran mujer y gran artista.

En la gran democracia contrajo matrimonio con Guillermo M. Tomás el 19 de mayo de 1890,

y el 16 de junio siguiente debutó en Hardman Hall, de Nueva York, a ruego de Martí que le dice al invitarla que "para disponerse a morir es necesario oír antes una voz de mujer".

El gran profesor Emilio Agramonte completó sus estudios y le ayudó a formar un selecto repertorio, al mismo tiempo que la dió a conocer a los críticos más exigentes de Nueva York, que la colmaron de alabanzas. En 1893 fué nombrada soprano de la iglesia San Francisco Javier, resultando vencedora en las oposiciones celebradas contra veintidós aspirantes, figurando entre ellos destacados valores del Metropolitan, realizando una magnífica interpretación de la misa en fa, de Schubert y otras composiciones.

Esta plaza, hermosa y bien retribuída, la desempeñó Ana Aguado hasta el año de 1897 en que la renunció, para regresar a sus patria en octubre de 1898, después de haber cooperado, como antes lo había hecho en Cienfuegos, con amplia generosidad, en todo lo que fuera socorrer a sus conciudadanos o servir a los intereses de la patria.

En la capital de Cuba fueron apreciados igualmente que en Nueva York sus grandes méritos artísticos. El Conservatorio Nacional la incluyó entre sus profesores y el Instituto Pedagógico de la Junta de Educación de la Habana le honró también, encomendándole una cátedra de música en 1901.

En los primeros años de la República tomó parte en distintos conciertos de la Banda Municipal, junto a su esposo, director de la misma, y en otros como los organizados por la Asociación Iniciadora y Protectora de la Real Academia Gallega, el 15 de septiembre de 1911, que fué su última presentación.

El 10. de julio de 1919 fué nombrada subdirectora de la Escuela Municipal de Música, fundada por su esposo, cargo que desempeñó hasta su muerte, el 6 de mayo de 1921.

V. A. M.

A g u a y o

Un día como hoy —28 de marzo— de 1866—, nació en Ponce, Puerto Rico, Alfredo Miguel Aguayo y Sánchez, siendo sus padres Aurelio Aguayo y Amanda Sánchez.

Comenzó los estudios de la enseñanza primaria en su ciudad natal, los cuales interrumpió a los trece años en que su familia se trasladó a La Habana, donde continuó los correspondientes al bachillerato y después la carrera de Derecho, en la Universidad de La Habana, al mismo tiempo que trabajaba como aprendiz de tipógrafo y dedicando sus horas de ocio a la encuadernación.

Ya graduado de abogado trabajó como tal junto a su buen amigo Angel Cowley, pero manifestándose desde esta época que su vocación estaba en los estudios pedagógicos y no en el Derecho, al mismo tiempo que cursaba los estudios universitarios daba clases en el colegio La Divina Caridad, del que fué después director, cargo que ganó también por oposición en la escuela del Círculo de Trabajadores, además de figurar en el profesorado del colegio San Manuel y San Francisco, después llamado de Hoyo y Junco, junto a personalidades tan destacadas como Manuel Valdés Rodríguez.

En estas actividades se encontraba Alfredo Miguel Aguayo, cuando le fué atribuido un escrito publicado por el padre en Tampa, que el gobierno español estimó suficiente para considerarlo complicado en la guerra de independencia que acababan de iniciar los cubanos, por lo que en ese mismo año de 1895 tuvo que emigrar a los Estados Unidos, radicándose en Nueva York, ocasión

que aprovechó para mejorar sus estudios, y muy especialmente los idiomas inglés y alemán.

De Nueva York regresó a Puerto Rico, donde ejerció nuevamente la profesión de abogado, actuando también como juez y magistrado, hasta que, terminada la guerra cubana, regresa a La Habana para colaborar activamente con el Gobierno Interventor en la organización de nuestra enseñanza. En 1900 fué nombrado Director Escolar de la Habana, al mismo tiempo que trabajaba en el Círculo de Pedagogía de la Habana, la Escuela Normal de Verano, en el colegio María Luisa Dolz, y en su propia Escuela Normal por Correspondencia, fundada en 1902.

Al margen de estas actividades, su pluma no dejaba de comentar constantemente los temas más variados, ya en sus propias publicaciones o en la prensa local. Muy joven fundó la publicación Fray Martín, y por esta época colabora asiduamente en Patria, La Lucha, La Discusión y el Diario de la Marina.

Consagrado toda su vida a los estudios pedagógicos, dejó a su muerte una extensa bibliografía sobre la materia, que ha compilado y publicado en 1950 su hijo Jorge Aguayo, muchos de cuyos títulos están formados por libros de texto de nuestras escuelas, institutos de segunda enseñanza y la Universidad, que lo son también de reputados planteles extranjeros, especialmente de Perú, Argentina y Colombia, habiéndose traducido algunos al portugués.

Murió en La Habana, el 30 de abril de 1948.

Ayer y Hoy



EL DOCTOR ALFREDO MIGUEL AGUAYO Y SANCHEZ, puede ser considerado como el verdadero padre de la moderna pedagogía en Cuba. Como Fernández Mascaró, el general Rius Rivera, el coronel Semidey y el doctor Cuevas Zequeira, nació en la hermana antilla de Puerto Rico. Cuando tenía solamente 13 años de edad su familia se radicó en la Habana y aquí, en nuestra capital, trabajando de aprendiz de tipógrafo y encuadernador, costó sus estudios de bachillerato. De esta época data su vocación por la enseñanza. En la Universidad Nacional se graduó de abogado y se doctoró en Filosofía y Letras, y por último en la que habría de ser su verdadera carrera, la Pedagogía. Aunque practicó durante algún tiempo en el foro, perteneciendo al bufete del doctor Angel Cowley, pronto se dedicó a lo que ha sido su sacerdocio. En 1884 fue nombrado director de la escuela «Círculo de Trabajadores». En 1886 ingresó en el claustro del colegio «Hoyo y Junco», que dirigía el ilustre pedagogo doctor Manuel Valdés Rodríguez. Aquí introdujo serias innovaciones en la ciencia de enseñar. Fundó en esta época la revista «Fray Martín». Al estallar la guerra del 95 a causa de un trabajo político publicado por su padre, que erróneamente se le atribuyó al hijo, marchó a Puerto Rico, donde ejerció de juez y magistrado interino. En 1898 regresó a Cuba, reanudando su dedicación a la enseñanza. Intervino en la organización de la escuela pública cubana. En 1900 fue exaltado al cargo de director escolar de la Habana, siendo el primer presidente de la Junta de Educación. De 1901 a 1902 desempeñó la Superintendencia Provincial de Escuelas. En 1906 ganó por oposición frente a Maza y Artola la cátedra de profesor auxiliar de la Escuela de Pedagogía en nuestro más alto centro docente. Explicó distintas asignaturas y sucedió al doctor Ramón Meza y Suárez Inclán como titular de la cátedra de Psicología, Historia de la Pedagogía e Higiene Escolar. A sus eficaces gestiones débese la creación del Laboratorio de Psicología de nuestra Universidad. Creó y dirigió la Asociación Pedagógica Universitaria. Dirigió durante varios años la Revista de Educación. Fue inspirador conjuntamente con la doctora Carolina Poncet, del establecimiento de las Escuelas Normales, cuya ley presentó en 1910 don Manuel Sangulí y en el Senado y defendió en la Cámara Juan Ramón Xiqués. Aquellos centros comenzaron a funcionar en 1917 siendo secretario de Instrucción Pública el doctor Ezequiel García Enseñat. Anteriormente, el gran educador argentino Víctor Mercante, ofreció al doctor Aguayo una cátedra en la Universidad de Córdoba, que rehusó. Desempeñó ininterrumpidamente hasta 1934, la que explicara en la Universidad cubana. Se retiró por enfermedad, siendo designado Profesor Emérito. El doctor Aguayo posee los idiomas inglés, francés y alemán. Su labor como escritor y autor de libros, folletos y estudios pedagógicos, ha sido extraordinaria, sobrepasando la cifra de 400. Muchos de los citados libros sirven de texto en nuestras escuelas y en la Universidad y en reputados planteles extranjeros, especialmente en Perú, Argentina y Colombia y algunos han sido traducidos al portugués. Con Sangulí, Carlos de la Torre y Varona, escribió el conocido Manuel del Maestro. Conoce muy bien las ciencias matemáticas que lo inclinaron en su juventud a estudiar la carrera de Ingeniero y que le han servido de base para los trabajos estadísticos de carácter pedagógico que ha realizado. Fundó la Asociación Pedagógica Cubana. Es presidente de honor de la Asociación Escuela Nueva, miembro de honor de la Sociedad Geográfica, fue director de la Escuela de Pedagogía, posee el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Puerto Rico y la máxima condecoración pedagógica de México, la Medalla de Altamirano. Varias generaciones de maestros le deben preparación y conocimientos. Su esposa fue la señora Julia de Castro y Dueñas, nieta de don Andrés de Dueñas, fundador del colegio «San Federico» y amigo de don José de la Luz y Caballero. Tiene tres hijos: Mercedes, Carlos, que es profesor de Zoología, y Jorge, abogado y subdirector de la Biblioteca Universitaria. A los 81 años de edad, después de una activa y brillante actuación al servicio de la cultura cubana, vive el doctor Alfredo M. Aguayo, apaciblemente en su feliz hogar, entre el respeto y la consideración de sus conculdadanos.

100101

IP
PATRIMONIO
DOCUMENTAL
INVESTIGADOR
DE LA HABANA



BIBLIOTECA JUVENIL "ALFREDO M. AGUAYO"

MINISTERIO DE EDUCACION

RECUERDO DE UN MAESTRO.

Por René Potts.

El 28 de marzo de 1866, nació en Ponce, ciudad de la antillana isla de Puerto Rico y en hogar ilustre y acomodado un niño hermoso, rubio, de ojos azules que habría de llamarse Alfredo Miguel Aguayo.

El pequeño demostró ser inteligente y amar la escuela, el estudio, los libros... y de herencia le venía este afán de saber, que su abuelo paterno, allá en la antillana Isla, dejó huella como maestro culto y generoso.

Casi adolescente, Alfredo Miguel emigra a Cuba, la otra isla hermana. El amor de su padre por la libertad fué castigado con el destierro y la pobreza. En Cuba, Alfredo Miguel se hace joven, se hace bachiller, se hace abogado y trabaja para pagar sus estudios y para sostener la familia.

Pero tiene de nuevo que emigrar. Y va al Norte, refugio de otros emigrados, donde no desmaya su ardor por estudiar y saber.

Cuando en las dos grandes Antillas cesa la guerra, Alfredo Miguel regresa a la tierra natal. Es un hombre madurado por el estudio, los viajes, el trabajo y es un juez severo, justo, respetado.

Entonces, Cuba inaugura su vida republicana mientras Puerto Rico permanece emplazado para un futuro.

Alfredo Miguel Aguayo vuelve a Cuba. Y con nosotros quedará el infatigable trabajador, que en lo adelante, dedicará su vida fecunda a una sola ciencia: la Educación. Y ocupará cargos elevados y responsables en los organismos escolares, y escribirá incesantemente para orientar y preparar con eficiencia a los maestros cubanos, y llegará a ocupar una cátedra universitaria y sólo abandonará el estudio, la investigación constante, los servicios a la escuela cubana, cuando los años y la salud maltrecha vencan su voluntad incansable.

Muere Alfredo Miguel Aguayo el 30 de abril de 1948, en La Habana, la gran ciudad de la grande antillana Isla. El pueblo que él considerara como propio da su nombre a escuelas, a instituciones, a bibliotecas.

La Biblioteca del Ministerio de Educación lleva su nombre, y para honrar una vez más al educador valioso, infatigable, construye en un rincón de ella, un lugar de estudio y lectura para nuestros niños. Quizá, como recordando al casi adolescente rubio y hermoso que amara tan profundamente los libros, la investigación... Gracioso homenaje que este 28 de marzo de 1950, con la cooperación del Ministro de Educación Dr. Aureliano Sánchez Arango, hace realidad una iniciativa, la Directora de esta Biblioteca, Dra. Asunción Díaz Cuervo.

3030163



ACTO INAUGURAL
DE LA BIBLIOTECA JUVENIL
ALFREDO M. AGUAYO

MINISTERIO DE
EDUCACION

Invitación

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



EL HON. SR. MINISTRO DE EDUCACION
DR. AURELIANO SANCHEZ ARANGO,
RINDE HOMENAJE A LOS EDUCADORES
CUBANOS, EN EL DIA DEL PEDAGOGO
DEVELANDO UN BUSTO DEL ILUSTRE
MAESTRO ALFREDO M. AGUAYO E INAUGURANDO LA BIBLIOTECA JUVENIL QUE
LLEVARA SU NOMBRE.

Programa

Palabras del Honorable Sr. Ministro de Educación.

Develación de un busto del Dr. Alfredo M. Aguayo, Talla directa en madera del escultor Moret.

Dos Cuentos Musicalizados:

- a) El Patito Feo Bortkiewicz.
(Andersen)
- b) Rokki-Tivi-Tävi y la Serpiente C. Scott.
(R. Kipling)

Ilustra al Piano: César Pérez Sentenat.

Tres Piezas Infantiles Cubanas:

- a) Canto de Cuna Campesino Caturla.
- b) El "Diablito" Baila Roldán.
- c) Cajita de Música Cubana Sentenat.

Pianista: Niña Elsa Castillo.

Cuatro Canciones Cubanas:

- a) Mi Caballero
(Verso de Martí) } Sentenat.
- b) La Guajirita y su Muñeca }
- c) El Mambí L. Casas Romero.
- d) "Tú" (Habanera) E. Sánchez de Fuentes.

Soprano Alice Dana.

Palabras de la Dra. Raquel Robés a nombre de la Asociación de Bibliotecarios.

- Trepak Folklórico Ruso.
- Mazurca Folklórico Polaco.

Grupo de baile del Instituto de la Danza.

Palabras del Dr. Carlos G. Aguayo.

UNESCO

Galería Cubana

Por J. M. GARCIA ESPINOSA



Carlos Guillermo Aguayo y de Castro nació en la ciudad de La Habana el 19 de diciembre de 1899. Hizo sus estudios elementales en el Colegio de La Salle. Se graduó de Bachiller en Ciencias y Letras, en el Instituto de Segunda Enseñanza, en 1917. En 1921 ingresó como miembro titular de la Sociedad Cubana de Historia Natural, donde ha desarrollado intensa labor, siendo su bibliotecario al año siguiente. En 1922 se graduó de ingeniero agrónomo y azucarero. Fue ayudante alumno de Biología y Zoología desde 1921 hasta 1925, ocupando después, por dos años, el cargo de ayudante graduado. Recibió el título de doctor en Ciencias Naturales en 1925. Entre 1926 y 1933 ha sido Secretario Adjunto de la Sociedad Cubana de Historia Natural.

De 1927 a 1939 fué Profesor Auxiliar de Biología y Zoología en la Escuela de Ciencias de la Universidad de la Habana, de cuya Facultad fué secretario en 1928 y, 1929. Hasta 1928 actuó como Auxiliar en la impresión de la Ictiología de Felipe Poey. En 1931 hizo estudios especiales en el Marine Biological Laboratory de Woods Hole, Mass. En 1931 y 1932 realizó también estudios de Entomología y Malacología en el Museum of Comparative Zoology, en Harvard College, Cambridge, Mass.

Asimismo, en el propio año 1932 asistió a cursillos en The Academy of Natural Sciences of Philadelphia y en el U. S. National Museum de Washington. De 1933 a 1935 fué secretario general de la Sociedad Cubana de Historia Natural.

Carlos Guillermo Aguayo publicó, mimeografiada, la obra de texto "Zoografía de Invertebrados" (1936-39). En la misma forma, 1936-41, "Zoografía de Vertebrados". También en 1937 "Zoología General. Invertebrados". En este año se graduó de doctor en Ciencias Físico-Químicas. Por los años 1938 y 1939 formó parte de la Expedición Oceanográfica del Queche Atlantis, alrededor de Cuba, auspiciada por las universidades de Harvard y de La Habana, recibiendo medalla, por su labor, de la Sociedad Geográfica de Cuba al año siguiente. En 1939 obtuvo como Profesor Titular la Cátedra de Zoología que desempeña actualmente.

En 1940 fué delegado de la Sociedad Cubana de Historia Natural ante el Octavo Congreso Científico Panamericano de Washington, en el cual actuó también como miembro del Comité de Resoluciones. Desde 1940 hasta 1947 fué director del Parque Zoológico de la Habana, de cuyo Patronato es miembro fundador. En este año de 1940 publicó su obra de texto "Nociones de Ecología Animal". Socio fundador de la Sociedad Malacológica "Carlos de la Torre", es actualmente su tesorero, y dirige desde 1942 la revista de la misma. (1). En 1945, vicepresidente del Colegio Municipal de Doctores en Ciencias y Filosofía. Desde 1945 es vicepresidente de la Sociedad Cubana de Historia Natural, y director de su revista desde 1946. Dirige, desde el pasado año, la Sección de Ciencias Naturales en la Escuela de Ciencias de la Universidad. También el año anterior fué miembro vocal de la Sección de Ciencias Químicas y

Naturales del Séptimo Congreso Nacional de Historia celebrado en Santiago de Cuba. En 1948 fué delegado por la Facultad de Ciencias ante el Primer Congreso Nacional de Profesionales Universitarios. Es delegado de la Universidad de la Habana en la Comisión de Caza y Pesca.

Pertenece Carlos Guillermo Aguayo, además de las citadas, a las siguientes instituciones cubanas: Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana; Sociedad Cubana de Biología; Sociedad Geográfica de Cuba; Grupo Guamá; Sociedad Cubana de Anatomía; Sociedad Universitaria de Exploraciones; Sociedad Oceanográfica de Cuba. Es también

2

miembro de las sociedades extranjeras que siguen: American Malacológica Union, Boston Society of Natural History, Brooklyn Entomological Society, American Museum of Natural History, American Association of the Advancement of Science, Society for the study of Evolution, Boston Malacological Club.

Dirige actualmente el Museo Poey de la Universidad de la Habana. Ha escrito más de cien artículos científicos sobre investigaciones zoológicas, principalmente Moluscos, Insectos, Paleontología. Ha colaborado en publicaciones especializadas con naturalistas nacionales y extranjeros. Del Catálogo de los Moluscos de Cuba, en colaboración con Miguel J. Jaime, se han publicado más de seiscientas páginas. Su labor como conferenciante abarca una extensa serie de trabajos pronunciados o leídos en congresos científicos y en las diversas sociedades a que pertenece.

(1) Delegado por el Museo Poey ante el Primer Congreso de Archiveros, Bibliotecarios y Conservadores de museos del Caribe, en 1942. en La Habana.

M, marzo 11/49

Aristides de Agüero

Un día como hoy —31 de agosto— de 1865, nació Aristides de Agüero y Betancourt.

Cursó en la Universidad de La Habana los estudios de Farmacia y Ciencias.

Durante la última guerra de independencia cubana ostentó la representación del Gobierno ante los países de la América del Sur; y terminada la guerra, representó al 3er. cuerpo del Ejército Libertador en la Asamblea de Santa Cruz.

Ingresó en el cuerpo diplomático de la República en 1903, en que fué nombrado Secretario de 1ra. Clase en Alemania el 12 de diciembre de ese año por el presidente Tomás Estrada Palma. Su expediente como diplomático relaciona los siguientes datos y fechas: "Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en la República Argentina, 10. de agosto de 1911; en Noruega, mayo de 1913; en Alemania enero de 1915; en Holanda y Suiza, junio de 1917; en Alemania nuevamente, como Encargado de Negocios, sin perjuicio de su categoría de Ministro Plenipotenciario, mayo de

1920; Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en el mismo país, 15 de julio del mismo año; acreditado en Australia, 5 de febrero de 1923. Ha representado a Cuba como Delegado a todas las Asambleas de la Liga de las Naciones; como Delegado Plenipotenciario al 5o. Congreso Panamericano en Chile en 1923; como Primer Delegado Gubernamental en varias de las Conferencias Internacionales del Trabajo, siendo vicepresidente de algunas de ellas. Ha sido miembro de la Comisión Internacional del Bloqueo y Presidente de una de las Comisiones de la Conferencia Internacional de Inmigración celebrada en Roma en 1924. Nombrado por el Consejo de la Liga de las Naciones Presidente de la 3ra. Conferencia Internacional de Tránsito y Comunicaciones. Fué Comendador de la Legión de Honor, de Francia; poseyendo además el Gran Cordón de la Orden de la Corona, de Rumanía, la Gran Cruz de la Orden de la Espiga de Oro, de China; Medalla de la Orden Al Mérito, de Chile, etc."

Murió en Berlín, Alemania, desempeñando su cargo de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Cuba, en el año de 1935.



La muerte de Agüero deja un gran vacío en la Diplomacia

El Sr. Merchan niega que
Cintas venga a Cuba; pero
se dice que llega mañana

El señor Augusto B. Merchan fué entrevistado en la mañana de ayer por los repórters destacados en la Secretaría de Estado y preguntado sobre lo que hubiera de cierto en la llegada a la Habana del señor Oscar B. Cintas, Embajador de Cuba ante el Gobierno de la Casa Blanca; el señor Merchan nos informó que la Secretaría no había recibido ninguna nota relativa al embarque del referido representante diplomático cubano.

Sin embargo, por otra fuente, tan autorizada como la misma de la Secretaría de Estado, nos hemos podido enterar que el Embajador anunció su viaje desde Washington, y al que se espera en la Habana de hoy a mañana, viernes, salvo que hubiese decidido lo contrario, a última hora.

LA MUERTE DE ARISTIDES AGÜERO

El ministro de Cuba en Suiza envió ayer un cable a la Secretaría de Estado informando al departamento el fallecimiento de uno de los más conspicuos y valiosos diplomáticos con que contaba la República de Cuba.

El señor Agüero fungía en la actualidad de representante de Cuba en Alemania y Austria. Falleció a consecuencia de un ataque fulminante de uremia en el hotel de Ginebra, donde residía últimamente para asistir a las reuniones de la Conferencia del Desarme.

El doctor Aristides Agüero fué casado con una hija del doctor Rafael Montero con la que tuvo varios hijos. Ella falleció hace muchos años. Pasado algún tiempo el doctor Agüero contrajo nuevas nupcias con una dama de la aristocracia de Polonia.

La esposa del doctor Agüero Betancourt se hallaba cerca del lecho del paciente cuando ocurrió el fatal desenlace. De acuerdo con la señora Agüero Betancourt se ha dispuesto que los funerales se celebren el sábado próximo en la catedral de Notre Dame, embarcándose después el cadáver rumbo a Cuba, donde recibirá cristiana sepultura.

El señor Nájera, de México, presidente de la Liga de las Naciones, así como el secretario general de la Liga, sir Eric Drummond, enviaron cablegramas de pésame al Gobierno cubano tan pronto se enteraron de la triste noticia.

El hijo mayor del extinto, teniente Aristides Agüero, estuvo en la mañana de ayer en la Secretaría de Estado y el Director del Protocolo, señor Merchan, le dió su más sentido pésame de manera personal.

HISTORIAL DEL FALLECIDO

El doctor Aristides Agüero y Betancourt nació el 31 de agosto de 1865. Doctor, en Farmacia y en Ciencias. Gran Cordon de la Orden de la Corona de Rumania; Gran Cruz de la Orden de la Espiga de Oro, de China; Comendador de la Legión de Honor, en Francia; Medalla de la Orden del Mérito, de Chile, etc., etcétera. Ingresó en el servicio en el mes de diciembre de 1903 como secretario de primera clase de la Legación de Cuba en Berlin. En 1911 ascendió a Ministro Plenipotenciario de Cuba en Buenos Aires y en 1913 fué trasladado, con igual categoría, a Noruega; en 1915 con igual cargo a Alemania. En 1917, con motivo de la declaración de guerra de Cuba a Alemania, fué trasladado el doctor Agüero a Holanda y Suiza, y en el año de 1920 fué nuevamente en calidad de ministro a Berlin.

En octubre de 1920 se le designó para representar a Cuba como delegado a la Asamblea de la Liga de las Naciones, misión que ha venido desempeñando en las sucesivas reuniones de la Liga, por lo que se le consideraba como uno de sus pilares. Ha sido miembro de la Comisión Internacional del Bloqueo y representaba en la actualidad a Cuba en la Comisión Consultiva y Técnica de las Comunicaciones y del Tránsito, siendo Presidente de una de las subcomisiones.

También ha sido primer delegado gubernamental en varias de las Conferencias Internacionales del Trabajo y vicepresidente de algunas de ellas.

Su actuación ha sido siempre brillante, habiendo sido considerado el doctor Agüero como uno de los diplomáticos más preparados en toda la América por sus actuaciones constantes en la Liga de las Naciones y en otros organismos creados a la sombra de Ginebra.

Debido a la gran popularidad que se había conquistado, era elegido, invariablemente, para presidir la Comisión de credenciales y, últimamente, tomaba parte en la Conferencia del Desarme, a pesar de su quebrantada salud.

Entre sus numerosos galardones ostentaba el de haber sido en Sur América, enviado especial del Gobierno revolucionario cubano durante la guerra de independencia, de 1895 a 1898.

Hace unos diez días tuvo que abandonar todas las actividades diplomáticas y se recluyó en el lecho donde habría de dejar de existir.

Cuba pierde, con la desaparición del doctor Aristides Agüero y Betancourt, uno de sus diplomáticos/más brillantes y de mayor cultura y representación.

El Dr. Aristides Agüero y Betancourt, a pesar de haber pasado gran parte de su vida fuera de Cuba, pero siempre sirviendo a los intereses de su país, murió siendo catedrático de la Escuela de Ciencias de la Universidad de la Habana, cátedra que ganó por oposición hace muchos años y que conservó a través del tiempo. Pierde, pues, el primer centro docente de Cuba uno de sus miembros más distinguidos y uno de sus hombres más capaces en el campo de la ciencia y del derecho internacional.

1000157

Handwritten signature or initials.

10.113

BRIGIDA DE AGUERO Y AGUERO

EN EL 127 ANIVERSARIO DE SU NACIMIENTO

Nació, en la ciudad de Puerto Príncipe (actualmente Camagüey), el 12 de mayo de 1837. Murió en la misma ciudad el 26 de febrero de 1866.

De estirpe de patriotas y poetas, hija de Francisco de Agüero y Estrada ("El Solitario"), que supo rendirle culto a las bellas letras con su labor poética y a Cuba con su fé de separatista, y prima del revolucionario y mártir Joaquín de Agüero, Brígida trajo a la vida el tesoro espiritual de su sensibilidad lírica, manifestada en ella desde la adolescencia.

En el aislamiento de una finca de campo creció y recibió de sus propios padres la poca instrucción intelectual que éstos pudieron transmitirle, y la cual ella aumentó después con la lectura de obras ejemplares y con las lecciones que recibió en una academia de literatura, correspondiente a la Sociedad Filarmónica de Puerto Príncipe, de la cual Sociedad fue nombrada miembro facultativo o de mérito.

A la edad de dieciocho años, ya trasladada del campo a la ciudad de Puerto Príncipe, empezó a ser más conocido y celebrado su talento poético, del cual dio convincente prueba con su Oda a las Artes y la Gloria, dedicada a los socios del Liceo Camagüeyano y leída por ella misma en un solemne acto de este centro cultural.

Presa de la tuberculosis, desde muy joven, y complicada su familia en las desgracias patrióticas de aquella época (1851 a 1868), su vida no tuvo más sonrisas y placeres que los de su producción literaria, en la cual sobresalen, además de la citada oda, su místico soneto "Resignación", clamor doliente de un alma religiosa, aprisionada en un cuerpo enfermo, y sus poesías "Lo Bello" y "La Fé Cristiana", todas impregnadas de dulce melancolía, son poemas que eternizan su memoria.

Murió a la edad de veintiocho años, y a su memoria de malograda joven y poetisa ofrendaron numerosos poetas, escritores y admiradores suya una Corona Fúnebre en sentidos versos.

La muerte tronchó en flor la vida de Brígida de Agüero. La escasa labor que pudo realizar, en su corta y adversa existencia, vale más por el sentimiento inspirador que por la forma artística y parece augurio de algo más fundamental y definitivo.

Hubiera quizás brillado al igual de su compatriota "Tula" Avellaneda si la muerte no hubiera segado su vida primaveral llena de esperanzas y de promesas.

J.A.S.

FRANCISCO AGÜERO Y AGÜERO.

Francisco Agüero y Agüero nació en Puerto Príncipe el 19 de mayo de 1832 y murió el 31 de julio de 1891. Tenía por consiguiente más de veinte años cuando comenzó para la región camagueyana la cruenta lucha que, abarcándola segunda mitad del siglo diecinueve, culminó en la independencia de Cuba en 1898.

El apellido Agüero va unido al martirologio de la patria desde los primeros años de aquel siglo, tan fecundo en grandes acontecimientos.

Sabido es que en 1826 subió al cadalso Francisco Agüero (FRASQUITO) por sus ideas patrióticas, como conocida es de todos la heroica muerte de Joaquín Agüero, aquél hombre valeroso e impávido, con corazón de ángel, que viendo levantarse para él un afrentoso patíbulo, dirigiéndose a sus carceleros, exclamó con el acento de los héroes: "señores, brindo porque me oiga Dios, a quien por lo poco que me resta de vida voy a rogar, porque desaparezca la barrera que divide a españoles americanos y peninsulares, y estrechando en ellos los lazos que naturalmente deben unirlos, hagan juntos la ventura de esta tierra querida".

También el padre de nuestro biografiado, el dulce poeta que tantas veces ha regalado nuestros oídos con los melodiosos sonos de su lira melancólica, EL SOLITARIO, el trovador de las campiñas camagueyanas, padeció persecución en las luchas por la independencia; por cierto que en aquella ocasión el amor filial de don Francisco Agüero emuló la tradicional y nunca bien ponderada entereza

de carácter de la gente de raza castellana: perseguido su padre con tenacidad española, el hijo lo oculta, vence cien peligros, hasta que le pone a salvo, embarcándole en solitaria playa, para que, ganando un puerto extranjero, se sustrajera a segura pérdida.

Yo no quiero hablar aquí de los méritos literarios de don Francisco Agüero y Agüero, porque dentro de poco aparecerá, por la iniciativa feliz de sus hijos, la obra literaria condensada en un tomo de versos, de aquel hombre sencillo e ingenuo que compartió los años de su laboriosa vida entre el amor de su familia y el cultivo de la poesía, pasando casi inadvertido en la balumba de aquella sociedad en que vivió, agitada por las sollicitaciones de fuerzas encontradas y poderosas: el ideal patrio, el afán de riquezas y las preocupaciones de castas.

Cuando el hombre sensible lleva a los amorosos remansos de su corazón para aquilatarlos, las luchas, los anhelos, las zozobras, las tragedias y los delirios de aquel glorioso pasado, siente perderse su espíritu entre crepúsculos y sombras, entre arrullos de música lejana y fragor de tempestad, entonces al pecho generoso acude el vivo deseo de colocar a cada uno de los que fueron actores en aquellos momentos del tiempo que pasó, en su verdadero pedestal, para que la luz bañe el rostro del bueno e infunda vigor en los que desmallen o vacilen, y la tiniebla sepulte en los pliegues de su ropaje misterioso a los que fueron malos, para que la historia en su crisol de eterna justicia dé a cada cual lo suyo

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
-HABANA

Gaspar Agüero

Un día como hoy —10. de diciembre— de 1841, nació en Camagüey, Gaspar Agüero y Betancourt.

Retóño de una de las más ilustres familias camagüeyanas, que tan alto pusieron el nombre de Cuba en la cultura y en servicio de la Patria, fué desde muy joven a cursar sus estudios a Eu-

ropa. Terminados en París los estudios de Ingeniería, regresó a Camagüey, poniendo al servicio de Cuba su inteligencia y sus arrojados de hombre libre y fuerte. Tomó las armas en Las Clavellinas, el 4 de noviembre de 1868, y quiso el destino que el día siguiente, después de Bonilla, cayera herido, prisionero de los españoles.

La pena de muerte le fué conmutada por la de presidio y trasladado a España, burlando en Madrid a sus custodios, logró trasladarse a los Estados Unidos.

De New York, fué a Nassau, logrando incorporarse nuevamente al Ejército Libertador. El gobierno de la República en Armas le asignó a Gaspar Agüero, reunido ya con su hermano Diego, la misión de acompañar a Domingo de Goicuría en un viaje al exterior. "Juguetes de la desventura —escribe Santovenia—, tras la aprehensión de Goicuría en Cayo Guanaja, con sólo algunos días de intervalo, sobrevino la de Gaspar y Diego Agüero en Cayo Romano."

Fueron trasladados a Nuevitas, y de allí a La Habana, a donde llegaron en la madrugada del 14 de mayo de 1870.

Un consejo de guerra los condenó sumariamente: a la 1.30 de la tarde fué ejecutado en garrote vil, en las faldas del Castillo del Príncipe, Gaspar Agüero, que, antes de subir al garrote, besó la frente del cadáver de su hermano, y exclamó: "Hasta muy pronto, hermano mío".

Murieron el 14 de mayo de 1870.



B I O G R A F I A S C U B A N A S .

EN CAMAGÜEY, y en el seno de una familia cuyo espíritu de independencia habría de dar tantos mártires a la Patria, nació el 5 de diciembre de 1841, Gaspar Agüero y Betancourt.

Era su padre el rico hacendado camagüeyano don Manuel Agüero, hombre excelente y tipo de todas las virtudes, al que sus contemporáneos denominaban cariñosamente "Chino Agüero", y el que más tarde, sorprendido en su rancho en plena manigua el 25 de agosto de 1871, a fin de que su familia pudiese pasar el río y no cayese en manos españolas, hizo él solo frente a su tropa, muriendo horriblemente macheteado; y su madre, la caritativa y bondadosa doña María, descendiente de don Diego Alonso Betancourt, quien se había distinguido siendo alcalde de Santiago de Cuba.

Recibió Gaspar la instrucción primaria en su ciudad natal, y más tarde fué enviado por su padre a París, donde realizó, de una manera brillante, estudios de ingeniero civil.

Encontrábase de regreso en Camagüey cuando lanzó Carlos Manuel de Céspedes el grito de independencia en "La Demajagua", el 10 de octubre de 1868, y al sumarse aquella región a la revolución, Gaspar se incorpora a las fuerzas cubanas en noviembre del propio año. Pronto es designado gobernador de San Miguel de Nuevitas y el Baga, en dicha provincia, con el grado de general.

El conde de Valmaseda, que había desembarcado en Corrientes procedente de Bayamo, entra en Puerto Príncipe, se decide tomar a Nuevitas y hacia allí se encamina con sus tropas.

Enterado Gaspar, idea un plan atrevido: atacar por sorpresa al estado mayor de la columna española y dar muerte al jefe de la misma.

Acompañado de sólo cuarenta hombres, elige Gaspar un punto estratégico en el camino donde aquél formaba un recodo que tenía al fondo un trozo de manigua donde les era fácil esconderse. Así lo hacen, guareciéndose Gaspar tras de un jagüey.

Al aproximarse la columna, el cuerpo de exploradores bien porque notasen algún movimiento sospechoso o porque da- do lo agreste del lugar temiesen ser ata-

cados desde el mismo, lo cierto fue que abrieron nutrido fuego hacia el manigua.

Al estallar las primeras descargas, Gaspar tornó la cabeza y se encontró solo. ¡No importaba! Pensó que para llevar a cabo su intento, un hombre era suficiente.

Permaneció inmóvil y al no recibir contesta a sus disparos los españoles prosiguieron su marcha. Pasó la vanguardia, el grueso de la columna... y al fin le tocó al estado mayor.

Entonces se ve saltar un hombre en medio del camino el rifle echado a la cara. Era Agüero. Su presencia fue recibida por una descarga de balas que, por fortuna, no le tocan. El, a su vez, ha disparado por dos veces. No erró el tiro, pues aunque Valmaseda se ha salvado, ha caído a tierra, para no levantarse jamás, el cabo Cruz y el corneta de órdenes del general español.

El patriota cubano logró ganar la espesura y desaparecer, pero decidido de todos modos a lograr su intento avanzando un rodeo para de nuevo esperar el pase por otro lugar del camino, de la fuerza española.

Precavidos aquéllos marchan ojo avizor, por lo que al hacer su segunda aparición Gaspar se ve pronto rodeado de soldados enemigos. Va a caer bajo el filo de los machetes, cuando interponiéndose el capitán español, Mendiguren, le salva la vida, tomándolo prisionero. Conducido ante el general Valmaseda, éste le interroga por su nombre:

—Gaspar Agüero Betancourt, general cubano—le responde sereno éste.

Los soldados que rodeaban a ambos lo llenan de insultos, por lo que Agüero, dirigiéndose al general, exclama:

—Fusíleme si quiere, pero no tolere que me injurie esta canalla.

Los finos modales, el noble carácter y el indomable valor del prisionero sin duda influyeron en el ánimo del militar hispano, quien accedió a su súplica, y en lugar de fusilarlo inmediatamente, cual era su costumbre, ordenó se le condujese hasta Nuevitas.

Tomada aquella población por los españoles, Agüero es encerrado en la cárcel y días más tarde, llevado ante un consejo de guerra verbal, es condenado a muerte.

2

13

El 4 de diciembre de 1868 se le ordena al prisionero comparecer ante el general Valmaseda, y una vez en su presencia, le dice éste:

—Joven: usted debía ser fusilado, pero ante el ruego de la población civil de Nuevitas y hasta de mis propios oficiales y soldados, los cuales parece ha sabido usted conquistar, tengo un gran placer en perdonarle la vida, conmutando el fallo por el de prisión. Reconozco su valor y entiendo que los hombres valientes no deben morir fusilados.

Dió Agüero las gracias, lleno de dignidad, y fué nuevamente conducido a la prisión.

Transportado Gaspar, llega el día 11 a la ciudad de La Habana, e internado en la cárcel no salió de ella hasta el día 5 de enero de 1869, para ser embarcado en el vapor "Antonio López" y entregado al capitán Villaverde, quien era responsable de su custodia hasta Cádiz, donde había de ser entregado a las autoridades para ser trasladado a Ceuta, donde había de cumplir diez años de prisión.

Desde su calabozo dedicábase a escribir artículos que se publicaban en "La República Federal" de Cádiz, en favor de sus ideas republicanas.

En el mes de marzo de 1869, con verdadera sorpresa, recibe la grata noticia de haber sido indultado. Puesto en libertad se traslada a Cádiz y de allí a Gibraltar, donde logra embarcarse el 19 de julio, a bordo de la goleta italiana "Luciano Sarra", y tras cincuenta y dos días de navegación, llega el 9 de septiembre de 1869 al puerto de New York, desembarcando al día siguiente.

Se alista en la expedición del "Lillian", que al mando del general Domingo de Goicuría y Cabrera habría pronto de partir hacia las playas cubanas. Nombrado para la plana mayor de la misma, se embarca en el "Alabama" con el coronel Luis E. del Cristo Carmona y el contingente mayor de expedicionarios, en el puerto de New York el 26 de septiembre de 1869, partiendo hacia las costas de la Florida, a donde llegan el 1 de octubre del propio año a Fernandina, y tomando un tren de carga se dirigen hacia Cedar Key, llegando a las dos de la mañana del siguiente día. Allí esperan a Goicuría que debe llegar con 40 hombres procedentes de Atlanta y al "Lillian", que ha salido de New Orleans.

El día 5 parte el "Lillian", que lleva a bordo la expedición más formidable que se organizó durante los diez años de guerra y a la que la fatalidad persiguió, pues ya casi a la vista de las costas cubanas le faltó el carbón, teniendo los expedicionarios que refugiarse en Murcay Key (Bahamas) donde sufrieron toda clase de privaciones. El "Lillian", que había partido en busca del tan necesario combustible, cayó en poder de las autoridades inglesas y el "Lopwing", barco de guerra inglés que había apresado a aquél, fue enviado con dos goletas a recoger a los expedicionarios del cayo, transportándolos a Nassau, donde llegaron el 27 de octubre, siendo puestos inmediatamente en libertad. Entre ellos estaba Agüero, quien ni un solo instante abandonó a Goicuría. Partió éste hacia New York y ordenó a Gaspar diese los pasos oportunos para organizar, con las armas que los ingleses habían prometido devolver, una nueva expedición. Hizolo tal como se lo mandó su jefe el joven Agüero, y al regresar Goicuría se encontró preparada la goleta "Violeta", dispuesta a zarpar hacia Cuba. Pocas horas de navegación llevaban cuando fueron arrestados por el "Lopwing", acusados de quebrantar las leyes de neutralidad. Vueltos al lugar de donde habían salido prestaron la fianza señalada, recuperando la libertad, pero siendo embargada la goleta.

A fines de diciembre de 1869 envía Goicuría junto con nueve hombre a Agüero, a bordo de un balandro, hacia las playas de Cuba, con la encomienda de que avisase a Carlos Manuel de Céspedes, or-

El día 22, a la una y media de la tarde, formado el imponente cuadro y publicado el Bando de costumbre a tambor batiente, subió Diego, con paso firme, las gradas del patíbulo. Siguiendo las instrucciones de su hermano no pronunció una sola palabra.

Cumplida la sentencia, el ejecutor cubrió el cadáver con un lienzo, después de quitarlo del banquillo.

Pocos minutos después, ascendió maniatado Gaspar al tablado. Se arrodilló ante los restos de Diego, dió un beso sobre aquella frente aún tibia, levantóse y sentándose en el banquillo dijo al verdugo, con risa sarcástica:

—Acaba pronto.

Y una vuelta de la palanca del garrote arrancó la vida a aquel valiente cubano que no se dignó dirigir siquiera la mirada hacia el público.

—oOo—

BIBLIOGRAFIA. — Album El Criollo, New York. Expedición Goicuría. "Diario de un Soldado". (Nassau, 1869.)—Periódico "La Revolución", de New York, 1870-1871.) "New York Herald", 10 de septiembre de 1869. Gaceta de La Habana, 5 de enero, 1869 y 15 de marzo de 1870. "Vida de Goicuría", obra inédita del Dr. Tomás Jústiz del Valle. Expedición de los 33, por José Lamar Valera. Historia de la Jurisdicción de Gibara, por N. Leiva.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

GASPAR AGUERO BETANCOURT

por Víctor M. Heres.

En Camagüey, y en el seno de una familia cuyo espíritu de independencia habría de dar tantos mártires a la Patria, nació el 5 de diciembre de 1841, Gaspar Agüero y Betancourt.

Eran sus padres el rico hacendado camagueyano don Constantino Agüero y Varona, hombre excelente y tipo de todas las virtudes, y la caritativa y bondadosa doña Graciana Betancourt y Agramonte.

Recibió Gaspar la instrucción primaria en su ciudad natal y más tarde fué enviado por su padre a París, donde realizó de una manera brillante estudios de Ingeniero Civil.

Encontrábase de regreso en Camagüey cuando lanzó Carlos Manuel de Céspedes el grito de independencia, y al sumarse la región camagueyana a la revolución, Gaspar se incorporó a ella en Clavellinas el 4 de noviembre de 1868. Asiste al encuentro de Bonilla, efectuado el 28 del propio mes contra las fuerzas españolas del general Villate, y es uno de los pocos cubanos que quedan dueño del terreno.

Pronto es designado Agüero, Gobernador de San Miguel de Nuevitas y el Baga. Y sabedor de que el conde de Valmaseda había embarcado en Corrientes procedente de Bayamo y entrado en Puerto Príncipe se decía atacar a Nuevitas, ideó un plan

1000175

atrevidísimo para hacer fracasar sus intenciones. Consistía su plan en atacar por sorpresa al Estado Mayor de la columna española y dar muerte al jefe de la misma.

Acompañado solamente por cuarenta hombres elige un punto estratégico en el camino de Itabo, en donde aquél forma un recodo con un trozo de manigua al fondo donde les era fácil esconderse. Allí se ocultaron, guareciéndose Gaspar tras de un jagüey.

Al aproximarse la columna, el cuerpo de exploradores bien por que notóse algún movimiento sospechoso o por que dado lo agreste del lugar temiese ser desde allí atacados, abrieron nutrido fuego contra la antedicha manigua.

Al estallar las primeras descargas tomó Gaspar la cabeza y se encontró solo ;Poco importaba! pensó que para llevar a cabo su intento, un solo hombre era suficiente.

Permaneció inmóvil, y al no recibir respuesta a sus disparos prosiguieron los españoles su marcha. Pasó la vanguardia... el grueso de la columna... y al fin le tocó al Estado Mayor.

Entonces un hombre saltó en medio del camino echado el rifle a la cara. Era Gaspar Agüero.

Su presencia fué recibida por una descarga de balas que por fortuna no le tocan. El a su vez ha disparado por dos veces. Aunque Valmaseda resultó ileso ruedan a tierra para no levantarse jamás el cabo Cruz y el corneta de órdenes

18-0177

del general español.

Logra el patriota cubano ganar la espesura y desaparecer, más decidido a realizar de todos modos sus propósitos da un rodeo esperando de nuevo el pase de la columna.

En las inmediaciones del ingenio "Sabanilla" vuelve a realizar el ataque, más esta vez tan pronto hace su aparición se ve rodeado de enemigos, que ojo avizor en espera de una nueva sorpresa, marchaban precavidos.

Va Gaspar a caer bajo el filo de los machetes, cuando interponiéndose el capitán español Mendiguren le salva la vida tomándolo prisionero. Conducido ante el general Valmaseda, inquiere éste por su nombre y posición:

-Gaspar Agüero Betancourt, oficial del ejército cubano-
respondióle sereno el joven patriota.

Llenáronle de improperios los soldados que a ambos rodeaban, por lo que Agüero, encarándosele al General español exclamó:

-Fusíleme si quiere, más no tolero que me injurie esta canalla.] Los finos modales, el noble carácter e indomable valor del prisionero influyeron sin duda en el ánimo del militar hispano, pues accedió a su súplica y en vez de fusilarle cual acostumbraba hacerlo con los prisioneros caídos en su poder, ordenó se le condujera arrestado.

Tomada la población de Nuevitas por la columna española,

Agüero fué encerrado en la cárcel y dos días después un Consejo de Guerra lo condenaba a muerte.

El cuatro de diciembre se le ordena al prisionero comparecer ante el General Valmaseda, y una vez a su presencia le dice éste: -Joven, usted debía ser fusilado, pero ante el ruego de la población civil de Nuevitas y hasta de mis propios oficiales y soldados, de los cuales ha sabido usted ganar su admiración, tengo gran placer en perdonarle la vida conmutando la sentencia por la de prisión. Reconozco su valor y entiendo que los hombres valientes no deben morir fusilados. Lleno de dignidad dió Agüero las gracias y fué conducido nuevamente a su celda.

Trasladado a la Habana, a donde llegó el día once, fué internado en la Cárcel, de donde, no salió hasta el cinco de enero de 1869, en que fué embarcado en el vapor "Antonio López" y entregado al Capitán Villaverde, quien se hacía responsable de su custodia hasta llegar a Cádiz, de cuyo lugar sería trasladado a Ceuta.

Dedicábase Gaspar en su prisión a escribir artículos para el periódico "La República Federal" de Cádiz; artículos en los cuales resaltaban ideas puramente republicanas. En el mes de marzo recibe la sorprendente noticia de haber sido indultado. Puesto en libertad se traslada a Cádiz lugar donde se le señalaba residiese y de allí se fuga a Gibraltar, donde logró embarcarse el diez y nueve de julio en la goleta italia-

1010179

na "Luciano Sarra", y tras de cincuenta y dos días de navegación llega a New York.

Se alista en la expedición del "Lillian", que al mando del general Domingo Goicuría y Cabrera habría pronto de partir hacia Cuba. Nombrado Ayudante de la Plana Mayor, embarcó en el "Alabama" bajo las órdenes del coronel Luis Eduardo del Cristo Cardona. En la madrugada del veinte y seis de septiembre parte el contingente expedicionario del puerto de New York llegando el primero del siguiente mes a Fernandina en las costa floridanas, de cuyo lugar se trasladan en un tren de carga a Cedar Key. Allí hubieron de esperar al general Goicuría, quien llegó procedente de Atlanta en compañía de cuarenta hombres y al vapor "Lillian" que procedía de New Orleans.

El día cinco de octubre zarpó el "Lillian" llevando a bordo la expedición más formidable que se organizó durante la guerra de los Diez Años, y a la que persiguió la fatalidad, pues casi ya a la vista de las costas cubanas faltóle el carbón, teniendo los expedicionarios que refugiarse en Nursey Key en las Bahamas, donde sufrieron toda clase de privaciones.

El "Lillian", que había partido de aquel lugar en busca del tan necesario combustible cayó en poder de las autoridades inglesas, y el "Lapwing", buque de guerra que había realizado la captura, fué enviado acompañado por dos goletas a recoger y transportar a los expedicionarios a Nassau. Llegados

a la antedicha ciudad el veintisiete, fueron puestos inmediatamente en libertad.

Habiendo marchado el general Goicuría hacia New York, encomendó a Gaspar diese los oportunos pasos a fin de organizar una nueva expedición, y ~~de~~ tal maña se dió el joven que al regresar su jefe encontróse aviada la goleta "Violeta", preparada a zarpar.

El diez y ocho de diciembre hiciéronse a la mar, más llevaban pocas horas de navegación, cuando fueron arrestados por el "Lapwing" acusados de quebrantar las leyes de neutralidad. Conducidos al lugar de procedencia el diez y nueve, prestaron la fianza señalada recuperando la libertad, pero siendo embargada la goleta.

El veintiuno de enero de 1870 sale de Nassau Agüero en compañía de Cecilio Arredondo y ocho compañeros más a bordo de un balandro. Lleva las instrucciones de Goicuría para Céspedes de proteger la expedición con que piensa el anciano general desembarcar por Río Seco. Contratiempos imprevistos detienen a Gaspar en un cayo, no logrando llegar a La Guanaja en las costa de Camagüey hasta el veintidós de febrero. En este intervalo de tiempo había desembarcado Goicuría en "Los Caletones" el día diez, no sin haber sufrido la pérdida de la goleta "Herald of Nassau", que los conducía, la que se estrelló contra los arrecifes, y de haber caído prisioneros siendo fusilados en Holguín algunos de los treinta y tres expediciona-

1848

rios que le acompañaban.

Después de algunos días de visita al rancho de su padre, incorporose a filas Agüero y el catorce de abril recibió instrucciones de dirigirse a La Guanaja, de donde en un bote llevando como práctico a un tal Sabio y como marineros a José Pereira y a un moreno llamado José Mendoza, pero más conocido por el alias de "Miguelo", debía de sacar de la Isla al general Goicuría y al Mayor canadiense Maquel, a quienes Céspedes había confiado importante misión en el extranjero.

Púsose Gaspar en marcha acompañado de su hermano Diego Alonso, quien nacido en Camagüey el veintiuno de abril de 1847, hallándose recién llegado de un colegio de New York donde estudiaba Humanidades, había seguido a su familia cuando estalló la revolución, y quien ostentaba el grado de Capitán Cuartelmaestre de las fuerzas del General Jordán, cargo que le había sido concedido por su comportamiento en el ataque de Tunas.

Llegados a La Guanaja hizo su aparición el diez y seis el Mayor y al siguiente día Goicuría. En el momento de embarcar negóse hacerlo el práctico, por lo que Gaspar contrató los servicios de otro llamado Joaquín Balmaseda.

El diez y ocho, con viento fresco, partieron hacia Cayo Juajaba a donde llegaron al siguiente día, más como surgiera fuerte brisote se vieron imposibilitados de navegar hacia Nassau. Internáronse en el cayo, levantaron un campamento y

1000182

esperaron que pasase la tormenta. El veinticinco cuando llegaron a la playa notaron la desaparición del bote del lugar donde lo habían ocultado. Efectivamente la cañonera "Gacela" en su recorrido por aquellos lugares, habiéndolo encontrado se lo había llevado.

Llenóse de zozobra Goicuría ante la pérdida del bote, y confesó que en el bolsillo de la levita que había dejado olvidada en la embarcación, encontrábase el pasaporte por Céspedes extendido a su nombre junto con otros documentos, por lo que los españoles sabrían de su permanencia en aquel cayo.

Decidieron los cubanos construir dos balsas y cuando iban a embarcarse en ellas se vieron precisados a abandonarlas ante la presencia de unos marinos españoles.

Internados en el cayo, marchando por entre la manigua, sufriendo lo indecible por falta de alimentos y agua iban los patriotas, cuando notaron el día veinte y seis la ausencia de Goicuría quien se había extraviado. Tres días más tarde fué arrestado extenuado de hambre y fatiga por dos marinos del "Ysabel la Católica".

Lograron construir Agüero y sus acompañantes una balsa y embarcándose en ella atravesaron las Bocas de las Carabelas, y fueron en busca del Sabinal. Una vez allí el práctico y los marineros con el pretexto de recorrer la costa en busca de panales de miel con que alimentarse, abandonaron a los hermanos Agüero y al Mayor, pues jamás regresaron.

El día dos de mayo, cansados estos de esperarlos, pensando que no podían permanecer eternamente en aquel lugar donde se mantenían de mariscos y miel, construyeron una nueva balsa y embarcándose por el lado Este y después de atravesar lagunas, canales etc., lograron desembarcar el día siete en Cayo Romano.

Habían perdido en la travesía equipaje y documentos, y si lograron salvar el dinero fué por llevarlo Gaspar en un cinturón alrededor del cuerpo. Presentaban por demás lamentable aspecto, pues se hallaban casi desnudos los dos hermanos.

El día ocho el Mayor, cuya vestimenta presentaba mejor aspecto que la de los Agüeros, se adelantó a estos al objeto de ver si daba con alguna persona que se prestase a sacarlos del aprieto en que se hallaban. Una hora después escuchaban los hermanos unos disparos, y a pesar de los gritos que dieron llamando al Mayor, solo el eco respondió a sus voces.

Cansados de esperar pusieronse al oscurecer en marcha, y llegados a un riachuelo saciaban la sed, cuando fueron descubiertos y arrestados por el contramaestre José Patiño, quien al oír ladrar a unos perros había salido al frente de un grupo de soldados y marineros a investigar la causa que los había originado.

Presentados los prisioneros ante el jefe del destacamento, el guarda marina Miguel Bonaira, declararon aquellos llamarse José y Antonio Rodríguez Arola, ser naturales de Maracaibo,

náufragos de la goleta americana "Zara" con destino a New York. Que las trece onzas españolas y las cuatro dollares plata que le fueron ocupados formaban parte de quinientos pesos con que habían embarcado, y que tanto los pasaportes como cartas de recomendación los habían perdido en el naufragio. Habiendo llegado el día diez a Cayo Romano el cañonero "Descubridor" le fueron entregados los prisioneros al comandante del mismo a fin de que los llevasen a Nuevitas y esclarecieran su personalidad.

Interrogados nuevamente por el marino español y por separado declararon lo que habían dicho al jefe del destacamento, agregando habían naufragado en uno de los cayos próximos al que habían sido arrestado, a donde habían llegado a nado. Llamarse el capitán de la goleta náufraga John Wilson. Haber tocado aquella unos arrecifes por lo que asustados se habían arrojado al mar, que ^{el} capitán y los marineros se habían embarcado en la lancha y no los habían vuelto a ver. Que iban a New York, el mayor a un negocio pues pensaba proponer a una casa comercial el jarabe llamado "Quiglina" y en cuanto al menor proseguir sus estudios de agricultura.

Más hubo discrepancia en el resto de la declaración, pues mientras Gaspar aseguró que la casa comercial con la que se hallaba en tratos era la de Laman y Kemp, su hermano Diego especificó ^{era} la de los Sres. Catalá y Fonseca. Esta y otras contradicciones hicieron desconfiar al Comandante, quien llana-

mente les confesó se temía fuesen ellos los compañeros de Goicuría a quienes con tanto celo se buscaba. El día once antes de llegar a Nuevitas hizo Gaspar llamar al marino y reservadamente le confesó ser cierto lo que aquel se imaginaba.

Una vez desembarcados fueron trasladados el siguiente día a La Habana é internados en el Castillo de la Punta. De allí a la cárcel, donde les fueron puestos las esposas por el Alcaide, y a pie, custodiados por voluntarios del quinto batallón fueron llevados al Castillo del Príncipe.

El día trece fueron sometidos a Consejo de Guerra Verbal, presidido éste por el Coronel Villar, el que los condenó a la pena de muerte en garrote vil. Al escuchar la sentencia cruzaron los hermanos entre sí unas palabras en inglés y se dieron un estrechón de manos.

Puestos en capilla, negáronse a recibir los auxilios espirituales y el día catorce de mayo a la una y media de la tarde, formado el imponente cuadro y publicado el bando de costumbre a tambor batiente subió Diego Alonso con paso firme las gradas del patíbulo. Obedeciendo las instrucciones de su hermano mayor no pronunció una sola palabra. Cumplida la sentencia el Ejecutor cubrió su cadáver con un lienzo.

Pocos minutos después ascendió maniatado Gaspar al tablado. Se arrodilló ante el inerte cuerpo de su hermano, dió un beso sobre aquella frente aun tibia, levantose y sentándose en el banquillo dijo al verdugo con sacástica sonrisa:

100103

-Acaba pronto.

Y una vuelta de la palanca del garrote arrancó la vida de aquel valiente cubano, mártir de su patriotismo.

- -, - -



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Bibliografía

187

Album El Criollo.

Expedición Goicuría Diario de un soldado Nassau, 1869.

Periódico La Revolución, años 1870-1871

New York Herald, 10 de septiembre de 1869.

Gaceta de la Habana, 5 de enero de 1869 y 15 de marzo de 1870.

Vida de Goicuría obra inédita por el Dr. Tomás Justiz del Valle.

Expedición de los Treinta y Tres por José Lamar Valera.

Vida de Ignacio Agramonte por Juan J. Casasúa.

Memorias inéditas de Ana Betancourt Agramonte.

Gaspar Agüero y Barreras

Un día como hoy —18 de mayo— de 1951, murió Gaspar Agüero y Barreras.

Nació en Camagüey, Cuba, el 15 de febrero de 1873.

Fueron sus padres Oliverio Agüero y Agüero y Asunción Barreras y de la Pera, ligados ambos a las actividades revolucionarias de la primera guerra cubana por la independencia, a causa de la cual abandonaron al Camagüey a fines de 1873, para radicarse en la ciudad de La Habana.

Las primeras lecciones de sus estudios, tanto literarios como musicales, las recibió de su propio padre, y el colegio La Gran Antilla, donde terminó la primera enseñanza en 1886, para seguir el bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana, al mismo tiempo que continuaba, con notable aprovechamiento, los estudios musicales, que eran su verdadera vocación.

Terminados sus estudios secundarios, intentó pasar a París, pero por estar cubierta la matrícula en el Conservatorio, matriculó en la Universidad de La Habana el primer año de los estudios de Filosofía y Letras. Pero su pasión por la música pudo más que los deseos de los padres y su propia voluntad. Ayudado por Rafael Palau, recorrió las provincias como maestro de coros, concertador y director de orquesta, abandonando los estudios universitarios. Y el mismo Palau lo recomendó en 1893, para que fuera designado por la Asociación de Dependientes del Comercio, profesor de solfeo y piano de la misma.

La personalidad de Gaspar Agüero se perfiló rápidamente como una gloria musical cubana. "Serafín Ramírez publicaba algunos trabajos suyos en la Gaceta musical —escribe José López Isa—; Marín Varona lo llamaba para recibir su ayuda en las compañías de zarzuelas donde actuaba; José Mauri, lo llevó al Conservatorio Nacional como suplente suyo en la clase de solfeo y Hubert Blanck, cuando Mauri renunció a esa plaza, se la propuso en propiedad a Agüero, y al decir éste que no tenía títulos para aceptar tal honor, la contes-

tación del Director fué entregarle un diploma confiriéndole el título de profesor de música, el más alto que expedía aquel Instituto, distinción que consideró como uno de los más señalados honores de su carrera".

Fué así que ingresó en el profesorado del Conservatorio Nacional, en 1902, sin dejar de atender a sus trabajos para el teatro, siendo de esta época su música para las zarzuelas *La loma del Angel* y *El sufragio libre*.

En 1906 fué nombrado profesor de la Asociación de Dependientes del Comercio de la Habana, donde ya había trabajado anteriormente, y al año siguiente renunció a su cargo de profesor y secretario del Conservatorio Nacional.

Sacada a oposición en 1915 la cátedra de música de la Escuela Normal para Maestros de la Habana, le fué otorgada la misma a Gaspar Agüero. Este cargo, y el de profesor del Centro de Dependientes, los desempeñó hasta su muerte.

Gaspar Agüero, no obstante sus éxitos, volvió a la Universidad de La Habana, para seguir los estudios de pedagogía, y ser, como lo calificó Alfredo M. Aguayo después de explicar un curso de Pedagogía Musical en el Ateneo de La Habana, "el primer pedagogo musical de Cuba". Obtuvo el título de Doctor en Pedagogía en 1921.

En la Escuela Normal para Maestros de la Habana, además de profesor, fué director de la misma en 1922, ocupó en tres ocasiones la secretaría, y siempre estuvo dispuesto a cooperar en actos de la Institución, al igual que lo hizo siempre en el Centro de Dependientes, componiendo obras musicales para los mismos.

La Sociedad Económica de Amigos del País que lo hizo socio de número en 1919, le encomendó en 1933 la dirección de su Conservatorio Santa Amalia, donde prestó valiosos servicios a la Institución. También la Academia Nacional de Artes y Letras lo contó entre sus miembros desde el año de 1938.

Una logia de la Orden Caballeros de la Luz Inc., de la Habana, la número 151, lleva el nombre de Logia Gaspar Agüero, para honrar con ello al gran músico, compositor y maestro.

Murió en La Habana, el 18 de mayo de 1951.



E. P. D.
EL DOCTOR

GASPAR, AGÜERO Y BARRERAS

HA FALLECIDO

Dispuesto su entierro para hoy sábado, a las 9.30 a. m., los que suscriben, sus hijos, hijas políticas, hermanos políticos y sobrinos, en su nombre y en el de los demás familiares, ruegan a las personas de su amistad, se sirvan concurrir a la Capilla de la Funeraria Alfredo Fernández, sita en 17 y H, Vedado, para desde allí acompañar el cadáver hasta el Cementerio de Colón, favor que agradecerán.

La Habana, 19 de mayo de 1951.

Gaspar, Francisco, Matilde, Georgina y Emma Agüero y Pons; Eulalia Solatín de Agüero; María Bascua de Agüero; Asunción Rodríguez Vda. de Agüero; María Teresa Quadreny Vda. de Pons; Angela Pons de Delgado; Emiliano Delgado y Valdés; Ignacio Pons y Zamora; Herminia Vázquez de Pons; Oliverio, Juana, Amparo, José, Asunción, Miguel Alberto y Olga Agüero y Rodríguez; Concepción, Angélica, Ana María y Esther Delgado y Pons; Dr. Octavio Montoró; Dr. Rafael Anrrich.

SE AGRADECEN NO ENVIEN CORONAS NI FLORES.

M, Mayo 19/51



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

1040130

GASPAR Y DIEGO AGUERO

14 de mayo - 1870

La Voz de Cuba de esa fecha se refiere a la llegada de los hermanos Agüero a La Habana a bordo del vapor Pájaro del Oceano. Desembarco por la Punta. Entre 5.30 y 6 de la mañana de ese día, "siguiendo a pie por la Calzada de San Lázaro".

"Entrambos permanecían a la una en distinto calabozo del Castillo del Príncipe, aguardando el fallo del consejo".



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

JOAQUIN DE AGÜERO.

DESDE 1810 hasta que se realizó la independencia de Cuba, no dejó de conspirarse contra la dominación española ni un solo día. Los primeros mártires de la causa fueron los camagüeyanos Francisco Agüero y Velasco, (Frasquito) y Andrés Manuel Sánchez. El tercero que pagó con la vida su amor á la libertad de su patria fué Joaquín Agüero y Agüero, camagüeyano también y una de las más hermosas figuras de nuestra corta pero honrosa historia.

Joaquín de Agüero nació en Puerto Príncipe el 15 de Noviembre de 1816 y pertenecía á una de las familiares más antiguas y distinguidas de aquella ciudad. Era un joven de talento y esmerada educación y de un carácter tan atrayente y simpático que conquistaba los afectos.

Desde los 21 años empezó á estudiar leyes en la Habana, pero interrumpió su carrera la grave enfermedad de su padre, trasladándose al Camagüey para hacerse cargo de la dirección de sus intereses. En 1839 se casó con su prima Ana Josefa Agüero, privilegiada criatura por su belleza, su entendimiento y su corazón, la mejor compañera que podía haber elegido un hombre superior en quien latían las más elevadas aspiraciones.

Ya en posesión de su patrimonio por muerte del autor de sus días, Agüero se distinguió con la creación y sostenimiento de una escuela gratuita en Guantáma-

mo, que abrió sus puertas al pueblo el 8 de Enero de 1842. La Real Sociedad Económica de la Habana, por este rasgo de generosidad y amor á la cultura del país le confirió el título de Socio de Mérito.

Como ya creemos haberlo dicho en otra ocasión, quien se distinguía en aquellos tiempos por su espíritu liberal, sus ideas abolicionistas ó su amor á la instrucción popular atrafase *ipso facto* las iras de los gobiernos coloniales. Joaquín Agüero liberal, creemos, desde el punto y hora en que tuvo uso de razón, dió la libertad á sus esclavos y este hecho en medio de una sociedad esclavista, llamó la atención. De llamarla á ser llamado por el gobernador general á la Habana no mediaron muchos días. Sobre esto, en Abril de 1840 escribió el insigne Gaspar Betancourt (*El Lugareño*) á su gran amigo el no menos ilustre cubano Domingo del Monte: «El joven Agüero está muy mal parado. El general mandó que lo hicieran comparecer para contestar á cierto interrogatorio sobre qué lo movió á dar libertad á sus esclavos. Todo se ha hecho y parece que el sumario sigue adelante, no ya sobre lo de la libertad sino sobre palabras que vertió, apestando á abolicionismo y á diabluras. Yo le he aconsejado que se vaya al Norte cuanto antes, pues no sólo tiene contra sí al Gobierno, sino á muchos de sus paisanos. Hoy es delito tener y hasta maifestar tener compasión á los esclavos: la humanidad, el buen trato, nada de esto se puede recomendar en el día, porque son sinónimos de abolicionismo. Ni el censor permite una palabra sobre colonización blanca.»

Ni aún el mismo *Lugareño*, hombre de gran prudencia y que no se dejaba arrastrar por el fuego de la juventud, se vió libre de chocar con la suspicacia del general O'Donnell, quien lo llamó un día para decirle, después de elogiar su talento, que lo empleara en bien de su país y que contara con su apoyo, pero si no lo hacía así, es

que se hallaba mal con su cabeza.

Con la emancipación de sus esclavos alcanzó aún mayor popularidad Agüero, que confiando demasiado en sus simpatías, se resolvió á dar el grito de independencia correspondiendo al de Narciso López que iba á invadir de nuevo la isla, levantando bandera de insurrección el 4 de Julio de 1851 en la hacienda San Francisco del Jucarál con treinta hombres decididos.

Al primer encuentro con las tropas se disolvió la partida libertadora, no sin sostener un rudo combate en el que cayeron luchando como leones el Ldo. Francisco Torres, Mariano Benavides, Francisco Perdomo, Agustó Arango y un negro, antiguo esclavo de Agüero. «Yo debía morir en-

tonces—dice el mártir—y ni un rasguño del enemigo me cupo. El valiente y sufrido Ubaldo Arteaga, Adolfo Pierra y Miguel Benavides escaparon conmigo.»

Y el desenlace de esta heroica empresa lo refiere así Francisco de Agüero y Estrada:

«Después de aquel triste cuanto memorable acontecimiento, que dió al traste con todos sus planes Agüero ya no pudo ocuparse sino de su salvación, y al través de horribles pantanos, atravesando bosques y breñas intrasitables, abrumado de fatiga, destituido de todo humano socorro y pasando tres días y tres noches de marcha continua, llegó al Júcaro, donde el infame P... lo entregó á la saña de sus enemigos.»

Hé aquí el retrato físico de Agüero hecho por José Ramón Betancourt en su novela *Una feria de la Caridad*:

«Era un joven que hubiera podido servir de modelo para mostrar la varonil apostura de un hijo de los trópicos. De su espaciosa y morena frente, coronada por negros y ensortijados cabellos, destacábase una aguileña nariz, espesos bigotes y ancha pera permitían ver sus labios agraciados nunca conmovidos por la risa ni por la cólera. La expresión de aquel semblante se concentraba en los ojos grandes, cubiertos de largas pestañas, negras como azabache y al través de las cuales irradiaban las pupilas su penetrante luz, revelando el conjunto de su rostro la nobleza de su alma, la elevación de sus ideas y un fondo de amargura y de desencanto que á la vez de inspirar simpatía infundía respeto á todo el que le trataba.»

Preso Agüero, se apeló por el gobierno á todos los medios para arrancar á los cautivos revelaciones acerca de la extensión del movimiento y de sus partidarios. Todos se encerraron en el más digno silencio. Al ser interrogado Joaquín de Agüero, dijo:

—Desde que tuve uso de razón he suspirado por la libertad de mi tierra y hace ocho años que constantemente trabajo para conseguir ese objeto; pero durante estos dos últimos años no he tenido otra ocupación ni he pensado en otra cosa que en llevar á cabo mi empresa. Creí y creo llegado el momento de consumir la revolución á mano fuerte: si se piensa que me he equivocado ese es mi crimen.

Encerrados en el cuartel de Lanceros de Puerto Príncipe y puestos en capilla, fueron fusilados á las seis de la mañana del 12 de Agosto de 1851 en la Sabana de Arroyo Méndez, Joaquín de Agüero, Miguel Benavides, José Tomás Betancourt y Fernando de Zayas. Creemos inútil decir que murieron como habían vivido: llenos de decoro,

I.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



3610706

*El Alcalde Municipal y el
Presidente de la Delegación de Veteranos*

Tienen el honor de invitar a usted y su distinguida familia a los actos conmemorativos del CENTENARIO DE LA ENTRADA DE JOAQUIN DE AGUERO Y AGUERO en "TUNAS DE BAYAMO", hecho acaecido el 8 de julio de 1851, a las 2 a. m., siendo éste el primer acto bélico ocurrido en escenario tunero en prosecución de la libertad de Cuba.

José Hernández Cruz

Faustino Cusidó Carrillo

aprovechan la oportunidad para testimoniarles su aprecio y consideración, agradeciéndole anticipadamente su patriótica colaboración a los efectos de la mayor brillantez de los actos organizados.

"Sabia del patriotismo de los de Tunas..."

Nota Histórica

JOAQUIN DE AGUERO Y AGUERO, patriota y masón, se alzó en armas el 4 de julio de 1851 en la hacienda San Francisco de Jucaral y todo el proceso se le siguió hasta su fusilamiento en la Sabana de Méndez, en el legendario Camagiiey, el siguiente 12 de agosto.

A las dos de la madrugada del martes 8 de julio, Agüero y los suyos penetraron en la antigua "Tunas de Bayamo", Victoria de las Tunas, hoy; estando conjurados en la delegación de las Tunas: Los Tornet, Colibar, Montes de Oca, Ruz, Paneque, Cordoví, Sánchez, Fuente, Portuondo, Aguilera, Pupo y algunos cabos de Ronda, así como el hacendado Castillo, el comerciante Andrés del Río, y el ferretero García Ménendez.

Es interesante destacar que entre los conspiradores tuneros se encontraba el presbítero Rafael Fajardo, abuelo de Jitan Cristobal Nápoles Fajardo, "el famoso Cucalambé", autor de "Rumores del Hórmigo".

Dice el historiador Juárez Cano que el caudillo Joaquín de Agüero "Sabía del patriotismo de los de Tunas"...

PROGRAMA

6 a. m.-Diana Mambisa

9 a. m.-Sesión Solemne en la Delegación de Veteranos de la Independencia, donde el Br. Manuel A. Herrera Martínez, pronunciará el panegirico de JOAQUIN DE AGUERO Y AGUERO.

10 a. m.-Ofrendas florales a Martí, Vicente García, Menocal y Maceo; realizándose el desfile partiendo de la Delegación, hasta Angel Guerra a tomar la calle JOAQUIN DE AGUERO Y AGUERO hasta Francisco Varona.

11 a. m.-Recepción a los veteranos e invitados por la "Asociación de Periodistas".

8 p. m.-Concierto de Música Cubana, por la Banda Municipal, laureada con la Medalla del Centenario de la Bandera, en el Parque Vicente García.

Día: Domingo 8 de julio de 1951

EL GRITO DEL JUCARAL



El 4 de julio de 1851, se dió el "Grito del Jucaral" por el excelso patriota y libertador camagüeyano, Joaquín de Agüero y Agüero, acompañado por un grupo heroico y bizarro de principes, amantes como él de la libertad y de los derechos que garantizan esencialmente la dignidad humana.

Rendimos hoy un tributo de fervorosa recordación a la memoria del egregio paladín que ofrendó su vida en aras de nuestra Independencia y que fué el primer abolicionista que por espontánea decisión de ejemplar memoria, manumitió a sus esclavos concediéndoles la libertad. Y recordamos con él, asimismo, a los compañeros que lo secundaron en aquella temeraria hazaña, al pronunciarse todos contra el Gobierno de España, lanzándole así un reto a la poderosa nación de ultramar.

Ciento cinco años han transcurrido desde entonces y ni Joaquín de Agüero, ni sus compañeros de inmólacion en la Sabana de Méndez, Zayas, Betancourt y Benavides, tienen todavía en Camagüey el monumento digno de su gloria y su patriotismo. Confiemos que algún día, por acción generosa de algún gobernante amante de esta región, se erigirá ese monumento, sobre el ara de fervores y devociones que Joaquín de Agüero y sus compañeros Mártires tienen en el corazón del pueblo camagüeyano.

¡Llor a la memoria de los leccionarios y el Adalid del Jucaral!

36.2194

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR

*Acción única con ayuntamiento
1956*



NUEVA EMISION DE SELLOS...
 El día primero de julio próximo entrará en circulación una nueva emisión de sellos de correos destinada a honrar la memoria del ilustrísimo patriota que fue Joaquín de Agüero, quien en el año 1851 inició un movimiento armado por la libertad de nuestro país, desde el lugar conocido por San Francisco de Jucaral. La emisión constará de dos millones de sellos de 4 centavos, ordinarios, color verde, con la figura del prócer montado a caballo y dirigiendo una carga al machete y la inscripción «Grito de Jucaral, 4 de julio de 1851». Y 500.000 sellos de 12 centavos, para el servicio aéreo, color azul, con la efigie del propio Joaquín de Agüero. Estos sellos pueden ser adquiridos por los filatélicos desde el día 27 de este mes, en las oficinas del Negociado de Servicio Internacional del Ministerio de Comunicaciones. La correspondencia depositada el 4 de julio, llevará el gomígrafo de «Primer Día».

Emisión Sobre el Grito de Jucaral

Para honrar la memoria de don Joaquín Agüero

Dispuso el ministro de Comunicaciones señor Ramón Vasconcelos, que se pongan en circulación dos sellos postales conmemorativos, destinados a honrar la memoria del ilustre patriota Joaquín de Agüero, iniciador de un movimiento armado el día 4 de julio de 1851, en San Francisco de Jucaral, en favor de la libertad de Cuba.

Para recordar la efemérides anterior se pondrán en circulación esas estampillas, precisamente, el día cuatro del mes próximo.

Algunos Detalles

Consta la emisión de los siguientes valores: dos millones de sellos de cuatro centavos de valor facial, ordinarios, color verde, con la figura de Joaquín Agüero, montado a caballo dirigiendo una carga al machete, con la siguiente leyenda: «4 Centavos, Cuba. Grito de Jucaral, 4 de julio de 1851» y medio millón de sellos de doce centavos, servicio aéreo, color azul con la efigie de Joaquín Agüero.

A fin de brindar facilidades a los filatelistas, dichos sellos comenzarán a venderse en el Negociado de Servicio Internacional y Asuntos Generales del Ministerio y en otras oficinas postales de importancia, al comienzo de las operaciones del próximo día 27 de este mes.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Aguar

Un día como hoy —31 de enero— de 1887, nació en la finca La Bijirita, término municipal de Santiago de las Vegas, Provincia de La Habana, Pedro M. Aguar.

Sus padres, modestos labradores, no pudieron brindarle la oportunidad de asistir a la escuela. Aprendió las primeras letras guiado por su buena madre. Y después cuando estalló la última guerra de independencia, aprovechó la necesidad de vivir en el pueblo para ampliar sus conocimientos.

Aprendió el oficio de tabaquero, y fué de los primeros en poner su pluma y su palabra modesta pero viril, al servicio de los intereses del proletariado.

Trabajó activamente en la Federación de Trabajadores de Tabaco en Rama, en 1907, cuando era jefe de redacción del periódico *El Escogedor*.

En 1918 fué designado Secretario de la Federación de Escogedores de Tabaco en Rama. Fué fundador de la Sociedad de Torcedores de Santiago de las Vegas, debiéndose a su gestión la adquisición de un local propio para el Centro Obrero.

Cultivó la poesía en todo tiempo, y en 1919 le fué premiado por la Asociación de la Prensa de Santiago de Cuba en canto a la región oriental; y dos años después la misma sociedad le premió la fábula *El Río y el Arroyo*.

En 1944 desempeñó la Secretaría del Municipio de Santiago de las Vegas, y en diversas ocasiones distintos cargos honoríficos en la Sociedad *Mis Luz*, Centro de Instrucción y Recreo, Sociedad de Leones, etc., y fué hasta su muerte jefe de redacción del periódico *Ráfaga* de Santiago de las Vegas.

Murió en La Habana, el 12 de septiembre de 1946, y sus restos fueron inhumados en el cementerio de Santiago de las Vegas.



VIDAS CUBANAS

AGUIAR

Un día como hoy —31 de enero— de 1887, nació en la finca La Bijirita, término municipal de Santiago de las Vegas, Provincia de La Habana, Pedro M. Aguiar.

Sus padres, modestos labradores, no pudieron brindarle la oportunidad de asistir a la escuela. Aprendió las primeras letras guiado por su buena madre. Y después cuando estalló la última guerra de independencia, aprovechó la necesidad de vivir en el pueblo para ampliar sus conocimientos.

Aprendió el oficio de tabaquero, y fué de los primeros en poner su pluma y su palabra modesta pero viril, al servicio de los intereses del proletariado.

Trabajó activamente en la Federación de Trabajadores de Tabaco en Rama, en 1907, cuando era jefe de redacción del periódico El Escogedor.

En 1918 fué designado Secretario de la Federación de Escogedores de Tabaco en Rama. Fué fundador de la Sociedad de Torcedores de Santiago de las Vegas, debiéndose a su gestión la adquisición de un local propio para el Centro Obrero.

Cultivó la poesía en todo tiempo, y en 1919 le fué premiado por la Asociación de la Prensa de Santiago de Cuba su Canto a la región oriental; y dos años después la misma sociedad le premió la fábula El río y el arroyo.

En 1944 desempeñó la Secretaría del Municipio de Santiago de las Vegas, y en diversas ocasiones distintos cargos honoríficos en la Sociedad Más Luz, Centro de Instrucción y Recreo, Sociedad de Leones, etc., y fué hasta su muerte jefe de redacción del periódico Ráfaga, de Santiago de las Vegas.

Murió en La Habana, el 12 de septiembre de 1946, y sus restos fueron inhumados en el cementerio de Santiago de las Vegas.

M. M. M. M.

JUL 1988

Aguilera

Un día como hoy —22 de febrero—, de 1877, murió en Nueva York, Francisco Vicente Aguilera. Nació en Bayamo, provincia de Oriente, el 23 de junio de 1821.

Cursó los estudios de derecho, obteniendo el título de abogado en 1846.

Hijo de una de las familias más ricas de Oriente, todo lo dió por la independencia de su patria, figurando junto a Céspedes, entre las figuras más destacadas del movimiento revolucionario que culminó en la primera guerra de independencia, iniciada en 1868.

En el segundo año de guerra el Gobierno revolucionario lo honró con los cargos de Vicepresidente y general del Ejército oriental. El 26 de julio de 1871, abandonó la isla en misión especial, con el encargo de unir a los emigrados y aumentar los recursos para enviar expediciones con armas y balas al Ejército Libertador. En esta misión pasó largos y penosos años, recorriendo varios países de América y Europa.

Amarguras de todas clases le salieron al paso, intrigas y obstáculos hicieron fracasar reiteradamente su intento de regresar al campo de la lucha. Una tras otra las embarcaciones en que se dió a la mar rumbo a su patria, lo devolvieron nuevamente a los Estados Unidos.

El final del último intento, marcó el final de su vida en Nueva York, el 22 de febrero de 1877, víctima del cáncer, recibiendo su cadáver el alto honor de ser tendido en la Sala de los Gobernadores del Ayuntamiento de aquella ciudad, en cuyo cementerio descansaron sus restos hasta el año de 1910, en que fueron trasladados a su pueblo natal.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

FRANCISCO VICENTE AGUILERA.- Bayamo 23 de 1821.

New York, febrero 22 de 1877

Por Fernando Figueredo Socarrás

FRANCISCO VICENTE AGUILERA Y TAMAYO nació en Bayamo, el 23 de junio de 1821. Fué hijo del Coronel Antonio Ma. Aguilera y de la Sra. Juana Tamayo e Infante, pertenecientes ambos a distinguidas familias de aquella antigua y legendaria ciudad. El Coronel Aguilera comandaba las milicias disciplinadas del Departamento Oriental.

Este matrimonio tuvo dos hijos: Antonio María y Francisco Vicente. El primero salió temprano de su ciudad natal. Estudió en Madrid y a su vuelta a Cuba, fijó su residencia en la Habana, donde contrajo matrimonio, muriendo sin sucesión. Francisco Vicente ("Pancho", como cariñosamente se le llamaba) empezó su educación en el mismo Bayamo y aún adolescente, fué enviado a Santiago de Cuba, donde completó su instrucción primaria. A los 15 años pasó a la Habana, ingresando en el colegio de Carraguao, que dirigía el Sr. Navarro. Después curso, sin terminar, la carrera de Leyes.

A los 25 años, volvió a Bayamo (1846), ocurriendo, a poco de su llegada, el sensible fallecimiento del autor de sus días.

A los 27 años, contrajo matrimonio, con la Srta. Ana Kindelán y Griñan, hija de Santiago de Cuba, descendiente, como Aguilera, de familia de noble alcurnia y admirada. Este enlace se vió favorecido por diez hijos: 5 hembras, Caridad, Juanita, Anita, Magdalena y María y 5 varones, Antonio, Francisco, Juan, Pedro y Eugenio, de los cuales quedan sólo, dos hembras, Anita y María y dos varones, Pedro y Eugenio. Aguilera residió siempre en Bayamo, rodeado del amor de su distinguida familia y siendo, a la vez, el centro y el alma de aquella culta y progresista sociedad.

Entregado a la dirección de su inmensa fortuna, que llegó a adelantar al extremo de hacerse el hombre más acaudalado en la región comprendida entre Trinidad y el extremo Oriente, pasaba su tiempo atendiendo a sus intereses, a los deberes de su familia y al cuidado de su anciana madre. Por su esmerada educación, por la bondad de su carácter, por sus sentimientos generosos y altruistas y, más que nada, por sus hábitos democráticos, Pancho Aguilera, vino a hacerse no sólo el director y consultor de aquella sociedad, sino el ídolo del pueblo, que lo adoraba y lo estimaba como su mentor, e inconscientemente como su futuro redentor. Era alto, esbelto, delgado, de facciones muy finas, de ojos lánguidos, de modales distinguidos, y como característica de su fisonomía, usaba una larga barba que se dejaba crecer hasta cubrirle el pecho y que tanto le aproximaba a un patriarca bíblico.

A principios de 1863 pasó por el inmenso dolor de perder a su madre, el amor de sus amores, y fué tal el efecto que produjera en él semejante pérdida, que su familia y amigos le aconsejaron se alejara de aquel escenario, emprendiendo un viaje al extranjero. Al que esto escribe, le cupo la dicha de acompañarle en ese viaje, que se efectuó en el mes de mayo de 1863, siendo los E. U. el primer país, visitado por él.

Una vez que recorrió aquel grandioso y admirable foco de Libertad y Democracia, Aguilera pasó a Europa, teniendo la inestimable suerte de atravesar el Atlántico, en unión de Domingo Goicouría, su condiscípulo de Carraguao y ahora su compañero en ideales y amor a la causa de la libertad de la Patria. A fines del año, volvió a su ciudad natal.

La situación de Cuba no podía serle indiferente. Saturada, como se encontraba su alma, de los principios de Justicia y Democracia, muerta su madre y creyéndose dotado de fuerzas moral, financiera y popular para acometer la empresa de libertar a Cuba, se decidió a afrontarla y ya, desde 1864, no pensó sino en levantar un altar en su corazón, a la consumación de su pensamiento.

El fracaso de los comisionados cubanos, que en 1866, fueron a la Corte española a informar sobre la situación y necesidades de la Colonia, la afrentosa conducta de la Comisión Militar y la despótica de las autoridades, resolvieron a Aguilera y a algunos compañeros a iniciar la campaña de una activa conspiración.

La Gran Logia Masónica de Santiago de Cuba, deseando extender su fraternal propaganda, por todo el territorio Oriental, instaló Logias subordinadas en todas las localidades de alguna importancia y este fué un resorte precioso de que se valieron los patriotas para comenzar y propagar la santa idea de la Revolución. En una sesión de la R. Logia "Redención" de Bayamo, constituyó un Comité Central, que tuviera a su cargo la difusión de un programa revolucionario. Esa misma noche se reunieron en la palacial residencia de Pedro Figueredo (autor de nuestro Himno nacional) a donde acudieron Francisco Maceo Ossorio y Pancho Aguilera, constituyendo el "Comité Revolucionario de Bayamo", que eligió a Aguilera, Presidente, a Maceo Ossorio, Secretario y a Pedro Figueredo, Vocal.

El resultado fué tal y tales fueron las consecuencias de una no interrumpida propaganda, que Carlos Manuel de Céspedes, uno de los conjurados y más activos propagandistas, se resolvió a lanzarse al campo, en presencia de una orden de prisión contra él y sus adeptos, el 10 de octubre de 1868, en su ingenio "La Demajagua". Pronto todo el Departamento oriental se agrupó bajo el estandarte de la revolución, se tomó a Bayamo, se rechazaron las fuertes columnas que de Manzanillo y Santiago vinieron en socorro de la ciudad sitiada y la lucha se asentó sobre sólidas bases.

Respondieron Camagüey y las Villas: se unificó la Revolución y el 10 de abril de 1869, fué proclamada la República de Cuba, dándose su constitución y creándose los distintos poderes que habrían de regir sus destinos. Aunque Céspedes fué electo Presidente, no se olvidó la importancia de los servicios de Aguilera, que fué electo Vicepresidente de la República, Lugar Teniente General del Ejército—Segundo del General en Jefe—y Secretario de la Guerra. Aquel hombre siempre grande y generoso, de los tres cargos, ocupó el de mayor peligro, aquel de más difícil desempeño; nombró a Pedro Figueredo, Subsecretario de la Guerra, que actuaría en su ausencia, y marchó a la organización y dirección de la campaña en Oriente. Dirigió varias acciones de guerra y siempre dió gran ejemplo de valor, de orden y disciplina.

En 1871, en presencia de las diferencias entre los emigrados cubanos, resolvió el Presidente Céspedes enviar al General Aguilera y al, hasta entonces Secretario de Relaciones Exteriores, Dr. Ramón Céspedes Barrera, para que asumieran la Agencia General, el primero y las funciones diplomáticas, el segundo. Los nuevos Agentes abandonaron las costas de Cuba, por el Sur de la isla, por el puerto de Boca Caballo, en la Sierra Maestra, el martes 27 de junio de 1871. Los condujo el valiente Coronel Juan Luis Pacheco, llegando felizmente a la isla de Jamaica.

Los nuevos Representantes de la Revolución fueron recibidos por todos los emigrados con muestras de simpatías. Todos depusieron sus actitudes y tal parecía que el patriotismo cerniéndose sobre aquellas agrupaciones de abnegados servidores de la Patria, habría de traer días bonancibles y prósperos para la causa de la libertad de la Patria. Pero fué un vano ensueño, que se evaporó como una ilusión: pronto surgieron las mismas dificultades y las mismas divisiones.

Aconteció la deposición de Céspedes, como Presidente de la República (Ocb. 27, 1873) y Aguilera fué llamado, como Vicepresidente, a cupar el cargo, que le señalaba la Constitución. Pero en su empeño por cumplir con su deber se le presentaron otras y más penosas dificultades. Se movió por todas partes y en todos sentidos por volver



a Cuba: todos eran obstáculos insuperables que se traducían en fracasos. Errante por las Antillas, solicitando la manera de cumplir su deber, sin recursos, desfallecido por tanto luchar, rodeado siempre de obstáculos insuperables, se rindió, al fin, ante el destino: lo venció la adversidad y en su afanoso y sobrehumano esfuerzo, contrajo la enfermedad que desgraciadamente lo postró.

Enfermo de cuerpo y alma, decepcionado, entristecido, retornó a la ciudad de New York para entregar su alma a Dios el immaculado patriota, el día 22 de febrero de 1877, en la casa marcada con el número 233 de la calle 30, al Oeste. Eran las 10½ de la noche.

La ciudad de New York honró la memoria del patriota y del abolicionista, enlutando la fachada de la casa consistorial, poniendo la enseña americana, junto a la cubana, a media asta, en señal de duelo y tendiendo sus restos en capilla ardiente en la sala capitular.

Sus venerables cenizas fueron trasladadas a Cuba en octubre de 1911, a los 34 años de su muerte, en uno de los buques de guerra de la República, recorriendo la isla, desde la Capital hasta Bayamo, en imponente procesión, siendo depositados en el panteón de su familia, en la necrópolis de aquella ciudad, el 10 de octubre, al cumplirse 43 años de haberse iniciado la lucha por la independencia de su Patria.

Al que esto escribe le cupo la triste suerte de formar parte de la luctuosa comitiva, que condujo sus despojos del exterior a Cuba. Otra vez fuimos compañeros de viaje, acompañando aquellos adorados restos a través de una vía, en que las muchedumbres del trayecto elevaban sus preces al Altísimo por el eterno descanso de aquel mártir del deber y regaban con sus lágrimas piadosas, la senda que hacia el lugar de su nacimiento recorría la triste comitiva...



FRANCISCO VICENTE AGUILERA Y TAMAYO

Por Fernando Figueredo Socarrás.

Bayamo, junio 23 - 1821 - New York, febrero 22 - 1877.

Francisco Vicente Aguilera y Tamayo, una de las figuras mas prestigiosas de la Revolución que estallara en la Demajagua, el 10 de octubre de 1868, nació, como otros preclaros varones del patriotismo cubano, en Bayamo, el 23 de junio de 1821. Fue hijo del Coronel Antonio Ma. Aguilera y de la Sra. Juana Tamayo e Infante, pertenecientes ambos a distinguidas familias de aquella antigua y legendaria ciudad. El Coronel Aguilera comandaba las milicias, disciplinadas del Departamento Oriental.

Este matrimonio tuvo dos hijos, Antonio Maria y Francisco Vicente. El primero salió temprano de su ciudad natal. Estudió en Madrid y a su vuelta a Cuba, fijó su residencia en La Habana, donde contrajo matrimonio, muriendo sin sucesión.

Francisco Vicente (Pancho, como cariñosamente se le llamaba) empezó su educación en el mismo Bayamo y aun adolescente, fué enviado a Santiago de Cuba, donde completó su instrucción primaria. A los 15 años pasó a La Habana, ingresando en el entonces afamado colegio de Carraguao, que, con tanta competencia dirigía el conocido educador, Sr. Navarro. Terminada su educación superior cursó Leyes, carrera que no llegó a terminar, pues como José Antonio Saco, y otros bayameses, la abandonó al terminar el Bachillerato en Leyes.

A los 25 años, volvió a Bayamo (1846), ocurriendo a poco de su

1850203

llegada el sensible fallecimiento del autor de sus días. Esto, sin duda, y el deber de enjugar las lágrimas de su santa madre, le obligó a permanecer en su ciudad natal, con su mayor razón cuando los cuantiosos intereses dejados, a la muerte de su padre, le aconsejaron dedicar a ellos su atención. Ya su hermano mayor había dejado de existir.

A los 27 años, contrajo matrimonio, con la Sra. Ana Kindelan y Griñan, hija de Santiago de Cuba, descendiente, como Aguilera de familia de noble alcurnia y admirada. Este enlace se vió favorecido por diez hijos, cinco hembras; Caridad, Juanita, Anita, Magdalena y María y cinco varones; Antonio, Francisco, Juan, Pedro y Eugenio, de los cuales quedan sólo dos hembras, Anita y María y dos varones, Pedro y Eugenio. Aguilera residió siempre en Bayamo, rodeado del amor de su distinguida familia y siendo, a la vez, el centro y el alma de aquella culta y progresista Sociedad

Entregado a la dirección de su inmensa fortuna, que llegó a adelantar al extremo de hacerse el hombre mas acaudalado en la región comprendida entre Trinidad y el extremo Oriente: pasaba su tiempo atendiendo a sus intereses, a los deberes de su familia y al cuidado de su anciana madre. Por su esmerada educación, por la bondad de su carácter, por sus sentimientos, generosos y altruistas y, mas que nada, por sus hábitos democráticos, Pancho Aguilera, vino a hacerse no sólo el director y consultor de aquella sociedad, sino el ídolo del pueblo, que lo adoraba y lo estimaba como su mentor, e inconcientemente como su futuro redentor. En aquella ciudad de afectos íntimos y de costumbres sencillas y patriarcales, no había un carácter que demandara mas respeto ni

PATRIMONIO
DOCUMENTALOFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

1009204

mas consideración de las masas populares, que Pancho Aguilera. Era alto, esbelto, delgado, de facciones muy finas, de continente airado, de ojos lánguidos, de modales distinguidos y como característica de su fisonomía, usaba muy larga barba, que se dejaba crecer hasta cubrirle el pecho y que tanto lo aproximaba a un patriarca bíblico. A pesar de su fortuna, de su educación y los aires señoriales que mecieran su cuna, se le veía confundirse con el pueblo y tomar parte con este en la celebración de fiestas a que se entregaban las clases media y populares de la sociedad.

Su inmensa riqueza consistía en ingenios, potreros, haciendas, de crianzas, residencias palaciales en Bayamo, Manzanillo y Santiago de Cuba. Contaba por centenares de miles las cabezas de ganados, lanary caballar. Tenía gusto e interés por el mejoramiento de las razas y en sus haciendas ostentaba, con singular orgullo, los mas bellos y refinados ejemplares de todos los grupos de aquellos animales. Solo en las Tunas era dueño de las dilatadas y ricas zonas de tierra conocidas por Birama y Calaniguan, que comprendían un territorio encerrado por el camino central de la Isla hasta el Cauto, unas 15 leguas, extendiéndose hacia el Sur hasta el mar. Algunos estados europeos podían caber facilmente en el área de su propiedad. Sus esclavos eran incontables y los mayores, empleados y dependencias de sus dominios formaban legiones.

Aguilera era un monarca que poseía grandes territorios y le obedecían millares de súbditos. Su influencia y su proximidad eran tales que su voz de mando, hacía retemblar comarcas enteras.

A principios de 1863 pasó por el inmenso dolor de perder a la madre, el amor de sus amores, y fué tal el efecto que produjera

1009205

en él semejante pérdida, que su familia y amigos le aconsejaron se alejara de aquél escenario, emprendiendo un viaje al extranjero. Al que esto escribe, como sentida muestra de la admiración que siempre le inspiró, siendo niño, le cupo la dicha de acompañarle en ese viaje, que se efectuó en el mes de mayo de 1863, siendo los E. U. el primer país, visitado por él.

Una vez que recorrió aquel grandioso y admirable foco de Libertad y Democracia, Aguilera pasó a Europa, teniendo la inestimable suerte de atravesar el Atlantico, en unión de aquél otro carácter patriótico que se llamó Domingo Goicouría, su condiscípulo de Carraguao y ahora su compañero en ideales y amor a la causa de la libertad de la Patria. Calcúlese cuanto gozarían aquellos dos hombres en su largo viaje, en que habrían de recordar los dulces e inocentes días de la niñez y que se les presentaba la ocasión de meditar sobre la situación presente de Cuba y forjar planes para el provenir. A ambos le cupo la inefable felicidad de encontrarse y recordar sus compromisos, en los ensangrentados campos de la lucha armada como gladiadores de la causa de la emancipación de Cuba. Fué como una cita de honor heroicamente cumplida.

Aguilera recorrió las principales naciones europeas: visitó a Inglaterra, (atravesó el oceano en aquella maravilla flotante, que se llamó el "Grear Eastem" que sirviera de argumento a Julio Verne para escribir una de sus mas fantásticas novelas) pasando después a Francia y Alemania. A fines del año, volvió a su ciudad natal, habiendo aumentado sus conocimientos en la grandiosa escuela de los viajes.

La situación de Cuba, no podia serle indiferente. Saturada como

10.0206

se encontraba su alma de los principios de Justicia y Democracia: muerta su madre y creyéndose dotado de fuerzas moral, financiera y popular para acometer la empresa de libertad, se decidió a afrontar aquella y dedicarse al santo ideal de la libertad de Cuba y ya, desde 1864, no pensó sino en levantar un altar en su corazón a la consumación de su pensamiento. Lamentamos que el espacio que se nos ofrece sea tan reducido para detallar la vida de este preclaro varón, que, obsesionado por el sagrado sentimiento, que ya dominaba su existencia, se resolvió, sin medir las consecuencias, a dejarse arrastrar por la corriente del mas puro y desinteresado patriotismo.

El fracaso de los comisionados cubanos, que en 1866, fueron a la Corte española a informar sobre la situación y necesidades de la Colonia: la afrentosa conducta de la Comisión Militar, que tantas víctimas costara al pueblo de Cuba y la despótica conducta de las Autoridades, exacerban los espíritus y la conciencia del pueblo de manera tal, que aquellos que se creían en el deber por su posición y relaciones de asumir la responsabilidad, se arrogaron la facultad de la defensa y dirección de las masas. De ahí la resolución de Aguilera y algunos compañeros de iniciar la campaña de una activa conspiración.

La Gran Logia Masónica de Santiago de Chba, deseando extender su fraternal propaganda, por todo el territorio Oriental, instaló Logias subordinadas en todas las localidades de alguna importancia y este fué un resorte precioso de que se valieron los patriotas para comenzar y propagar la santa idea de la Revolución. Nació en una sesión de la R. Logia "Redención" de Bayamo, la idea de cons-

18.0207

tituir un Comité Central que tuviera a su cargo la difusión de un programa revolucionario. Esa misma noche se reunieron en la palacial residencia de Pedro Figueredo (autor de nuestro Himno Nacional) a donde acudieron Francisco Maceo Ossorio y Pancho Aguilera, constituyendo el "Comité Revolucionario de Bayamo", que eligió a Aguilera Presidente, a Maceo Ossorio, Secretario y a Pedro Figueredo, Vocal. Jamás causa alguna ha tenido unos propagandistas más activos y nunca predicación se ha extendido con más rapidez, ni ha encontrado más simpatías, ni mayor número de adeptos que aquella dirigida por el Comité de Bayamo. En todas partes se abrían los corazones, se formaban Clubs subordinados y se ofrecían para extender la propaganda. Pronto la comarca se vió minada. Los Agentes recorrían, cual un incendio, las campos, prendiendo en todas las almas y abrasando todas las conciencias. Se invitó al Camagüey, que solícito correspondió al llamamiento: se celebraron conferencias. El nombre de Aguilera, conocido en toda la Isla servía de estandarte y al conjuro de la respetabilidad de su carácter se acudía, espontáneamente de todas partes, a su llamamiento.

El resultado fué tal y tales fueron las consecuencias de una no interrumpida propaganda, que Carlos Manuel de Céspedes, uno de los conjurados y más activos propagandistas, se resolvió a lanzarse al campo, en presencia de una órden de presidio contra él y sus adeptos, el 10 de octubre de 1868, en su ingenio "La Demajagua". Pronto todo el Departamento oriental se agrupó bajo el estandarte de la Revolución, se tomó a Bayamo, se rechazaron las fuertes columnas que de Manzanillo y Santiago, volaron en socorro de la ciudad sitiada y la lucha se asentó sobre sólidas bases.

Respondieron Camagüey y las Villas; se unificó la Revolución y el 10 de abril de 1869, fué proclamada la República de Cuba, dándose su Constitución y creándose los distintos Poderes que habrían de regir sus destinos. Aunque Céspedes fué electo Presidente, no se olvidó la importancia de los servicios de Aguilera, que fué electo Vice Presidente de la República, Lugarteniente Gral. del Ejto., Segundo del Gral. en Jefe y Secretario de la Guerra. Aquel hombre siempre grande y generoso, de los tres cargos, ocupó el de mayor peligro, aquel de más difícil empeño: nombró a Pedro Figueredo, Sub Secretario de la Guerra, que actuaría en su ausencia, y marchó a la organización y dirección de la campaña en Oriente. Dirigió varias acciones de guerra y siempre dió gran ejemplo de valor, de orden y disciplina.

En 1871, en presencia de las diferencias entre los emigrados cubanos que enervaban sus esfuerzos con gran perjuicio de los patriotas que en los campos de la revolución luchaban y morían por la causa común de todos los cubanos, se resolvió el Presidente Céspedes enviar al General Aguilera y al hasta entonces Secretario de Relaciones Exteriores, Dr. Ramón Céspedes Barren, para que asumiera la Agencia General, el primero y las funciones diplomáticas, el segundo. Se esperaba que el nombre y respetabilidad de estos preclaros varones, harían desaparecer las luchas intestinas, que habían minado las emigraciones. Los nuevos Agentes abandonaron las costas de Cuba, por el Sur de la Isla, por el puerto de Boca Caballo, en la Sierra Maestra, el martes 29 de junio de 1871. Los condujo el valiente Coronel Juan Luis Pacheco, llegando felizmente a la isla de Jamaica.

Los nuevos Representantes de la Revolución, fueron recibidos

100009

por todos los emigrados con muestras de simpatías. Todos depusieron sus actitudes y tal parecía que el patriotismo cerniéndose sobre aquellas agrupaciones de abnegados servidores de la Patria, habrían de traer días bonancibles y prósperos para la causa de la libertad de la Patria. Pero fué un vano ensueño, que se evaporó como una ilusión; pronto surgieron las mismas dificultades y las mismas divisiones. Tanto Aguilera, como Céspedes, se creyeron mártires de la situación. El Agente General - Aguilera - se movía de un extremo a otro del País y aun marchó a París, predicando la armonía, solicitando la ayuda del patriotismo para socorrer a los soldados que luchaban y morían en los campos del honor. Su santa peregrinación y su constante predicación y noble ejemplo fué de muy insignificante resultado. Tal parecía que las luchas intestinas habían envenenado el sentimiento de la Patria.

Aconteció la deposición de Céspedes, como Presidente de la República (oct. 29, 1873) y Aguilera fué llamado como Vice Presidente a ocupar el cargo que, como Vice Presidente, le señalaba la Constitución. Esto le llenó de júbilo, porque se le relevaba de la desairada situación que en el extranjero ocupaba y se le proporcionaba la dicha de ocupar su puesto entre las huestes combatientes.

Pero en su empeño por cumplir con su deber se le presentaron otras y más penosas dificultades. Se movió por todas partes y en todos sentidos por volver a Cuba; todos eran obstáculos insuperables que se traducían en fracasos. Errante por las Antillas, solicitando la manera de cumplir el deber, sin recursos, desfallecido por tanto luchar, de tanto bregar con la adversidad, rodeado

1000210

siempre de obstáculos insuperables, se rindió, al fin, ante el destino: lo venció la adversidad y en su afanoso y sobrehumano esfuerzo, contrajo la enfermedad, que, desgraciadamente lo postró. Aquel noble que había resistido los mas desatados huracanas, a la postre, se doblgó vencido por su suerte adversa.

Enfermo de cuerpo y alma, decepcionado, entristecido, retornó a la ciudad de New York para entregar su alma a Dios, el legendario e inmaculado patriota, el día 22 de febrero de 1877, en la casa marcada con el No. 223 de la calle 30, al Oeste. Eran las 10½ de la noche.....

La ciudad de New York, honró la memoria del patriota y del abolicionista, enlutando la fachada de la casa consistorial, poniendo la enseña americana, junto a la cubana, a media asta en son de duelo y tendiendo los sagrados restos en capilla ardiente en la Sala Capitular.

Sus venerables cenizas fueron trasladadas a Cuba en octubre de 1911, a los 34 años de su muerte, en uno de los buques de guerra de la República, recorriendo la Isla, desde la Capital, hasta Bayamo, en sentida e imponente procesión, siendo depositado en el panteón de su familia, en la necrópolis de aquella ciudad el día 10 de octubre, al cumplirse 43 años de haberse iniciado la lucha por la independencia de su Patria.

Al que esto escribe le cupo la triste suerte de formar parte de la luctuosa comitiva, que condujo sus despojos del exterior a Cuba. Otra vez fuimos compañeros de viaje, acompañando aquellos adorados restos a traves de una vía, en que las muchedumbres del trayecto elevaban sus preses al Altísimo por el eterno descanso

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

3000211

de aquél mártir del deber y regaba con sus lágrimas piadosas, la senda que hacia el lugar de su nacimiento recorría la triste comitiva.

(f) Fernando Figueredo Socarrás.

Mayo, 1921.

MB/.

FRANCISCO VICENTE AGUILERA

Por Alberto Plochet.

Hay nombres, que la admiración y el fervor patriótico obligan a pronunciarlos de rodillas, con los brazos abiertos y mirando al cielo.

Hay nombres, verdaderamente apocalípticos, verdaderamente apoteósicos, que compendian la revelación de una epopeya de luz que se avecina, del descubrimiento de un episodio trascendental que está por llegar, y que por lo tanto, son consagrados y elevados a la categoría de supremas deidades, ante cuyas plantas, ante cuyos altares, iluminados por las llamas de las urnas votivas que nuestra devoción y nuestra adoración mantienen eternamente encendidas, ofrendamos, con la unción de fanáticos creyentes, nuestros juramentos más sagrados, nuestra más reverente lealtad y nuestro más profundo agradecimiento.

Hay nombres, como el de Francisco Vicente Aguilera, que son principio y fin de la materialización de un ideal, de la consecución de un empeño redentor y humanitario.

El nombre de Francisco Vicente Aguilera, evoca, con repercusiones vibrantes, con estallidos sonoros, aquel período de transición, aquel período de violenta metamorfosis que sufrieron los cubanos, cuando, con sin igual denue-do rasgaron el velo que oscurecía la senda de su libertad; cuando cambiaron, súbita y gal-lardamente, su triste condición de humildes colonos, de vergonzosos vasallos para convertirse en airados y furibundos descontentos, para proclamar su inconformidad con bélicos arrebatos, para trocar su bochornosa e inaguantable ser vidumbre, por una vida honrosa y acreedora del respeto y admiración universal.

Todo lo acontecido no empede, para que hurgando las reconditeces de nuestra historia, ésta, nos demuestre de manera fehaciente e inconcusa que Aguilera fué el prolegómeno de aquella gesta emancipadora, de aquel reto sublime e inolvidable que los cubanos lanzaron, atrevidamente, a sus opresores, que fué el protagonista de aquel osado descontento, el progenitor y mantenedor de aquel brote de inconformidad y de rebeldía, que culminó, años después, con la ansiada desaparición de nuestro suelo, del tirano que nos humillaba.

Y tanto es así, que nuestra muy sabia y docta Academia de la Historia de Cuba, dándose cuenta de la inmensa responsabilidad histórica que sobre ella recae, y cansada ya de los retazos de historia patria que el vendaval de los tiempos ha convertido en inservible hojarasca; cansada ya de las leyendas que los eruditos oficiosos han dejado trazadas en papeles más o menos auténticos, más o menos apócrifos; cansada ya de las inexactitudes de la comadrería pueblerina, del folklorismo que magnifica o empequeñece los hechos, y cansada ya de los anacronismos e inverosimilitudes que las pasiones han tejido alrededor de la conspiración del 68, nombró, y muy acertadamente por cierto, al ilustre y preclaro libertador y académico, Gerardo Castellanos, de pura cepa cubana, hombre sin manchilla ni preocupaciones antagónicas o tendenciosas, para que, de una vez y para siempre, quedase depurada, históricamente, el génesis de la conspiración libertaria del 68.

Yo gocé el supremo bien, la inmensa dicha de conocer a Francisco Vicente Aguilera, y por cierto, en momentos que



exteriorizaba uno de aquellos rasgos geniales, uno de aquellos gestos patriótico que lo inmortalizaron, y empequeñecía al grupo de cubanos, díscolos, que contrariaban su diáfana y honrada administración de los dineros de Cuba a él confiados, y lo hacía merecedor del título de "el primer cubano" con que lo consagró la ciudad de Nueva York, como justo premio de su acrisolada honradez, como blasón que ningún cubano lució en el extranjero.

Lo ví por primera vez, subiéndolo, cansado, penosamente, las escaleras de una tabaquería. Detrás de él subía también un tabaquero llamado Justo Butrón, y yo a la zaga de éste; pudiendo oír cómo Butrón lo regañaba cariñosamente porque llevaba puestos unos pantalones que lucían en los fondillos sendos parches de variados colores. Al llegar al primer pasillo, Butrón lo detuvo, y extrajo de su cartera un billete de diez pesos, diciéndole: "Tome viejo, cómprese un par de pantalones en cuanto salga de aquí, los que lleva puestos desdican mucho de la integridad de los cubanos".

Una vez en la "galera" donde trabajaban más de doscientos tabaqueros, se procedió a correr una suscripción para la patria. Aguilera estaba parado detrás de la mesa en que tocaba Butrón, y cuando la comisión que hacía la suscripción llegó junto a él, hablando bien bajito para que Butrón no lo oyera, extendió el billete de diez pesos diciendo: "Apunten a "un cubano" con diez pesos.

El hombre que acababa de realizar ese gesto de abnegación, de sublime desprendimiento, de generosidad sin par: el hombre que paseaba por las calles de Nueva York unos pantalones con los fondillos remendados, había sido un millonario, y se puede decir sin temor a caer en una grosera exageración que había

sido el hombre más rico de Cuba. El hombre a quien un humilde tabaquero habíale dado diez pesos para que se comprase un par de pantalones había sido el terrateniente más poderoso de la provincia oriental. Sus ingenios se esparcían a través de toda la vasta comarca que se extiende entre Bayamo y Manzanillo; su dotación de esclavos era incalculable, tanto así, que cuando a sus oídos llegó la noticia que en la célebre sesión del Ayuntamiento de Bayamo, hubo algunos que se mostraron renuentes a darle la libertad a los esclavos, Aguilera exclamó: "De qué se quejan, yo, en esclavos solamente, pierdo más de millón y medio de pesos". Un pariente cercano de Aguilera, se ha detenido en hacer números, y le calculó a Aguilera un capital de seis millones de pesos a raíz del levantamiento de "La Demajagua".

La magnanimidad, el altruismo de este hombre no tiene paralelo, deja chiquitos los empeños de todos los demás abolicionistas y anti-esclavistas que gozaron justa fama universal. En medio del tráfago de la conspración revolucionaria, llega a su noticia que Rafael Morales, el sublime habanero, conocido en los anales de la revolución del 68 con el cariñoso nombre de "Moralitos" compraba las barrigas de las esclavas anticipadamente, antes del alumbramiento, para que su prole naciera libre. Aguilera no pierde tiempo, pone en acción lo que "Moralitos" realizaba en la Habana, y fueron muchos los hijos de esclavas que al abandonar el claustro materno ya traían en las manos su carta de libertad, ya eran libres. Este genial, altruismo empeño le gana la antipatía y el resquemor de los esclavistas, y más aún, la del gobierno colonial, que no miraba con buenos ojos aquel gesto humanitario, y que lo

apreciaba como el prólogo de la obra emancipadora que fraguaba Aguilera.

La mente se pierde en un dédalo de conjeturas y de confusas divagaciones. La mente se turba, porque no puede concebir, porque no puede anidar en sus mentirosas reconditeces el sacrificio insólito consumado por Aguilera. Su desprendimiento no tiene paralelo en Cuba, es único, es exclusivo, porque en Cuba no había un cubano más rico que él, y si lo había, no abrió sus arcas completamente, como lo hizo Aguilera, para arrojar su dinero en la hoguera de la revolución.

Hay dos pasiones que gobiernan al hombre; hay dos pasiones que son guía y norte del hombre: el dinero y la mujer; y cuando un hombre sacrifica en holocausto de su ideal una de estas dos pasiones, o ambas a la vez, entonces tenemos que convenir que ese hombre se ha singularizado entre los demás hombres.

En el caso de Aguilera, vemos, cómo menosprecia su inmenso caudal; vemos, cómo no lo quebranta ni aterra la pérdida de sus millones; con ecuanimidad asombroso, con una indiferencia glacial, arroja el guantelete de desafío al enemigo secular de su patria seguro de que éste confiscará todos sus bienes, de que se apoderará, arbitrariamente, de lo que constituye su patrimonio; pero nada lo arredra, nada lo detiene, y después de perderlo todo, después de ver

desaparecer lo que para él significaba su ventura, su bienestar, es uno de los primeros en aplicar la tea incendiaria a su mansión ancestral; y cuando ve que todo arde, cuando se cerciora de que las crepitantes llamas lo han devorado todo, que el fuego ha consumido los legajos que valorizan su inmensa fortuna, agarra a su familia, e iluminado por las voraces llamas que consumen a Bayamo, la esconde en la inclemente manigua; y después... después empuña el machete redentor, y con denuevo y bizarría sin igual avanza sobre el que le niega la libertad del suelo en que nació.

Yo fui a su entierro, o mejor dicho: me llevaron. Imborrable perdurará en mi memoria, aquel día aciago en que sepultaron a Pancho Aguilera, y junto con él, la ventura de Cuba; porque hay que recordar que un año después de su muerte, se apagó en "El Zanjón" la tea revolucionaria, a pesar del sacro fuego que ardió en "Baraguá", como si le faltase el soplo de la divinidad.

Todavía repercute en mis sienes el ronco golpe de la fatídica losa que tapló el nicho que escondiera, y para siempre, el cuerpo inanimado del insigne bayamés, y aun hieren mis oídos los suspiros ahogados y sollozos mal contenidos que lanzaban los inconsolables

circunstancias y dolientes ante tan cruel desaparición.

Ese día fué para mí, día de violentas y grandes transiciones; día de comprensión, de luz, a pesar del luto que ente-

nebrece mi alma. Lloré junto a una bóveda, contagiado por el dolor que a todos embargaba, pero aun siento como se precipitó la sangre en mi corazón de niño, de niño cubano, cubanísimo, cuando durante las primeras horas de la mañana, contemplé por primera vez la bandera de mi patria, flotando al aire, a media asta, y ¡maravillense cubanos! nada menos que en el mástil principal de la Casa Ayuntamiento (City Hall) de la ciudad de Nueva York, junto a las enseñas de Washington y la del estado de Nueva York, ambas a media asta también.

Aguilera llegó a Nueva York en el año 1871, precedido de la justa fama, de la merecida apreciación de no ser solamente uno de los primeros agitadores de la rebelión armada del 68, sino de ser también el máximo abolicionista, el más destacado anti-esclavista de su patria; y como aun chirriaban las cadenas que había roto Abraham Lincoln, y todavía no se habían desbandado los grandes centros anti-esclavistas del Norte, el prócer cubano fué objeto de una calurosa acogida, de un grandioso recibimiento por parte de particulares y autoridades, tanto municipales como estatales y federales, siendo declarado oficialmente huésped de honor de la ciudad de Nueva York, acordando los conceja-

les en sesión solemne, entregale la llave de la ciudad, hiciera ésta, que hasta entonces, solamente había sido concedida a Lafayette y a Kosciusko.

Desde la fecha antes citada hasta el 22 de febrero de 1877, día en que murió, no hubo tregua ni descanso para ese cubano singular; su tenacidad, inquebrantable fe en el triunfo de su causa, le ganaron en los Estados Unidos de Norte América el título de "el campeón de los conspiradores" (champion conspirator) y tanto así que Carlos A. Dana, editor-propietario del periódico neoyorkino "The Sun" dijo en un editorial: "que la propaganda revolucionaria repara-tista llevada a cabo por Aguilera en los Estados Unidos y Europa superaba la labor realizada por Benjamín Franklin en Francia; en primer lugar, porque Francia estaba en guerra con Inglaterra, por cuyo motivo le fué fácil llevarse a Lafayette; y después, porque Franklin no encontró en París americanos que lo obstaculizaran, mientras que Aguilera tuvo primeramente que vencer la hostilidad de sus paisanos para después burlar las acechanzas y estratagemas del enemigo".

Efectivamente, Aguilera, más que víctima de su modestia, fué un juguete del destino; con él retozó la fatalidad a su antojo, y además, tuvo la inmensa desdicha de saborear, día a día, la hiel de la ingratitude; porque, jamás pudo regocijarse, ni en un solo instante, con un gesto de bondad, ni con el más leve asomo de



agradecimiento, de sincero reconocimiento por parte de aquellos a quienes había encumbrado con sus sacrificios, con su estupenda labor, y que indiscutiblemente le debían la gloria que los aureolaba.

Los españoles supieron reconocer el mérito de Pancho Aguilera, mejor que sus paisanos, pues el mote de "panchitos" que daban a los cubanos, provenía de su nombre, dando a entender así, que un "panchito" era un rebelde, el símbolo de la cubanidad, un revolucionario, un mambí; y se dió el caso de que aun en la misma guerra del 95 los soldados españoles se acordaban de que los cubanos eran "panchitos", pues fueron muchas las veces que nos gritaron: "Panchitos enseñen los morros!"

De Cuba, Aguilera salió materialmente acosado, porque aquellos que envidiaban su sólido y bien conquistado valor histórico, lograron convencerlo de que su presencia en el extranjero era necesaria, y ya en Nueva York, su actuación honrada y patriótica bien pronto le proporcionó nuevos sinsabores y mayores inquietudes.

Cuando se hizo cargo de la Junta Revolucionaria, exigió responsabilidades, fiscalizó estrecha y minuciosamente el tesoro de la misma, y suprimió de un solo plumazo las prebendas y pensiones de que disfrutaban algunos zánganos que vivían y lucraban a la sombra de la patria, con-

quistándose, consiguientemente la malquerencia y resquemores de los perjudicados, que no cesaron, ni un instante en hostilizarlo y hasta obstaculizar la urdimbre de la vasta conspiración revolucionaria, para detrimento de la patria irredenta.

Esto fué lo que mató al pobre Aguilera, pudo muy bien haber combatido la afección orgánica que lo aquejaba, pues apenas tenía 55 años de edad cuando murió; pero los embates de alevosas persecuciones, los escritos de invectivas y aviesas plumas minaron su existencia, acabaron con él, y exhaló su último suspiro con el corazón destrozado por el plomo de la ingratitud.

Yo lo recuerdo, lo recuerdo muy bien. Era alto, enteco, una gran cabeza, de pómulos salientes, color cetrino, y recuerdo muy mucho su barba patriarcal, y sobre todo, que cuando andaba apoyaba el mentón sobre su pecho; meditabundo, encorvado, como si llevara a cuestas todas las desventuras de su patria esclavizada, de su Cuba idolatrada.

Los americanos, desde el Presidente de la nación hasta el último de los ciudadanos testimoniaron su dolorosa odisea, esa batalla en contra de su triste destino, esa justa del martirio y la fatalidad, y lo premiaron con el codiciao bien de privilegios inusitados y con una distinción rayana en idolatría.

Aguilera murió en una humilde casa situada al oeste de la calle 30, precisamente en la noche del día en que los americanos celebraban el natalicio de Washington, y dos días después, sus restos fueron trasladados en una carroza fúnebre para la Casa Ayuntamiento, y expuesto en capilla ardiente en la "Sala de los Gobernadores", haciéndole guardias de honor distinguidas per-



personalidades cubanas y americanas y gran número de tabaqueros cubanos, desfilando ante el cadáver millares de admiradores y amigos durante las veinticuatro horas que estuvo en el City Hall o Casa Ayuntamiento, cuya fachada principal lucía enlutada con largas y anchas franjas de tela negra, y en el mástil de honor el pabellón cubano a media asta.

A la mañana siguiente los restos de Aguilera fueron conducidos en una carroza a la iglesia de San Francisco Javier, situada en la calle 16 y Quinta Avenida, donde se celebró una solemne misa de "réquiem". A la salida de la Iglesia los negros cubanos materialmente se fajaron con los que portaban el sarcófago en hombros, se lo arrebataron, y al hombre también lo condujeron hasta el cementerio de "Marble", situado en la Segunda Avenida, entre las calles Segunda y Tercera, siguiendo el féretro, una inmensa columna de mármol, a cuya cabeza iba un pelotón del Cuerpo de la Policía Municipal; destacándose un gran pendón, con la figura del escudo cubano, y en cuyo fondo azul realzado por grandes letras doradas, se leía: "Francisco Vicente Aguilera.— El Primer Abolicionista de América".

El entierro de Aguilera ofreció rasgos sorprendentes y sensacionales. En primer lugar, su cadáver fué el primero que se expuso en capilla ardiente en la Casa Ayuntamiento de la ciudad de Nueva York, y después, porque se vulneraron las Ordenanzas Sanitarias, conducido el cadáver en un sarcófago, a pie, por las calles más céntricas de la ciudad; y por último, por haberle dado sepultura en un cementerio que hacía años estaba clausurado.

Así fué cómo murió y cómo enterraron a Pancho Aguilera, el conspirador que tejó la vasta red revolucionaria separatista del 68 en la provincia oriental, y al que nutrió la década sangrienta con la savia fecunda de su propia existencia; así, humilde, tristemente, murió y enterraron al abolicionista ejemplar, que prodigó sus millones, su patrimonio todo, librando a más de mil quinientos seres humanos de un cautiverio cruel e infamante, y que jamás compró ni vendió a un esclavo.

Y ahora, para terminar, cabe preguntar si nos cegó el fanatismo o cometimos algún error al proclamar, y muy alto, que el nombre de Francisco Vicente Aguilera, debe, forzosamente pronunciarse, de rodillas, con los brazos abiertos y mirando al cielo.

MARZO 2 DE 1941

FRANCISCO VICENTE AGUILERA, MOTIVO DE POLEMICA.

Por Luis A. de Arce.

Desde hace cuarenta años, polemizan acerca de la revolución de 1868, con los nombres de Francisco Vicente Aguilera y Carlos Manuel de Céspedes. Sería más honrado que Cuba conociera y apreciara los servicios de ambos. Aguilera había sido un hombre nacido en un año de grandes cambios políticos en el mundo, el de 1821. Europa sufría hondas conmociones, y España poco aprendía de ellas para su régimen colonial, cada vez más rígido y despótico. Se ha dicho que un país es grande, no por sus habitantes y extensión terrestre, sino por los hombres que produce. Cuba presentaba al mundo ejemplos capaces de honrar a grandes pueblos. Sabios, estadistas y políticos sin patria, discutían en pleno Congreso español doctrinas y programas de recia raigambre filosófica. Jefferson iniciador de la Declaración de Principios Francesa, había sido bien asimilado por los prohombres cubanos. Desde Agustín a Luz Caballero, mucho podía escribirse de pedagogía patriótica. Estaba Arango y Parreño, que inclusive ilustró a algunos españoles sobre las reformas económicas en su Colonia. Escobedo y Mestre como juriconsultos, y en otro orden de cosas, tuvimos los mejores oradores de la América.

En todos los países hay un patriarca. Es el hombre que tiene semblanza de nazareno. Los pueblos lo admiran por su bondad. La rectitud misma, se plega muchas veces a los dictados del corazón y a la sensibilidad cristiana. Sin otro imperativo que el de servir a su patria y a la comunidad donde nacen y crecen, estos hombres lo han dado todo. En distintas partes, tienen un

nombre diferente, pero su convicción es la misma porque les viene de idéntica fuente espiritual. En Bayamo, nació el patriarca cubano. De aquel pedazo de tierra adentro, había salido José Antonio Saco, como para asombrar al continente europeo, hablando y razonando mejor que nadie en su Historia de la Esclavitud. Francisco Vicente Aguilera, descendiente de ricos, nació y creció en un ambiente de holgura capaz de tupir los instintos más sensibles contra toda una época de oprobio. A él mal podían alcanzarle aquellos infortunios, siendo propietario de tres ingenios, diez mil caballerías de tierras con treinta y cinco mil cabezas de ganado vacuno y cuatro mil caballar, quinientos esclavos, varias fincas urbanas incluyendo la que ocupaba el teatro de la ciudad, y dos grandes casas en Manzanillo.

Educado por José Silverio Jorrín, en los propios bancos del colegio supo de la negativa española a admitir a los Diputados cubanos, y el secreto dolor de un pueblo que a fuerza de ser culto se había ganado el aborrecimiento de los gobernantes metropolitanos, que como aquel Virrey Colombiano, sólo deseaba a estos países una enseñanza secundaria. Más tarde, visita a los Estados Unidos. Saturado de democracia, la simiente de libertad prende en su alma todavía demasiado joven, y bachiller aun, pierde al padre, que había sido su mejor guía. Aquel desafortunado accidente lo devuelve a Bayamo al lado de los suyos. Casado con una mujer rica como él y de alta alcurnia, tiene diez hijos. Su vida en Bayamo se desliza entre sus negocios y amistades.

Los españoles sentían intensa simpatía y hondo respeto a su figura y ejecutoria.

Nada por tanto lo obligaba a buscar en la revolución refugio para encubrir fealdades. Con una modestia que le hizo honor, de refinadas maneras, porte elegante y varonil, puede considerarse como uno de los cubanos más populares y más queridos de aquella época. Muy prudente, midiendo cada palabra y cada gesto, sus fiestas sociales espléndidamente servidas, jamás degeneraron en crapulería populachera. Montando magníficos caballos, padre e hijos, se confundían en los festejos locales, y en saraos, ofreciendo suntuosos bailes a sus amigos íntimos.

Inconforme interiormente con el sistema colonial, rehusa con elegante cortesía el cargo de Regidor del Ayuntamiento, y cuando aceptó sin remuneración el de Alcalde ordinario, uno de sus gestos que más alto habla de él, es aquel en que aplicando justicia, condena a pagar a un pobre, y éste le confiesa la imposibilidad de cumplir. Toma Aguilera el dinero de su bolsillo, abona al acreedor y despide al deudor a quien acaba de condenar, como si nada hubiera ocurrido. Otro hecho, revela su condición cubanísima y entereza. El día de San Juan, en ocasión de celebrar esta fiesta el pueblo, alguien gritó: "¡Viva la libertad!"; inmediatamente las autoridades emplazaron a Aguilera, para que explicara qué conexión tenía aquel grito rebelde con él. Como el funcionario español le hiciera esta pregunta altaneramente, contestó él: "Señor Gobernador, nada tengo que ver con ese grito esporádico, pero Dios nos libre a todos de que yo dé semejante grito".

Se Conspira

Las divergencias entre cubanos patriotas y España se

vieron agravadas con el consorcio hecho por el Clero y el Estado español, por el cual se obligaba a pagar a los cubanos en escudos de oro en vez de plata. Vino más tarde el impuesto extraordinario por la guerra de Marruecos. Los descalabros de España en México, Perú y Santo Domingo fueron las arterias que alimentaron la sedición cubana. Bayamo fué de los primeros. La resistencia pasiva, que con tanta bondad pregonan los socialistas, se utiliza ventajosamente. Nadie pagó impuestos. España, ciega como para perderse, envió nuevos funcionarios con severas órdenes. El 25 de julio de 1866, día de Santiago, patrón de España, grupos de criollos montando bríos potros, entraron en Bayamo al grito de ¡Viva Cuba Libre! arrollando a policías y soldados. Alarmado el Gobernador acuarteló la tropa, sin que afortunadamente pasara de ahí la cosa.

Pero la copa se desbordó. El espíritu bayamés, siempre selecto, extremadamente celoso de su patriotismo, recibió la noticia de la reducción de categoría de Bayamo, ahora dependencia de Manzanillo, con sinceros deseos de organizar la revolución. Desde el principio, se habló de Aguilera. Con Joaquín Agüero, inició sus trabajos revolucionarios. Truncados éstos por la inesperada muerte de su madre, Aguilera viaja por los Estados Unidos, Francia, Italia e Inglaterra. De aquellos viajes trajo además de valiosas vinculaciones política, grandes enseñanzas. De nuevo al frente de sus negocios, comisiona a Francisco Agüero Arteaga, camagüeyano, escapado milagrosamente del patíbulo en 1851, para que organice la zona de Manzanillo. Vendiendo y regalando la mayor parte de la carne, Agüero en la carnicería de Aguilera, comenzó el alistamiento. Al fin el 2 de agosto de 1867 Aguilera for-



malmente toma la revolución como cosa propia. Acompañado de su primo Manuel Anastasio Aguilera, celebra una larga entrevista con Francisco Maceo Osorio. Citado Pedro Figueredo, se negó a concurrir si estaba presente Maceo Osorio por ser enemigos mortales. Dos palabras de Aguilera, hicieron que aquellos dos cubanos se estrecharan en un fuerte abrazo y desde entonces lucharon por la causa de Cuba.

Existe ya un Comité Revolucionario con Aguilera de presidente. Santiago de Cuba, Holguín, Camaguey y Las Villas, tuvieron su representación. De Bayamo vino Figueredo a La Habana a tomarle el pulso, a los revolucionarios de esta provincia. Al principio todo marchó bien. El Comité de La Habana prometió depositar seis millones de pesos en los Estados Unidos, pero la llegada imprevista del General Sherman, anticipando que el General Grant sería Presidente de los Estados Unidos, y que imponía como condición previa para lograr la libertad de Cuba, el que no se hiciese ningún movimiento sedicioso ni revolucionario, decidió al Comité de La Habana a no cumplir su promesa. A Bayamo regresó Figueredo con el corazón en los pies. Eso no fué óbice para que más tarde ya en plena guerra, algunos de estos hombres fueran Delegados del Gobierno Cubano en armas, en los Estados Unidos.

Aguilera no cedió. En Manzanillo, retorta de todos los movimientos independentistas, Belisario Alvarez de Holgun; Angel Mestre y otros, en el Guacanayabo, Vicente García, en Tunas, Aguilera, en Bayamo, reunidos en el Ingenio Santa Isabel, propiedad del último continuaron las reuniones, que comenzaron como simples sesiones masónicas.

Interviene Céspedes.

En Julio de 1868 la orga-

nización está en marcha. Ahcra es Carlos Manuel de Céspedes, en Manzanillo, a instancias de Figueredo, el que organiza. En septiembre del propio año, se comisiona a Vicente García, para que busque un lugar donde reunirse a dar los toques finales. En un Rancho de la Hacienda San Miguel, con Salvador Cisneros y Carlos Mola, por Camaguey; Belisario Peralta, de Holguín; Vicente García, Francisco Rubalcava y Félix Figueredo, de Tunas; Donato Mármol, por Jiguani; Carlos Manuel, Jaime Santiesteban e Isaias Masó, por Manzanillo, y Aguilera Figueredo y Maceo Osorio, por Bayamo, comenzaron los debates, presididos por Céspedes que es el de mayor edad. Se fijó el día tres de septiembre, con la protesta de los Comisionados de Camaguey para el alzamiento. Allí quedó designado el Comité permanente bajo la presidencia de Aguilera y como Secretario, Maceo Osorio.

Otra reunión el primero de septiembre en la Hacienda "Muñoz", cerca de Tunas, ratificó la fecha del día tres. Luis Figueredo había ahorcado a un cobrador de contribuciones, español, y por este motivo andaba ya medio oculto. Aguilera regresó a Bayamo, un poco intranquilo por algunas cosas que había escuchado en el transcurso de los debates. Como primera providencia para asegurar los éxitos de la revolución, puso en venta la mayor parte de su cuantiosa hacienda. Una tercera reunión, pospuso la fecha del alzamiento para el 4 de diciembre como inaplazable. Céspedes fué avisado de la posposición personalmente por Aguilera, en su Ingenio de Santa Gertrudis. El día tres en el potrero El Ranchón, propiedad de Manuel de Jesús Caivar, celebraron la última reunión en la que se aclama a Aguilera. La mayoría se produce por un inmediato levantamiento. Les parecía a aquellos valientes,

que ellos solos serian capaces de acabar con trescientos mil españoles armados. Pero Aguilera es hombre de meditaciones, de cálculos y de responsabilidad. Con palabra reprecada, silencio y enardecimiento patrio, que no alcanza a oscurecerle la realidad. El no es hombre que ve al través de lentes ajenos, ni tolera que se le pongan cristales oscuros para ocultarle palpitantes verdades. No quiere una guerra ahogada de antemano. No quiere confusiones con el ideal que los impulsa a la libertad. Si no hay armas, no hay guerra posible triunfante. Su peioración termina: "Es un axioma antiguo, señores, que para hacer la guerra son indispensables tres cosas: dinero, dinero y dinero; y puesto que nosotros vamos a hacer una guerra, veamos el dinero con qué contamos. Yo, por mi parte, que figuro entre ustedes como el primer capitalista, declaro que no tengo ninguno; veamos ahora cuánto podrán aportar ustedes".

El día 5 de octubre, Carlos Manuel cita en el Ingenio El Rosario, propiedad de Santiesteban sin contar con Aguilera. Concurrieron sin embargo, Manuel Anastasio y Aguilera. En los debates se ignoró por completo el acuerdo de la tercera reunión con Aguilera, acordando alzarse el día 14 de octubre, a cuyo efecto se designaron comisionados para Tunas, Jiguaní, Bayamo, Camagüey y Holguín.

Así es como están las cosas, cuando la noticia llega a Aguilera, que en el primer impulso quiere ir a pedir explicaciones a Céspedes. Al fin triunfa en él su natural prudencia. Céspedes ha sido elegido Jefe por un grupo de

asistido a las reuniones presididas. Su posición es delicada si se tiene en cuenta que esos hombres han prescindido de su jefatura a última hora. El final de aquel soliloquio fué que como todo un hombre de bien, se alistó en la jornada sin mencionar jerarquías. Su familia se preparó para salir rumbo a Bayamo, y él esperó el día 14 como pudo haber esperado sus esposales o el nacimiento del primer hijo.

El Levantamiento.

No es cierto, como se ha dicho muchas veces, que Céspedes anticipara caprichosamente la fecha del alzamiento en provecho propio. No hay tal. El propio General Aguilera, supo que el Gobernador de Manzanillo, Francisco Fernández de la Reguera, había tomado medidas para impedir que él y su familia se movieran de Manzanillo, y que el día nueve salieran soldados a La Demajagua a detener a Céspedes y a todos los comprometidos. Manuel Anastasio se lo transmitió a Aguilera, y fué—se pase bien—el propio Aguilera quien envió la noticia a Céspedes, por medio de una persona de toda su confianza, mientras que por otra parte, en tres carros hacia conducir apresuradamente su familia a Bayamo. Es cierto, sí, que no se le avisó al General Aguilera que fuera el día diez el escogido, y cierto también que aquello sacontecimientos le tomaron por sorpresa, pero en honor a la verdad, debemos reconocer que Céspedes obró impulsado por la amenaza de detención. ¿Cuál fué entonces el error? El de abrogarse la jefatura con el grado de Capitán General. Este es el punto neurálgico origen de polémica.

Caracteres disímiles, Céspedes, temperamento violento

y nervioso hace arder su ingenio y ordena el levantamiento. Esa misma jefatura, que es imprescindible en todo proceso revolucionario, y que nos demuestra cómo el día 12 de agosto de 1923 por falta de jefatura se fracasa, y triunfa el 4 de septiembre por nacer con ella, la ostentaron en igualdad de condiciones Bolívar, San Martín, Artigas y Washington. ¿Qué pudo haber reunido a los revolucionarios y haberlos dejado libremente elegir? La historia que es sabia, ha probado que en esa libertad estribó la derrota de la guerra de los diez años, que exigía la dictadura felizmente ostentada en Máximo Gómez, en 1895.

Además, Cuba ha recogido amorosamente el nombre del General Francisco Vicente Aguilera, hombre al que el destino le asigna el papel de aguililla, para que tramonte el vuelo y lleve sobre sus alas de oro, un pedazo de gloria cubana por los dos continentes.

Nadie ha tenido en Cuba más títulos para estar estampado en un sello postal, elevado en una estatua de bronce sobrio o fino mármol, y en el corazón de todos sus conciudadanos, que aquel viejo socrático, que tiene que llevar en definitiva a sus hijos en el exilio, a colegios de pobres de solemnidad, y que hace que sus hijas reciban costura paga, para poder comer en su casa, al compás de su honda amargura. de las incomprendiones de que se le hace objeto a cada paso, hasta deprimirlo totalmente. Envidiado en su posición, se le plantean cuestiones y se le envuelve en las mailas de la intriga. A pesar de todo resiste y lucha...

No lo abaten los desenga-

ños. A Céspedes escribe el 6 de junio de 1872: "Antes de concluir esta comunicación, debo añadir que en el momento que varien las circunstancias de esta Asamblea General, saldré para los campos de la patria a ponerme a las órdenes de usted para, en calidad de soldado, compartir con mis hermanos las fatigas de la guerra que sostenemos, con el mismo entusiasmo que lo hice desde el memorable 10 de Octubre en 1858, en que comenzó nuestra gloriosa revolución".

En el propio año de 1872 va a Londres a entrevistarse con los banqueros ingleses Erlanger y Cía. Aquello fué un fracaso. Los ingleses querían una mediación con España. Aguilera rechazó de plano la oferta. Salto a Francia. El cuadro era desolador; Iznaga informó al General de cómo andaban los cubanos allí, despilfarrando los dineros de la revolución, por cuyo motivo se negaba a apoyarla. Desanimado con estas noticias visita a Pozos Dulces, Valdés Fauli y a Saco. Con este último comprueba lo que Iznaga le había dicho: algunos cubanos desacreditaban la guerra. De la ceca a la meca, anduvo Aguilera, con las manos extendidas implorando ayuda, y en estas andanzas se quedó sin dinero para abonar el hotel. Con la cuenta en la mano, sólo se preocupa por el veredicto que darán contra los embajadores de la revolución cubana, cuando la miseria trascienda. Al fin dos prominentes cubanos le sacaron de aquel apuro.

Defensor de los Esclavos

Donde Antonio Saco estaba por aquellos días peor que Aguilera económicamente. Se leccionando libros para venderlos, le sorprendieron los cubanos cuando fueron a ver

le para oír de sus labios sabios consejos y orientaciones. El propio Aguilera escribe: "Ha sido José Antonio Saco, acaso la inteligencia más grande que haya producido Cuba. ¡Lástima que no se tuvieran en cuenta sus enseñanzas!"

Enterado en París Aguilera de que los negros esclavos en Cuba eran cazados con perros, formuló una vibrante protesta ante las Sociedades Abolicionistas de Londres, París y New York. Luchando contra la penuria y en vela durante muchas noches para no helarse en su cuarto sin estufa, nadie le oye una queja. Busca una entrevista con Thiers, y por medio del Gobierno Francés emplaza al de España para que considere nuestra libertad. En francés se publican aquellos trabajos en los que intervienen notables figuras y entre ellas Rafael María Merchán. Gambetta hace elogios de este cubano, a quien recibe en su casa como a un Príncipe. Aguilera emocionado enumera los desaciertos de España y destaca las luchas de los cubanos y sus sufrimientos. Gambetta lo despidió con estas palabras: "El pueblo que de veras quiere ser libre, lo consigue, en cuanto a la abolición de la esclavitud es un hecho consumado".

La Princesa Bonaparte ofrece ayuda a la causa y esto como es natural mueve la prensa nacional. El Diputado Germain Cassé, es el más asiduo concurrente a las tertulias de Aguilera. Un día este Diputado, a quien se consideraba como uno de los mejores enterados de asuntos políticos internacionales en el continente americano, hizo más o menos esta afirmación: "Cuba no

puede ser libre, sino Norteamericana". El Delegado cubano no se altera, firmemente le responde: "Cuba está luchando por su libertad, sin que nos interese confundir su destino con el de otra nación". M. Cassé ha tomado tanto interés por Aguilera, que le ofrece una entrevista con Víctor Hugo, para que éste haga suya también la causa de Cuba. Y verlo a su modesto alojamiento va el General francés Cremer que le ofrece venir a pelear a Cuba con todo su Cuadro de Oficiales.

Retorno e Incidente

Después de muchas peripecias y sinsabores en España, cae enfermo del estómago con alta fiebre. En este estado recibe a Betances que anda buscando prosélitos para el honor Portorriqueño.

Descorazonado y cada vez peor de salud, decide su regreso a New York. El día 26 de Marzo de 1873 pisa tierra americana, a sufrir más que nunca a que lo abofeteen los desencuentros y lo minen las amarguras. A su regreso andaban los cubanos poco menos que envenenados los unos contra los otros. Entre Aldama y sus partidarios, los familiares de Céspedes y los amigos de Aguilera, se habían levantado al parecer infranqueables valedares. El Presidente Céspedes revocó todos los poderes dados a Aguilera, agravando la crisis. Pero esto fué poco con lo que vino después. A raíz de unas palabras fuertes, felizmente ahogadas en la soledad de una habitación, cruzadas entre Bernabé Varona y Aguilera, el día 18 de Abril del mismo año de 1873, ambos se dieron de puñetazos, agarrando Varona por la barba a Aguilera.

7

lera, que a su vez tomó a su contrario por el cuello, cayendo ambos contendientes encima de una cama.

A pesar de todas estas disonancias, una sola aspiración lo sostiene en tan terrible lucha: la libertad de Cuba. Sin perder las esperanzas de poder regresar a Cuba con una gran expedición, y desoyendo las constantes negativas recibidas una y otra vez, recibe el más terrible desengaño al enterarse de la desaparición de doscientos mil pesos, más invertidos por la Junta de New York. ¡Cuánta ignominia alrededor de un ideal!...

De Kingston residencia de su familia, después de un corto descanso vuelve nuevamente al teatro de sus luchas, New York. Una nueva decepción lo aguarda. Su íntimo amigo y protector Mayorga había muerto.

Pidiendo dinero prestado para sostener a su familia, su situación es ahora más crítica que nunca. El Vicepresidente de la República en armas, era poco menos que un pordiosero en un país extraño. Solamente ocho pesos pudo dejar a su numerosa prole cuando iniciara la vuelta a la metrópoli americana. En Nueva York, su sobrino Miguel Luis le pagó los veinticinco pesos de la pensión.

El día 13 de Octubre de 1873 el Gobierno de Cuba interesado en apartar a Aguilera de ciertas gestiones, ordenó que el Mayor General Francisco Vicente Aguilera retornara a su patria, amenazándolo con anular todo cuanto hubiere hecho si no cumplía la orden. Se le pagaron dos meses que le adeudaban, y en vano se esperó el cumplimiento de

ella, porque Aguilera no solamente se negó a entregar lo que para él fué siempre sagrado, sino que proclamó en voz alta la necesidad de hacer acusaciones públicas y pedir cuentas de la conducta de algunos cubanos en América. Aquello varió totalmente la escena.

Los sucesos del Virginius y la deposición de Céspedes constituyeron dos grandes infortunios. Así lo dice Aguilera cuando escribe: "Nadie podrá quitar a Carlos Manuel de Céspedes la gloria de haber sido el arrojado caudillo que en la noche oscura de la tiranía y del vejamen del pueblo cubano, al frente de un puñado de valientes y entusiastas patriotas, lanzara el guante al rostro del despotismo. Este acto audaz lo ha colmado de gloria y su nombre ilustre pertenece a la historia".

Así es como juzga Aguilera a quienes pudieran haberlo ofendido en su sensibilidad de hombre o de patriota. Llamado por la Cámara para que tome posesión de la primera magistratura, contesta diciéndoles que son sus mejores deseos retornar a los campos de la guerra, sin interés de cargos, pero que él aspira a regresar con una expedición, y ruega se le conceda esa esperanza. E inmediatamente organiza excursiones a Cayo Hueso y New Orleans, que levantan su ánimo sólo un instante, pues la noticia de la muerte de Céspedes, drama horrible de traición y de vergüenza, lo deprimen tanto, que jamás sus amigos lo vieron tan consternado.

Muere Aguilera

Sin poder ver logrado su

8

más caro anhelo, pisar tierra cubana, defraudado en 1875 y 1876 por dos veces consecutivas y con los horizontes de la costa natal a la vista, como si el destino quisiera jugar con sus ansias, tiene que retornar vencido al seno de una sociedad que comenzaba a serle hostil. Retraído en su casa, rodeado de familiares y amigos íntimos, y con el corazón destrozado al ver a sus hijos reclusos en un asilo de huérfanos y a su familia carente de todo, su salud comienza a decaer. Así se niega su garganta en medio de un discurso, en el que ya le bailan en las pupilas los futuros anfitriones al banquete de la muerte. Sus ayudantes con su permiso se alejaron en busca de trabajo y pan. Todavía en 1876 lucha a pesar de que el mal de la garganta progresa velozmente. Despojado de la Vicepresidencia de la República cuando precisamente viajaba en una expedición, y amenazado de perder su graduación, el diagnóstico de su mal es decisivo...

Al fin el año de 1877 le proporciona eterno descanso. El 22 de Febrero a las diez y media de la noche tras una agonía tormentosa, cayó desplomado en brazos de sus hijas, el que había sido fuerte contra la intriga y la traición, uno de los cubanos que no perdió nunca la fe en los desti-

nos de Cuba. Millonario entró en la guerra, y de ella sale para el más allá en la peor miseria. Conducido con altos honores sus restos a la Casa Consistorial de Nueva York, cubría su féretro la bandera que desplegara Narciso López en Cárdenas. Sobre los hombros de un grupo de negros cubanos, como el póstumo homenaje de ellos a quien había luchado por su libertad, en una imponente manifestación de duelo, fueron llevados hasta el Marble Cemetery sus despojos.

Este es uno de nuestros más bellos jalones de gloria. No importa que hoy la época todo lo cambie y que valores relativos intenten penetrar la historia por la puerta falsa. Rara vez ella se equivoca, y cuando lo hace porque falta moral y valor a quienes compete escribirla, siempre habrá una mano cívica y un corazón viril que coloque las cosas en su lugar para bien de las nuevas generaciones, que necesitan y desean conocer la verdad, aunque ésta ciegue, cuando no mate...

Miah. 27/41

VIDAS CUBANAS
AGUILERA
Por FERMIN PERAZA

Un día como hoy —22 de febrero— de 1877, murió en Nueva York, Francisco Vicente Aguilera. Nació en Bayamo, Provincia de Oriente, el 23 de junio de 1821. Cursó los estudios de derecho, obteniendo el título de abogado en 1846.

Hijo de una de las familias más ricas de Oriente, todo lo dió por la independencia de su patria, figurando junto a Céspedes, entre las figuras más destacadas del movimiento revolucionario que culminó en la primera guerra de independencia, iniciada en 1868.

En el segundo año de guerra el gobierno revolucionario lo honró con los cargos de Vicepresidente y general del Ejército oriental. El 26 de julio de 1871, abandonó la isla en misión especial, con el encargo de unir a los emigrados y aumentar los recursos para enviar expediciones con armas y balas al Ejército Libertador. En esta misión pasó largos y penosos años, recorriendo varios países de América y Europa.

Amarguras de todas clases le salieron al paso, intrigas y obstáculos hicieron fracasar reiteradamente su intento de regresar al campo de la lucha. Una tras otra las embarcaciones en que se dió a la mar rumbo a su patria, le devolvieron nuevamente a los Estados Unidos.

El final del último intento, marcó el final de su vida en Nueva York, el 22 de febrero de 1877, víctima del cáncer, recibiendo su cadáver el alto honor de ser tendido en la Sala de los Gobernadores del Ayuntamiento de aquella ciudad, en cuyo comentario descansaron sus restos hasta el año de 1910, en que fueron trasladados a su pueblo natal.

Act 22/48



Eladio Aguilera Rojas

Un día como hoy —9 de abril— de 1847, nació en Manzanillo, Cuba, Eladio Aguilera Rojas.

"En su propio terruño --escribe Rogelio González R.--, al calor vivificante de su hogar, recibió la instrucción primaria elemental, preparándose, además, para el ingreso en un centro docente extranjero", y "con este propósito, contando apenas veinte años de edad, trasladóse a los Estados Unidos, en donde se proponía, también, estudiar una de las carreras liberales".

En 1871 llegó también a Nueva York su ilustre padre, Francisco Vicente Aguilera, enviado por el gobierno de la república en armas, en busca del apoyo exterior para sostener y vitalizar la desigual contienda sostenida entre el improvisado ejército de los patriotas y las fuerzas regulares enemigas.

Dura era la labor encomendada al recio revolucionario del 68, y digno fué su hijo de tan ilustre progenitor. No dudó en escoger los intereses de la patria antes que los propios. Abandonó los estudios y se dió a laborar totalmente por la causa cubana como secretario de su padre, siguiéndole en las duras, crueles e interminables torturas a que la adversidad lo sometió en su peregrinar por países, ciudades, islas y cayos, luchando un día tras otro, ora las dificultades económicas, ora contra las autoridades federales, en su renovado deseo de ganar nuevamente el campo revolucionario de Cuba. Una tras otra fueron destruidas las expediciones por las inclemencias del mar y los vientos, y a cada fracaso había un renovado propósito en aquel anciano venerable, hasta que lo rinde definitivamente la muerte fuera de la tierra que lo vió nacer y a la que consagró su fortuna y su vida.

Después de la muerte de su padre quedó Eladio Aguilera Rojas como único sostén de su familia, sin poder continuar sus estudios hasta que terminó la primera guerra cubana por la independencia en que ingresó nuevamente en el College Dentistry, de Nueva York, donde se graduó, con brillantes notas, de cirujano dentista.

"Fué entonces que regresó a la amada ciudad natal, a Manzanillo --agrega Rogelio González--, en la que ejerció su profesión, con notable éxito, durante muchos años; creando una dilatada familia, en la que fué ejemplo vivo de constante laboriosidad, de honradez, de virtud a toda prueba".

Buen hijo y buen patriota, no olvidó nunca Eladio Aguilera los sufrimientos a que la adversidad por una parte y la ingratitud de los hombres por otra, hicieron vivir al gran gestor de la revolución de 1868, y dedicó su pluma a exaltar las virtudes del gran patricio, a relatar sus angustias y dar a su vida el lugar de honor que en justicia le corresponde entre los forjadores de nuestra independencia política. Frutos de este afán son sus libros: *Francisco V. Aguilera y la revolución de Cuba de 1868*, dos voluminosos tomos que forman un volumen, publicados en 1909, y el libro "Por la verdad y la justicia: paralelo entre Francisco V. Aguilera, Carlos M. de Céspedes y José Martí, que no pudo ver impreso, porque le sorprendió la muerte cuando revisaba sus pruebas de emplane para la Editorial El Arte, de Manzanillo. Su amigo y admirador Rogelio González R., terminó amorosamente ese trabajo, y puso al final del mismo unas emocionadas páginas sobre su vida y su obra.

Murió en Manzanillo, Cuba, el 24 de enero de 1917.



General Aguirre

dic 29/84

Un día como hoy —diciembre 29— de 1896, murió en Sitio Escondido, Jaruco, José María Aguirre y Valdés.

Nació en La Habana, el 22 de agosto de 1843; fueron sus padres José Ramón Aguirre y Francisca Valdés.

La revolución de 1868, lo contó entre sus primeros colaboradores. En 1869 arribó a las costas cubanas la expedición del Galvanic, que desembarcó en la Guanaja, al mando de Manuel de Quesada. Luchó entonces a las órdenes de Agramonte, hasta que la muerte sorprendió al Mayor en los campos de Jimaguayú, y a las órdenes de Máximo Gómez, después, hasta que ya graduado de coronel y desempeñando la Secretaría del Departamento de Las Villas, fué prisionero de las tropas españolas en la zona de Sagua, y deportado a Ceuta, donde permaneció hasta el final de la guerra.

Después del Zanjón, se trasladó a Norteamérica, ofreciendo sus servicios al General Calixto García, y fracasada la guerra, volvió a su patria, a La Habana, donde trabajó como Corredor de comercio, siempre al tanto de los nuevos preparativos revolucionarios.

La revolución de 1895, lo tuvo a su servicio desde los primeros momentos. Al estallar el golpe pretende tomar el tren en Palatino para sumarse al campo de la lucha, y es apresado nuevamente por los españoles, señalándose como prisión un calabozo de La Cabaña. Al fin fué libertado el 10 de septiembre de 1895, y embarcó para Norteamérica, valiéndose de su condición de ciudadano de aquel país. Estuvo en Norteamérica, el tiempo indispensable. El 18 de noviembre de 1895 desembarca en tierra cubana con Francisco Carrillo, y unos meses después ostenta el grado de Mayor General, destinándose a prestar servicios en la Provincia de La Habana, en la Jefatura de la Segunda División del Quinto Cuerpo del Ejército Libertador. En este cargo emprendió una arriesgada campaña contra el enemigo y a consecuencia de unas fiebres contraídas en el alijo de una expedición, murió de pulmonía en Sitio Escondido, en las Escaleras de Jaruco, el 29 de diciembre de 1896.

Su cadáver fué conducido por Francisco Anciano y José Elías Entralgo, a un farallón de las Escaleras de Jaruco, donde descansó, oculto en una cueva, hasta el 15 de octubre de 1899, en que fueron trasladados sus restos al Cementerio de Colón de La Habana.

dic 29/84

COMO VIVIAN Y...

COMO VIVEN

FRANCISCO AGUIRRE



ANTES

Francisco Aguirre Vidaurreta nos llegó de España, hace muchos años. Pocos "bichos" lo han superado en el mismo trayecto, desde el grito de Rodrigo de Triana a nuestros días... Aquí fué pinche, mochila y medio mochila en muchas cocinas... Su resentimiento biológico lo convirtió en agitador sindical y llegó a controlar a los gastronómicos. Su carrera, desde este punto, fué meteórica. Incluso llegó a Ministro de Trabajo en el Gabinete del Mesías, en los momentos en que tanta basura andaba por las nubes. Su alto cargo le permitió llegar a la Cámara, donde cada vez que ha hablado, confundiendo el micrófono con una espumadera, ha hecho el ridículo...

Pero estos malos ratos no han alterado su fisonomía de bodeguero retirado, pues gracias a ella pudo ser lo que fué...



...AHORA

Hoy ya no es legislador. Pero a él no le importa. Jamás tendrá que volver a pelar papas ni respirar el caliente vaho de las cocinas. Tiene casas de apartamentos, posee un "cola de pato" y vive feliz porque ha alcanzado la meta que se propuso cuando nos lo empaquetaron desde España. Los comunistas lo odian, los auténticos no lo quieren y sus antiguos compañeros gastronómicos lo desprecian...

Veranea perpetuamente en su pa'acete de Arroyo Arenas, que construyera, según se dice por ahí, con los \$170,000 que "pinchó" en el Instituto de Previsión Social, y sólo siente tristeza cuando desea comer fuera de casa, que le está prohibido por los malos ratos que le hacen pasar sus traicionados ex compañeros gastronómicos, cuando asoma por un restaurant... Esa es la gran tragedia de este simulador, con cara de bodeguero, que nos viniera de la Península...

Puerto, 10/10

Homenaje Proletario Darán a Mirta Aguirre

La Secretaría de Cultura de la CTC y sus organismos de cultura, Asociación de la Prensa Obrera de Cuba, Teatro Popular, Sociedad Popular de Conciertos y Círculo de Escritores Obreros, han tomado el acuerdo de rendir cordial homenaje a la destacada escritora y poetisa cubana, nuestra compañera Mirta Aguirre, con motivo de su legítimo triunfo, al obtener el prestigioso premio "Justo de Lara" que todos los años ofrece la entidad comercial "El Encanto", al mejor artículo publicado en Cuba durante el año.

Mirta Aguirre, periodista de grandes méritos, ha consagrado su vida a la justa causa de defender los derechos de los oprimidos. De ahí que la Secretaría de Cultura de la CTC y sus organismos de cultura, que como ella luchan por una mejor vida para todos, sienten profunda sa-

tisfacción por dicho triunfo y se disponen a homenajearla, con adecuado saludo a nombre de la clase trabajadora.

La fecha y lugar de dicho homenaje se hará público próximamente, trabajándose activamente por que el mismo revista caracteres extraordinarios.

M. Aguirre

10.0231

ELOGIO DE MIRTA AGUIRRE

P O R E N R I Q U E S E R P A

Trabajo leído en el homenaje que los escritores cubanos ofrecieron a Mirta Aguirre, por haber obtenido el premio «Justo de Lara» correspondiente al año 1945.

- I -

HENOS aquí, congregados en amable convivio, para festejar el triunfo de una escritora distinguida; pero también para cumplir una misión de equidad, tal vez de desagravio. Lo primero ha de colmar de íntima complacencia y hasta de plausible orgullo a Mirta Aguirre, a quien le es dable constatar ahora, en conjunto, cuánto respeto, cuánta estimación literaria y cuánta consideración personal acrisolan para ella numerosos escritores cubanos. Pero de lo segundo no es beneficiaria Mirta Aguirre, sino nosotros, sus anfitriones, ya que todo acto de justicia se resuelve, a la postre, en límpido gozo interior y recóndita satisfacción para quien lo ejecuta. Y esta satisfacción y aquel gozo nos han sido deparados por Mirta Aguirre, al aceptar la invitación de compartir con nosotros esta noche, para recibir nuestro pan y nuestro vino como símbolos de nuestro cariño y de nuestra admiración.

Loada sea, pues, nuestra invitada, escritora de claro talento, poeta de fina sensibilidad, abnegada militante de la lucha social, periodista de alta perspicacia y, no obstante, tan sencilla, tan modesta, que hasta hoy era físicamente desconocida para muchos de los que hemos venido a rendirle nuestro tributo de alta estimación intelectual.

¿Quién es Mirta Aguirre? ¿Cómo es Mirta Aguirre? Si con anterioridad a la noche de hoy me hubiese dirigido alguien esas preguntas, no hubiera podido darle adecuada contestación. Hasta hace dos horas no sabía yo cuál era el aspecto físico de nuestra huésped; ignoraba todo lo referente a su estatura y su edad; no hubiera podido identificar el color de su piel y de sus cabellos; desconocía, en fin, cuanto corresponde a su textura somática. No era, por lo tanto, amigo personal, es decir, de trato, de Mirta Aguirre. Y no obstante, cuando el afecto y la generosidad de unos cuantos espíritus fraternos me tentaron al placer de pronunciar unas palabras en este homenaje, acepté de inmediato, porque tenía la sensación de que Mirta Aguirre —conocida, estimada, admirada a través de sus versos, de su prosa literaria y de sus trabajos periodísticos— era entrañable amiga mía desde siempre.

Tal vez a muchos les parezca supérflua la anotación de esta experiencia personal. Y hasta alguien, quizá un cultor de la teoría del «arte por el arte», podrá argüir que al artista puro le basta, para sentirse satisfecho, con la creación de su obra, es decir, simplemente con darle expresión a su estado sentimental. Tal postulado, sin embargo, no es cierto. El artista, no importa el grado de pureza con que se haya instalado en su mundo ideal, está imposibilitado de vivir suspenso en el vacío, desasido del suelo como una incorpórea ráfaga de aire. La aspiración última del artista ha de ser, en buenas cuentas, «que los demás hombres participen de lo que él ha vivido.» Por ello sospecho que todo escritor ha de recibir complacido la información de que su obra suscita en un lector resonancias amistosas. Y si el escritor posee la rica calidad humana de Mirta Aguirre, tales sentimientos han de constituir la más conmovida y conmovedora de las ofrendas. Porque, en verdad, ¿cuál mejor ni más preciado tributo a un escritor, que el exhibirle el resultado de su obra, significarle que su labor no es inútil, demostrarle que las simientes arrojadas por sus manos al viento no van a caer en suelo pedregoso y estéril, sino que, por el contrario, se depositan en tierras lujosas de humus, donde germinan, se desarrollan y florecen para cuajar, al cabo, en frutos de simpatía?

Dotada de exquisita sensibilidad y de una delicada imaginación, dueña de lúcido talento y ebria de noble entusiasmo, Mirta Aguirre ha realizado, bajo las luces tutelares de Martí, García Lorca y Pablo Neruda, una obra poética de excelente calidad. El verso le ha valido para traducir fugitivos estados de alma con innegable virtuosismo. Pero no es, empero, en las confidencias líricas de «Presencia Interior» donde Mirta Aguirre ha dado la cabal medida de su espíritu de artista, ni de su emoción, ni de su amor por el pueblo, ni de sus ansias de justicia social, ni del sentimiento que la mueve por inflexible vocación hacia un ideal de confraternidad humana. Las virtudes más enhiestas de Mirta Aguirre, como mujer y como artista, es menester buscarlas en «Palabras en Juan Cristóbal», un opúsculo pulquerrimo y armonioso donde su autora ha sembrado lo más selecto de sí misma. Con mente firme y clara, con sentir cálido y profundo hubo de burilar Mirta Aguirre esas páginas que son, en algunos pasajes, primorosos alardes de elocuencia poética, en los que el énfasis lírico ha sido sabiamente podado por el buen gusto.

«Palabras en Juan Cristóbal» constituye, a la par que un panegírico de ardiente temperatura, una exégesis moral del héroe de Romain Rolland. Y brinda parejamente la equivalencia de una lección, en la que un discípulo fervoroso ha depurado las enseñanzas más nobles del maestro que es su guía. Mirta Aguirre podía haber estampado al frente de su opúsculo las frases escritas por Stefan Zweig en el pórtico de la biografía que hubo de consagrarle a Romain Rolland. Porque, en realidad, «Palabras en Juan Cristóbal» aspira, como la obra del insigne austriaco, a «significar una profesión de fe hacia un hombre que resultó la más impresionante experiencia moral de nuestra época histórica.» Mirta Aguirre sintió muy profundamente esa experiencia moral que fue Romain Rolland, asimiló plenamente sus enseñanzas y veneró sus postulados con fervor de catecúmeno. Tanto es así, que en ocasiones, al interpretar a Juan Cristóbal, su voz adquiere el tono y, aún más que el tono, el dramático sentido de una confidencia. Y es como si Mirta Aguirre, conmovida y exaltada, pero contenida por un sentimiento de recato, se valiese de un fonógrafo para confiarnos los secretos de su propio corazón.

«Palabras en Juan Cristóbal» es, sin duda, una genuina labor de crítico y de poeta, tan distante del gesto estridente o sensiblero como de la erudición con visos de pedantería; pero henchida de una emoción filtrada por la mente y de una austera sabiduría que surge del corazón. ¡Cómo se siente latir en esas páginas un espíritu apasionado, siempre en tensión, y generoso, grávido de dignidad y nobleza, esforzado, y tan lleno de calor humano, que ni aun en las metáforas al parecer deshumanizadas pierde su contacto con la vida. No hay instante en que sucumba ni se debilite su dignidad, ni su nobleza, ni su afán de solidaridad humana al predicar el amor, la justicia, el bien, la belleza, la rectitud, la honradez y el espíritu de tolerancia. Y todo expresado en una prosa impoluta y transparente, de diurna luminosidad, similar en su belleza a un seno intacto que deja advertir, bajo su aparente dureza de mármol, la urdimbre de las venas y las palpitations de la sangre. Prosa serena y pulcra, pero cálida, hecha de encendido entusiasmo, de pasión represada y de buen gusto, para cuajar en un estilo de cristal. No existen aquí hojarascas que dificulten la captura de la flor, ni cáscaras que tornen fatigoso o difícil el hallazgo de la almendra. Todo tropicalismo verbal ha quedado abolido, toda pose de pedante ha sido recusada. La erudición, aunque dejándose adivinar, se oculta pudorosa y discreta. Y no son las palabras trofeos de un artificioso galanteador del diccionario, sino adecuados instrumentos de expresión. No constituyen un fin, sino un medio: limpio y cuidado camino que conduce hacia una meta precisa. Y es por merced de tales cualidades, que la pasión y las ideas se entregan nítidas y exactas, con la desnuda y vibrante claridad de un mediodía.

Mirta Aguirre es una sincera y fervorosa discípula de Romain Rolland. De ahí que durante la lectura de «Palabras en Juan Cristóbal» yo me haya detenido en ocasiones, para meditar sobre la dramática situación en que se ha visto este espíritu honesto y leal, al tener que proceder a la revisión de algún postulado aprendido del maestro. Porque ya Mirta Aguirre sabe, como sabemos todos, que la sola energía del espíritu tiene escaso poder frente a las garras de una fiera. ¡Con qué honda amargura, con qué indecible desilusión debió verificar la exactitud de esa verdad Stefan Zweig, el emocionado biógrafo de Romain Rolland, su hermano y discípulo en la cruzada del amor entre los pueblos contra el odio desatado por la guerra! Tal vez menos estoico, acaso con menos fe que Romain Rolland en el futuro advenimiento del amor universal, se sintió incapaz de seguir presenciando el espectáculo de un mundo amenazado por la barbarie. Y desesperado, impermeable al consuelo y la resignación, se abrió con sus propias manos un atajo hacia la muerte. También Mirta Aguirre, aunque en grado menor, debe de haber padecido la desgarrante decepción que al maestro austriaco le señaló la ruta hacia el suicidio. Tras de sombrías cavilaciones debe de haber llegado a la conclusión de que no siempre, no en todos los instantes se hace posible y fácil predicar el amor, ni la solidaridad universal, ni la mutua comprensión entre los pueblos y los hombres. No es posible, no, darse al amor y mostrarse dócil al propio sacrificio, cuando frente a nosotros se yergue una vociferante horda de bárbaros que, en nombre de una mentida superioridad racial, quiere envilecer todas las tierras del mundo con sus puercas botas de conquistador. Y ante tal conclusión, Mirta Aguirre debe de haber entendido que Romain Rolland no «se le exigía lo que no podía dar: odio. El odio en masa a todo un pueblo, desde Guillermo II hasta Martín Lutero.» No, a Romain Rolland no se le exigía odio, sino el tacto suficiente para comprender que en un mundo amenazado por la fuerza bruta no podía imponer sus fueros la dulzura del amor.

(CONTINUARA MAÑANA)

Paris marzo 22/46

1050233

ELOGIO DE MIRTA AGUIRRE

P O R E N R I Q U E S E R P A

— I I —

EL tiempo se encargó de probar que la razón estaba, no de parte de Romain Rolland, sino de sus contradictores. Mirta Aguirre tuvo la evidencia de tal verdad. Y ante esta evidencia vió derrumbarse uno de los pilares de su fe. Tal vez con heróico denuedo haya recordado y repetido entonces unas hermosas palabras que, escritas por ella sobre Romain Rolland, podría aplicarse a sí misma. «Los hombres —ha dicho en «Palabras en Juan Cristóbal»— no son un alma, sino colecciones de almas. Lo aprende en sí mismo. Cambiar de fe no es renegar del credo. Y la verdad, en definitiva, no existe. Existe algo mucho más fuerte y más hermoso, hecho de cardo diario y flor tardía: el esfuerzo continuo de los hombres por hallarla. Quede para los otros la verdad en función estática. El sabe, con el viejo Heráclito, con los dialécticos nuevos, que la vida es movimiento, y contradicción del movimiento. Que la verdad moriría en cuanto la apresase alguien. ¿Qué, pues, que su amor, su confianza, su meta; su entretejida verdad íntima cambie a cada instante? Lo indispensable es que cada vez sea más pura, cada vez más alta, a cada paso más erguida.»

Convengamos en que, con una filosofía así, comprensiva y sabia, el tránsito de una afirmación desmentida a la búsqueda de una posible verdad no ha de resultar, al parecer, difícil ni doloroso. Pero hay momentos en que el corazón no se deja atropellar por la dialéctica, sino que, por el contrario, se rebela, se yergue airado, protesta y lucha. Y aunque se declare a la postre, no vencido, sino honrosamente convencido, este convencimiento le habrá costado, sin duda, muchos escrúpulos opresores, largos remordimientos y recóndita tortura. No resulta cosa fácil en religión, ni en amor, ni en filosofía, ni en arte, ni en política, en nada, dicho sea concretamente, ser iconoclasta de los propios ídolos o destructor del templo a donde, por espacio de mucho tiempo, concurrimos a orar. Se empuña heroicamente la piqueta demoledora, se levanta y se deja caer con fuerza implacable y sostenida, pero cada golpe repercute en el puño, se trasmite al brazo y atormenta el corazón de quien lo da.

Tal debe de haber ocurrido con Mirta Aguirre. Y fruto, acre y amargo fruto de su conturbación espiritual y de su infinita angustia es el artículo «Fritz en el Banquillo», que hubo de merecer el premio «Justo de Lara». Léase meditadamente «Palabras en Juan Cristóbal», particularmente los párrafos en que se abomina del odio que, según Mirta Aguirre, «los Clemenceau y los Lloyd George y los Ludendorff y los Pershing y los Foch y los Wilson intentan levantar entre todos los hombres, para conseguir otra vez la ruptura del mundo en aliadófilos y germanófilos.» Léase con parejo cuidado el artículo «Fritz en el Banquillo». Y se advertirá que ambos trabajos representan dos polos opuestos, los extremos contrarios de una lanza con dos puntas. En «Fritz en el Banquillo» Mirta Aguirre no adjudica exclusivamente a un grupo de hombres, como había hecho antes, la iniquidad de la guerra, porque al cabo ha llegado a la convicción de que si no existiese Fritz, símbolo del espíritu prusiano, no podría prosperar la infame ambición de un Hitler.

Entre «Palabras en Juan Cristóbal» y «Fritz en el Banquillo» existe un abismo ideológico y sentimental, abierto por un espíritu recto y honrado a costa de su propio desgarramiento interior. Pero la actitud de Mirta Aguirre, su lección de amor a la verdad y de fidelidad al propio espíritu no ha sido unánimemente comprendida. Pequeñas pasiones se han levantado para intentar enturbiar la linfa de su triunfo. Y en torno a «Fritz en el Banquillo» se ha tramado una burda patraña con hilos de incomprensión, de torpeza y de falsedad. Nunca la concesión del «Justo de Lara» había provocado tal desagradable polvareda. Y sin embargo, hubo motivos en anteriores ocasiones para dar inicio y pábulo a la protesta. Porque la verdad es que, salvo escasas excepciones, los trabajos que han recibido el premio violaban, indefectiblemente, las bases del concurso. En alguna oportunidad se ha conferido el galardón a un breve ensayo literario, o a un comprimido de conferencia, o a un artículo de costumbre o a una monserga sentimentaloides; incluso ha sido premiado un reportaje. Y hasta ha ocurrido un caso verdaderamente grave, porque desbordaba de los límites de lo intelectual para invadir los dominios de la ética. Tal fue cuando se le concedió el «Justo de Lara» a un señor que no era periodista profesional. No hubo entonces, empero, ninguna voz que resonara en son de protesta. Ahora, en cambio, se han blandido hasta armas repudiabiles para regatearle su lauro a Mirta Aguirre. Nada ha sido olvidado; nada se ha querido disimular: ni el sentido periodístico del trabajo, ni su estilo, ni su fondo, ni sus implicaciones, ni el pensamiento de su autora, ni su filiación política. Contra ella ha disparado sus más agudos dardos la malevolencia. Tantas, tan disimiles, tan arbitrarias han sido a veces las objeciones, que parece raro, en verdad, que no se haya pedido la resurrección del Santo Oficio, para que sometiese a Mirta Aguirre a la purificación por el fuego, después de hacerle sufrir la excomunión y la tortura.

Entre las críticas formuladas contra «Fritz en el Banquillo» hay una que se refiere al estilo.

Ahora bien, yo pregunto: ¿qué es el estilo? Y sobre todo: ¿cómo debe ser el estilo periodístico?

IPD
PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Nada más lejos de mi propósito que arriesgar una definición dogmática del estilo periodístico. No me ha poseído aun la fatuidad necesaria para imaginarme en posesión de la verdad absoluta, ni soy suficientemente pedante para erigirme en dómine. Séame excusado, empero, advertir que, en lo que concierne al estilo, casi todo depende, en mi sentir, de las preferencias de cada quien. Nadie, por lo tanto, podrá reprocharme si me complazco en afirmar que «Fritz en el Banquillo» satisface mi gusto en el orden formal, ha sido redactado con incuestionable pericia. Su autora, demasiado artista para rebajarse a utilizar la jerga popular que usan algunos periodistas, ha tenido la discreción suficiente para no alambicar, ni retorcer, ni oscurecer su expresión al dirigirse al público de un diario. No ha descendido a la grosera populacheria de gruesa epidermis; pero tampoco se ha disecado en un feble discurso académico. Su prosa es sencilla, directa, mesurada y diáfana. Y el hecho debe ser encomiásticamente señalado, porque constituye una victoria del buen gusto.

El tema de «Fritz en el Banquillo», en efecto, era un tentador reclamo para el trueno iracundo y la frase contorsionada de odio y rencor. Se prestaba, además, para ofrecer un prodigio de retórica, construido con profusos y ampulosos calificativos, imágenes cursis y desafortunadas melancolías. Pero Mirta Aguirre logró salvar tales peligrosos escollos. No recurrió de hiperbólicos arrequives verbales, ni se ablandó de ñoña sensible. La emoción que la inspiró fue una emoción viril y de buena ley, provocada por un sentimiento de justicia, que halló espontáneamente su adecuada expresión. Y por ello en «Fritz en el Banquillo» acertó Mirta Aguirre a poner interés, amenidad y sentido humano, que para mi son, conjuntamente con la actualidad como imperativo, las virtudes esenciales de un trabajo periodístico.

Pero de las recriminaciones dictadas contra «Fritz en el Banquillo», la más injusta, la más alevé entre todas, es la de que constituye una propaganda en pro de la Unión Soviética. ¡Lástima que la pasión política y el odio ideológico, cuando no el sordido rencor personal, puedan velar así el entendimiento de los llamados a discutir con juicio ecuánime y claro las cuestiones intelectuales! Porque para nadie es un secreto que en este caso se han visto desmesurados y agresivos gigantes donde ni siquiera existían molinos de viento. Ningun espíritu recto puede discernir en «Fritz en el Banquillo» una propaganda en favor de la URSS, a no ser que se tome por tal una actitud justiciera, que debe ser la de cuántos vieron su libertad y su dignidad amenazadas por las hordas de Hitler. El trabajo de Mirta Aguirre es, desde luego, una enérgica requisitoria; pero no dictada por un fiscal implacable y vengativo, erizado de odio y de rencores, sino por un juez que se limita a pedir que se cumpla la ley. Su solicitud de sanción está inspirada en un espíritu de justicia. Y sus palabras podrían ser repetidas como propias por quienes, en la URSS, en Inglaterra, en Polonia, en Bélgica, en Holanda y en tantos lugares más contemplaron destruidos sus hogares, asolados sus campos de cultivo, asesinados sus hermanos y ametrallados sus mujeres y niños por Fritz, que es la demoníaca encarnación del espíritu prusiano.

No sería excesivamente aventurado afirmar que los ataques contra «Fritz en el Banquillo» han respondido, no al deseo de combatir una inexistente propaganda en pro de la URSS, sino a la subrepticia intención de defender a Alemania. Hay entre nosotros quienes, al parecer, preferirían tratar la cuestión alemana con manos de algodón, envolverla en brumas, suavizar y enmascarar su contorno, dejar invisibles sus entrañas y transmutar su esencia, hasta convertirla en algo inocuo y sin forma. Y tal actitud constituye un pecado, tal vez un delito. Porque la blandura con respecto del espíritu prusiano puede ser indicio de un sentimiento de piadosa conmiseración; pero también es posible que delate una traición a los sufrimientos, la miseria, el hambre y la muerte de millones de hombres que se inmolaron a un ideal de dignidad humana, en una guerra que ellos no habían provocado.

La lección ofrecida por Alemania ha sido terrible; pero existen gentes que rehusan aprenderla. Apenas veinte años después de su derrota en una contienda desencadenada por su ambición, Alemania volvió a hundir al mundo en un infierno de sangre, padecimientos, desolación, locura y muerte. Su espíritu y su pasado pueden integrar los síntomas augurales de su futuro. Lo cual equivale a decir que cuando la tormenta se haya apaciguado; cuando las aguas, vueltas a su nivel impidan constatar la fuerza del huracán que las desbordó, el espíritu prusiano tornará a soñar con el pasado. Tendrá nostalgia de su pretérito, sentirá que su voluntad de poderío, que sus ansias de conquista y su avidez de dominio universal resuciten, como el ave fénix de sus propias cenizas. Y no será raro que en cada hogar alemán se levante entonces un altar con la imagen de Adolfo Hitler, como la de un Moloch sediento de venganza, de sangre y de exterminio. Tal peligro existe en estado latente. Y ante la posibilidad de que pueda manifestarse y amenazar al mundo, bueno es que haya profusas bocas que, como la de Mirta Aguirre, levanten su voz de admonición y de alerta.

Mirta Aguirre 1946

Francisco Vicente Aguilera

Manuel Sanguily

1950235

Recuerdo ahora, renovando las inefables impresiones de entonces aquellos primeros meses de la insurrección de 1868, en que entre inquietudes, zozobras y entusiasmo ardiente, un grupo de estudiantes de la Universidad que vivíamos en el Colegio "El Salvador", ganábamos la vida en la enseñanza, husmeábamos noticias del campo de la lucha, procurando con proyectos que continuamente fracasaban dejar la Capital, lo que era sumamente difícil y peligroso, para incorporarse a los sublevados.

En aquellos momentos de obscuridad y confusión —porque el Gobierno español cuidaba ocultar o desfigurar los sucesos que ocurrían en el campo— ya circulaba el nombre de Carlos Manuel de Céspedes; pero conjuntamente se mencionaba el de Francisco Vicente Aguilera como el de uno de los caudillos del movimiento revolucionario. En el rincón retirado de la ciudad en que vivíamos en aislamiento casi completo, esos dos nombres, ahora ilustres y famosos, sonaban en nuestros oídos por primera vez. Después supe que Céspedes y Aguilera hombres influyentes de la región Oriental de la Isla, eran también conocidos y considerados en el círculo de las personas que tradicionalmente conspiraban en la Isla contra la dominación española, y el primero, particularmente, lo era además entre los que cultivaban las bellas letras. Con mucha posteridad pude leer el prólogo escrito por él antes de la guerra, en una edición de las obras en versos de la poetisa Ursula Céspedes de Escanaverino, probablemente parienta suya.

Un mes después, logré tras duras penas salir de la ciudad y desembarcar como por milagro en Cayo Romano, perseguido el barquichuelo en que venía, por el vapor de guerra "Conde de Venadito". Escapamos diez; los otros veintitres compañeros y nuestra misma goleta, que tenía por nombre "Galva-

nie", cayeron en poder de los españoles al cabo de cuatro horas de caza. Al siguiente día estábamos entre los insurrectos del Camagüey los que habíamos podido alcanzar tierra. Por ellos supe que Céspedes era el Jefe de los insurrectos orientales, y que Aguilera como General, se encontraba al frente de los que estaban por entonces empeñados en el sitio de Manzanillo.

Cuando más tarde se sublevaron "Las Villas", la Revolución aparecía dividida en tres gobiernos locales. Extraordinarios esfuerzos se hicieron muy desde el principio para realizar la necesaria unificación, y, por fortuna, culminaron en aquellas sesiones famosas de Guáimaro que dieron por resultado definitivo la constitución de la República Cubana.

Estaba yo presente como expectador en la sesión de la Cámara de Representantes en que se propuso para Secretario de la Guerra y se aclamó con entusiasmo y enternecimiento a Francisco Vicente Aguilera. Como tuvo que incorporarse al gobierno constituido, me fue dado por aquellos días el honor de conocerle. Era un hombre de venerable presencia; vestía sencillamente el traje usual a la sazón, que era poco más o menos el de nuestros campesinos; la barba poblada y larga, le daba un aspecto patriarcal; pero su fisonomía bondadosa y el suave timbre de su voz, revelaban un temperamento sereno y un corazón noble y tierno. Bastaba observarle un momento al lado de Céspedes, para persuadirse de la profunda disparidad de sus caracteres. Aunque Aguilera todavía ostentaba el vigor físico y estaba en la floreciente plenitud de la edad madura, parecía más bien despertar aquellos sentimientos que constituyen el encanto y la dulzura del hogar doméstico o recordaba a los ancianos de la tradición antigua que en medio de la tribu eran guías, padres y amorosos consejeros. En contraste Céspedes, que a más de abogado

con bufete abierto, era asimismo, como su rival, hacendado y ganadero, traía a la imaginación, por su nerviosa apariencia y recia complexión, y más que nada por el épico atrevimiento de su formidable iniciativa en "La Demajagua", la memoria de los próceres de la primera colonización, de aquel Vasco Porcayo de Figueroa, por ejemplo, en quien se aunaban la ambición, la autoridad y la osadía, para acometer y para fundar, y que eran las mismas cualidades eficientes por las que los atrevidos conquistadores del Siglo XVI acrecentaron con un mundo nuevo el poderío de la monarquía española.

A poco perdí de vista a Aguilera; por un resto de federalismo teórico se había dividido, aunque por breve plazo, el territorio insurreccionado en los que se llamaron "Estados" y él, nombrado Lugarteniente General del de Oriente, se internó por tierras de Bayamo y Manzanillo para dirigir las operaciones militares. Tocóle en suerte una época incierta, difícil y peligrosa para su mando, en que puso como de relieve las cualidades esenciales de su naturaleza moral, —la abnegación y la fortaleza—. Más apenas si recibíamos noticias suyas los que bregábamos en Camagüey: las comunicaciones eran escasas y tardías entre los insurrectos de las tres grandes comarcas sublevadas: y en 1871, cuando todavía arremataba la terrible campaña de Bálmaseda en Oriente, creyó conveniente y oportuno el Gobierno revolucionario, enviar a Aguilera con el cargo de Agente General, acompañado de su amigo Ramón Céspedes, a quien se confiara la gestión diplomática, entre los cubanos emigrados en los Estados Unidos.

Dos épocas de la vida patriótica y revolucionaria de Aguilera, son, a mi juicio, el fundamento de su gloria, por haber en ellas revelado la grandeza de su carácter y la energía de su virtud; —cuando en los primeros días del alzamiento noble y sencillamente asumió

el carácter subalterno que las circunstancias le impusieron, sin que el procurase en lo más mínimo contrarrestarlas o modificarlas; y, sobre todo, cuando en la Emigración se vió envuelto en un torbellino de miserias, intrigas y discordias.

Durante muchos años fue su vida, en aquel medio, un continuado martirio en que apuró hasta las heces, el cáliz de la amargura. Esta triste historia está escrita. Una mano piadosa recogió los papeles de Aguilera y lo ha sacado a la luz recientemente, en un libro voluminoso. Su lectura ensombrese el ánimo, sumiéndolo en las más dolorosas cavilaciones sobre el pasado y el porvenir de la gente cubana. Se comprende fácilmente que el editor apenas ha cambiado la forma primitiva de los documentos; todos ellos componen el libro de Aguilera; el mismo, pues, quien va hablando: causa curiosidad los asuntos de que se ocupa, las ocurrencias de todo género, sus diversas opiniones, o sus impresiones de mortal angustia, de desesperación y a veces de agonía. Si la generación que le ha seguido y las que vengan después, leen pacientemente hasta el fin aquel libro, se darán cuenta con horror y con gratitud sin límites, de lo que cuesta, de lo que significa, en sufrimientos y sacrificios la creación de la patria, la transformación de un pueblo, eso que se llama la gloria, y que corona a los hombres buenos, desinteresados y leales, clavándoles en el corazón y en la frente, todas las espinas que brotan al paso de los santos redentores.

Pero es un consuelo, al mismo tiempo, la contemplación de tan suprema bondad y tan excelso y puro patriotismo como el de Aguilera, derramando sus beneficios, a modo de un astro benigno, en medio de pasiones mezquinas y malévolas.

En las postrimerías de la guerra, por comisión análoga a la que él se le encargara en años antes, salimos mi olvidado hermano y yo, del campo de la lucha, rumbo a los Estados Unidos. Abrigábamos la esperanza de volver a ver al venerable caudillo y de estrechar

su mano leal y honrada, pasado tan largo período de tiempo desde la primera vez que le conocimos; pero, llegados a New York, supimos con pena profunda que pocos días antes, al cabo de largos padecimientos, había muerto y para colmo de sorpresa, de dolor y hasta de cólera pudimos cerciorarnos de que el gran patriota y el hombre grande, en los últimos años de su vida, apenas si había sido apoyado por un número exiguo de compatriotas, en sus empeños y su reputación inmaculada; y que a quien, como aquél insigne cubano, representaba la patria toda, por el exclusivismo de sus amigos indignados y por la malquerencia implacable de sus gratuitos contrarios se quiso hacer aparecer, sin saber y sin quererlo el mismo, como Jefe de un minúsculo grupo sin dinero ni influencia, que no era en realidad un partido, sino un puñado de amigos unidos a él, por el afecto y el respeto de la lealtad y la devoción.

No obstante aplacados los enconos y rivalidades rencorosas, alrededor de su féretro se congregaron cubanos y extranjeros en homenaje de inútil y tardía reparación y justicia. Sus virtudes excepcionales, su paciencia, su resignación, su inaudito desprendimiento, la dulzura y distinción de sus maneras, la generosidad de su alma pura, impusieron el respeto y la admiración de la gran ciudad donde había sufrido tanto y acabada de morir. Los americanos conmovidos, quisieron honrarle como él se merecía y colocaron su cadáver en capilla ardiente en la misma Casa del Pueblo.

Sepultó en tierra extraña y hospitalaria durante treinta y tres años por fortuna para la humanidad y para nosotros, no se ha levantado nunca ninguna voz que no se apartara reverenciarlo y bendecirlo; y ahora que vienen sus restos mortales a buscar la eterna paz de las cosas perecederas, bajo la bandera de la República con la que él soñaba y por la cual tanto se afaná y padeció, —al recorrer el largo trayecto que los separan todavía de la ciudad natal, arruinada por la guerra y emnegre-

cida aun por el humo del antiguo y glorioso incendio muchos preguntaran tal vez, quien fue el hombre cuyos despojos promueven tanto respeto y tan universal cariño—, y, mientras aprendan en los libros de boca de los pocos compañeros que le han sobrevivido, la larga y angustiosa historia de su martirio, y lo les diría: —Francisco Vicente Aguilera fue un propietario cubano dueño de comarcas mayores que algunos principados alemanes: eran suyos tres ingenios importantes, sus haciendas apenas se podían contar, quizás ignoraba el número de su ganado y disponía con los derechos del Señor, de grandes dotaciones de esclavos que poblaban su finca de crianza. Todo esto lo abandonó en un instante sin vacilación, para servir la causa de la libertad de su tierra, cayendo él y su numerosa familia de las alturas de la fortuna a la mas absoluta miseria. Recorriendo los países lejanos e implorando a costa de verguenzas y dolores, el dinero de las expediciones, de pertrechos de guerra conque alimentar y fortalecer a sus correligionarios combatientes, muchas veces, el día que llevaba a su pobre habitación de una casa de huéspedes, las manos llenas de oro, no tuvo ni un solo pan para comer, y cubanos y americanos le vieron a menudo, recorriendo a pie las calles de New York, entre la nieve, con los zapatos rotos. Fue así un millonario que mendigaba por la libertad y por la independencia y a. frecuentemente ni comía, más sostenido siempre por su virtud, para honra, orgullo y gloria de su patria. No sé que haya una vida superior a la suya, ni hombre alguno que haya depositado en los cimientos de su país y en su nación, mayor suma de energía moral, más substancia propia, más privaciones de su familia adorada, ni más afanes y tormentos del alma. Merece, como pocos en el mundo, todas las bendiciones de los hombres, y merece, sobre todo, ser ejemplo vivo y eterno, para edificación de los cubanos, en horas como estas de su historia, todavía inciertas y confusas.

Año 27 TRAZOS *su*

A propósito de una estatua de Francisco Vicente

su
Aguilera *su*

Por César García Pons

HACE unos días vimos, de pasada, la promesa de estatua de Francisco Vicente Aguilera expuesta en el Parque Central. Después fuimos expresamente a contemplarla. En cuanto nos es dable juzgarle pensamos allí mismo que responde al personaje, a lo que tuvo ese cubano magnífico —oro puro de nuestra mejor cantera en el siglo XIX— de gallarda prestancia física y moral; a su distinción, a su gesto comedido y sobrio, a esa especie de aristocraticismo innato que viene en la sangre de algunos seres y que vencedor a su turno de todos los momentos de una vida, sólo puede liquidar, a la postre, el término de ésta. Nos pareció que la escultura tomaba de la historia fielmente el espíritu del patriota oriental.

Como siempre que nos encontramos frente a un mármol o a un bronce alusivo a una grandeza individual o colectiva, nos ocurrió esta vez. Es algo que no podemos reprimir. La contemplación nos lleva como de la mano a la misma escéptica reflexión: las obras todas de los hombres, esa que se construye precisamente para combatir el olvido y apresarse el recuerdo en materiales perdurables, están condenadas a la muerte. Verdad de Pero Grullo si se quiere, mas envolvente incluso de eso que se llama la posteridad y parece apresarse una manera de la existencia sin término. Porque el mañana en cuanto a eso realmente no existe. Un día también termina. Dígalo si no la arqueología, incesante descubridora de un pasado que el tiempo se encargó de borrar de la historia de los hombres.

La posteridad es una pre-sunción tan sólo. Don Manuel Sanguily, a propósito de un libro que él mismo había intitulado "Nobles memorias", decía al respecto que el olvido es una forma del no ser, como la memoria es el fundamento accidental del ser, y que lo que no se recuerda, como lo que no se siente, no existe. Palabras desoladas ciertamente, mas profundamente verdaderas, pues se asentaban en la observación y la experiencia. El paso de los siglos se ha encargado de abonarlas, sepultando y sumiendo en total ignorancia un día tras otro pueblos, ciudades, culturas, civilizaciones, períodos enteros de la existencia humana que ni la historia recoge ni tiene con que hacerlo. Y, de esta suerte, apenas se registra un poco la entraña de un monte o el seno de la tierra aparece un testimonio de esa ineluctable destrucción.

Aun sin eso, quiere decir, sin que desaparezcan totalmente las páginas de determinado tramo de la crónica de la existencia de la humanidad, la sucesión de los tiempos impone una especie de resumen que, a la postre, deviene la síntesis posible del pasado, y en la que no tiene cabida sino lo principal y señero. Semejante podía concluirse por reducir las oportunidades de la posteridad misma, y así sobrenadan, y también por un lapso más o menos largo, los hechos, los nombres y las cosas. Y de lo que fue detalle y pormenor apenas si queda una visión global, difusa, directamente proyectada hacia la penumbra que un día también le llevara a la noche sin término.

La Historia, a fin de cuen-

tas, dispone de una gran fosa, donde a la larga todo lo convierte en polvo. Frente al milenio el siglo es un día; frente al evo el milenio es, por su duración, un relámpago. Menos que eso aún es la vida del hombre. Bien que su vanidad le lleve a ambicionar su alargamiento si quiera sea en el recuerdo prepósteros de las generaciones sucesoras. Y, sin embargo, como escribiera el pensador antes citado, es preciso vivir, creer y pensar, darle a la existencia un sentido, llenarla con un ideal. Lo triste, decía él, es vivir sin pensamiento y sin ideas, atravesar el mundo sin derrotero. Entonces, decía también, si es necesario morir, y perderse en la nada.

¿Las estatuas qué son sino corroboración de esa actitud espiritual? Cuando se les erige, ¿qué se pretende con ellas? Mármol, piedra o bronce sujetas están al destino físico del propio material que las plasma; empero, fungen de ademán, son como la materialización de un anhelo: el de escribir, con ánimo de que se conserve y no se borre, un nombre, un hecho, algo que hirió un día la sensibilidad de un grupo de hombres y mereció su reverencia y su cariño. Por eso cuando contemplamos la de Francisco Vicente Aguilera, con el agri-dulce del escepticismo que al comienzo apuntamos, hubimos de conjugar igualmente lo que tiene de aleccionador el propósito de honrar de esta manera su memoria, la afirmación que el proyecto encarna en orden a la tradición y los ideales que tuvieron al prócer de Oriente por representante brillantísimo.

Todo pasa, todo se consume, todo se extingue, sin duda. Mas, tratemos, por lo mismo, de que el metal precioso destaque de la escoria y dure cuanto más sea posible.



1950240



**EL MONUMENTO A FRANCISCO VICENTE AGUILERA EN
en el BAYAMO**

Uno de los más bellos monumentos dedicados a honrar la memoria de nuestros héroes de la gesta libertaria, es el que se acaba de inaugurar en Bayamo, con la figura egregia de don Francisco Vicente Aguilera, recia mentalidad que se consagró a luchar por la Independencia, con desinterés y sacrificio probado. Junto al Monumento erigido en el Retablo de los Héroes de la Ciudad Monumento, se observan los medallones de otros grandes patriotas cubanos, quienes también ocupan cimero lugar en el recuerdo de la Patria. (Foto Avello.)



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



10 9241

Eladio Aguilera Rojas

UN día como hoy —24 de enero— de 1917, murió Eladio Aguilera Rojas.

Nació en Manzanillo, Cuba, el 9 de abril de 1847.

“En su propio terruño —escribe Rogelio González R.—, al calor vivificante de su hogar, recibió la instrucción primaria elemental, preparándose, además, para el ingreso en un centro docente extranjero”, y “con este propósito, contando apenas veinte años de edad, trasladóse a los Estados Unidos, en donde se proponía, también, es‘udiar una de las carreras liberales”.

En 1871 llegó también a Nueva York su ilustre padre, Francisco Vicente Aguilera, enviado por el gobierno de la república en armas, en busca del apoyo exterior para sostener y vitalizar la desigual cortienda sostenida entre el improvisado ejército de los patriotas y las fuerzas regulares enemigas.

Dura era la labor encomendada al recio revolucionario del 68, y digno fué su hijo de tan ilustre progenitor. No dudó en escoger los intereses de la patria antes que los propios. Abandonó los estudios y se dió a laborar totalmente por la causa cubana como secretario de su padre, siguiéndolo en las duras, crueles e interminables torturas a que la adversidad lo sometió en su peregrinar por países, ciudades, islas y cayos, luchando un día tras otro, ora con las dificultades económicas, ora contra las autoridades federales en su renovado deso de ganar nuevamente el campo revolucionario de Cuba. Una tras otra fueron destruidas las expediciones por las inclemencias del mar y los vientos, y a cada fracaso había un renovado propósito en aquel anciano venerable, hasta que lo rinde definitivamente la muerte fuera de la tierra

que lo vió nacer y a la que consagró su fortuna y su vida.

Después de la muerte de su padre quedó Eladio Aguilera Rojas como único sostén de su familia, sin poder continuar sus estudios hasta que terminó la primera guerra cubana por la independencia en que ingresó nuevamente en el College Dentistry, de Nueva York, donde se graduó, con brillantes notas, de cirujano dentista.

“Fué entonces que regresó a la amada ciudad natal, a Manzanillo —agrega Rogelio González—, en la que ejerció su profesión, con notable éxito, durante muchos años; creando una dilatada familia, en la que fué ejemplo vivo de constante laboriosidad, de honradez, de virtud a toda prueba”.

Buen hijo y buen patriota, no olvidó nunca Eladio Aguilera los sufrimientos a que la adversidad por una parte y la ingratitud de los hombres por otra, hicieron vivir al gran gestor de la revolución de 1868, y dedicó su pluma a exaltar las virtudes del gran patricio, a relatar sus angustias y dar a su vida el lugar de honor que en justicia le corresponde entre los forjadores de nuestra independencia política. Frutos de este afán son sus libros: *Francisco V. Aguilera y la Revolución de Cuba en 1868*, dos voluminosos tomos que forman un volumen, publicados en 1909, y el libro *“Por la verdad y la justicia: paralelo entre Francisco V. Aguilera, Carlos M. de Céspedes y José Martí*, que no pudo ver impreso, porque le sorprendió la muerte cuando revisaba sus pruebas de emplane para la Editorial El Arte, de Manzanillo. Su amigo y admirador Rogelio González R., terminó amorosamente ese trabajo, y puso al final del mismo unas emocionadas páginas sobre su vida y su obra.

Murió en Manzanillo, Cuba, el 24 de enero de 1917.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



